

# mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales  
N° 30 Segundo Semestre de 1991

## PÁGINA EDITORIAL 5

## HUMANIDADES

D.F. Sarmiento y el libro en Chile, <i>Bernardo Subercaseaux</i> .....	9
La vida cotidiana en la época de Balma- ceda, <i>Manuel Peña Muñoz</i> .....	19
El Ariel de Rodó o juventud, "humano tesoro", <i>Jaime Concha</i> .....	33
T.S. Eliot. Presentación de Ludwig Ze- ller, traducciones de <i>Aldo Torres</i> .....	47
José Ortega y Gasset. Una entrevista pós- tuma, <i>Alfonso Calderón</i> .....	63
Clarice Lispector: Fragmentos de un dic- cionario íntimo, <i>Consuelo Miranda</i> .....	67
Daff-Gala: Escandalosos, <i>Nora Ferrada</i> , Inmemoriales. Primeras letras, <i>Hernán Poblete Varas</i> .....	81
Tecnología y humanismo, <i>José Ricardo Morales</i> .....	87
	97

## CIENCIAS SOCIALES

El encuentro de dos culturas: Atawallpa y Pizarro en Cajamarca, <i>José Luis Martí- nez</i> .....	115
La cultura obrera ilustrada en tiempos del centenario, <i>Eduardo Devés</i> .....	127

Iglesia y Política: el colapso del Partido Conservador, <i>Sofía Correa S.</i> .....	137
Harold Blakemore, historiador de Chile, <i>Luis Ortega</i> .....	149
La democratización política en América Latina y la crisis de paradigmas, <i>Manuel Antonio Garretón</i> .....	159

## TESTIMONIOS

Siete años de recuerdos políticos, Alberto Edwards (Primera Parte). Recopila- ción <i>Alfonso Calderón</i> . Presentación <i>Cris- tían Gazmuri</i> .	
Anexos: recopilación e introducción por <i>Sofía Correa S.</i> .....	179
Homenaje y condecoración para el poeta español Rafael Alberti, <i>Palabras en Alberti</i> por <i>Miguel Arteche</i> . Palabras del Sr. Mi- nistro de Educación. Palabras de Rafael Alberti.....	261
Rafael Alberti recorrió Chile acompaña- do por Pablo Neruda, <i>Justo Alarcón Reyes</i> .....	273
Discurso de la Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universi- dad de Chile, Prof. Lucía Invernizzi con motivo de la donación de la colección de libros del Prof. Antonio Doddis a la Bi- blioteca Nacional.....	275



DIRECCION  
DE BIBLIOTECAS  
ARCHIVOS  
Y MUSEOS

# mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales  
N° 30 Segundo Semestre de 1991

## PÁGINA EDITORIAL

5

## HUMANIDADES

D.F. Sarmiento y el libro en Chile, <i>Bernardo Subercaseaux</i> .....	9
La vida cotidiana en la época de Balma- ceda, <i>Manuel Peña Muñoz</i> .....	19
El <i>Ariel</i> de Rodó o juventud, "humano tesoro", <i>Jaime Concha</i> .....	33
T.S. Eliot. Presentación de Ludwig Ze- ller, traducciones de <i>Aldo Torres</i> .....	47
José Ortega y Gasset. Una entrevista pós- tuma, <i>Alfonso Calderón</i> .....	63
Clarice Lispector: Fragmentos de un dic- cionario íntimo, <i>Consuelo Miranda</i> .....	67
Dalí-Gala: Escandalosos, <i>Nora Ferrada</i> .....	81
Inmemoriales. Primeras letras, <i>Hernán Poblete Varas</i> .....	87
Tecnología y humanismo, <i>José Ricardo Morales</i> .....	97

## CIENCIAS SOCIALES

El encuentro de dos culturas: Atawallpa y Pizarro en Cajamarca, <i>José Luis Martí- nez</i> .....	115
La cultura obrera ilustrada en tiempos del centenario, <i>Eduardo Devés</i> .....	127
Iglesia y Política: el colapso del Partido Conservador, <i>Sofía Correa S.</i> .....	137
Harold Blakemore, historiador de Chile, <i>Luis Ortega</i> .....	149
La democratización política en América Latina y la crisis de paradigmas, <i>Manuel Antonio Garretón</i> .....	159

## TESTIMONIOS

Siete años de recuerdos políticos, Alber- to Edwards (Primera Parte). Recopila- ción <i>Alfonso Calderón</i> . Presentación <i>Cris- tían Gazmuri</i> .....	
Anexos: recopilación e introducción por <i>Sofía Correa S.</i> .....	179
Homenaje y condecoración para el poeta español Rafael Alberti, <i>Palabras en Alberti</i> por <i>Miguel Arteche</i> . Palabras del Sr. Mi- nistro de Educación. Palabras de Rafael Alberti.....	261
Discurso de la Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universi- dad de Chile, Prof. Lucía Invernizzi con motivo de la donación de la colección de libros del Prof. Antonio Doddis a la Bi- blioteca Nacional.....	275

## COMENTARIOS DE LIBROS

Woodbridge Hensley C. y David Zu- batsky, <i>Pablo Neruda: An Annotated bi- bliography of biographical and critical studies</i> , <i>Justo Alarcón R.</i> .....	281
Fernando González Urizar, <i>Viola d'am- more</i> , <i>Ernesto Livačić G.</i> .....	282
Juan Andrés Piña, <i>Conversaciones con la poesía chilena</i> , <i>Carlos Ruiz-Tagle G.</i> .	283
Pedro Lastra, <i>Conversaciones con Enri- que Lihn</i> , <i>Miguel Gomes</i> .....	285
Manuel Vásquez Montalbán, <i>Galíndez</i> , <i>Manuel Quiroga Clérigo</i> .....	287
<b>Principales actividades de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos</b> ....	291



DIRECCION  
DE BIBLIOTECAS  
ARCHIVOS  
Y MUSEOS

AUTORIDADES

Mínistro de Educación  
Sr. *Ricardo Lagos Escobar*

Director de Bibliotecas, Archivos y Museos  
Sr. *Sergio Villalobos R.*

Subdirector de Bibliotecas, Archivos y Museos  
Sr. *Miguel Arteche*

Director responsable  
Sr. *Alfonso Calderón*

Coordinador general  
Sr. *Carlos Ruiz-Tagle G.*

Secretario de redacción  
Sr. *Pedro Pablo Zegers B.*

CONSEJO EDITORIAL

Sr. *Miguel Arteche*

Sr. *Alfonso Calderón*

Sr. *Marcos García de la Huerta*

Sr. *Manuel Antonio Garretón*

Sra. *Ágata Gligo*

Sr. *Jorge Hidalgo*

Sr. *Alfredo Jocelyn-Holt L.*

Sr. *Mario Orellana*

Sr. *Carlos Ruiz-Tagle G.*

Fotografías: *Juan César Astudillo*

Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos  
Avda. Libertador Bernardo O'Higgins 651 - Teléfono: 338957  
Santiago - Chile

## EDITORIAL

Una revista es una exigencia múltiple. La que el lector hace al autor de un texto; la que éste, en forma de un decir deseable, envía al lector; la que el director de la publicación, sin dejarse notar en exceso, evita, en tanto sea *échantillon sans valeur*.

Es, además, un servicio intelectual a la comunidad, que espera del arte, del humanismo, del saber, un guiño adecuado en las articulaciones prolijas del pensamiento. *Mapocho* pretende buscar un espacio social, el que ocupa el lector, ese que aspira a ver el mundo como un lugar inteligible, en consonancia con los tiempos en que se vive.

El presente número es una faena posible, una convicción acerca de un conjunto coherente de ideas vivas, sin ausencia de lo problemático ni de la herencia del pasado, una tarea homogénea que aspira a constituirse en exigencia constante. Tan sólo eso.

ALFONSO CALDERÓN  
Director



*Resumo*

Resumo do artigo

Este trabalho tem como objetivo principal analisar o processo de construção da identidade cultural dos jovens brasileiros, com ênfase na dimensão da linguagem. Para isso, foram analisados os discursos dos jovens em um contexto de globalização e multiculturalidade. O estudo foi realizado em uma escola pública de uma cidade do interior do Brasil. Os dados foram coletados por meio de entrevistas e grupos focais. Os resultados indicam que os jovens possuem uma percepção da cultura brasileira que é influenciada por fatores como a mídia, a família e o contexto social. Além disso, observamos que os jovens possuem uma visão crítica da cultura brasileira, reconhecendo suas limitações e buscando uma identidade cultural mais autêntica e plural.

Os resultados do trabalho também indicam que os jovens possuem uma percepção da cultura brasileira que é influenciada por fatores como a mídia, a família e o contexto social. Além disso, observamos que os jovens possuem uma visão crítica da cultura brasileira, reconhecendo suas limitações e buscando uma identidade cultural mais autêntica e plural. O estudo também aponta para a importância da educação na formação da identidade cultural dos jovens, pois é por meio dela que eles podem desenvolver uma visão crítica e plural da cultura brasileira.

Palavras-chave: identidade cultural, jovens brasileiros, linguagem, globalização, multiculturalidade.

Este trabalho foi financiado pelo Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq) sob o número de processo 301301/2014-0. Os autores agradecem aos participantes das entrevistas e grupos focais por sua colaboração e contribuição para a realização deste estudo. Também agradecemos aos avaliadores anônimos da revista por suas sugestões e comentários, que ajudaram a melhorar a qualidade do trabalho.

## D.F. SARMIENTO Y EL LIBRO EN CHILE

Bernardo Subercaseaux

Entre 1840 y 1860 la contradicción entre el libro como bien social y como bien económico se hizo en Chile patente a través de una serie de tensiones, las que fueron percibidas y analizadas con extraordinaria lucidez por Domingo Faustino Sarmiento. El argentino, como se sabe, fue durante este período uno de los ejes de la educación y de la batalla por la civilización en sentido liberal. Se trata, sin embargo, de una personalidad liberal *sui generis*, que se diferenció del resto de los liberales chilenos. En gran medida un intelectual autodidacto, cuyos modelos fueron más bien Benjamín Franklin y el mundo del practicismo anglosajón que el del jacobismo o liberalismo francés. Comparado con Lastarria, por ejemplo, aun cuando ambos compartían una orientación liberal, Sarmiento fue menos ideológico y menos principista.

Su perspectiva pragmática —sumada al hecho de ser un extranjero en Chile—, le llevó a colaborar en el campo de la educación con gobiernos de orientación conservadora como los de Bulnes y Montt. Cuestión ésta que para los liberales intransigentes resultaba, particularmente después de las revueltas de 1849, algo inaceptable, próximo a la traición. Frente a un espíritu liberal apegado a la lógica de las ideas abstractas, que se esforzaba por mantener la pureza doctrinaria, Sarmiento se inclinaba más bien por cursos de acción que permitieran afectar la realidad, sin preocuparse de las alianzas que hubiese que establecer para ello<sup>1</sup>. Fue sin duda esta personalidad intelectual menos sistémica y más pragmática, la que lo llevó a prestar atención a la “cocinería” del comercio del libro y al “patio interior” de la batalla por la educación.

Una de las tensiones que Sarmiento vislumbró, ya en el decenio de Bulnes, fue aquella entre “libros útiles o morales” y “libros que se venden” o, si se quiere, entre “consideraciones morales” (o liberales) y “consideraciones prácticas” (o económicas) referidas a la producción y mercado de libros. En un artículo publicado en *La Crónica*, Santiago, 16 de diciembre de 1849, Sarmiento

<sup>1</sup>José V. Lastarria, en 1880, fustigaba la política “de la madre rusa”, de esa madre que sorprendida en las estepas por una manada de lobos fue arrojando a sus pequeños, uno tras otro, tratando inútilmente de saciar a los lobos, hasta que cayó ella misma devorada. “Esa —decía Lastarria— es la política de los sacrificios inútiles... no debemos abandonar nunca la lógica y la integridad de las doctrinas. Las reformas a medias, incompletas, trucas, comprometen y desprestigian más de lo que sirven... Yo sé lo que significa aquello de que ‘es necesario adaptarse a las circunstancias’, y todas esas frases vacías, con que se esconde la cobardía de unos, el egoísmo de otros y la debilidad de todos”. Véase, Bernardo Subercaseaux, *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX*.

se preguntaba "¿Cuáles son los libros que más circulan entre nosotros?" a lo que respondía luego, en los siguientes términos:

"se dividen —decía—, en varias 'clases': 1) los tratados elementales de educación, y debemos decirlo en honor del país, en ninguna de las colonias españolas son más numerosos que aquí, ni abrazan mayor número de ramos, si bien el progreso mismo hace notar varios vacíos deplorables; 2) las novelas que se colectan de los folletines... de las cuales circulan ya en el país millones de ejemplares y... 3) las obras serias que se imprimen bajo la protección del gobierno, y que pocos leen; y uno que otro libro original, que viene ya por serlo, desfavorecido en los ánimos"<sup>2</sup>.

Posteriormente, agregaba una cuarta clase de libros: "los que trae el comercio europeo". Señalaba, sin embargo, que estas obras llegan en pocos ejemplares, casi siempre en idioma extranjero y por ende son patrimonio sólo de algunas personas. Entre los libros que trae el comercio europeo se refiere también a los libros traducidos al castellano, de los cuales dice que "adolecen de los mismos defectos que los nuestros, porque el librero de París o de Barcelona, consulta en la impresión la seguridad de vender sus productos, por lo que allá como aquí huyen las imprentas de dar a luz obra seria ninguna. Treinta ediciones se han hecho en español de los *Misterios de París*, y no sabemos que se haya hecho una sola de la *De democracia* de Tocqueville, o de la *Historia de la civilización* de Guizot"<sup>3</sup>.

"¿Cuáles son —se preguntaba Sarmiento— los libros que forman el caudal de los conocimientos, los que difunden las ideas y nivelan... el sentir de una gran mayoría?". ¿Cuáles son los libros útiles o morales que se difunden en Chile? Su respuesta es más bien negativa: no hay tales libros o si los hay son sólo el patrimonio de unas pocas personas. Los libros que circulan en el país son fundamentalmente las novelas-folletines, sean éstas impresas en Chile o importadas, son los únicos libros que circulan y se venden, aun cuando no son ni "útiles" ni "morales" en un sentido liberal.

Sarmiento, sin embargo, se da perfectamente cuenta de los mecanismos que operan en esta carencia de "libros útiles", y de la contradicción entre el libro como objeto de comercio y el libro como necesidad social. En América "no se imprimen —escribía en 1854— sino novelas", y en París y en España no se imprimen para nosotros sino "novelas y devocionarios..."; a pesar de lo grande que es la América del Sur "estamos a merced de los cálculos comerciales de éste o aquél librero de París, Madrid, Nueva York o Bruselas, no de los que más nos convendría, sino de lo que más salida tiene"<sup>4</sup>.

"Un libro —dice— es un producto fabril y la perfección de la obra y la calidad de los materiales empleados, dependerá del estado general de la in-

<sup>2</sup> La cantidad de "millones de ejemplares" atribuida a las novelas-folletines es completamente exagerada, aun si se considera aquéllas que circulaban segmentadas en periódicos.

<sup>3</sup> *Misterios de París* es la novela-folletín de Eugenio Sue (1804-57), publicada en París, 1842-43.

<sup>4</sup> *Libros para bibliotecas populares*, prólogo a la traducción que realizó Sarmiento del libro de Figuier *Exposición e historia de los descubrimientos modernos*, Santiago, 1854.

industria en el país que lo produce y del número de consumidores que el artículo encuentre". Sarmiento tiene claro que la demanda determina la apariencia y la calidad de los libros. Como prueba de esta sencilla verdad económica cita el caso de los devocionarios o de los libros de oír misa:

"como éstos —dice— se imprimen en París donde el arte del encuadernador y del impresor están muy adelantados, y la fabricación del papel y la preparación de las pieles ha llegado a su apogeo; y como por otra parte las mujeres que oyen misa en América constituyen un vastísimo mercado para esta clase de libros, las más triviales nociones de economía indicarán que el devocionario ha de estar bien impreso, en buen papel y encuadernado con elegancia y lujo"<sup>5</sup>.

"Un libro escrito en Chile, por ejemplo, tiene —dice Sarmiento— por lectores (potenciales), con pocas excepciones, sólo a los habitantes del país; y aunque éstos sean dos millones los libreros saben que una edición no encuentra colocación entre nosotros (salvo los libros de educación) por más de 500 ejemplares"<sup>6</sup>. Ahora bien, "dado lo subido de la mano de obra, la imperfección del arte de imprimir y la necesidad de importar los materiales, las imprentas editoras no podrán en muchos años producir libros baratos, en buen papel, con encuadernación adecuada y con láminas", tal como lo requieren los libros de texto y la necesidad de atraer al lector. El reducido tamaño del mercado es entonces un factor determinante en la no circulación de libros "útiles"; y no sólo eso: al reducido tamaño del mercado se debe también la mala calidad y el alto costo de los libros que se publican.

La comprensión del funcionamiento económico del objeto libro, distancia a Sarmiento de cualquier consideración voluntarista respecto a la difusión de libros "útiles". Recordando las más de cuarenta Bibliotecas Populares cuya creación promovió en 1845 —con el apoyo del Ministro Montt— Sarmiento constata, veinte años después, el fracaso de las mismas. "Nadie leyó los libros —dice— las Bibliotecas se han desparpajado... y el Gobierno las ha reducido a once, poniéndolas al cuidado no ya de los maestros de las Escuelas, sino de los Rectores de Liceos Provinciales". ¿Pero, por qué fracasaron estas Bibliotecas Populares? "Los libros aquellos —recuerda— eran escogidos, serios, morales, generalmente bien escritos, útiles... con todas estas recomendaciones (y mucho nos tememos que a causa de ellas) nadie se tomó la molestia de leerlos, y se perdieron".

"Se pueden suministrar al pueblo libros morales, religiosos" (*El Progreso*, 30 de agosto de 1845)<sup>7</sup>. Sarmiento señala que *El Mercurio*, que empezó a intercalar folletines tímidamente en 1841, publicó después *Los misterios de Londres*, y también, separados, como libros, *Los misterios de París* y *El judío errante*.

<sup>5</sup> *Bibliotecas populares*, 1866; incluido en *Obras completas*, tomo xxx, Buenos Aires, 1913.

<sup>6</sup> *Instrucciones sobre educación* escrito probablemente en 1869, publicado en folleto en 1874; *Obras completas*, tomo xxx, Buenos Aires, 1913.

<sup>7</sup> *Bibliotecas populares*, 1866, op. cit. cursivo es nuestro.

Otro periódico, *La Gaceta del Comercio* difundió, a modo de folletín, *Causa célebre seguida en España en averiguación de los milagros que se atribúan a Sor Patrocinio, monja*. El diario *El Tiempo* publicó un folletín inglés de Bulwer; incluso los periódicos de provincia terminaron por incorporar folletines, por ejemplo *El Alfa*, de Talca que publicó *La Maraña* de Balzac. En definitiva, pese a la *Revista Católica* y a los espíritus ultramontanos, Sarmiento constata, con ironía, que “el vicio cundió” y que hacia 1845 la novela-folletín se había ya impuesto en los periódicos del país.

Ahora bien, la defensa que Sarmiento hace del folletín, la lleva a cabo precisamente desde el punto de vista de la “batalla por la educación”. Se trata para él de un género que excita la curiosidad e induce a leer:

“aprender a leer —dice— es obra larga y penosa. Por no mascar las palabras, por ahorrarse la mortificación que cuesta seguir el sentido... millares no leen. Sólo la novela-folletín ayuda a vencer esta dificultad y la vence... La novela y los diarios han cumplido esa función... Soulié, Dumas, Balzac, han estado enseñando a leer a la América del Sur, que para leer sus novelas-folletines se ha convertido en una vasta escuela. Dios se los tenga en cuenta, mal que les pese a los moralistas, que no saben qué ‘pero’ ponerles aún a las buenas novelas. *Las novelas corrompen las costumbres; exaltan las pasiones...* y la demás retahíla que todo el mundo sabe de memoria, a fuerza de oírla en el púlpito y aun en la sociedad laica... “Yo —en cambio— absuelvo de toda culpa (a las novelas) hasta a las malas” pues ellas nos han enseñado a leer y han sido, en consecuencia “útiles y serviciales al cultivo de la inteligencia”<sup>8</sup>.

En Sarmiento priman las consideraciones prácticas sobre las ideológicas o morales. En otro de sus escritos —y a pesar de haber sido un espíritu laico y “comecuras”— señala que hasta los propios devocionarios y libros de misa son útiles en la medida que enseñan a leer o mantienen el hábito de la lectura. El pensador argentino reconoce el carácter dual del libro, y las tensiones entre el libro como bien económico y como bien social, o entre el libro-entretención y el libro de carácter formativo (“útil o moral”).

Por el tono de sus escritos, no cabe duda de que Sarmiento pensaba a contracorriente, incluso en relación al pensamiento laico y liberal de esos años. En efecto, el núcleo más jacobino del pensamiento liberal, por su rigidez ideológica, tuvo dificultades para situarse en el ángulo de las tensiones que hemos recorrido. Sarmiento, en cambio, percibió los mecanismos que regían al libro en toda su complejidad, y a través de un pensamiento de proyección práctica, pero sin perder por ello de vista el ideal —compartido con los demás— de la *batalla por la civilización*.

Otro aspecto vinculado al libro, que en más de una ocasión Sarmiento examinó, es la relación entre el Estado y el sector privado, o si se quiere, entre la *subvención estatal* y el *mercado*. Durante el decenio de Bulnes el pensador

<sup>8</sup> *Bibliotecas populares*, 1866. op. cit.



argentino elaboró una propuesta de financiamiento para costear la instrucción primaria en Chile y expandirla. Proponía que los municipios se hicieran cargos de las escuelas y que los padres o ciudadanos pudientes de cada municipio pagaran —de acuerdo con sus rentas— un impuesto destinado al funcionamiento de las mismas. Uno de los aspectos centrales del proyecto era terminar con una situación que Sarmiento consideraba abusiva: el hecho de que la educación de los hijos de padres con recursos fuese financiada con rentas del erario nacional, con rentas que en la práctica provenían de impuestos pagados por todos. Se trataba de cambiar este sistema para, precisamente, disponer de mayores fondos y garantizar así la educación de aquéllos que sin el auxilio del Estado no podían obtenerla<sup>9</sup>.

El proyecto de Sarmiento fue, sin embargo, rechazado por un Congreso con fuerte presencia liberal, por padres que —de haberse aprobado la ley— habrían tenido que pagar por la educación que hasta entonces sus hijos recibían gratis. Cuando algunos años más tarde el educador reflexionó sobre el tema, se refirió a cierta caridad estatal mal entendida, que aun cuando pudiera tener buenas intenciones resultaba a la larga contraproducente. En esta perspectiva, citó como ejemplo el caso de los libros de educación:

“Por decreto de Diciembre de 1853 —recordaba— el Estado (chileno) deseoso de impulsar la difusión de la enseñanza, se encargó de la venta de los libros que la servían de textos, poniéndolos él en los lugares donde su consumo era requerido a precios de fábrica, sin utilidad de comercio, y sin reembolso de fletes, ni comisión que debían imputarse al capital. Los pobres debían recibirlos gratis, mediante un boleto, y los pudientes obtenerlos a precios ínfimos”<sup>10</sup>.

Sarmiento aplaude el exceso de celo y la preocupación del Estado por la educación, pero también constata que los resultados de la medida tuvieron consecuencias negativas que no se hicieron esperar:

“como los libros que así vendía (el Estado) a precios de fábrica, quedaban por el hecho declarados de *utilidad pública*, la imprenta que los producía —que había sido montada con grandes capitales, máquinas y material adecuado, precisamente para hacer bajar los libros a esos precios ínfimos en que los compraba el Estado— se quedó sin compradores de sus productos, sustraídos ya a la especulación del comercio, y desde entonces hubo una *fábrica* en Chile y un *comprador único*, y comprador privilegiado que no necesita productos sino cada dos años, ni tenía la obligación de tomarlos de quien le suministró los primeros. Hubo, pues, una (imprenta) arruinada y una necesidad mal servida”<sup>11</sup>.

<sup>9</sup> En 1856, cuando Sarmiento reflexionaba sobre este tema, recibían educación en el país sólo alrededor de 37.000 niños de 7 a 15 años, de un total de 179.000. *Educación común*, Santiago, 1856, en *Obras completas*, tomo XII, Buenos Aires, 1913.

<sup>10</sup> “Sistema que convenga adoptar para procurarse rentas con que costear la instrucción primaria”, *Educación común*, 1856, *op. cit.*

<sup>11</sup> *Educación común*, *op. cit.*

Sarmiento señala luego que la medida protectora del Estado consiguió en pocos años llevar a la quiebra a la imprenta (se trataba de la imprenta Belin); dice que quien la había formado había provisto de libros indispensables a la educación primaria, y había hecho venir de Francia a un tipógrafo-librero "a fin de montar la industria y abaratar los libros, persuadido de que el medio de difundir la instrucción era hacerla barata en sus costos". "Aún no había logrado reponerse de los quebrantos causados" por las refriegas de 1851, "cuando la mano protectora del Estado vino a hacerse sentir sobre sus débiles hombros", consiguiendo con sus medidas que la más importante imprenta del país se paralizara casi por completo.

Para Sarmiento la protección estatal, cuando coarta el aporte de los particulares y del sector privado, es "un sistema deplorable,... un error económico que mata todo cuanto toca, y mata precisamente al objeto de su predilección". Lo compara con la madre "que por preservar la salud de su hijo lo mantiene a la sombra, lo envuelve en ropas abrigadas, y le impide los juegos que vigorizarían sus fuerzas, darían energía a sus pulmones y curtirían su cutis"<sup>12</sup>. Sarmiento, sin embargo, no fue *a priori* ni estatista ni antiestatista, más bien con respecto al libro, analizaba cada situación en su contexto y en su mérito específico. Lo que sí lo diferencia de otros intelectuales liberales —y que es una constante en su pensamiento— es la atención que le presta a la dimensión económica de los fenómenos que examina. Desde esta perspectiva tuvo claro que el éxito o el fracaso de una imprenta o del comercio del libro eran factores que podían dinamizar o retardar la producción y el mercado de los mismos.

En los casi quince años que permaneció en Chile, Sarmiento no se limitó sólo a diagnosticar los problemas de la educación y el libro. También avanzó una serie de propuestas concretas para el desarrollo del sector. Ya en 1844 planteó varias medidas: por ejemplo, con respecto a los libros provenientes de Europa, reparó que la mayoría venían empastados y no en rústica, lo que encarecía el producto. En Europa —decía— la impresión y la encuadernación son dos procesos distintos, y por ende los comerciantes que despachan libros a Chile tienen que primeramente comprarlos en las imprentas y luego llevarlos a las "encuadernadoras o librerías propiamente dichas", donde son empastados para la exportación.

Mientras allá los lectores sólo empastaban los libros después de haberlos leído y si su situación económica se lo permitía, en Chile, en cambio, llegaban casi al doble de su valor y sin la posibilidad de adquirirlos en rústica.

Frente a esta situación, propuso subir los derechos de importación a los libros empastados, como un mecanismo para fomentar la encuadernación y estimular la importación de obras en rústica<sup>13</sup>. Propuso también una protección por algunos años a la industria de la imprenta en Chile, pues se trata —decía—

<sup>12</sup> "Sistema que convenga adoptar para procurarse rentas con que costear la instrucción primaria", *Educación común*, 1856, op. cit.

<sup>13</sup> "Legislación sobre imprenta como industria". *El Progreso*, Santiago 16, 19 y 20 de noviembre de 1844.

de una maquinaria relativamente sencilla de manejar y por ende fácil de aclimatar aun en un país que carece de espíritu industrial como Chile. Argumentaba que en la medida que ingresaran máquinas de imprentas al país bajarían los costos y aumentaría la producción. Mientras los libros importados apenas llegan a una docena por título "una edición chilena —decía— pone en circulación por lo menos a 600 ejemplares" de cada obra. En esta perspectiva propuso una serie de medidas destinadas a proteger la producción nacional:

—“Las obras originales de autores chilenos o extranjeros” impresas en el país, no podrán ser importadas del exterior.

—“Las traducciones hechas en el país” y publicadas en Chile, “serán protegidas, cargando derechos de internación sobre las extranjeras, como artículos de lujo”.

—“Las reimpressiones de autores españoles hechas por nuestras prensas serán protegidas por un derecho moderado impuesto a las extranjeras.”

—La edición que una imprenta “haga de obras que no reconocen autor privilegiado, no podrá ser repetida por otra” imprenta en un plazo de cinco años... “sin constituir un monopolio en favor de una imprenta y sólo con el objeto de darle tiempo de despachar sus ediciones, pues nuestro mercado de libros es limitado y circunscrito”<sup>14</sup>.

Hasta donde tenemos conocimiento, la legislación propuesta por Sarmiento no prosperó. Resulta revelador, en todo caso, su temprano afán por el desarrollo de una industria del libro en Chile. Doce años más tarde, en 1856, el autor de *Facundo* constató que por falta de apoyo —o por que se les dio protección en un sentido equivocado— casi “todas las tentativas de fundar imprentas en Chile habían sido abortivas”, habiendo fracasado en Valparaíso y Santiago más de diez en los últimos años. “La que se fundó hace poco en Santiago para fabricar libros, no ha podido” —decía— “dar un paso”, como consecuencia de las medidas que el gobierno tomó respecto a los textos de instrucción primaria<sup>15</sup>.

Sarmiento también pensaba que el Estado debía colaborar para ampliar el mercado del libro. Conocía muy bien la experiencia de la *Biblioteca de autores españoles*. Se trataba de una colección destinada al mercado hispanoamericano, iniciada en España por Manuel Rivadeneyra (editor, tipógrafo y librero español que había vivido en Chile). En 1849 —cuando para la mayoría de los liberales “desespañolizarse” equivalía a “progresar”— Sarmiento escribió un artículo alabando la empresa de Rivadeneyra “por tratarse de un don precioso para los americanos, que... necesitaban tener a la mano una colección de autores españoles para consultarlos como antecedentes necesarios de su idioma, y como correctivo indispensable de los vicios de lenguaje”<sup>16</sup>.

<sup>14</sup> *Legislación sobre imprenta como industria*, op. cit.

<sup>15</sup> *Educación común*, op. cit.

<sup>16</sup> “Biblioteca de autores españoles, publicada por D.M. Rivadeneyra”, *Crónica*, Santiago, 25 de marzo de 1849.

En 1866 volvió a referirse a la colección del editor español, para ejemplificar los problemas del mercado del libro hispanoparlante:

“presentaremos ahora —decía— un testimonio irrecusable y al caso, cual es el del editor español de la colección de todos los clásicos de lengua castellana, comprendidos ya en 56 volúmenes. Aquellas obras son los modelos del buen decir de nuestra lengua y en 20 años y más ha que se está publicando tan preciosa y útil colección, tiempo sobrado había para que el empresario hubiese recogido el fruto de su laboriosa tarea. 3.000 ejemplares de un libro, al decir de los libreros editores norteamericanos, bastarían para hacer remunerativa una publicación; y en cuarenta millones de hombres que hablan la lengua castellana en ambos mundos (España 20 millones y América otros 20) es fácil persuadirse que 3.000 ejemplares... hallarían pronta colocación... sin embargo... no obstante la baratura y excelente edición; no obstante los ejemplares que demandan las Bibliotecas extranjeras en veinte años, la empresa no ha pagado el trabajo empleado, ni aún el capital” y ha “conseguido llevar a la ruina al único hombre capaz de idearla y llevarla a cabo”<sup>17</sup>.

Teniendo en cuenta el fracaso comercial de la empresa de Rivadeneyra y el reducido tamaño del mercado del libro en castellano, Sarmiento propuso en dos oportunidades la realización de una *Biblioteca americana*. En una ocasión como empresa nacional y en otra a nivel de Hispanoamérica. En 1849 planteó la creación en Chile de una colección compuesta por “los mejores libros europeos de historia, geografía, viajes, artes caseras, agricultura, política, literatura, etc.”. La idea era imprimir un título por mes, a razón de dos mil ejemplares. La empresa la llevaría a cabo una sociedad formada por suscriptores, quienes pagarían una cuota anual para costear las ediciones. Se trataba de popularizar los clásicos, además de “libros útiles, nociones exactas y conocimientos variados”. Sarmiento calculaba que los 2.000 ejemplares de cada título tendrían 20.000 lectores, “y 20.000 lectores en Chile son —decía— una palanca de progreso superior a la resistencia de la inercia”. Esperaba, por ende, que la empresa contara con la colaboración del gobierno, de las municipalidades y de la Sociedad de Agricultura.

Desde Argentina, volvió a intentar el mismo plan, pero a nivel continental. “Una sola República Americana —escribía en 1866— no es capaz de consumir la edición de un libro útil en el número de ejemplares que se requiere para hacerlo a precio cómodo. De aquí viene la necesidad de asociar el pensamiento e interés de toda la América para la edición de libros útiles, legibles y necesarios”<sup>18</sup>. Se trataba de lograr, con el aporte de los gobiernos, una cuota de 5.000 suscriptores en las catorce repúblicas, y asegurar así un mercado para una *Biblioteca americana* de 5.000 ejemplares por título. La idea era llevar a cabo una empresa mixta, con participación de los distintos gobiernos, del sector

<sup>17</sup>*Bibliotecas populares*, 1866-67, *Obras completas*, tomo xxx, Buenos Aires, 1913.

<sup>18</sup>*Bibliotecas populares*, 1866, op. cit.

privado y de las Sociedades de Unión Americana, formadas en 1866 a raíz de la guerra con España. Ninguna de las dos propuestas, ni la nacional ni la internacional, tuvo acogida y quedaron, por ende, sólo en el papel.

Vale la pena recapitular y de paso justificar el recorrido que hemos hecho. Sarmiento, como ningún otro pensador latinoamericano de la época, percibió el carácter dual del libro y las complejas relaciones entre su valor de uso y su valor de cambio; entre su dimensión sociocultural (como vehículo de conocimiento, de ideas y educación) y su dimensión económica (como objeto que se fabrica, se vende, se exporta, se importa y se consume). Las ideas y preocupaciones que compartió Sarmiento sobre estos temas aportan valiosos datos relativos a la producción, circulación y lectura de libros en la época. Sus enfoques, a casi 150 años, resultan, además, extraordinariamente modernos, precursores de preocupaciones y "discursos" que perduran hasta el día de hoy. Por último, su pensamiento en estas materias, a contracorriente del resto de los liberales, revela, por refracción, un aspecto no poco importante de la cultura liberal chilena: el desfase entre lo político-ideológico y lo económico; la incapacidad para vincular las concepciones abstractas propias del proyecto liberal con los mecanismos reales de la vida económica y social de la época<sup>19</sup>.

<sup>19</sup> Véase al respecto Bernardo Subercaseaux, *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX*, Santiago, 1982.



# LA VIDA COTIDIANA EN LA ÉPOCA DE BALMACEDA

*Manuel Peña Muñoz*

*Pasó aquel raro cortejo  
y ni siquiera me ha dejado  
una rosa.*

LUIS ANTONIO DE VILLENA.

Hermosa época la del presidente José Manuel Balmaceda. Hermosa y dramática. Una oleada de conflictos políticos envolvió al país durante su gobierno. Y fue el suicidio del Presidente en la Legación Argentina, aquel día 19 de septiembre de 1891, el que puso fin a una serie de sucesos dramáticos que venían arrastrándose desde muy atrás y que se agudizaron cuando los trenes con las víctimas balmacedistas de la batalla de Concón empezaron a llegar a Santiago. Todo el país ese año estaba remecido con los problemas bélicos y gubernamentales. Chile entero vivía un período de fuertes contrastes. Vida opulenta y magnífica entre la clase alta y miseria en la clase baja. Víctima de sí mismo, el Presidente que quiso implantar un sistema autócrata, fue acusado de populachero. Había abierto nuevas escuelas y talleres de trabajo, impulsó la extensión de las vías férreas, la hijuelación de la Araucanía y la inmigración libre para Punta Arenas. Es, en suma, un aristócrata al servicio del pueblo, y por esta causa su propia clase empieza a mirarlo con desconfianza. "Está tratando de atraerse al pueblo" comentan a sus espaldas. En su mayoría son los conservadores, aquellos que han detentado un poder basado en la tradición y que ven alarmado cómo aquellas familias de siempre han sido reemplazadas por hombres de trabajo y acción.

El Presidente descuida su propia hacienda para dar vida a infinidad de proyectos: construcción de caminos, puentes y hospitales para dar albergue a una gran cantidad de enfermos de cólera. El país vive horas angustiosas. La atroz epidemia cobra miles de víctimas y las familias humildes mueren en masa sin el menor auxilio. El Congreso le impide la acción, trabando todo sus planes. Los conservadores atrasan la ley presentada para combatir tan tremendo mal. Y es entonces cuando, cansado ante la fuerte oposición, desilusionado, busca savia joven y reorganiza los servicios públicos.

En este ambiente de tensiones se mueve la vida política. No obstante, la vida cotidiana sigue desenvolviéndose. Es el telón de fondo de las grandes revoluciones. En el interior de las casas con patio, la vida es apacible. Pese a que el Presidente anterior, don Domingo Santa María, implantara adelantos laicos, muchas familias siguen llevando una vida católica y colonial. Se acude a las iglesias, se reza el rosario y se va a la novena en provincias con el cholo que lleva la alfombrita para arrodillarse.

Santiago es la elegante capital donde viven los más afortunados. La avenida principal es la Alameda de las Delicias, antiguo brazo del río Mapocho. Se

llama así por las largas filas de álamos cuya sombra hace las "delicias" de los paseantes. Allí están saludándose unos a otros, contemplando a los que salen de las iglesias o vuelven de las tiendas.

No es demasiado larga la Alameda. Termina en el cerro Santa Lucía, un peñasco rocoso convertido en jardín en el centro de la ciudad, frente al convento del Carmen Alto. Por el poniente, se alarga hasta la Estación Central donde están los campesinos que llegan en tren desde el sur con mantas deshilachadas, canastos y ojotas. Allí se pueden ver muchachos con los pantalones arremangados y un saco en la cabeza a la manera de capuchón, cargando carretones o esperando cualquier trabajo como engrasadores o limpiadores de acequias.

Las condiciones de vida son miserables y ya se empieza a hablar de "la cuestión social". Especialmente en el norte, donde se da un mal trato a los obreros de las pampas salitreras. En el interior de Iquique existen las oficinas para extraer el caliche, el precioso oro blanco que tiene la propiedad mágica de hacer crecer las plantas. Principalmente son los ingleses quienes han venido de Europa a trabajar en el desierto. Santiago Humberstone es uno de los más importantes y sus restos van a ser sepultados en el British Cemetery of Tiliviche, en pleno desierto nortino, cuyas tumbas de exclusivas familias británicas, tienen guirnaldas de flores de porcelana de Sevres.

#### JOHN NORTH. EL REY DEL SALITRE

La vida diaria en el Iquique de esos años es fastuosa. La *belle époque* del salitre es verdaderamente dorada. Se asiste a la ópera al Teatro Municipal donde acuden las grandes compañías italianas. Los británicos viven en la calle Baquedano en mansiones de estilo *georgiano* construidas con madera de pino de Oregón. No hay árboles en el norte; esas vigas magníficas venían en las bodegas de los barcos, como lastre. Aquí se descargaban y luego se cargaba otra vez en el buque con los sacos de salitre para las grandes exportaciones al extranjero.

En el interior de Iquique, también la vida es de gran lujo y, en pleno desierto, los ingleses, en sus veladas, visten de frac y rigurosa etiqueta.

John North es el "rey del salitre". Había comenzado sin dinero alguno. Pero su sentido comercial lo hizo atesorar grandes riquezas y convertirse con el tiempo en un personaje legendario. ¿No fue él quien empezó a ganar dinero *vendiendo agua* en Pisagua, en la Campaña del Pacífico? Sí. La transportaba desde Arica en buques cisternas y de esta manera conoció la zona y la mentalidad de la clase dirigente chilena. Cobró caro por el agua. ¡A nadie se le había ocurrido hacerse rico vendiendo agua! Se hizo pagar con una gran guanera. Al venderla, negoció en la Bolsa de Londres y con un rápido ritmo de compras, logró ser dueño de casi todo Tarapacá. ¡Los chilenos trabajaban en las minas salitreras para John North mientras él, en Europa, se codeaba con el Príncipe de Gales, el Rey de Bélgica y toda la nobleza europea!

Así eran los tiempos de Balmaceda... John North vivía en el condado de

Kent, en un castillo donde están las hermosas puertas de fierro que fueron robadas de la catedral de Lima, aprovechándose del tiempo de la ocupación chilena. Los limeños decían que los chilenos se la habían llevado cuando el 14 de enero de 1881 entraron a la capital del Perú, llegando hasta los jardines de las hermosas residencias de Miraflores... Pero no había sido así.

Indignado con estas actitudes de extranjeros, Balmaceda explica: "ni el Estado ni particulares deben apropiarse de bienes de la Comunidad, para la grandeza ciudadana...".

No pensaba así John North, quien, gracias a los beneficios económicos obtenidos con el salitre chileno, daba una gran fiesta de despedida en Londres, antes de viajar otra vez a Chile. Los salones estaban adornados con guirnaldas y luces. Por todas partes, flores traídas de países remotos y alfombras del Cáucaso. El magnífico salón principal ostentaba la lona "N", símbolo de su apellido. Como un personaje real, casi un emperador del desierto, North dio uno de los más fastuosos bailes de fantasía en la Inglaterra victoriana. Él estaba vestido de Enrique VIII, en tanto que su mujer vestía el traje de la Duquesa de Mayne. La hija llevaba el traje de Fátima, con costosas alhajas, mientras el hijo iba vestido como duque de Richelieu. Otros invitados iban vestidos con trajes de disfraces elegantísimos con faldas de seda Pompadour y sombreros de encaje blanco.

Toda la colonia británica de Valparaíso iría a esperar a John North al muelle... Eran los tiempos del té Morning, del extracto Victoria para perfumar el pañuelo, de los guantes para Señora Triomphe y del agua de colonia de Vichy. Los jóvenes de origen inglés que viven en el cerro Alegre se hacen cortar sus trajes en la Plaza del Orden con el famoso Tailor Mack que deja sus pantalones y chaquetas con el perfecto "corte inglés". Esa noche harán también un baile de carnaval en honor a John North. Los vecinos del paseo Atkinson, los que acuden a los oficios de la iglesia anglicana y los que viven en el pasaje Cambridge y en la subida del pastor Schmiedt irán a la fiesta con trajes de clown, sombreros de fieltros negro, antifaces de terciopelo *chiffon*, capas de tafetán bordadas y velos de muselina blanca. Una joven porteña va con traje de "Elsa" en "Lohengrin", bordado con pedrerías. Otra va vestida de hechicera con traje de seda rosa con aplicaciones que representan lágrimas de sangre. Hay un pierrot elegantísimo que nadie sabe quién es acompañado de una cazadora de tigres que lleva una ligera piel de gato salvaje.

Mientras transcurre la fiesta y John North desembarca en el muelle antes de subir al cerro, se escuchan aterciopelados por la distancia, los pregones populares en el atrio de la iglesia de La Matriz: "Roscas, coronillas... alfajores de La Ligua"... "tortillitas de rescoldo"... "motemey... calentito el motemey..." "los velones de Topihue"... "alfombras de misa bien hechas, le tengo, patroncita...".

Al llegar a Santiago, John North decide mandar en calidad de obsequio dos caballos de fina sangre a Balmaceda. Ha sido un hombre hábil que se ha presentado personalmente en La Moneda para saludar al Presidente de Chile, un presidente que había llegado a Valparaíso, procedente de Iquique, con dos

días de diferencia respecto de North, para estudiar en detalle la nacionalización del salitre. Por eso, Balmaceda, que también es un hombre diplomático, acepta los caballos en forma cortés, pero no los envía a su fundo particular, sino a la Quinta Normal, en calidad de obsequio para la nación.

Estos son los gestos que definen la personalidad de Balmaceda y el marco en el que se mueve. Su propio hijo Pedro es también el resultado de un ambiente refinado y propicio al ensueño mundano. Es el tiempo en que llega a nuestro país Rubén Darío que publica en Valparaíso, en 1888, su libro *Azul*. Íntimo amigo de Pedrito Balmaceda, el poeta nicaragüense tiene la oportunidad de conocer La Moneda y de vivir en sus salones, especialmente en los aposentos del hijo del Presidente, ornamentado con pieles exóticas, cortinajes pesadísimos y ambiente extravagante de palmas y nubes de incienso. Es el mundo modernista, refinado, recargado y exquisito, con muebles de maderas preciosas y tapices persas. Todo en medio de japonerías y chinerías.

#### VIDA HOGAREÑA, DECORACIÓN Y MÚSICA EN LOS SALONES

El interior de las casas sigue esta huella. Suele ser un mundo íntimo, cosmopolita y afrancesado. Las casas tradicionales siguen la influencia española, con construcciones de varios patios —patio de los hornos, del magnolio, de la servidumbre— pero las nuevas edificaciones son estucadas, de dos pisos, con medusas de mampostería y bajorrelieves labrados. La vida social es intensa. Las familias son refinadas, con hábitos a la francesa, pese a sus abolengos españoles. Las principales señoras mantienen los salones abiertos, unos de carácter literario y la gran mayoría, musical, donde las señoritas lucen sus aptitudes líricas acompañadas de las estudiantinas y cantan valsos y mazurcas tocando bandurrias, mandolinas y panderetas.

Ciertamente se tocaban el piano. "Violetas Secas", "Pensando en ti", el vals "Presidente Balmaceda" son las obras pianísticas danzables más relevantes de la época. Se tocan y bailan lanceros, cuadrillas y polcas brillantes de salón. Suavemente se deslizan las parejas girando en ritmo de tres por cuatro en pisos de maderas relucientes. Se usan los "carnet de baile" en donde las damas anotan el nombre del acompañante que las sacará a bailar determinada pieza. Guillermo Wetzer, un músico alemán radicado en Valparaíso, compone el *schottisch* "No me olvides". Muy populares fueron sus chilenizaciones de zarzuelas españolas como "La Gran Avenida", parodia de "La Gran Vía". Cuecas de salón, zamacuecas y habaneras se cantan en las veladas. También contradanzas y romanzas de zarzuela, un género muy en boga.

Mientras las familias elegantes acuden a los palcos del Teatro Municipal —donde han sacado abono para espiarse mutuamente con prismáticos incrustados de nácar— las clases más populares acuden al Teatro Politeama a contemplar las obras del género chico español. Las temporadas son brillantes con muchos títulos. Son las famosas "tandas" de tres y cuatro obras por día donde es posible ir a corear, a llevar las palmas y a divertirse con melodías agradables

cantadas en castellano. Además, los personajes de la zarzuela resultan para los santiaguinos de la clase media muy reconocibles: el boticario, el barquillero, la vendedora de castañas y violetas. Son los mismos personajes populares que se pasean por la calle Huérfanos o por Punta de Rieles. Y eso gusta. Por eso tienen tanto éxito "Las Tentaciones de San Antonio", "Los Valientes", "Dos Canarios de Café", "Las hijas del Zebedeo" y tantas otras zarzuelas en un acto.

#### ZARZUELAS, ÓPERA Y OPERETA, UN MUNDO TEATRAL

Los aficionados al "género chico", los que saben reír con el lenguaje castizo de Carlos Arniches y sus sainetes de costumbres madrileñas, leen *El Teatro*, la "revista artística literaria teatral" donde se enteran de la actualidad en materia de espectáculos. En el teatro de verano del cerro Santa Lucía se presenta una compañía de zarzuela española encabezada por la "distinguida primera tiple" Julia Cifuentes, representando bajo los pimientos, "El Anillo de Hierro", "Marina" y "Los Sobrinos del Capitán Grant" que encanta a la concurrencia porque tiene escenas ambientadas en Valparaíso. En un momento, todos los santiaguinos que ocupan las lunetas, sillones preferenciales y graderías, entonan, contagiados por la música:

*Y con un cigarrito  
¡válgame Dios!  
toda mujer chilena  
vale por dos...*

Después vendrá una zarzuela con aires de opereta: "El Chaleco Blanco". Y al día siguiente "Chateau Margaux" y "La Canción de la Lola".

En Valparaíso se representan zarzuelas y sainetes en el Odeón, en tanto que en el teatro Victoria la compañía de opereta inglesa de Mr. Edwyn Cleary estrena la obra "Mikado" en la que se luce Leonora Braham y John Wilkinson. Al día siguiente darán "Dorothy" y "Pirates of Penzance" que serán aplaudidas desde los palcos, balcones y platea por toda la colonia británica del cerro de la Concepción.

¡Parece increíble! Todo esto transcurre mientras encarnizadamente se lucha en Concón y en Placilla. En marzo de 1891 llegan a Santiago las familias procedentes de Iquique relatando episodios tristísimos, en tanto que el diario *El Ferrocarril* trae una sección llamada "Ecos de la Revolución".

Adelina Padovani canta en el Municipal. Es una mujer adorada que cantó en el teatro de Odessa ante la zarina Alejandra. Al término de la función, emocionada, la zarina subió al escenario y cortó una borla de las cortinas para entregársela de recuerdo.

Este es un año rutilante, de grandes gestos teatrales. Luminoso, decadente y genial. En Europa, Ludwig II de Baviera construye castillos delirantes y ordena representaciones de óperas wagnerianas para él solo. Sissi emperatriz, su prima, navega con *spleen* por las islas griegas... Es la época de Sarah Bern-



hardt recorriendo el mundo y posando en Estados Unidos para los fotógrafos, sobre el lomo de una ballena.

Es, sin dudas, una época teatral. Gloriosa. La gente quiere ver teatro y también quiere participar del espectáculo social de ser visto. Por eso, el Teatro Municipal tiene fama de lugar donde se exhiben los costosos trajes traídos de Europa. El 21 de agosto de 1891, en plena revolución, el señor Testart de París llega al Hotel Oddó a ofrecer "a las señoras elegantes y de buen tono" de Santiago, un completo surtido de sombreros de las primeras casas de moda francesa. Las elegantes ciñen corsés y visten trajes de cuello cerrado con abotonadura de nácar y pecheras de encaje. Se llevan los pañuelos de pelo de camello, las sombrillas, los camafeos y los abanicos. Es una época de moda sofisticada que rinde culto a los abalorios. Peinados con *aigrettes*, sombreros con cascadas de plumas, calzados Luis XV o botines acharolados, "medias de seda con espiguilla" en todos los colores (fucsias, lilas, carne de melón) y para los caballeros, trajes de casimir.

La etiqueta en el Municipal es muy estricta. No es bien mirado en el ambiente que las señoras vayan a las lunetas de la platea, donde casi la totalidad de la asistencia es masculina. Son más distinguidos los palcos desde donde se puede secretar y practicar el arte de mirar sin ser visto. A cada entreacto, se saldrá al *foyer* iluminado por las lámparas de lágrimas. Ese será el lugar del paseo social donde se practica el hábil arte del disimulo, del mirar de reojo para saber quién asiste y quién no está.

Las ricas sedas se arrastran por la gran escalera de mármol blanco. Los caballeros se desplazan a los palcos en donde están las muchachas solteras, ya que también es mal visto que salgan a pasear solas.

Al final, la elegante concurrencia se desplaza hacia la calle Agustinas donde esperan los carruajes. Bajo la marquesina de vidrios, los asistentes aguardan que los porteros del teatro griten los apellidos de los propietarios de los coches, a medida que van llegando. Pronto, los *coupés* tirados por caballos Cleveland desaparecen con el sonido de las ruedas sobre los adoquines.

Dentro, bajo la cretona floreada de la "golondrina", iluminados por la débil luz de los faroles, los elegantes comentan la función de ópera y las modas. Los hombres de *gran tenue* llevan sombreros de copa reluciente, bastón con empuñadura de plata labrada y una inseparable orquídea en el ojal. Son hombres mundanos que saben conquistar y que se encasillan en el tipo del señorito o del *dandy*. Visten trajes de Paquin importados de Francia y usan corbatas de Doucet. Fuman con los guantes puestos —siempre cigarrillos "Maryland" o "Corona"— y llevan levita cerrada ceñida al cuerpo. Son coleccionistas de objetos finos, tocan al piano el "Portrait" de Rubinstein y cada cierto tiempo se llevan una mano al alfiler de perlas de la corbata.

EL VESTUARIO COTIDIANO, LAS TIENDAS TRADICIONALES, LOS PERIÓDICOS  
Y REVISTAS ILUSTRADAS

Luis Orrego Luco, un fino observador de su época, escribe en sus *Recuerdos*

del tiempo viejo, describiendo a un señorito de postín: "Tenía que ir al Club Invernal, a echar su manito de bacarat hasta las once, para llegar al último acto de 'Lohengrin' y acompañar a Linda a una cena que le daba en compañía de media docena de amigos y amigas... algo alegre y ligero... pero caro".

No importa la ópera. Lo que importa es lucirse y participar del juego social. Por eso se acude también al paseo de la Alameda que comenzaba a las cinco y media y terminaba a las seis y media. Allí se exhibían los trajes elegantes de las damas de tono, mientras que por la calle los coches pasaban metiendo ruido y los campanilleos se sucedían sin interrupción en tranvías que pasaban llenos de gente. En la "imperial" aparecían racimos humanos de sombreros de paja y mantas de colores que aún no habían sido desterradas por la clase obrera. Muchos carruajes, carretones y algunas victorias llenaban la calle Ahumada, sobresaliendo los modernos *coupés* americanos que recién se empezaban a usar y que eran de última moda entre los facultativos.

El paseo de tono está lleno de elegantes que vienen de comprar en la Casa Prá y en la Casa Francesa. La Sombrerería Italiana de la calle Estado era muy concurrida y allí acudían los caballeros a comprar sombreros de pita y gorros de viaje. El Bazar Español de Pedro Molinos en el Portal Mac Clure vende levitas de casimir, floreros para novenas, sillas giratorias, pisos para pianos, pedestales para plantas, piezas de plaqué y trajes de lona gruesa para la policía.

El Almacén La Perla de calle Estado ostenta un letrero en su puerta de entrada: "¡Ocurrid! ¡Ocurrid! ¡Gran realización de mantos chinos!". Sí. Lo oriental está de moda. Sobre los pianos se exhiben hermosos mantones de Manila con florones bordados y largos flecos de seda negra. En Ahumada se establece el Almacén Chino de Wing on Chong que vende también mantos de espumilla bordados y artículos del Oriente. Los interiores de las casas se adornan con estos objetos preciosos. La decoración es "a la turca" con tapices antiguos del Daghestan, cojines persas con bordados adornados de pasamanería, almohadones para divanes y *chaise longue*, *bis a bis* y tapices antiguos de la Turquía asiática.

El mobiliarios es pesado, sobre todo en los salones que poco se usan y están sólo reservados a las visitas. Allí están los sillones y sillitas de raso celeste, los antiguos retratos familiares colgados en las paredes tapizadas con seda y las vitrinas guardadoras de mates coloniales, relicarios finísimos, santos quiteños o figuras de cerámica perfumada de las Monjas Claras.

Luis Orrego Luco en su novela *En Familia*, dice: "Se usaban los sofás estilo Luis XV con tapicería de Aubusson, ricos, tallados y antiguos, con ese tono de abolengo que ni se imita ni se falsifica". Hay también grandes *boules* con incrustaciones de bronce y carey, sillones Morris, cojines por todas partes, aspidistras, palmas y un sentido de la comodidad llevado hasta la exageración. Lo mismo hay que decir de la limpieza llevada "al estilo de Holanda", claro que las habitaciones contaban con escupitines de loza en cada esquina...

Alguien está sentado al piano de cola en una casa antigua con cochera, caballeriza y zaguán. Es una dama santiaguina de la calle República que está cantando al piano:

*Si a tu ventana llega  
una paloma  
cuéntale tus amores  
que es mi persona...*

La estancia tiene tapices de la India, muebles de estilo Imperio y butacones de cuero *capitoné* con lámparas de pantalla de pergamino. Tiene aires nuevos esta casa. Y eso se nota porque se han introducido en la decoración muebles de estilo americano que recién están empezando a usarse. Son muebles amplios, cómodos y de un corte severo llamado *Mission*. Sobre las mesitas hay relojes, figuras de porcelana de Sajonia y recuerdos de Europa. Sí. Se viaja mucho a París. Los grandes trasatlánticos transportan a las familias completas en largos y pesados viajes por mar. A veces hay que cargar montañas de heno para alimentar a las burras que se llevan a fin de dar leche a los niños. La familia Urmeneta se desplaza a Europa con el propósito de ser retratada por Joaquín Sorolla, el pintor valenciano que está de última moda...

Tan importante es la vida europea que los diarios de la época —*El Día, La Buena Causa, El Mercurio, El Diario*— anuncian hoteles para familias con vista sobre la Plaza de Montholon, en la *rue Lafayette* de París.

Y todos —cual más, cual menos— toman de referencia a Europa. Los pianos son alemanes, de marca Schiedmayer. Se lee *L'Illustration* francesa, *La Moda Elegante, El Madrid Cómico, La Ilustración Ibérica* y *El Eco de la Zapatería*. Las revistas ilustradas son de gran moda y están editadas con buen gusto.

En la *Alameda Matucana* hay doradores parisienses que trabajan muebles y molduras de espejos, en tanto que el Bazar Alemán Krauss, en un precioso edificio frente a la Plaza de Armas, con cúpula, vende coches para niños, juguetes, muñecas, velocípedos, mueblecitos para dormitorios infantiles y jaulas para canarios.

#### UN GRAN BAILE DE GALA EN EL ANTIGUO CLUB DE LA UNIÓN

Es la época del Chocolate Menier de París, de la música de Moskowski, de los polvos Victoria —que blanquean y suavizan la piel— de los famosos *marron glacés* del Portal Fernández Concha y del Hotel Restaurant "Torre Eiffel" que sirve almuerzo, *lunch* y comida a la carta, teniendo como especialidad las tortas Emperatriz Carlota, los postres de "huevo moll" y frutas tropicales, los surtidos de mariscos y los *primeurs*. Por cierto que la carta está escrita en francés, como en francés estaba impreso el menú de la famosa cena que tuvo lugar en el Club de la Unión durante esta época fascinante.

Fue la noche del recordado baile de gala... ¡Pensar que se cursaron mil quinientas invitaciones! La clase alta ya no era terrateniente como antaño. Habían pasado los tiempos de las casas coloniales en el campo, donde se llevaba una vida tranquila, sosegada y al amparo de la naturaleza y de la ley de Dios. Ahora la vida se había hecho mundana, sensual, cosmopolita y hedonista. Se

habían roto las viejas tradiciones de la tenencia de la tierra para dar paso a un tipo de vida lujosa y urbana.

Aquella noche, la vereda del Club de la Unión estaba alfombrada... Lentamente empezaron a llegar los carruajes con las familias de la vieja aristocracia castellano vasca.

Adentro, los salones estaban iluminados con colosales arañas de cristal... Las cortinas y cenefas eran de color granate. Por todas partes se desplazan o conversan en grupo las damas de la sociedad santiaguina vistiendo trajes de seda, gasa y encaje con toda clase de adornos, azabaches, lentejuelas, plumas y mostacillas. Las aplicaciones realzan la belleza de las mangas estilo "pata de cordero" o los escotes amplios que dejan lucir una alhaja preciosa.

En los salones de la *toilette*, las damas se arreglan con polvos de arroz La Veloutine Fay en colores rosa, blanco o *rachel* (crema). Estos polvos faciales están "preparados al bismuto, son adherentes y no se caen bajo el velo del sombrero. Todo lo cubren con su manto protector de lirios y rosas..."

Las damas que asistieron aquella noche al baile del Club de la Unión, podían disponer para ellas solas de peluqueros y modistas francesas que estaban a disposición para darles "el toque". Luego, en el salón principal había "flores adornadas en forma de *boutonier* con lazos de seda y hasta un faisán de dulce que parecía flotar entre los trajes de gasa y terciopelo bordado".

Todas las modas se copian de París: las etiquetas, los decires, la manera de vestirse, de caminar y hasta de sonreír.

La *jeunesse dorée* come en el Restaurant Gage, viste a la *derniere* y pasea bajo las arquerías de los portales luciendo sus brillantes zapatos de charol, sus bastones de junquillo con empuñadura de metal niquelado y sus pañuelos de seda granate —el color de la época— asomados en el bolsillo con un semidescuido estudiado.

#### EL DEPORTE, LA VIDA AL AIRE LIBRE Y LAS FLORES DE MODA

¡Qué vida! Hay que pasar el verano fuera de la ciudad. Mejor en Pichilemu, en Cartagena o en Viña del Mar. Había que poner de moda el arte de ir a la playa, como en Biarritz o en la Costa Azul, puesto que la clase baja no acude a bañarse en el mar. Hay que fundar balnearios para la clase alta, y casinos que miren a la playa y grandes hoteles con vidrieras como en Montecarlo, en Niza o en San Juan de Luz para contemplar las puestas de sol o para tenderse en las terrazas con gruesos trajes de baño de lona azul con cordonería dorada.

La moda de la navegación a vela, el tenis, el ciclismo y el golf entre la clase alta va exigiendo, cada vez más, ropa más práctica. Se empieza a poner de moda un maquillaje suave. Apenas un toque de *rouge* en los labios y polvos de arroz. También se comenzó a usar el "Cold Cream" que usaba Madame Bovary. El cabello se peinaba sencillamente levantado en un rodete sobre la cabeza y ondulado con la nueva ondulación "Marcel". ¡Como en París! Bien en alto —y para el diario— se usaban pequeños sombreros en forma de toca,

con algunos adornos para realzar como plumas del paraíso, "cuchillos de faisán", plumas de avestruz, cintas, velos de mota y rosas artificiales. También se usaron mucho las violetas. ¿No tiene acaso esta época aroma de violetas? Sobre trajes, chaquetillas, vestidos, sombreros, solapas y manguitos se usaron las "violetas imperiales"... La moda de las violetas duró toda la última década del siglo XIX y se extendió todavía a los primeros años del siglo XX. Es también la moda de los pensamientos que adornaron las tarjetas postales y de las rosas rojas de tallo largo. En Estados Unidos, un admirador ofreció a su dama docenas y docenas de aquellas larguísimas rosas de color rojo azulado, desde entonces llamada la rosa "American Beauty"... En aquellos días se solía enviar orquídeas a las actrices, aunque se las consideraba flores de nuevos ricos.

En la Calle de San Antonio, frente al Teatro Municipal, hay un carruaje estacionado. De él desciende un joven con un *bouquet* de rosas rojas del Jardín de la Pérgola de San Francisco y entra por la puerta de la "Salida de Artistas". Luego saldrá con la cantante —y con el *bouquet*— y con el coche enfilarán por la Alameda y verán pasar las casas opulentas... Las de las grandes familias en estilo morisco, como palacetes de Arabia o de la India... la de Concha y Toro en la Alameda... además de otras tradicionales y de tipo clásico, como es la de los Ñíguez en toda la cuadra de la Alameda, entre San Ignacio y Dieciocho, construida en un piso, española, a la cal, que sostiene sobre el gran portón de entrada un emblema iluminado a gas que dice "Dios y Patria".

#### EDIFICIOS IMPORTANTES. LA CONFITERÍA TORRES Y LOS ESPECTÁCULOS

Hay a ambos lados de la Alameda, palacios de estilo europeo, oriental y de corte neoclásico. Se fundan los grandes clubes sociales internacionales, se baila el *boston*, se practica el *flirt*, se juega en la Bolsa y se lava la ropa en la Lavandería Francesa.

Hay una confitería abierta, magníficamente iluminada. Acaba de inaugurarse en 1879 y presenta un aspecto muy concurrido. Se llama Confitería Torres y a ella asisten las familias elegantes de la calle Dieciocho a comprar pasteles a la salida de misa de la iglesia de San Ignacio. Los caballeros beben licores finos: Oporto dorado, Jerez Old Solera, Cognac Rare Old... Los "pijes" que acompañaron esa tarde a sus enamoradas a ver la opereta "Los Mosqueteros Grises" fuman en boquilla y las adulan mientras beben una taza de té. ¡Que bien huelen! Están de moda los perfumes de céfiro oriental, heno cortado, Ixora de África, heliotropo blanco y resedá... Es el imperio de la sofisticación, cuando se escriben versos en los abanicos, se bebe licor Benedictine de la Abadía de Fécamp y se lee a Alfred de Musset en francés. ¡Ah! ¡Las queridas señoritas de esos tiempos que adoran los bebés parisienses de loza y las bomboneras de fantasía! Si están enfermas de un diente, van a ver al doctor Clyde Macartney de la calle Agustinas. Es un dentista americano, graduado en Filadelfia, que trabaja "sin dolor y con prontitud". Aman los espectáculos circenses de calidad y asisten al Teatro Santiago a aplaudir a la Compañía Ecuestre y



de Novedades Silbón. ¿Se enamorarán tal vez en secreto de Martinet, el intrépido domador de fieras o de alguno de los Hermanos Ventura que realizan piruetas mortales en elevados trapecios?

Son muy jóvenes estas *mademoiselles* de Santiago. Muchas de ellas todavía van al Santiago College de la calle Agustinas que es el colegio de moda entre la nueva gente rica. "Este colegio tiene por objeto dar a las señoritas una educación completa, práctica y ornamental", reza el volante de la época.

#### FANTASMAS FEMENINOS BEBIENDO TÉ

En Europa, entretanto, triunfan en ese momento nuestros escultores. Son famosas en París las esculturas de Virgino Arias, cuya obra "El Descendimiento de la Cruz" ha merecido medalla de primera clase en la Exposición Internacional de la Ciudad Luz. También esculpen estatuas famosas Nicanor Plaza y la bella Rebeca Matte. Allí la vemos con un vestido de seda verde agua estampada con flores. Parece un figurín escapado de *Nouveautés Parisiennes*. Como en el cuadro de Magdalena Lemaire "El Té de las Cinco" vemos sentadas en divanes, en medio de grandes espejos dorados y cortinajes, a las mujeres de la época de Balmaceda, con sombreros y encajes de Bruselas bebiendo el té en un gran salón. Allí está precisamente doña Rebeca Bello Reyes de Matte con un traje de terciopelo rojo eminencia. También está doña Gertrudis Echeñique Mujica, la de la hacienda El Huique, en Santa Cruz, con un vestido de damasco negro con morado, salpicado de mostacillas, con larga cola y polisón. Está hablando de la estación de trenes de Colchagua, de las mistelas de apio que sirven en el fondo, de los dulces caseros, del rico y famoso dulce de castañas con nueces de Peralillo y de la hacienda "Las Palmas" de los Vicuña en Colmo, cerca de Concón a donde ha sido invitada. ¡Es tan elegante el palacio de La Alhambra de los Vicuña en la calle Compañía! Parece el escenario de un cuento de las Mil y una Noches con sus lámparas, sus mosaicos, sus *vitreaux* de todos colores y sus estatuas de negros portando faroles.

Por los salones desfilan, como queridos fantasmas, doña Mercedes Iñiguez con un traje de dos piezas en falla color café y terracota. Sus guantes son de piel de Suecia. Metidos en el cinturón o escondidos entre los pliegues de los amplios vestidos, llevaban relojitos de oro que colgaban de delgadas y finas cadenas. Las carteras eran pequeñas, de tela o cuero, con diversos compartimientos para el pañuelo, las monedas o las llaves. El tipo favorito era el "sobre", chato, plegado en forma de libro y ligeramente alargado, que se sostenía todo el tiempo con la mano izquierda mientras con la derecha enjoyada se saludaba en el salón.

Si el invierno era crudo, se usaban pieles de chinchilla, cibelina rusa, foca y oveja persa. También estaban de moda los manguitos de piel para protegerse las manos del frío. Y las que no podían comprar un abrigo de visón o chinchilla, empleaban tiras de piel para adornar el borde de un abrigo de terciopelo o paño. Las menos pudientes usaban simplemente un pompón.

Los tejidos de la época son el *foulard*, el *moaré*, el raso estampado, la sarga, la muselina y el tul. La influencia de la *Maison Callot* de París aumentó la moda de los encajes costosos. Las camisas y la ropa interior femenina eran de hilo y batista, muy bien terminadas y siempre de fibras naturales. Se usaron las sedas pálidas en tonos adamascados. Todas las enaguas llevaban una profusión de puntillas de encaje que producían un hermoso efecto —típico de la época— cuando se las levantaba hacia un costado al caminar. El *frou frou* de aquel movimiento todavía resuena en los oídos de los que recuerdan o imaginan...

A muchos les parece ver a Amalia Rodríguez de Besa con un traje de cuello alto cerrado por un camafeo romano o a la querida Carolina Iñiguez de Pereira con su elegante traje de novia, muy entallado en raso de seda con adornos de encaje color marfil... Así aparecen en los daguerrotipos, sonrientes y lejanas, como despidiéndose del mundo.

Tan teatral era ese tiempo, que al empezar el año 1891, el año de la revolución, mientras la Reina Victoria viaja por los Alpes Marítimos franceses con todo un séquito, la Reina Regente de España, Isabel II, le envía un sorprendente regalo al Papa en un gesto muy propio de esa época. El embajador de España se lo lleva y cuando el Papa León XIII abre el estuche, advierte sorprendido que se trata de un sencillo bastón de junco. El Papa lo agradece seguramente desconcertado ante tanta simplicidad. Pero apenas se apoyó sobre el bastón, un dispositivo oculto se abrió y una lluvia de monedas de oro rodó a sus pies.

#### LA VIDA PROVINCIANA EN 1891: LAS CANCIONES Y LA REVOLUCIÓN

Entretanto, la vida chilena de provincia transcurre apacible, aunque con una inquietud de fondo, porque el gobierno de Balmaceda amenaza con desmoronarse, a causa de una fuerte oposición.

En Chillán, viven las familias en las viejas casas de adobe con pilares de patagua por donde se enrosca el jazmín de España y la flor de la pluma. Allí hay una campesina cantando con una guitarra en un antiguo corredor de campo:

*Tengo yo, tengo yo para hacer cría  
una po, una pollita en mi casa  
cantandó, cantandó no más lo pasa  
y no po, y no pone todavía...*

¿Cómo se llama esta morena de ojos almendrados? Rosalba, tal vez, Tránsito, Eudisia, Herminia o Amalia... Son los nombres de la época de Balmaceda, cuando a las señoras se las llamaba "misiá".

Más al sur, se consolida la colonización alemana que había emprendido muchos años atrás Vicente Pérez Rosales. La familia de Carlos Andwanter es una de las principales, pero las hijas de los colonos no quieren casarse con alemanes, sino con chilenos de ascendencia española, más caballeros, más

hidalgos, que las buscan para amarlas y cortejarlas a la usanza latina y no como compañeras para el trabajo en un ánimo germánico de cooperación mutua.

En Valdivia hay un hermoso club frente a la plaza con amplia galería vidriada adornada con plantas de porcelana. Al frente, hay un escenario donde se realizan las veladas teatrales y musicales, verdaderos encuentros de música española, alemana y araucana: todo un crisol que va dando por resultado la formación de una nueva cultura sureña.

En la plaza valdiviana está la Iglesia de la Matriz donde se venera la Virgen del Rosario. Es una hermosa imagen de madera de rosa policromada, finalmente vestida, regalo del rey de España, Don Fernando VII, cuando la ciudad se opuso a la independencia y declaró su lealtad a la monarquía. Como en Sevilla, las venerables valdivianas forman la cofradía encargada de vestir a la imagen, confeccionar nuevas pelucas y guardar el tesoro de numerosas alhajas que tiene la Virgen.

Más al interior, en los campos de Temuco, las bodas rurales del sur, cuentan con desfile de indios que, avanzando en fila, depositan flores ante el altar, a la vez que se inclinan y hacen la señal de la cruz. El catolicismo español se ha impuesto entre los araucanos. Finalmente hay reparto de mercadería a los indios mientras sus mujeres vestidas a la usanza mapuche, besan la mano de la novia y lamentan su alejamiento.

Esa noche, los grupos se dispersarán mientras las familias más pobres de los fundos vecinos abrirán los regalos obsequiados por los dueños de la hacienda. Son cajas con pasas del Huasco, charqui, chancaca rubia para hacer sopaipillas, yerba mate, té "Sin Igual", azúcar Rosa Emilia, cebada y frangollo.

Es el 30 de agosto de 1891. El gobierno de Balmaceda ha sido derrocado. Es el triunfo completo del gobierno constitucional. El general Baquedano ha asumido el gobierno provisorio mientras las campanas de todo Santiago se alzan al vuelo como en los templos de todo Chile. La guerra civil que se había iniciado el 7 de enero de ese año, culminaba con la caída del Presidente. Días más tarde, Balmaceda se suicidará, entrando en la leyenda...

Don Jorge Montt asume como presidente. Una cálida noche de septiembre asiste toda la Junta de Gobierno al Teatro Municipal donde se va a representar la ópera "Lucía de Lammermoor" protagonizada por la soprano Adelina Padvani, el barítono Lorenzo Lalloni y el tenor Enrico Vanni. Las damas lucen cintas y escarapelas rojas en los palcos, y los jefes y oficiales constitucionalistas, sus distintivos de rigor.

Al arribo de los miembros de la Junta de Gobierno al palco presidencial, se alzó el telón, y los artistas junto con el público, entonaron la Canción Nacional. En el fondo del proscenio, se destacaba el cuadro alegórico de la libertad triunfante, personificada en una bellísima joven con el gorro frigio y batiendo la bandera chilena. La llegada de los generales Del Canto y Körner es recibida con una ovación. Posteriormente, se inicia la ópera. Todo transcurría sin contratiempos hasta que llegó la clásica escena de la locura. En el preciso momento en que la soprano se volvía loca, una joven que estaba en las localidades más altas, empezó a gritar histéricamente: "¡¡¡Viva el presidente Balmaceda!!!".

Riéndose y llorando como la cantante en escena, contoneándose en una demencia inusitada, aquella joven se había vuelto loca...

Allá lejos, en un fundo al interior de Chillán, cerca de San Carlos, en el patio de una casa olorosa a yerbabuena y a matico, una joven morena toma su guitarra y canta:

*Dicen que le hace, pero no le hace  
tan chiquitita y quiere casarse  
Dicen que le hace, le hace y le hace  
la vidá, la vidá, pero no le hace...*

Esa Navidad, la de 1891, tendrá aroma de clavel y albahaca. Muchas familias balmacedistas sentirán la muerte de su presidente en circunstancias dramáticas. Recordarán también las represalias a las familias que fueron de aquel régimen, cuando sus casas fueron saqueadas, tirándoles los pianos de cola por las ventanas.

Lentamente, el nuevo gobierno se impuso. Vinieron otra vez los rostros anhelantes. Se reabrió en Valparaíso "La Flor del Retamo" y "La Ciudad Condal". Volvieron las familias elegantes de Santiago a descansar y a mejorarse de las enfermedades nerviosas y del catarro de la vejiga a los Baños de Cauquenes, a escuchar la música en los kioscos para conciertos y a sentarse en los jardines con vista al río. La vida siguió su curso... En el vapor Kambises llegó en ese tiempo, la pila de mármol para los jardines del Congreso... Se siguieron usando los mantos bordados, la Crema de Perlas du Barry y los quitasoles. ...Y los años se sucedieron hasta nuestros días, uno a uno, como cuentas de un collar.

## EL ARIEL DE RODÓ O JUVENTUD, "HUMANO TESORO"\*

Jaime Concha

Detrás de lo que voy a exponer, hay probablemente una anécdota remota; y hay también, creo, interés por aclarar algunos aspectos del *Ariel* de Rodó. La anécdota se remonta a días juveniles, esto es, a una noche de lluvia en Concepción. Allá, bajo las aguas del Sur, se abren las puertas de un bar, sale un grupo de estudiantes a la calle y de pronto, ante el asombro de todos, uno de ellos pronuncia esta frase oracular: "La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la Vida". Miramos, los que allí estábamos, un poco asustados: en la calle desierta no había ni juventud ni vida; y, desde luego, el horizonte brillaba por su ausencia y por esencia. Sin embargo, el asombro fue aún mayor al percatarnos que el ventrílocuo de marras era un miembro — ¡nada menos! — de la despreciada casta de los leguleyos, siempre asociada, en nuestro excluyente y elitista humanismo, a todas las formas de la ignorancia y de la incultura<sup>1</sup>. Y éramos nosotros, literatos nocherniegos, los que desconocíamos la frase de Renan que, vía el *Ariel* uruguayo, había recalado en aquella ciudad sureña, después de acrisolarse, tal vez, en las asambleas masónicas, en una liturgia semanal y provinciana donde la clase media de entonces descubría, viril y pudorosamente, que el "humano tesoro" de la juventud era un privilegio incalculable que había que invertir muy bien si se quería, en la vida por venir, disponer de horizontes más bien holgados<sup>2</sup>.

El recuerdo me viene a la memoria en conexión con un interés más reciente por el libro de Rodó y por su enigmática noción de juventud. Anclada en los ciclos vitales del hombre, sin contornos sociológicos netos, la noción se presta obviamente a todos y a los peores juegos del idealismo rodoniano; pero es claro, por otra parte, que posee un contenido muy firme y que guarda una

\* Las citas corresponden a la segunda edición de *Ariel* (Montevideo, Imprenta de Dornaleche y Reyes, 1900), revisada por Rodó. Indico las páginas entre paréntesis.

<sup>1</sup> La frase, sin embargo, sigue siendo misteriosa. Que yo sepa su origen no ha sido localizado en la vasta obra de Renan. En la bien anotada edición de Brotherston, por ejemplo, no se indica la fuente (Cf. J.E. Rodó, *Ariel*, edited with an Introduction and Notes by Gordon Brotherston, Cambridge, University Press, 1967).

<sup>2</sup> Una imagen como ésta, en que la "visión de la América regenerada" se compara a una nave gótica y a su "vasto rosetón que arde en luz sobre lo austero de los muros sombríos" (pp. 143-4), debía de ser grata sin duda a quienes concurrían a las logias. En conformidad con los orígenes tradicionales y con el nombre de la institución, el contraste entre luz y sombra se implanta en el corazón del templo masónico.

posición central en el ensayo del pensador montevideano. Sin entender a fondo y en todos sus matices lo que significa juventud en *Ariel*, es difícil comprender el americanismo de Rodó. Tampoco su base ideológica, ni las particulares circunstancias a que responde su mensaje-programa. Concepto intrínsecamente problemático, el de juventud, obtiene su fuerza de ese mismo carácter, al convertirse en arco de equilibrio entre un reino de utopía y tierras nuevas, pero reales<sup>3</sup>. De este modo, las páginas que siguen toman muy en serio lo que Rodó dice de la juventud y tratan de analizar tanto su modulación conceptual como su movilización metafórica. Estas no siempre coinciden, aunque la misma discrepancia—a veces franca colisión—ilustra ya su dinamismo, ya sus aporías. Así, la ponencia está dedicada al tema de la juventud o, más exactamente, a su articulación cuatripartita con los términos afines de ideal, de porvenir y, sobre todo, de acción, con todos los cuales ella (la noción de juventud) establece una serie de correlaciones, formando un tejido ideológico flexible y sumamente funcional.

Dedicado "a la juventud de América", *Ariel* discurre entre un pórtico presidido por el numen shakespeariano y una escena final que hace juego con la primera. Entre estos breves extremos, el ensayo comprende seis secciones, que tienen que ver, I, con el tema de la juventud (y que, por supuesto, se extiende más allá de ella); II, con la defensa de la formación integral del ser humano, sin mutilaciones y por encima de la especialidad profesional; III, arguye en torno a la importancia del principio estético para la cultura y la vida social en general; la sección IV aborda la cuestión del utilitarismo moderno, pero se convierte primordialmente en una justificación (contra Renan) de la necesidad histórica de la democracia, y de su legitimidad —siempre que vaya compensada con el reconocimiento de las jerarquías y de las calidades superiores, etc.—; V, estudia a los Estados Unidos norteamericanos como exponente del "espíritu del utilitarismo", desarrollando, por partida doble, una valoración de su papel en el progreso humano y una crítica a los elementos de vulgaridad y brutalidad que han introducido en la civilización; la sección final toca el ámbito de la metrópoli (especialmente Buenos Aires) y explora las posibilidades para la creación espiritual del porvenir.

Desde Zum Felde hasta Real de Azúa, la crítica uruguaya sobre Rodó ha alcanzado una precisa conceptualización de *Ariel* al incluirlo en la categoría del discurso universitario ochocentista, discurso cuyo marco es la salutación académica y cuya fisonomía institucional corresponde o se aproxima a una

<sup>3</sup> La cita de Renan, que acabo de transcribir, figura en un párrafo muy bien estructurado que se abre con el verbo "conquistar" y concluye con "las visiones... de los conquistadores" (pp. 25-6). La conexión con la empresa española, provocada obviamente por la asociación entre descubrimiento y conquista, pone ya una nota de hispanidad. Pero ¿qué sentido tiene esta equivalencia entre juventud y conquistadores? Carente de asidero histórico, hay que verla tal vez como retórica pionera, a guisa de himno o de marcha; como esfuerzo de la voluntad, modelado en la experiencia de la exploración y de la expansión coloniales. ¿A falta de lo real, buena es la utopía!



homilía rectoral<sup>4</sup>. Al inscribir el ensayo rodoniano en este subgénero se muestra patentemente el tiempo transcurrido entre esas páginas de combate que Sarmiento dejara en su *Facundo* al promediar el siglo pasado (1845), y este texto de fin de siglo (1900), cuyas notas dominantes, casi absorbentes, son la tersura y la serenidad —emanaciones de una voz magistral que parece descender desde lo alto. Lo muscular y lo agónico de uno se ven sustituidos, en el otro, por la superficie y el valor de los contornos. Entre el panfleto antidictatorial que, día tras día, va apareciendo febrilmente en el exilio y este opúsculo pensado, pulido, repensado y mil veces vuelto a pulir, hay una distancia que no sólo refleja un cambio histórico en la región del Río de la Plata, sino que tiene que ver igualmente con los avatares del liberalismo sudamericano. O, aplicando el dicho ingenioso de un escritor guatemalteco, Cardoza y Aragón, que mucho sabía de estas cosas: mientras al argentino lo perseguían los esbirros de Rosas, al uruguayo sólo parecen perseguirlo... las erratas<sup>5</sup>. Al liberalismo combativo y heroico que erigía la civilización como principio histórico-filosófico para superar las condiciones existentes en la patria y en su época, sucede este liberalismo tolerante, que luego buscará separarse tajantemente de toda forma de jacobinismo y cuyo gesto rayano en el amaneramiento nos ha vedado por mucho tiempo la indispensable ecuanimidad para juzgarlo y evaluarlo sin *parti-pris*. Si la estrategia de Sarmiento —la parábola de su cañón— era combatir a Rosas mediante la vida de Quiroga, levantando el espectro de un caudillo regional para denunciar mejor al tirano en poder de la nación, en *Ariel* las parábolas son parte de una retórica evangélica y su curva es la curva que traza la intimidad al proyectarse *ad extra*<sup>6</sup>. Si la visión del Oriente estaba, en el argentino, ligada ideológicamente a su percepción de la barbarie americana (las hordas beduinas equivalen a la montonera gaucha, etc.), en el uruguayo su orientalismo es difuso, es apenas una zona de símbolos vagos (“cuento simbólico” llama el autor a una de sus parábolas orientales), el eco póstumo de una tradición que empezó con las *Orientales* de Hugo (182 ) y que, a fines de siglo, representa un Oriente ya domesticado, ultraliterario<sup>7</sup>. En el déficit del parangón, el signo de *Ariel* no es la lucha, sino la evolución; su constante

<sup>4</sup> De Alberto Zum Felde, v. su primera formulación en *Crítica de la literatura uruguayana* (Montevideo, Max García, 1921) y luego, con modificaciones, sus conocidos y posteriores *Proceso... e Índice...*; de Carlos Real de Azúa, v. su planteamiento más maduro en el “Prólogo a *Ariel*” de la edición Ayacucho de *Ariel* y de los *Motivos de Proteo* (Caracas, 1976, pp. IX-XXXV).

<sup>5</sup> Sobre la obsesión de Rodó por las erratas, v. Víctor Pérez Petit, *Rodó. Su vida. Su obra*, Montevideo, Claudio García y Cía. Editores, s.f., pp. 98 ss. *passim*. La primera edición de esta bien documentada biografía de Rodó es de 1918 (Montevideo, Imprenta Latina). La que cito, aunque no lleva fecha, es de 1937. Muy aumentada: 512 páginas en vez de las 325 de la primera.

<sup>6</sup> Preparando sus *Motivos de Proteo*, Rodó cita este texto evangélico: “...para los que están en la parte de afuera, todo se hace por vía de parábolas (*San Marcos*, cap. iv, v. 11)”. La mitad de la cita, levemente modificada (: “Todo se trata por parábolas”), se conservó como epígrafe del libro de 1909 (Cf. J. E. Rodó, *Obras completas*, a cargo de E. Rodríguez Monegal, Madrid, Aguilar, 1957, pp. 35 y 301).

<sup>7</sup> En el resumen elaborado por el mismo Rodó, que encabeza la sección II de *Ariel* y que no suele figurar en las ediciones corrientes (Véase *Obras completas*, cit., p. 208).

desiderátum es la armonía, no la contradicción. En el lado del más, todo lo impregna un ubicuo esteticismo, subrayado por él, ya lo recordábamos, como valor máximo de la cultura y de la vida. Cuando años más tarde se incline Rodó para contemplar retrospectivamente el *Facundo*, la pampa se le hará cuadro; y el personaje perderá sus perfiles de gaucho americano, para transfigurarse en el espectro de Macbeth. Como es fácil ver, lo mismo que en *Ariel*, Rodó vuelve aquí a shakespearizar. Es su modo de mirar las cosas americanas a través del arte, del prisma del gran arte que le permite revestir a un caudillo bárbaro y criollo con los fastos sombríos del feudalismo medieval<sup>8</sup>.

Rodó está consciente del carácter de su obra, y lo recalca a menudo: "Género de oratoria sagrada", nos dice, es el hablar a la juventud. Los vocablos de *unción*, *devoción* y la variada gama teológica con que exalta a la juventud interior, ponen énfasis en esto. Al referirse a Renan, puntualiza que "aun en el rigor del análisis, sabe poner la unción del sacerdote" (p. 73). ¿Cobertura ideológica, la de este uso lírico y edulcorado de la religión? La operación de Rodó, en este aspecto, sigue más bien una lógica de complementarios que estaba ya expresada en el título de su empresa juvenil, en la que colaboró con Pérez Petit y los hermanos Martínez Vigil: *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*. Método literario, preocupación claramente sociológica: es bueno tener en mente esta dualidad imperativa de *Ariel*, por cuanto prédica y mensaje espiritual, proyecto y programa progresistas forman, gracias a ella, un todo indiscernible. La vibración interior, el acorde aéreo se ponen al servicio de una acción, acción de reforma en gran medida, en todo caso de una acción que, en el fondo, es político-social<sup>9</sup>. Y es que, en esta conexión, *Ariel* representa una síntesis más, de las muchas que ofrece Hispanoamérica en el vértice de los siglos, entre el positivismo científico-material dominante en la segunda mitad del Diecinueve y el idealismo filosófico que repunta en las últimas décadas<sup>10</sup>, entre el laicismo a que irreversiblemente conducían la educación y las mentalidades y la franja de compensación religiosa que, por necesidad, había

<sup>8</sup> "...como Macbeth en páramo siniestro, surge a la acción del drama la sombría figura de Facundo" (Cf. *Juan María Gutiérrez y su época, Obras completas*, cit., p. 705; la versión más temprana, p. 780, es la misma).

<sup>9</sup> Hay perfecta continuidad (y coherencia, en mi opinión) entre la breve actividad de Rodó como periodista político en el diario *El Orden* (1898) y, poco después de *Ariel*, su trabajo como organizador—casi liderazgo—para unir al Partido Colorado (v. V. Pérez Petit, *Rodó...*, cit., p. 201), sin hablar de sus proyectos parlamentarios posteriores, sobre todo los que tuvieron que ver con la reforma académica y con la vida universitaria de su país (v. "Discursos parlamentarios", in J.E. Rodó, *Hombres de América*, Barcelona, Editorial Cervantes, 1920, pp. 250 ss.). En realidad, como expone muy bien Juan Marichal, toda la actividad de Rodó, tanto intelectual como práctica, gira en torno al "problema de la relación entre cultura y democracia" (cf. *Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana*, Madrid, Edics. Cátedra, 1978, p. 80).

<sup>10</sup> Sobre los aspectos filosóficos en Rodó, v. Arturo Ardao, *La filosofía en el Uruguay en el siglo XX*, México, FCE, 1956, pp. 25-44; y, especialmente, su excelente ensayo, que data de 1950, "La conciencia filosófica de Rodó", en *Etapas de la inteligencia uruguaya*, Montevideo, Universidad de la República, 1971, pp. 241-69.

que conservar en bien del equilibrio social<sup>11</sup>. Por tal función, *Ariel* da el último retoque, es corona y ornamento del edificio liberal del siglo pasado; lo afina y lo refina, dándole una dimensión de interioridad que antes no tenía. Próspero no simboliza aquí una prosperidad concreta, la que Sarmiento anhelaba antes para su patria, sino que —como nos lo advierte Rodó— “había, para el nombre, una razón y un sentido más profundos” (p. 22)<sup>12</sup>. Riqueza espiritual, tesoro de bienes culturales, prosperidad de otro tipo...

En cuanto a las circunstancias uruguayas: situado entre los regímenes militares de Latorre y de Santos y el nuevo esquema modernizador que emergerá, pocos años después, con Batlle y Ordóñez, *Ariel* va a encarnar la opción liberal moderada de su autor. En los antipodas del radicalismo violento de sus correligionarios, los dictadores colorados (mal sabor de una historia todavía fresca), Rodó va a alejarse también de los “excesos jacobinos” a que podía llevar un batllismo *troppo* plebeyo, como lo mostrará su folleto polémico de 1906. Desde *Ariel* en adelante, su preferencia será siempre de fusión, como se verá de inmediato cuando participe y encabece la tarea de unificar las fracciones contrapuestas del Partido Colorado (ver más arriba, nota 9).

Sería erróneo, sin embargo, valorar *Ariel* desde un Uruguay democrático ya estabilizado. Aunque su optimismo y brío creador sean paralelos a corrientes que se expresarán muy pronto en el orden batllista, el marco real en que se escribe y se publica *Ariel* es más bien de crisis. Crisis política y personal. La guerra civil no ha concluido en el país. Larvada o esporádica, tendrá un último estallido con el levantamiento de Aparicio Saravia, en 1904, recién iniciada la primera presidencia de Batlle<sup>13</sup>. En lo personal, investigaciones recientes en el Archivo Rodó han permitido conocer una fuerte crisis emocional en Rodó, poco antes de 1900. Es lo que él denomina su “naufragio”<sup>14</sup>. Ante este cuadro decididamente sombrío, ¿no adquieren otro cariz el optimismo del ensayo, su marmórea serenidad? Es muy posible que el símbolo de *Ariel* haya que ligarlo más bien al episodio original del drama de Shakespeare, al naufragio de *La tempestad*. Desde este ángulo y contra tal trasfondo, el espíritu del libro alcanza más densidad: es una tabla de salvación, y sus personajes tendrán valor de sobrevivientes.

Estas condiciones del discurso determinan un doble registro, un teclado doble que puede a veces perderse de vista, en la medida en que lo liso y

<sup>11</sup> Como es sabido, Rodó estudia por algún tiempo en la escuela laica “Elbio Fernández” que, según Zum Felde, fue “durante algunos años... el más acreditado centro de instrucción de la República” (*Proceso Intelectual del Uruguay*, Montevideo, Ediciones del Nuevo Mundo, 3ª ed., 1967, t. 1, p. 173; la 1ª edición de este importante libro es de 1930).

<sup>12</sup> “Prosperidad, riqueza, luces” es una tríada constante en el *Facundo* de Sarmiento. Representa sus anhelos básicos para Argentina y los requisitos esenciales de su capitalismo utópico.

<sup>13</sup> Cf. Tulio Halperín Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1979, p. 324.

<sup>14</sup> Sus crisis personales o intelectuales son de 1891 y 1894; otra, quizás, tuvo lugar en 1897 (Cf. Wilfredo Penco, *José Enrique Rodó*, Montevideo, Arca, 1978, pp. 8-10 y 73-4).

uniforme del texto rodoniano —la tersura de su forma— desvían la atención de esas constantes incisiones. Tomemos, por ejemplo, este pasaje del comienzo:

“Ariel es (...) el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado de la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia; el término ideal a que asciende la selección humana...” (p. 22).

Embriagado de tanta altura, con tantos impulsos superiores, el lector puede no advertir la minúscula frase, al parecer tan transparente: “el móvil alto y desinteresado de la acción”. Si no la opacamos con nuestra idea preconcebida del estilo de Rodó, circunscrita a un solo timbre, podemos detenernos en su peculiaridad: *móvil*, *acción*, dicen sus términos principales. Ahora bien, es posible leerlos en clave psicológica, y entender naturalmente que Rodó se refiere a motivaciones internas y superiores en la acción juvenil. Pero es posible también —y veremos que, a la luz de otros indicios, esta interpretación no es descabellada— que *móvil* y *acción* tengan aquí una carga física, una connotación derivada de la ciencia mecánica, en que brilla ya un “newtonianismo”, por así llamarlo, que no va a ser larvado ni vergonzante en el sistema de Rodó. Lo *alto*, entonces, dejará de ser una pura región espiritual, el plano de un espacio simbólico y será igualmente, ahora en sentido propio, sede física de un particular tipo de acciones, aire y medio por donde los móviles se desplazan: “el aire libre de la acción”, va a decir Rodó poco después (p. 24).

Cuando se enfrenta *Ariel* desde esta perspectiva, es bueno partir de esta paradoja cardinal: ¿Cómo es posible que un texto máximamente espiritualista dé lugar a una concepción mecánica, “newtoniana”, que subyace y la articula, por lo menos en parte?<sup>15</sup> ¿Qué implicaciones tienen, y cuál es el papel de estos fragmentos de epistemología físico-mecánica en el plan de una acción eminentemente idealista? Acercarse a esto exige una aclaración previa y, además, comprobar que existe tal zona de sentido en el libro de Rodó.

La aclaración: si por juventud entendemos, como es normal, un lapso de la vida humana que transcurre entre el fin de la adolescencia y el principio de la madurez, nunca hallamos en *Ariel* tal delimitación cronológica. Su noción de juventud discurre por otras vías, siendo las dos principales las que pueden

<sup>15</sup> Aclaro de una vez por todas que por “newtonianismo” no entiendo una lectura de Newton o un influencia directa de éste sobre Rodó. “Newtonianismo” es, más bien, el complejo intelectual (traducciones, ideas, esquemas de pensamiento y de imaginación) que se configura en Francia en la primera mitad del siglo XVIII y que constituirá una hebra decisiva en la trama de la Ilustración (v. Pierre Brunet, *L'introduction des théories de Newton en France au XVIII siècle*, París, Blanchard, 1931). Este saber, codificado y normalizado, entra en los manuales e impregna el vocabulario de la teología, de la política y de las ciencias sociales en general (v. Keith M. Baker, *Condorcet. From Natural Philosophy to Social Mathematics*, Chicago, The University of Chicago Press, 1975, pp. 7 ss.; y el libro, ya clásico, de Hélène Metzger, *Attraction universelle et religion naturelle chez quelques commentateurs anglais de Newton*, París, Hermann, 1938). Por su parte, el historiador norteamericano Richard Hofstadter ha hablado de las “mechanical metaphors” que abundan en los prohombres de la Independencia (cf. *The American Political Tradition*, New York, Vintage Books, 1973, p. 10; La 1ª ed. es de 1948).

rotularse versiones intimistas y "natural" de ella. "Espíritu de la juventud" (p. 24), "juventud del alma" (p. 31), "juventud interior" (p. 33) y expresiones similares tienden a acentuar la primera; la segunda, la juventud concebida como naturaleza, se desenvuelve en congruencia con los ritmos de las estaciones, da cabida a una serie metafórica de la tierra y de la fecundidad vegetal ("inmortal vegetación", p. 24; v. tb. p. 136) y termina convertida en instinto y espontaneidad biológica (p. 38). Menos convencional que la otra, esta versión, en vez de un *élan* ilusorio, contiene aporías objetivas. Es como si en el fondo de la intimidad juvenil, Rodó diera con una raíz instintiva; y temiendo palpar allí un estéril oquedad, la diviniza *ipso facto*, otorgándole estatuto supremo: "la sugestión divina de la Naturaleza" (*ibid.*).

Para comprobar la existencia de vestigios epistemológicos actuantes en la ideología de Rodó, elijo esta formulación inicial en que retrata a la juventud con gran densidad metafórica:

"La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza..." (p. 25).

Curiosamente, esta definición, que tiene mucho de máxima moral, está situada entre otra, aparentemente tautológica, con que empieza el párrafo, y el pasaje de Renan, arriba mencionado. Es interesante, antes que nada, observar la interacción que se produce entre las tres fórmulas en cuanto esquemas de un incipiente conceptualización.

El primero fija a la juventud como objeto de fe en sí misma. La juventud es fe en la juventud, dice en substancia esta ecuación inicial. Con lo cual vemos que comienza ya, en Rodó, un empleo sistemático de voces cargadas de significación religiosa y evangélica para hablar del tema que le importa, el de la juventud. Además, la introducción de la fe cumple aquí otro rol, implícitamente filosófico: abre la experiencia de la juventud, exteriorizándola; dicho en jerga hegeliana, la desubstancializa, transformándola de *en sí* en algo *devenido* y *para sí*. He aquí, en acto, la particular instrumentación e instrumentalización que Rodó hace de este tipo de vocablos. El despliegue de virtudes teologales no es de ningún modo fortuito ni caprichoso en *Ariel*, sino que equivale, por el contrario, a una teología en virtud del Despliegue, esto es, una forma de poner en movimiento y de dar dinamismo a la noción de juventud. La fe establece una relación de la juventud consigo misma, en cuanto mediación del deber moral: la esperanza es relación entre ella y el ideal que engendra el futuro; y la caridad (el amor tantas veces mencionado en el libro) es el haz de estas mismas relaciones, la irradiación que consolida el carácter expansivo de la juventud, al par que afina, como tendremos ocasión de ver, un substrato latente de fuerza y de energía. La juventud empieza así, con este ropaje teológico, a mostrar su condición de proceso, en que habrá de consistir la manifestación propia de su ser.

Cotejadas las fórmulas de Rodó y de Renan, es fácil verificar hasta qué grado el primero modifica a su maestro, sometiéndolo desde ahora a un cons-



tante juego de inflexiones. Mientras es claro que al francés le interesaba subrayar la dimensión de conocimiento, Rodó destaca el vínculo con los efectos de la acción: *fuerza, aplicación, responsables*.

La definición que he transcrito evita cuidadosamente dar a la juventud un perfil sociológico determinado, tratando de instituir una conciliación irreal, no sintética, de los opuestos: la juventud será obrera e inversionista a la vez, aplicará la fuerza, pero al mismo tiempo custodiará un tesoro, etc. El ideal lírico y sentimental de Darío adquiere aquí unas gotas de realidad, que lo acercan al plano de la acción humana ("divino tesoro" humanizado, a contrapelo del gusto modernista) y que hace que, a la postre, pueda relacionarse este enfoque con la situación de las capas medias intelectuales e ilustradas en cuyos hombros (en cuyas alas) descansará la administración del porvenir. Con todo —y vale la pena insistir en esto— no es ése el foco problemático de *Ariel*. El nudo y el peso de su reflexión consisten en el esfuerzo por explorar las vías de la influencia espiritual, el *cómo* distintivo de la acción artística e intelectual que busca ejercerse en la sociedad. Según ya hice notar, su paisaje es "el aire libre de la acción", por donde circulan y se desplazan fuerzas morales y estéticas a las que se quiere imprimir dirección y trayectoria, para que graviten y se proyecten sobre el cuerpo social en su conjunto<sup>16</sup>.

Este registro conceptual y léxico está presente desde el principio en el libro, pero se irá haciendo más abundante a medida que nos aproximemos y entremos en la esfera de acción del orbe norteamericano. Lo que eran briznas de fuerzas, palancas por aquí y por allá (pp. 28, 29, *passim*), acciones que se improvisan, tendrá una *eclosión amplia y definitiva* en la sección V del ensayo, destinada a evaluar el anverso y el reverso de los Estados Unidos en el curso del progreso humano<sup>17</sup>. Veamos algunos momentos en este sistema de fuerzas que allí aparece:

"Se ha observado más de una vez que las grandes evoluciones de la historia (...) son casi siempre la resultante de dos fuerzas distintas y coactuales que mantienen, por los concertados impulsos de su oposición..." (p. 104).

"En el principio la acción era" (p. 110).

"La relación entre los bienes positivos y los bienes intelectuales y morales es, pues, según la adecuada comparación de Fouillée, un nuevo aspecto de la cuestión de la equivalencia de las fuerzas que, así como permite

<sup>16</sup> De los libros en Estados Unidos nos dirá Rodó: "Las alas de sus libros ha tiempo que no llegan a la altura en que sería universalmente posible divisarlos" (p. 121).

<sup>17</sup> Es curioso esto que escribe Rodó, casi al comienzo de su libro: "Este programa... que se reserva otras veces para ser revelado en el mismo transcurso de la acción" (p. 24). ¿Cómo se debe comprender esta frase: en sentido predialéctico, semidialéctico o decididamente antidialéctico? Ambigüedades de esta lava derivan, en último término, de que Rodó entronca con un cierto hegelianismo de derecha (cita a Rosenkranz, p. 67; sus lecturas de Hegel mismo son selectivas, cf. Pérez Petit, cit., p. 291) y de que, aunque se sitúa fuera de una comprensión dialéctica de las relaciones entre teoría y práctica, ve la necesidad de reformar la democracia. ¡Todo el *quid* consiste en esto!



transformar el movimiento en calórico, permite obtener también, de las ventajas materiales, elementos de superioridad espiritual" (p. 133).

Los pasajes son de procedencia diversa, pero tienen todos una orientación común. El paralelogramo de fuerzas, que contiene la enseñanza central de la estática y de las leyes del equilibrio de los cuerpos y, según el Galileo de los *Discorsi* (1638), el principio de composición de fuerzas, el lema fáustico que Rodó retoma y reproduce de Goethe; la descripción final, que aplica a la cultura el primer principio de la termodinámica: todo ello consagra una visión basada en nociones extraídas de ciencias de la materia o en una hipóstasis de la energía humana. Curiosa crítica idealista ésta que, para condenar el materialismo moral, *id est*, el utilitarismo reinante en el Norte, recurre constantemente a las acuñaciones del materialismo científico. Y es que, en el fondo y muy a las claras, son los procesos materiales (físicos, casi siempre; en menor grado, termodinámicos, o pertenecientes a la teoría de los gases) los que suministran a Rodó el modelo único para concebir la propagación de las ideas<sup>18</sup>. Las ideas-fuerzas (*idées-forces*) de Alfred Fouillée, a quien se acaba de citar, deben de andar por ahí, pues fueron influyentes y originaron una duradera consigna en el último tercio del siglo XIX<sup>19</sup>. Y el lector de *Ariel* tendrá quizás en la memoria el par de páginas que se dedica al fenómeno de la propaganda, a la difusión de las obras intelectuales —cuando, obviamente, la palabra *propaganda* carecía aún del halo ominoso que ha venido a circundarla después:

"En el carácter de los pueblos, los dones derivados de un gusto fino, el dominio de las formas graciosas, la delicada aptitud de interesar, la virtud de hacer amables las ideas, se identifican además con el 'genio de la propaganda', —es decir: con el poderoso don de la universalidad. Bien sabido es, que en mucha parte, a la posesión de aquellos atributos escogidos, debe referirse la significación *humana* que el espíritu francés acierta a comunicar a cuanto elige y consagra—. Las ideas adquieren alas potentes y veloces, no en el helado seno de la abstracción, sino en el luminoso y cálido ambiente de la forma. Su superioridad de difusión, su prevalencia a veces, dependen de que las Gracias las hayan bañado con su luz" (pp. 67-8).

Hay, pues, una rotunda y explícita postulación de la fuerza y de la energía en la sección sobre el Norte, que en el mundo latino —esa América de abajo, susceptible de *deslatinizarse*, pues tiende a imitar a ciegas (otra forma de gravitar)

<sup>18</sup> Al hablar de Poe y de su posición en el ambiente norteamericano, Rodó escribe: "Su alma escogida representa una *partícula inasimilable* del alma nacional, que no en vano *se agitó* entre las otras con la sensación de una soledad infinita. Y, sin embargo... cuando ideó a Ligeia, la más poderosa y adorable de sus criaturas, Poe simbolizó en la *luz inextinguible* de sus ojos el himno de triunfo de la Voluntad sobre la muerte" (p. 112; el cursivo es mío). A diferencia de Sarmiento, para quien el movimiento molecular (partículas, agitarse) expresa una materialidad bárbara y asiática, Rodó recalca el proceso de una *partícula* que *se agitó* a una *luz inextinguible*... Poe es un corpúsculo luminoso, pues es un punto de espiritualidad en medio de un paisaje dominado por la energía.

<sup>19</sup> G. Brotherton subraya bien la influencia de Fouillée. *Vid. supra*, nota 1, ed. cit. (pp. 4 ss.).

a los Estados Unidos— da cabida a un tratamiento menor, apenas eufemístico. Este eufemismo latinoamericano será el reino del aire y de la luz que, en un panorama forzosamente prerrelativista, no se opone, sino que corona, el edificio newtoniano. Los hechos de la óptica, la región del aire, la luz que en ella vibra, lejos de ser una mera concreción de la voz o de la intimidad, crean una epistemología *ad hoc* para la América Latina, una franja de experiencia en que las acciones a distancia de la dinámica de Newton hallan una nueva aplicación al afectar e influir sobre otras masas, de las que ellas dependen inevitablemente, pero que no rompen la ilusión de un espíritu intocado.

En esta suavización de lo mecánico y de la energía las series ayudan, pues permiten neutralizar el peso semántico de los términos correspondientes:

“La juventud, que así significa en el alma de los individuos y de las generaciones, luz, amor, energía...” (p. 28).

Aunque leamos esta secuencia como gradación, el término final queda relativizado por lo anteriores; en virtud de la *luz* y del *amor* que la preceden, la *energía* pierde su marca energética, por decirlo de algún modo. Y esto, de lo cual es posible hallar otros ejemplos en Rodó, nos permite leer también, quizás de un modo distinto al habitual, el conocido desenlace de *Ariel*. Habla Enjorras, un discípulo juvenil de Próspero:

—“Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que, aunque ella no mira al cielo, el cielo la mira. Sobre su masa indiferente y oscura, como tierra del surco, algo desciende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de unas manos de sembrador” (pp. 155-6).

Los aspectos más insoportables del idealismo de Rodó se amontonan aquí, y parecen culminar en esta suerte de jerarquía platónica que opera sin disfraz: los astros arriba, la tierra abajo; aquí lo oscuro, allá lo luminoso; lo semoviente y lo gregario entre nosotros, etc. El platonismo, que comenzó siendo el *Ariel* psicología tripartida a lo Walter Pater (p. 22); que fue luego modificación idealista de la ley comtiana de los tres estados (pp. 142-3), termina por forjar este *happy ending* cosmológico en medio de la noche ciudadana. Sin embargo, importa reconocer los procesos de comunicación que se establecen entre ambas esferas, y la forma en que ellos se materializan. Entre las *estrellas* y la *masa* media una *vibración*, que es versión prototípica de un hacer espiritual. Es la comunicación de las ideas. Fuerza suave, energía luminosa en que se manifiesta la influencia intelectual. Las estrellas vibran, proyectando su luz sobre las masas oscuras que andan por calles de la tierra: en esta nueva modulación del progresivismo liberal, sensibilidad platónica y universo newtoniano se ensamblan inextricablemente<sup>20</sup>. Si dudas hubiera de que se trata de esto, basta volver a un pasaje levemente anterior y correlacionarlo con el desenlace:

<sup>20</sup> Por lo demás, hay perfecta compatibilidad última entre ellos, como hace tiempo expuso el libro clásico de A. Koyré. *From the Closed World to the Infinite Universe* (Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1957). Uno de los capítulos sobre Newton se titula, significativamente,

“La ciudad es fuerte y hermosa cuando sus días son algo más que la invariable repetición de un mismo eco, reflejándose indefinidamente de uno en otro círculo de una eterna espiral; cuando hay algo en ella que flota por encima de la muchedumbre; cuando entre las luces que se encienden durante las noches está la lámpara que acompaña la soledad de la vigilia inquietada por el pensamiento y en la que se incuba la idea que ha de surgir al sol del otro día convertida en el grito que congrega y la fuerza que conduce las almas” (pp. 138-9).

El panorama es el mismo, los elementos son similares. En medio de la gran ciudad, en medio de la noche urbana, los astros son astros vivos, la luz del pensamiento y de la lámpara. En la intensa visión ascensional de Rodó, la noche creadora está al servicio del día siguiente, a disposición del sol de la actividad y de la energía. *Idea, grito, fuerza*: la serie habla por sí misma, al par que explica de manera muy precisa el símbolo ulterior del “gráfico grito” de la Esperanza (p. 153), a veces mal entendido<sup>21</sup>. En esta triada en virtud de la cual la idea se transforma en fuerza, el grito hace de arco mediador entre la soledad y la calle, consolidando soberbiamente el newtonianismo espiritualista de Rodó. “La fuerza que conduce las almas” es la mejor fórmula de este sistema paradójico, único que, sin embargo, le permite dar cuenta de la acción y de la mecánica de las ideas.

A pesar de todo esto, es curioso que, después de detenerse en la ciudad moderna, vuelva Rodó a una imagen de paisaje agrario. Esas *manos de sembrador* que vibran al cerrarse *Ariel*, son bien reveladoras, pues reanudan la tenaz georgica que, desde Bello en adelante, aspira a reflejar un suelo real de América Latina durante el siglo pasado. Reiterando la idea de la juventud como fecundidad natural, hacen visible —dolorosamente visible en la vida latinoamericana— que este proyecto intelectual de educación, ilustración y cultura, fue concebido y siempre implementado como acción a distancia. Esta siembra desde lo alto, por parte de una elite urbana que tenía del campo un saber “astroológico”, se mostraba entonces como una siembra a la distancia. Los jóvenes rodonianos comenzaban a fijar, así, lo que en el transcurso del siglo venidero sería el destino de gran parte de la intelectualidad latinoamericana: arar en el aire.

Descontado este aspecto, del cual no se podría sin injusticia acusar a Rodó (los Mariátegui y los Mella no surgen todavía, Recabarren y Sandino pertenecerán a grupos sociales muy distintos), es claro que en *Ariel* se plantea un

---

“God and the World: Space, Matter, Ether and Spirit” (p. 206 ss.). Es de sobra conocida la dificultad de los principales filósofos y científicos de la época para aceptar la noción de “acción a distancia”. *Milagro perpetuo* lo llamará Leibniz, su más grande oponente, con ironía y expresividad.

<sup>21</sup> La *Esperanza* está, no se olvide, en “una vieja moneda” y fue contemplada en un “museo” (p. 152). Todos los dilemas ideológicos se concentran aquí: estructura de un tiempo noble y de un ideal renovador, moneda que es tesoro conservado y no inversión productiva, etc. La esperanza en el museo, es claro, sería un sarcasmo excesivo, que Rodó no se merece y en el cual no entiendo por qué me descarrilo.

problema bien real: ¿Cómo influir sobre los conjuntos sociales? ¿Cuál es la naturaleza de la acción intelectual? ¿Cómo es posible orientar y dirigir a las muchedumbres? Y, más restrictamente en el pensamiento de Rodó: ¿Cómo elaborar una acción que cumpla con los requisitos humanistas, que no vaya guiada por fines utilitarios? Es en este punto donde inciden las nociones correlacionadas de ideal y de porvenir, estableciendo una red conceptual notablemente rigurosa.

Más de la mitad de la sección última de *Ariel* se refiere y desarrolla la estructura del porvenir. Según esta visión, el porvenir no es algo simple ni homogéneo, pues su textura contiene, entrelazadas, una reacción ante las tendencias del presente, una dimensión muy fuerte de posteridad y, por último, el porvenir propiamente tal, en cuanto meta lejana de la acción juvenil<sup>22</sup>. Estas pulsaciones del porvenir, de onda cada vez más amplia, configuran un esquema temporal en que la acción a distancia, en vez de ser un disvalor, confirma su importancia como rasgo distintivo de la tarea cultural. De hecho —y esto es capital para bien entender *Ariel*— no hay oposición diametral de valores entre lo humano y lo útil, sino disminución o acrecentamiento de una magnitud temporal<sup>23</sup>. En la acción utilitaria, no hay intervalo de tiempo de por medio; el interés consiste en eso, en la inmediatez relativa de la acción respecto de su fin. En cambio, para la acción humana y humanista, tal como la propugna Rodó, la distancia temporal es determinante. Mientras más amplia su parábola, mientras más se proyecte su meta sobre un porvenir inaccesible, más tenderá a coincidir con la esencia desinteresada que debe distinguirla. En la acción utilitaria el tiempo tiende al límite cero; hay siempre una propensión de infinito en la actividad humanista. Variables divergentes en la economía de la acción: módulos distintos; unidades de medida inconmensurables. Desprendida del interés inmediato, filtrada y cernida por la posteridad, la acción encaminada hacia el porvenir es la única capaz de crear un presente en verdad humano. Esta gravitación del porvenir sobre el presente, esta afinidad del presente con el porvenir, es lo propio de la vida cultural, lo que justifica y legitima la acción humana entendida en el sentido de *Ariel* y de Rodó.

Ahora bien, la magnitud que establece esta separación entre el interés inmediato y la atracción por el futuro, es el ideal. El ideal es el arco de apertura, la gran curva que fija el móvil lo más distante y lejano en lo alto del horizonte. No es, como en la definición de Sartre, un fin sin los medios para conseguirlo; en Rodó el ideal es simplemente acción ideal, la acción por, mediante y a través

<sup>22</sup>Cf. p. . Esto sólo permite refutar de plano la interpretación unilateral, excluyentemente utopista, de Rodríguez Monegal (v. "El cincuentenario de *Ariel*", en *José E. Rodó en el Novecientos*, Montevideo, Número, 1950, pp. 43-5).

<sup>23</sup>El cursivo pertenece a Rodó (p. 136). Pienso que, en sentido estricto, no hay en Rodó una oposición rotunda de valores entre una concepción intrínseca y otra instrumentalista de ellos (creo que Francisco Romero, en alguna parte, leía así a *Ariel*). Aunque esta lectura no es errónea v. hasta cierto punto, natural, me parece que el énfasis de Rodó recae en diferencias de grado, de magnitud, de distancia espacial y temporal entre la acción y fin. El marco conceptual de *Ariel* no es axiológico, sino sociocultural.

de las ideas. Y es muy probable que Rodó tenga en mente, cual modelo privilegiado del fenómeno, el hecho *material e ideal* del libro, ese móvil que influye a la distancia en el tiempo y en el espacio<sup>24</sup>.

De este modo, las relaciones entre los conceptos analizados no encajan ni corresponden a una proposición gramatical simple. No es la juventud un sujeto colectivo, cuyo verbo sea la acción, dirigida a una meta última, el porvenir, gracias al complemento eficaz del ideal. Por el contrario, hay que ver este haz de relaciones más bien en términos de álgebra lineal, como una matriz, por ejemplo, en que todos sus elementos son variables interdependientes. La variación de cada uno de ellos repercute en los demás. A mayor tensión del ideal, mayor fuerza y presencia del porvenir; si aumenta la conciencia ideal del porvenir, más posible y eficaz se hará la acción juvenil, etc. En este sentido, los cuatro términos mencionados son sólo dimensiones de un mismo proceso, el movimiento cultural que renueva el presente para dar paso a una nueva fase en la evolución de las ideas.

De esta forma, crea Rodó una peculiar "física de las ideas" destinada a reconocer y a valorar la fuerza de las ideas en el funcionamiento de las sociedades. "Neoidealismo" la llama él con precisión, pues acepta y recoge los resultados del positivismo precedente —el mismo cuyo fundador había concebido la sociología como una suerte de "physique sociale". Y si su sociología es precaria, ya que oscila constantemente entre rudimentos organicistas (agrupaciones, jerarquías, orden), la nomenclatura del evolucionismo (ejemplar, tipo, especie) y un discreto chisporroteo de las "razas libres" y las "razas pensadoras", ello no obsta, por el contrario coadyuva a diseñar el perfil de la dinámica cultural que Rodó elabora y nos propone. Refractaria a identificar soportes concretos en la sociedad, ella describe el fenómeno con una pureza abstracta no exenta de elegancia y de rigor, buscando delinear la acción y los efectos de la influencia cultural. Si en *Ariel* hallamos su mecánica y su óptica, en los *Motivos de Proteo* asistiremos a un impresionante intento de *cálculo* de los efectos de lectura, como si se tratara de averiguar el instante infinitesimal del cambio. En *Ariel* esta reflexión sobre cultura y sociedad, sobre ideas y movimiento social, llega a una fórmula muy simple y rotunda, que tiene toda la fuerza de un apotegma evangélico al mismo tiempo que la sencillez de un enunciado científico: la juventud debe mover las masas. La fórmula puede gustarnos o no, pero cualquiera sea la eventualidad, habría que admitir que tuvo una vigencia indiscutible por casi tres décadas, que generó en prácticamente toda Hispanoamérica una variada gama de arielismos y que fue capaz de imprimirse (para no hablar de los grupos "arielistas" por antonomasia, los

<sup>24</sup> Ver arriba, nota 16, de donde resulta claro (o implícito) que un libro debe ser una especie de móvil, con el coeficiente espiritual de Ariel. Véase, también, la dedicatoria del mismo Rodó, de su *Ariel*, al enviárselo al venezolano César Zumeta: "Yo quisiera que este trabajo mío fuera el punto inicial de una propaganda que cundiera entre los intelectuales de América" (Yo destaco; tomo la cita de Carlos Real de Azúa en su "Prólogo..." va mencionado, p. XXI; cf. nota 4).



universitarios de siempre) tanto en la lucha gremial de profesores primarios como en más de una engolada lírica presidencial<sup>25</sup>. Por último, sería bueno preguntarse si, entre aquellos que araron en el mar en el momento de la Independencia y los que, en este siglo, han arado en el fuego, no ha habido también (acaso más de lo que se estaría dispuesto a conceder), una buena porción de arielismo —por lo menos en el sentido que he tratado de exponer.

## ADDENDUM

El apólogo del monarca oriental, que figura en la sección segunda de *Ariel*, ha dado origen a múltiples comentarios. Aquí va otro, al tenor de las ideas expuestas.

El pasaje se divide en dos partes, una que describe la comunión del rey con su pueblo, otra que muestra su aislamiento inexpugnable. La primera fase está organizada conforme a dos fuerzas contrapuestas, por lo menos en cuanto a su dirección: "hospitalidad" y "liberalidad". Ahora bien, esta "inmensa reciprocidad de confianzas" (p. 50) es descrita en términos de caída libre ("a desvanecerse tendía..., como por su propio peso, toda desventura", p. 48) y de fuerzas de atracción ("La Naturaleza sentía también la atracción de su llamado generoso...", p. 49). Los *topoi*, el mágico de Orfeo y el milagroso de San Francisco, culminan en una imagen que recuerda las mareas newtonianas: "Empinándose desde el vecino mar, como si quisieran ceñirle en un abrazo, le salpicaban las olas con su espuma" (p. 50).

La fase de la reclusión y del repliegue interior comienza con un eco de Uhland (*tierra de Uh-topía*) que activa, *significativamente*, la poderosa frase final que cierra el pasaje en su conjunto: "asilado en la última Thule de su alma" (p. 52). Según la leyenda colombina, es la tierra incógnita profetizada por Séneca y localizada muy lejos, en el extremo superior del planeta. Polo y centro, entonces: centro de atracción antes, polo de distanciamiento ahora. Pero lo digno de observarse, lo importante aquí, no es tanto la separación entre lo exterior y el interior (cosa obvia, después de todo), sino el que ambos se sitúen en un mismo eje de tensión, de orientación terráquea o geodésica. El centro que atrae, para no contaminarse con la masa atraída, se desplaza hasta ser polo. Este no es sino un centro de acción a distancia, que así se "aisla". Pero la *isla* —la "última Thule de su alma"— es nada menos que la idea preexistente de América. Nunca es más físico el idealismo de Rodó que en este "cuento simbólico" que tiene muy poco que ver con una exaltación unilateral de la intimidad.

<sup>25</sup> Los arielismos de América Latina todavía esperan su historiador. Son un capítulo apasionante de nuestra historia cultural, y un tema complejísimo en la historia de las ideas. De entre la inabarcable bibliografía (que no procede aquí esbozar), destaco la reciente y útil recopilación *El Arielismo en el Ecuador*, Quito, 1986 (El presidente a que me refiero es el intermitente y casi vitalicio José María Velasco Ibarra, que figura en este libro con dos piezas... de antología. *Ibid.*, pp. 317 ss.).



T.S. ELIOT\*  
LA TRADUCCIÓN COMO PASIÓN SECRETA

Ludwig Zeller

Tras muchos años de frecuentar libros y escribir y limar poesía uno se pregunta a veces cuál es la razón que mueve a tantos escritores a gastar años de su vida trasvasijando los tesoros de una lengua y rehaciéndolos en un nuevo molde que es la otra. No tenemos respuesta, pero aventuramos esta interrogante más allá de la traducción misma, tema admirablemente analizado por H.A. Murena en su libro *La metáfora y lo sagrado*. Dice así:

“¿A qué traducción nos referimos? ¿A la que se cumple al verter las palabras de una lengua a otra? Sin embargo, cuando saludo, reprobado, acaricio, rezo, también traduzco estados de ánimo. Si comercio, traduzco unos bienes en otros. Si enfermo, traduzco en síntomas psicofísicos un desorden hasta entonces no notado. Existir, todo lo existente, es traducción.

Traducir: *trans-ducere*, llevar más allá. Llevar algo más allá de sí. Convertir una cosa en otra. Pero convertirla a fin de que sea más plenamente lo que era, es. Se traduce un libro de un idioma a otro y para quien ignoraba el idioma original el libro, siendo el mismo, sólo ahora pasa a existir de verdad. Cuando convertimos papel moneda en oro, la riqueza potencial alcanza de tal suerte una existencia más real. El oro, a su vez, puede cobrar un grado superior de intensidad si lo cambiamos por algo que ansiábamos vivamente. Pero su valor es capaz de crecer todavía si, por ejemplo, decidimos que donar a otro eso que ansiábamos nos deparará mayor felicidad. Y así. La posibilidad y la realidad de traducir son en cualquier orden infinitas. Jamás existirá la versión definitiva de un libro a ningún idioma. Nunca se terminó, se terminará de traducir libro alguno”<sup>1</sup>.

Si me he extendido en la cita de H.A. Murena, es porque resulta difícil agregar un pensamiento más certero a lo que este poeta y ensayista argentino ha escrito, y es una lástima que este texto no sea una especie de libro de cabecera de los traductores.

Estas y otras interrogantes volvieron a mí tras revisar un viejo cuaderno de traducciones que me regalara hace años el fallecido poeta Aldo Torres<sup>2</sup>.

\* Agradecemos al escritor Santiago Mutis, director de la revista *Gradiva*, el habernos permitido publicar el siguiente texto.

<sup>1</sup> Héctor A. Murena, *La metáfora y lo sagrado*, Editorial Alfa, 1984, España.

<sup>2</sup> Aldo Torres Púa, poeta chileno nacido en Pitrufquén (1910), y muerto en un accidente en Londres en 1960.

Nos conocimos en el Ministerio de Educación de Chile, donde yo trabajaba y donde él venía casi a diario para charlar y discutir respecto a los tópicos que le apasionaban. Quizás esto fue más plausible en razón de que tanto Teba Bronstein, su mujer, como Wera Klose, con quien yo vivía, trabajaban diariamente en traducción. Fue entonces que revisamos una y otra vez estos cuadernos, a principios y mediados de los años cincuenta; en más de una oportunidad, Aldo me trajo como un presente la versión al castellano de un poema sobre el que habíamos discutido. Fue así como pude conocer más detenidamente la obra de Edith Sitwell, T.S. Eliot y otros poetas que él admiraba.

Teba Bronstein había traducido ya entonces el Libro de Monelle de Marcel Schwob, así como una biografía de E.T.A. Hoffmann. Wera, mi primera esposa, por su parte, me había embarcado con su entusiasmo contagioso para colaborar en la traducción al castellano de los románticos alemanes: Hölderlin<sup>3</sup>, Novalis, Kleist, etc. En este trato casi diario, muchas veces nuestras conversaciones con Aldo recayeron sobre traducciones a uno u otro idioma, y todo el fenómeno que esto implica. Recuerdo algunos aspectos que nos llamaron entonces la atención. Por ejemplo, la enorme influencia que ejerció sobre los poetas latinoamericanos de la época la traducción realizada por Augusto D'Halmar de los poemas de Lubicz Milosz en 1922<sup>4</sup> (¿No recitaba de memoria estos textos, con voz casi litúrgica, Pablo Neruda?) ¿Y la traducción de las *Elegías de Duino* de Rainer María Rilke realizada por el poeta Humberto Díaz Casanueva, que jamás ha sido publicada, o la versión excepcional de Rosamel del Valle de *Fata Morgana* de André Breton o de *El Hombre aproximativo* de Tristan Tzara? Todas estas obras por vez primera vertidas al español, y esto hace cuarenta años o más, cuando en España sólo se publicaban textos aprobados por la censura. Pero la suerte de cualquier obra literaria es insospechada, frágil y dependiente del ámbito en que es gestada. Así la traducción que tengo entre mis manos de gran parte de los poemas de T.S. Eliot, realizada por el poeta chileno Aldo Torres, durante los años que viviera en la ciudad de Concepción.

Cuando este amigo tan querido decidió viajar a España, huyendo de un destino verdaderamente trágico, que sería razón de otra nota, me regaló muchos de sus libros y este cuaderno de traducciones de Eliot. Él tenía una copia dactilográfica y pensaba que eventualmente se podrían publicar estas versiones en España. Sin embargo, en cartas posteriores me contó que el ambiente español puede ser bastante cerrado hacia lo latinoamericano, y que le resultaba dificultoso poder incorporarse al medio literario. Aldo era una persona de convicciones, cuya rectitud le impedía participar de juegos diplomáticos o políticos en su relación con los demás. Ni las versiones de James Joyce, Edith Sitwell ni la de T.S. Eliot llegaron a la imprenta.

Han pasado cerca de treinta años desde la muerte de este compañero,

<sup>3</sup> Friedrich Hölderlin, *Grandes elegías*, traducción de Wera y Ludwig Zeller, Editorial Universitaria, 1951, Santiago de Chile.

<sup>4</sup> O. de Lubicz Milosz, *Poemas*, selección y prólogo de Augusto D'Halmar, edición fuera de comercio, dedicada a los amigos del poeta y traductor, 1922, Madrid, España.

nacido en 1910 en Pitrufquén. Y este año de 1988 se cumple el centenario del nacimiento de T.S. Eliot, que él tanto admiraba. He revisado el viejo cuaderno y lo he dictado a la máquina. Su trabajo no desmerece en absoluto de otros, publicados posteriormente, como la edición de *Cuatro cuartetos*, en versión de Vicente Gaos, Adonais, 1951, España, o *Poesías reunidas* presentadas por José María Valverde en Alianza Tres, Madrid, 1973. En Chile hay que recordar la versión de *Miércoles de ceniza*, realizada por Jorge Elliot García y publicada en el semanario *Pro-Arte* que dirigía Enrique Bello. Existe además el libro *Los hombres huecos, y otros textos*, en traducción de Flavián Levine. Pero, toda mención de traducciones de Eliot al español tendría que iniciarse con la admirable versión de *Tierra baldía* hecha por Ángel Flores en 1930 y publicada y reeditada en múltiples antologías de poesía inglesa o norteamericana. Es de notar que *Tierra baldía* está publicada en 1922, cerca de diez años antes que Neruda editara el primer volumen de *Residencia en la tierra*. El poeta chileno conocía indudablemente este texto inglés y es curioso que nunca se haya realizado una concordancia entre *Tierra baldía* y su visión oscura del mundo y la elaboración de un nuevo estilo en *Residencias*<sup>5</sup>.

Aldo Torres solía notar incluso las fechas en que realizaba las traducciones, y este cuaderno abarca desde finales de 1948 hasta principios del año 1949. Quizás la mejor forma de rendir homenaje al poeta que ha cambiado tantos aspectos de la poesía inglesa y cuya influencia es decisiva en áreas que exceden su propio idioma, sea la publicación de estas traducciones hechas hace más de cuarenta años en la sureña ciudad de Concepción.

La versión está transcrita textualmente; sólo he modificado lo que era un obvio error de escritura. Nadie sabe hasta dónde el eco de una obra pueda llegar, y quizás estos textos encuentren finalmente al lector al que han estado destinados. No en balde Eliot mismo notaba "En mi principio está mi fin, en mi fin está mi principio". Fueron las líneas escogidas para ser grabadas en la lápida de su tumba, con un humilde ruego de oración por su alma, la de uno de los mayores poetas en lengua inglesa.

<sup>5</sup>T.S. Eliot, *Tierra baldía*, versión e introducción de Ángel Flores, 1930. Existen numerosas reediciones hechas en revistas y libros en México, Chile y Argentina.

## VIAJE DE LOS MAGOS

"Un frío regreso fue aquél,  
 en verdad el peor tiempo del año  
 para un viaje, y qué largo viaje:  
 los caminos hondos y el aire cortante,  
 la exacta desolación del invierno".  
 Y los camello desollados, hinchadas las patas, refractarios,  
 yacían echados en la nieve en fusión.  
 Por momentos sentíamos nostalgia  
 de los palacios estivales sobre las colinas, de las terrazas,  
 y las sedosas jóvenes sirviendo sorbetes.  
 Luego los camelleros maldiciendo y gruñendo  
 y huyendo, queriendo su licor y mujeres,  
 y las hogueras nocturnas apagándose, y la falta de refugio,  
 y las ciudades hostiles y los pueblos enemigos  
 y las aldeas sucias y cobrando altos precios:  
 un tiempo difícil fue aquél.  
 Al fin preferimos viajar toda la noche,  
 durmiendo a trechos  
 con las voces cantando en nuestros oídos, diciendo  
 que todo era locura.

Al alba descendimos a un valle templado,  
 húmedo, debajo del nivel de la nieve, oliente a vegetación;  
 con un corriente arroyo y una aceña golpeando la oscuridad,  
 y tres árboles contra el bajo cielo,  
 y un viejo caballo blanco en fuga al galope por el prado.  
 Después llegamos a una taberna con hojas de parra en dintel,  
 al través de una puerta abierta seis manos a los dados juegan piezas de plata  
 y los pies patean los odres vacíos de vino.

No nos dieron noticias, y así es que continuamos  
 y arribamos al atardecer, ni un instante antes de tiempo  
 encontrando el lugar (por así decir) satisfactorio.

Todo esto sucedió hace largo tiempo, yo lo recuerdo  
 y lo haría otra vez, pero estableced  
 esto, estableced  
 esto: ¿nos guiaba ese camino hacia  
 Nacimiento o Muerte? hubo un Nacimiento, ciertamente,  
 teníamos evidencias y ninguna duda. Yo había visto nacimiento y muerte,  
 pero había creído que eran diferentes; aquel Nacimiento fue  
 dura y amarga agonía por nosotros, como la Muerte, nuestra muerte.  
 Regresamos a nuestras tierras, a estos Reinos,

pero sin más tranquilidad aquí, en la antigua dispensación,  
con un pueblo extranjero aferrándose a sus dioses.  
Yo estaría feliz con otra muerte.

*Traducción: Aldo Torres (6 de febrero, 1949).*

## MARINA

*Quis hic locus, quae  
regio, quae mundi plaga?  
¿Qué lugar es éste, qué región, qué parte  
del mundo?*

*Séneca. Hércules Furens, V, 1138.*

Qué mares qué playas qué rocas grises y qué islas  
qué agua lamiendo la proa  
y fragancia de pinos y el tordo de los bosques cantando entre la niebla  
qué imágenes vuelven  
oh mi hija.

Aquellos que afilan el diente del perro, significando  
muerte  
aquellos que brillan con la gloria del colibrí, significando  
muerte  
aquellos que se sientan en la pocilga del contento, significado  
muerte  
aquellos que padecen la distracción de los animales, significando  
muerte

Se han vuelto insubstanciales, reducidos por un viento  
un aliento de pinos, la niebla del canto silvestre  
por esta gracia disuelta en el espacio.

Qué cara es ésta, menos clara y más clara  
el puso en el brazo, menos fuerte y más fuerte—  
¿dados o prestados? más distantes que las estrellas y más cercanos que el ojo  
susurros y risitas entre las hojas y pies veloces  
bajo el sueño, donde todas las aguas se encuentran.

Bauprés hendido por el hielo y pintura agrietada por el calor.  
Yo hice esto, lo he olvidado  
y recuerdo.

El aparejo frágil y las velas podridas  
entre un mes de junio y otro septiembre.  
Este no saber, semiconsciente, ignorado, lo hice mío.  
La traca de la tabla de la quilla hace agua, las juntas necesitan calafateo.  
Esta forma, esta cara, esta vida  
viviendo para vivir en un mundo de tiempo superior a mí; dejadme



ceder mi vida por esta vida, mi palabra por aquella no formulada,  
lo resucitado, labios rotos, la esperanza,  
las nuevas embarcaciones.

Qué mares qué playas qué islas de granito hacia mis maderas  
y el tordo selvático clamando entre la niebla  
mi hija.

*Traducción: Aldo Torres (febrero 194*

## UN CANTO PARA SIMEÓN

Señor, los jacintos romanos florecen en maceteros y  
el sol de invierno serpea junto a los cerros nevados;  
la porfiada estación ha persistido.

Mi vida es ligera, a la espera del viento de la muerte,  
como una pluma en el dorso de mi mano.

El polvo en la luz del sol y la memoria en los rincones  
esperan al viento que tiritita hacia la tierra muerta.

Concédenos tu paz.

He caminado muchos años por esta ciudad,  
mantuve la fe y el ayuno, auxilié a los pobres,  
he dado y tomado honor y alivio.

Nunca nadie se fue rechazado de mi puerta.

¿Quién recordará mi casa, dónde vivirán los hijos de mis hijos  
cuando llegue el tiempo de la aflicción?

Se refugiarán en el sendero de las cabras, y en el hogar de la zorra,  
huyendo de las caras extrañas y de las palabras extrañas.

Antes del tiempo de las cuerdas, de los castigos y la lamentación  
concédenos tu paz.

Antes de las estaciones de la montaña de la desolación,  
antes de la indubitable hora de la aflicción maternal,  
ahora en esta estación del nacimiento de la enfermedad,  
deja que el Niño, la Palabra aún silenciosa y no formulada,  
conceda la consolación de Israel  
a uno que tiene ochenta años y ningún mañana.

Conforme a tu palabra.

Ellos te adorarán a ti y sufrirán en cada generación  
con gloria y escarnio,

luz sobre luz, remontando la escalera de los santos.

No para mí el martirio, el éxtasis del pensamiento y la oración,  
no para mí la final visión.

Concédeme tu paz.

(Y una espada traspasará tu corazón,

también el tuyo).

Estoy cansado con mi propia vida y las vidas de aquellos que me siguen,  
estoy muriendo con mi propia muerte y las muertes de aquellos que me siguen.  
Deja partir a tu siervo,  
habiendo visto tu salvación.

*Traducción: Aldo Torres (1949)*

## ÚLTIMOS OJOS QUE YO VI CON LÁGRIMAS

Últimos ojos que yo vi con lágrimas  
en la separación  
en el reino del sueño de la muerte  
la adorada visión reaparece  
los ojos veo pero no las lágrimas  
es esta mi aflicción.

Es esta mi aflicción  
ojos que no veré de nuevo  
ojos de decisión  
ojos que no he de ver  
a menos que en la puerta  
del otro reino de la muerte  
en donde, como en éste,  
los ojos sobreviven un instante  
las lágrimas perduren un momento  
y en el escarnio nos sostengan.

*Traducción: Aldo Torres (1949)*

## LOS HOMBRES HUECOS

I

Somos los hombres huecos  
somos los hombres rellenos  
mutuamente agrupados  
yelmo lleno de paja. ¡Ay!  
Nuestras voces secas, cuando  
entre nosotros cuchicheamos  
son tranquilas y sin significado  
como el viento en el pasto seco  
o como patas de ratas sobre vidrios rotos  
en nuestro sótano seco.

Modelo sin forma, matiz sin color,  
 fuerza paralizada, ademán sin movimiento;  
 aquellos que han cruzado  
 con los ojos fijos hacia el otro Reino de la muerte  
 nos recuerdan —acaso— no como perdidas  
 almas violentas, pero sólo  
 como los hombres huecos  
 los hombres rellenos.

## II

Ojos que no me atrevo a encontrar en sueños  
 en el reino del sueño de la muerte  
 precisamente no aparecen:  
 ved, los ojos son  
 luz solar sobre una columna rota  
 ved, un árbol se mece  
 y hay voces  
 cantando en el viento  
 más distantes y más solemnes  
 que una estrella que cae.  
 No me dejéis más cerca  
 en el reino del sueño de la muerte  
 dejadme usar también  
 aquellos disfraces deliberados  
 chaqueta de ratón, piel de cuervo, maderos cruzados  
 en un campo  
 comportándose según el viento  
 no más cerca—  
 No el encuentro final  
 en el reino crepuscular.

## III

Esta es la tierra muerta  
 esta es la tierra del cactus  
 aquí las imágenes de piedra  
 se alzan, aquí reciben  
 la súplica de la mano de un hombre muerto  
 bajo el titilar de una estrella que cae.  
 Es así como esto  
 en el otro reino de la muerte  
 despertar solos  
 a la hora en que estamos  
 temblando de ternura

labios que debieron besar  
formulan oraciones ante una piedra rota.

## IV

Los ojos no están aquí  
no hay ojos aquí  
en este valle de estrellas moribundas  
en este valle cóncavo  
esta quijada rota de nuestro reino perdido  
en este postrer lugar de reuniones  
andamos a tientas juntos  
y evitamos la palabra  
congregados sobre esta ribera del tímido río  
ciego, al menos  
que los ojos reaparezcan  
como la estrella perpetua  
multifoliada rosa  
del reino crepuscular de la muerte  
la esperanza tan sólo  
de hombres vacíos.

## V

Aquí va la ronda de la pera espinuda  
la pera espinuda la pera espinuda  
aquí va la ronda de la pera espinuda  
a las cinco de la mañana.

Entre la idea  
y la realidad  
entre el movimiento  
y el acto  
cae la Sombra

Porque tuyo es el reino

Entre la concepción  
y la creación  
entre la emoción  
y la réplica  
cae la Sombra

La vida es muy larga

Entre el deseo  
y el espasmo  
entre la potencia  
y la existencia  
entre la esencia

y la descendencia  
cae la Sombra

Porque tuyo es el reino

Porque tuyo es  
la vida es  
porque tuyo es el

Este es el modo como el mundo acaba  
este es el modo como el mundo acaba  
este es el modo como el mundo acaba  
no a bofetón sino a gemido.

*Traducción: Aldo Torres (5 de enero de 1949 al 14 de febrero de 1949. Concepción).*

## MIÉRCOLES DE CENIZA

### I

Porque yo no espero volver otra vez  
porque yo no espero  
porque yo no espero volver  
deseando el don de este hombre y el objetivo de aquél  
ya no me esfuerzo por esforzarme a hacer semejantes cosas  
(¿por qué debería el águila vieja desplegar sus alas?)  
¿por qué debería llorar yo  
por el poder desaparecido del reino usual?

Porque yo no espero conocer otra vez  
la gloria inestable de la hora positiva  
porque yo no creo  
porque sé que no conoceré  
el único verdadero poder transitorio  
porque yo no puedo beber  
ahí, donde los árboles florecen y los arroyos fluyen,  
porque nada existe otra vez

Porque yo sé que el tiempo siempre es tiempo  
y el espacio es siempre y solamente espacio  
y lo actual es actual sólo por una vez  
y sólo en un espacio  
yo me regocijo de que las cosas sean como son y  
yo renuncio a la cara bendecida  
y renuncio a la voz  
porque yo no puedo esperar volver otra vez  
en consecuencia yo me regocijo, teniendo que construir algo  
sobre lo cual regocijarme  
y rogar a Dios que tenga misericordia de nosotros



y ruego que yo pueda olvidar  
 estas materias que conmigo discuto tanto  
 tanto explico  
 porque yo no espero volver otra vez  
 dejad que estas palabras respondan  
 por lo que está hecho, no para hacerlo de nuevo  
 que el juicio no sea muy duro para nosotros  
 Porque estas alas ya no son alas para volar  
 sino meramente abanicos para batir el aire  
 el aire de ahora es completamente pequeño y seco  
 más pequeño y más seco que la voluntad  
 enseñanos a preocuparnos y a despreocuparnos  
 enseñanos a sentarnos tranquilos  
 Ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte  
 ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte.

## II

Señora, tres blancos leopardos se sentaron debajo del enebro  
 en la frescura del día, habiéndose satisfecho hasta la saciedad  
 con mis piernas mi corazón mi hígado y cuanto estaba contenido  
 en la hueca esfera de mi cráneo. Y dijo Dios  
 ¿morirán estos huesos? ¿vivirán  
 estos huesos? Y lo que estaba contenido  
 en los huesos (que ya estaban secos) dijo gorjeando:  
 por la bondad de esta Señora  
 y por su amabilidad, y porque  
 ella honra a la Virgen en meditación,  
 nosotros brillamos con resplandor. Y yo que estoy aquí disimulado  
 ofrezco mis hechos al olvido, y mi amor  
 a la posteridad del desierto y al fruto de la calabaza.

Es esto lo que restablece  
 mis intestinos los nervios de mi ojos y las partes indigestibles  
 que los leopardos rechazan. La Señora se aparta  
 con túnica blanca, para la contemplación, con túnica blanca.  
 Que la blancura de los huesos equivalga al olvido.  
 No hay vida en ellos. Como soy olvidado  
 y sería olvidado, así olvidaría yo  
 de este modo consagrado, concentrado en mi propósito. Y dijo Dios  
 profecía para el viento, para el viento tan sólo porque tan sólo  
 el viento escuchará. Y los huesos cantaron gorjeando  
 con la carga de la langosta, diciendo.

Señora de los silencios  
 serena y angustiada

desgarrada y muy entera  
 rosa del recuerdo  
 rosa del olvido  
 exhausta y vivificadora  
 atormentada y tranquila  
 la simple Rosa  
 es ahora el Jardín  
 donde todo amor termina  
 termina el tormento  
 del amor insatisfecho  
 el más grande tormento  
 del amor satisfecho  
 fin de lo sin fin  
 viaje sin término  
 conclusión de todo aquello  
 que no concluye  
 discurso sin palabras y  
 palabras de ningún discurso  
 bendita sea la Madre  
 por el jardín  
 donde todo amor termina.

Bajo el enebro los huesos cantaron, desparramados y brillando  
 somos felices de estar desparramados, hicimos poco bien el uno al otro,  
 bajo un árbol en la frescura del día, con la bendición de la arena,  
 olvidándose ellos mismos de unos a otros, unidos  
 en la quietud del desierto. Esta es la tierra que tú  
 dividirás por lotes. Y ni la división ni la unidad  
 importan. Esta es la tierra. Tenemos nuestra herencia.

## III

En la primera vuelta de la segunda escalera  
 yo me volví y vi debajo  
 la misma forma torcida sobre la balaustrada  
 bajo el vapor en el aire fétido  
 luchando con el demonio de las escaleras que usa  
 el engañoso rostro de la esperanza y la desesperanza.

En la segunda vuelta de la segunda escalera  
 yo los dejé torciéndose, dando vueltas debajo;  
 no había más rostros y la escalera estaba a oscuras  
 húmeda, mellada como la boca babeante de un viejo, sin arreglo,  
 o como el dentado gonzate de un viejo tiburón.

En la primera vuelta de la tercera escalera  
 había una ventana golpeada ventruda como la higuera

y más allá del espino florido y una escena pastoril  
 la figura de anchas espaldas vestida de azul y verde  
 hechizaba al tiempo de mayo con una flauta antigua.  
 El cabello al viento es dulce, cabello castaño sobre la boca soplada,  
 lilas y cabellos castaños;  
 distracción, música de la flauta, pausas y pasos del cerebro sobre la tercera  
 /escalera,  
 debilitándose, debilitándose; vigor lejos de la esperanza y la desesperanza  
 subiendo la tercera escalera.

Señor, yo nada valgo  
 Señor, yo nada valgo  
 pero solamente digo la palabra.

## IV

Quién pasó entre el violeta y el violeta  
 quién pasó entre  
 entre las varias hileras de variado verde  
 vestido de blanco y azul, en los colores de María,  
 hablando de cosas triviales  
 en ignorancia y en conocimiento del dolor eterno  
 quién se movía entre los otros a medida que ellos caminaban  
 quién hizo entonces fuentes las fuentes e hizo frescos los arroyos.  
 Refrescó la seca roca e hizo estable la arena  
 vestido de azul de espuela, azul de los colores de María  
 sovegna vos.

Aquí están los años que pasan entre llevándose  
 los violines y las flautas, restaurando  
 a uno que se mueva en el tiempo entre el sueño y el despertar, usando.  
 Blanca luz envuelta, forrada a su alrededor, envuelta.  
 Los años nuevos pasan, restaurando  
 al través de una brillante nube de lágrimas, los años, restaurando.  
 Con un nuevo verso la rima antigua. Redimid  
 al tiempo. Redimid  
 la visión irreal del sueño más alto  
 mientras enjoyados unicornios arrastran el féretro dorado.  
 La silenciosa hermana velada de blanco y azul  
 entre los tejos, detrás del dios del jardín,  
 cuya flauta está sin aliento, inclinó su cabeza, hizo una señal  
 pero no pronunció palabra.

Pero la fuente alzó su penacho y el pájaro dejó caer su canto  
 redimid al tiempo, redimid al sueño  
 el testimonio de la palabra inaudible, inefable  
 hasta que el viento arranque mis suspiros del tejo.

Y después de esto nuestro exilio.

## V

Si la palabra perdida está perdida, si la palabra gastada está gastada  
 si la inaudible, inefable  
 palabra es inefable, inaudible;  
 aun en la inefable palabra, la Palabra inaudible,  
 la Palabra sin palabras, la Palabra dentro  
 del mundo y para el mundo; y la luz brilló en la oscuridad y  
 contra el Mundo el inquieto mundo aún giró  
 alrededor del centro de la Palabra silenciosa.

Oh mi pueblo, qué os hice a vosotros.

¿En dónde la palabra estará, en dónde la palabra  
 sonará? No aquí, que no hay silencio bastante  
 no en el mar no en las islas, no  
 en tierra firme, en el desierto o en la parte lluviosa,  
 para aquellos que caminan en la oscuridad  
 en el día y en la noche  
 el tiempo preciso y el espacio preciso no están aquí  
 no hay espacio de la gracia para aquellos que rehuyen el rostro  
 no hay tiempo de regocijo para aquellos que van entre el bullicio y niegan la  
 voz.

¿Suplicará la velada hermana por  
 aquellos que andan en la oscuridad, que te eligen y te resisten,  
 aquellos que son desgarrados entre estación y estación, tiempo y tiempo, entre  
 hora y hora, palabra, fuerza y fuerza, aquellos que yacen  
 en la oscuridad? ¿Suplicará la velada hermana  
 por los niños en la puerta  
 que no se habrán de ir y no pueden suplicar?  
 suplicad por aquellos que eligen y resisten

Oh mi pueblo, qué os hice a vosotros.

¿Accederá la velada hermana entre los esbeltos  
 tejos a suplicar por aquellos que la ofenden  
 y están aterrorizados y no pueden someterse  
 y afirmar ante el mundo y niegan entre las rocas  
 en el último desierto entre las últimas rocas azules  
 el desierto en el jardín el jardín en el desierto  
 de la sequía, escupiendo la seca semilla de manzana?

Oh mi pueblo.

## VI

Aun cuando yo no espero volver otra vez  
 aun cuando yo no espero

aun cuando yo no espero volver.

Vacilando entre las ganancias y las pérdidas  
en este breve tránsito donde los sueños cruzan  
el crepúsculo ensoñado entre nacimiento y muerte  
(padre, bendíceme) aun cuando no deseo desear estas cosas  
desde la ancha ventana hacia la playa de granito  
las blancas velas aún vuelan mar afuera, volando mar afuera  
alas intactas.

Y el corazón perdido se endereza y regocija  
en la lira perdida y las perdidas voces del mar  
y el espíritu débil se apresura a rebelarse  
por la encorvada vara dorada y el perdido olor del mar  
se apresura a restaurar

el grito de la codorniz y el inquieto chorlito  
y el ojo ciego crea  
las formas vacías entre las puertas de marfil  
y el olor renueva el salado sabor de la tierra arenosa.

Este es el tiempo de tensión entre el morir y el nacimiento  
el espacio de la soledad en donde tres sueños cruzan  
entre rocas azules

pero cuando las voces del sacudido tejo se alejen  
dejad que al otro tejo se le sacuda y repliquen.

Bendita hermana, sagrada madre, espíritu de la fuente, espíritu del jardín  
no permitas que nos engañemos a nosotros mismos con la falsedad  
enseñanos a preocuparnos y a despreocuparnos  
enseñanos a sentarnos tranquilos

aun entre las rocas, nuestra paz en Su voluntad  
y aun entre estas rocas

hermana, madre

y espíritu del río, espíritu del mar,  
no permitas que me separe.

Y deja que mi clamor llegue hasta ti.

*Traducción: Aldo Torres, febrero 1949, Concepción.*



# JOSÉ ORTEGA Y GASSET. UNA ENTREVISTA PÓSTUMA

Alfonso Calderón

—¿Cuál es el género ideal de vida y en qué época le hubiera gustado vivir?

—Cada época humana tiene la nobleza puesta sobre un género peculiar de vida; a haber nacido en el siglo XII me hubiera yo preocupado de hacerme unos soberbios bíceps o bicipites con qué dar y parar linternazos... Pero ya que no ha podido ser me dedico a hacerme unos bíceps lógicos y a filosofar en, de, con, por, sin, sobre.

—¿Cómo ve los nuevos tiempos que se avecinan?

—Es forzoso volver a hacer pie, a tocar realidad, tierra, a arraigar en algo absoluto, a hincarse en algo duro del universo. Pero esto quiere decir *ineludible e inequívocamente* que el tiempo nuevo no es literatura, ni música ni film, sino pensamiento.

—¿Cómo es la vida de un intelectual?

—La vida del gran intelectual en nuestro país ha sido siempre un feroz desamparo, sobre todo del más importante, que es el comienza con la muerte. Mientras uno vive, al fin y al cabo, siquiera uno se ampara, pero el hombre que ha dado su ser a crear lo que va a quedar, cuando muere, no puede ya ampararse y queda postergado a la incompreensión, estupidez y bellaquería de la posteridad.

—Usted se ha pasado la vida meditando acerca de la cultura. ¿Cuál sería una definición posible de ella?

—Entendamos por cultura lo que es más discreto: un sistema de actitudes ante la vida que tenga sentido, coherencia, eficacia. La vida es primeramente un conjunto de problemas esenciales a que el hombre responde con un conjunto de soluciones: la cultura.

—¿Debe la Universidad aislarse del mundo y persistir en su ser claustral, o requiere, para existir de veras, entrar significativamente en un haz de relaciones con el mundo real?

—No sólo necesita contacto permanente con la ciencia, so pena de anquilosarse. Necesita también contacto con la existencia pública, con la realidad histórica, con el presente, que es siempre un *integrum* y sólo se puede tomar en totalidad, sin amputaciones *ad usum delphinis*. La Universidad tiene que estar también abierta a la plena actualidad; más aún, tiene que estar en medio de ella, sumergido en ella.

—¿No es usted, en ocasiones, demasiado tradicionalista?

—Soy un hombre que ama verdaderamente el pasado. Los tradicionalistas, en cambio, no le aman: quieren que no sea pasado, sino presente.

—¿Cómo definiría a un conservador?

—Prefiere el pasado al futuro. Se apoya en las fuerzas menos ágiles de la nación y más culpables del fracaso. Enaltece la ficción legal. No quiere ensayar, sino hacer palingenesis. Prolonga el culto insincero de los valores más falsos y arcaicos. Fía todo del principio de autoridad en un pueblo que tiene derecho exuberante a quejarse.

—¿Usted ha escrito que América está grave?

—...América atraviesa hoy una enfermedad grave que consiste precisamente en creer que Europa está en decadencia.

—¿Qué solución propone para la enfermedad?

—Nada urge tanto en Sudamérica como una general estrangulación del énfasis.

—¿Cuál sería el secreto para examinar la salud política de una nación?

—No hay salud política cuando el gobierno no gobierna con la adhesión activa de las mayorías sociales.

—En sus ideas políticas, usted solía expresar su admiración por Mirabeau, en quien veía al "organizador nato". ¿Por qué?

—Donde llegaba ponía orden, síntoma supremo del gran político. Ponía orden en el buen sentido de la palabra, que excluye como ingredientes normales policía y bayonetas. Orden no es una presión que desde fuera se ejerce sobre la sociedad, sino un equilibrio que se suscita en su interior.

—¿Cuál es su modelo político ideal?

—La forma que en política ha representado la más alta voluntad de convivencia es la democracia liberal. Ella lleva al extremo la resolución de contar con el prójimo y es prototipo de la "acción indirecta". El liberalismo es el principio de derecho político según el cual el Poder público, no obstante ser omnipotente, se limita a sí mismo y procura, aun a su costa, dejar hueco en el Estado que él impera para que puedan vivir los que ni piensan ni sienten como él, es decir, como los más fuertes, como la mayoría. El liberalismo —conviene hoy recordar esto— es la suprema generosidad: es el derecho que la mayoría otorga a las minorías y es, por tanto, el más noble grito que ha sonado en el planeta.

—¿De qué cosas o principios se arrepiente y desearía hoy apartar de usted?

—Apartarme cada vez más de la dirección nacionalista: el prejuicio Nación es un octavo pecado capital... Cuando he escrito *nación* en algún artículo, debí poner *pueblo*...

—¿No es sólo cuestión de palabras y todo se vuelve dilema semántico?

—Conversar sobre cualquier tema importante es hoy sobremana difícil, porque las palabras mismas han perdido su sentido eficaz. Como acontece siempre al fin de un ciclo cultural, los vocablos de las lenguas están todos envilecidos y se han vuelto equívocos. Las dos únicas palabras que conservaban algún prestigio —cárcel y muerte— hoy ya no significan nada, porque se ha llevado a la cárcel por los motivos más opuestos y más fútiles, porque se ha asesinado bajo todos los pretextos.

—¿Y si todos, por temor a las palabras o a la autoridad, callan?

—Yo también he callado —y muy radicalmente— durante todo ese tiempo, porque en España no podía hablar y fuera de España no quería hablar...

—*La ciencia parece de continuo un prodigio. ¿Le parece lícito admitir que es el valor más alto de la civilización?*

—No seamos *paletos* de la ciencia. La ciencia es el mayor portento humano; pero por encima de ella está la vida humana misma que la hace posible. De aquí que un crimen contra la contradicciones elementales de ésta no puede ser compensado por aquella.

—*Una de sus preocupaciones permanentes consiste en formular una "idea" de la Universidad. ¿Cuál es la tarea básica que usted exige a esta institución?*

—Es ineludible crear de nuevo en la Universidad la enseñanza de la cultura o sistema de las ideas vivas que el tiempo posee. Esa es la tarea universitaria radical. Eso tiene que ser antes y más que ninguna otra cosa la Universidad.

—*Entre sus fórmulas directas figura, ya acuñada, la noción del repertorio de las "ideas vivas", que usted menciona aquí. ¿Qué relación estricta tienen con el "tiempo" histórico?*

—Cultura es el sistema de ideas vivas que cada tiempo posee. Mejor: el sistema de ideas *desde* las cuales el tiempo vive. Porque no hay remedio ni evasión posible: el hombre vive siempre desde unas ideas determinadas, que constituyen el duelo donde se apoya su existencia. Esas que llamo "ideas vivas o de que se vive" son, ni más ni menos, el repertorio de muestras *objetivas*, convicciones sobre lo que es el mundo y son los prójimos, sobre la jerarquía de los valores que tienen las cosas y las acciones: "cuáles son más estimables, cuáles son menos".

—*¿Puede el hombre vivir pensando a contrapelo de su tiempo vital, sufriendo la permanencia de las ideas del pasado como tales, a modo de privilegio?*

—La casi totalidad de sus convicciones o "ideas" no se las fabrica robinsonescamente el individuo, sino que las recibe de su medio histórico, de su tiempo. En éste se dan, naturalmente, sistemas de convicciones muy distintos. Uno son supervivencia herrumbrosa y torpe de otros tiempos. Pero hay siempre un sistema de ideas vivas que registra el nivel superior del tiempo; un sistema que es plenamente actual. Ese sistema es la cultura. Quien queda por debajo de él, quien viva de ideas arcaicas, se condena a una vida menor, más difícil, penosa y tosca. Es el caso del hombre o del pueblo inculto. Su existencia va en carreta, mientras a la vera pasan otras en poderosos automóviles. Tiene aquella una idea del mundo menos certera, rica y aguda que éstas. Al quedar el hombre bajo el nivel vital de un tiempo se convierte —relativamente— en un *infrahombre*.

—*Da la impresión de que ha llegado la era de la invasión de un pensamiento que se justifica en sí mismo, más allá de toda salvaguardia ética. ¿No es eso un peligro?*

—Chateaubriand: que tenía mucho más talento y era mucho más profundo de lo que la estúpida crítica literaria de los últimos ochenta años, reconoce, decía ya: *L'invasion des idées a succédé à l'invasion des barbares. La civilisation actuelle décompasée se perde en elle même.*

La economía, la técnica, facilidades que el hombre inventa, le han puesto

hoy cerca y amenazan estrangularle. Las ciencias, al engrosar fabulosamente y multiplicarse y especializarse, rebosan las capacidades de adquisición que el hombre posee y le acongojan y oprimen como plagas de la naturaleza. Está el hombre en peligro de convertirse en esclavo de sus ciencias. El estudio no es ya el *otium*, la *sjolé*, que fue en Grecia; empieza ya a inundar la vida del hombre y rebosar sus límites. La inversión característica de la rebelión contra un creador de las creaciones humanas es ya inminente: en vez de estudiar para vivir va a tener que vivir para estudiar.

—*Si usted volviera a ser el "joven Ortega", ¿qué diría analizándose?*

—Lo único que tengo que perder es un poco de pedantería; pero esto no procede de falta de conocimiento de la vida, sino de propia mina y veta y tal vez de educación. Es lo único que me han hecho los jesuitas: tímido y pedante.

—*¿Cómo se definiría al término de una vida, en más palabras de las que solicitan la conmemoración o el epitafio?*

—Yo no soy más que un meditador independiente y algo díscolo, un estudioso de ideas, un incitador hacia la vida que ha eludido siempre toda representación oficial y toda magistratura para mantenerme libre y ágil al servicio de mi apasionada misión, la cual se asemeja un poco a la de aquel personaje de los libros hebreos que iba por los caminos y cañadas, que daba vueltas en torno a los muros de las ciudades voceando: "¡Ay de ti, Sión! ¡Ay de tus mujeres y de tus hijos, si te olvidas del espíritu!". Hasta que un día, desde una almena, arrojan una piedra que golpea su sien y cae entonces gritando: "¡Ay de mí!".

## CLARICE LISPECTOR: FRAGMENTOS DE UN DICCIONARIO ÍNTIMO

*Consuelo Miranda*

"A coisa mais difícil de ser  
fazer deve ser escrever um dicionário.  
Porque na verdade, não há sinónimos.  
Y não há uma explicação possível".

CLARICE LISPECTOR

Alrededor del diccionario hay dos categorías extremas: los amantes y los destructores. Al parecer el diccionario no acepta posiciones intermedias, las cuales están divididas entre los mismos escritores. Es en el caso específico del escritor, donde el diccionario manifiesta sus grandes desafíos, porque encierra los misterios lingüísticos y la esencia de las palabras. Es decir, el diccionario, es la biblia del escritor. Al mismo tiempo, pretende dar definiciones concretas y lógicas, a un universo donde lo imaginativo y lo abstracto constituyen lo primordial. De ahí, entonces, que el escritor se rebele y tome, muchas veces, una posición contraria.

Sin embargo, a pesar de los aspectos lingüísticos, psicológicos y ontológicos que rodean al diccionario, éste existe en el mundo personal y técnico del escritor, no sólo como parte de un gran desafío, sino como un colaborador. Y como toda actitud importante requiere de reciprocidad, el escritor le retribuye con una devoción definitiva. En esa primera etapa de aprendizaje, entre ambos, existe una dependencia extrema y contradictoria: el escritor es humillado y seducido al mismo tiempo.

En una etapa posterior, el escritor quiere romper con esa relación obsesiva declarando su propia independencia. ¿Qué escritor no anhela hacer del diccionario su máxima expresión? ¿Acaso no es en el hallazgo con los nombres y las definiciones donde se aprehende la esencia de la cosa misma? Todo acto maduro desarrolla una actitud conciliadora. Por lo tanto, el rompimiento no es absoluto, sino que se produce una convergencia entre ambos, donde el resultado final es la elaboración del propio diccionario.

Ya son varios los nombres que se suman a esta tercera categoría, los cuales son: "artesanos de una porfía por la palabra". Las razones y motivos que impulsaron a Borges, como a Flaubert y Milan Kundera, entre otros, a concretar una elaboración de un diccionario personal, pueden diferenciarse de uno a otro, pero los tres son buenos ejemplos de la relación que existe entre el diccionario y el escritor<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Borges, J., *A/Z*. Ediciones Siruela, Madrid, España 1988. Flaubert, G., "Dictionary of Accepted Ideas". A New Directions Books, New York, U.S.A. 1967.

Kundera, M., *Traducción y Pasión por la Palabra I y II*. Diario *El Mercurio*. Revista de Artes y Letras, Santiago de Chile, 23.XI.1986.



Clarice Lispector no fue tan afortunada como los escritores que la precedieron. Su desventaja fue sólo con el tiempo, en lo que yo pienso que fue una muerte prematura. Al igual que Borges, Flaubert y Kundera, la ironía, la farsa y lo cómico son tanto aspectos característicos de su obra, como de su personalidad; los cuales habrían hecho de su diccionario personal una sonrisa continua. No sólo por el caricaturesco, sino por la profundidad de sus observaciones, la agudeza de sus críticas y la ironía de sus aforismos, frente a su propia realidad como mujer, madre, escritora, cronista y frente a la realidad social de su país.

Es cierto que la escritora no elaboró su diccionario personal, pero contribuyó a elaborar un universo lingüístico propio. Ese universo lingüístico, unido a su vocación de escritora, fue la base para desarrollar una obra literaria extensa. La cual permite elaborar el diccionario personal de Clarice Lispector.

Escritores como Lispector y Borges, entre otros, permiten esta recopilación debido a la extensión de su obra, como también a la polémica que crean alrededor de sí mismos<sup>2</sup>. Este artículo *Fragmentos de un diccionario íntimo*<sup>3</sup> es parte de un proyecto que comenzó en 1989, ocasión que tuve la oportunidad de residir en Brasil. Durante ese período investigué y reuní material—artículos, entrevistas y libros— de la vida y obra de Clarice Lispector.

Sin embargo, este diccionario no se limita a ser una selección y reproducción de citas y anécdotas. Por el contrario, tiene como objetivo varios propósitos. Uno de los más importantes, es el de aproximar a Clarice con el lector, en un diálogo íntimo que destruya el mito que se formó alrededor de su obra y de sí misma, al calificarla de "hermética". Este encuentro previo con su prosa y su uso del lenguaje, es un "coup d'oeil" al universo clariciano. El cual está lleno de interrogantes, sugerencias, es decir, un tanteo a su mundo emotivo y femenino. Creo que es substancial, agregar a la literatura femenina latinoamericana un diccionario escrito por una mujer, de la profundidad y conocimiento de Clarice Lispector. Además, un propósito siempre presente, y el cual tiene el fin práctico de iniciar investigaciones posteriores a la obra de Lispector.

Los fundamentos primordiales de este trabajo, se basan en su pensamiento filosófico descrito a través de sus experiencias cotidianas, su relación consigo misma y con los demás, episodios y comentarios respecto a su país, a su entorno y a su vocación como escritora. Los cuales se encuentran reunidos en dos de sus libros, que contienen, principalmente, las crónicas escritas en el *Diario de Brasil* desde 1967-1973. El material seleccionado no incluye sus cuentos y novelas<sup>4</sup>.

<sup>2</sup> Stortini, Carlos R., *El Diccionario de Borges*. Editorial Miscelánea S.A., Buenos Aires, Argentina, Segunda Edición, 1989.

Calderón, Alfonso, *Diccionario de Voces Desautorizadas*. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1979.

<sup>3</sup> Está incluido en un libro en publicación.

<sup>4</sup> De las novelas y cuentos de Lispector, existen varios estudios críticos y traducciones. Cfr.: Nunes, Benedito, *O Dorso Do Tigre*. Editora Perspectiva S.A., Sao Paulo, Brasil, Segunda Edición, 1976.

No discutiré aquí los métodos empleados para efectuar las traducciones del portugués y del francés al español. En cambio, puedo añadir que mi afán primordial fue no sólo el de respetar su prosa, sino conservar ese uso del lenguaje que tanto la distingue.

Similar a los diccionarios, las definiciones pueden resultar arbitrarias, puesto que no fue Lispector quien los seleccionó, sino yo misma. Por lo tanto, este trabajo no es en sí mismo la definición de Clarice Lispector *per se*. Tampoco concluye en el hallazgo, o la indagación; en realidad es sólo el comienzo. Quien conoce de diccionarios sabe de lo que hablo. Y quien no sabe que sabe, también...

## C

**Calor.** "El calor humano es tan parco. Entonces fumo" (OB. p. 120)<sup>5</sup>.

**Callado.** "¿Si en la vida es un callado por qué habría de escribir hablando? Los callados sólo dicen lo que necesitan. ¿Y esto les impide a los otros escuchar? (NE. p. 15).

**Camino.** "El camino, con letra mayúscula, hoy me agarro ferozmente en la búsqueda de un modo de andar, de un paso certero" (DM. p. 166).

**Candidez.** "Pido a Dios que su inocencia nunca sea herida y que se mantenga siempre" (DM. p. 92).

**Cansancio.** "Pero lo que es peor es el súbito cansancio de todo. Parece una saciedad de que ya se ha tenido todo y que no se quiere nada más... Cansancio inclusive de mi libertad íntima, la cual fue tan duramente conquistada" (DM. p. 192).

**Cariño.** "Me da un cariño por la raza humana" (OB. p. 55).

"Por puro cariño, yo me sentí la madre de Dios, que era la tierra, el mundo. Por puro cariño, sin ninguna prepotencia o gloria, sin el menor sentido de superioridad o igualdad yo era por cariño la madre de las cosas" (NE. p. 86).

**Casa.** "La casa es muy reveladora" (DM. p. 70).

**Ceguera.** "La peor ceguera es la de aquellos que no saben que están ciegos. Abro bien los ojos, y no consigo: apenas veo" (DM. p. 375).

**Cigarro.** "Yo he resuelto mucho con un cigarro... El cigarro me da paciencia" (OB. p. 119).

**Ciclo.** "Desgraciadamente mis ciclos de humor no tienen un ritmo tan largo como las 'Selecciones del Reader's Digest' prevén" (DM. p. 117).

**Cine.** "Hemos ido como siempre al cine y he salido medio mareada, de tal forma estoy siempre dispuesta a perder la conciencia de las cosas y a entregarme a la inconsciencia" (OB. p. 113).

**Clarice.** "Soy lo que se llama una persona impulsiva. ¿Cómo describirlo? Creo

<sup>5</sup> Carta escrita en Berna, Suiza, a una de sus hermanas, con fecha 12 de mayo de 1946.

que así: me viene una idea o un sentimiento y yo en vez de reflexionar sobre lo que me vino, actúo casi de inmediato" (DM. p. 268).

"Soy desorientada en la vida, en el arte, en el tiempo y en el espacio. ¡Qué cosa, por Dios!" (NE. p. 40).

"Si yo tuviera que darle un título a mi vida sería: en busca de la cosa misma" (NE. p. 80).

"Soy fuerte, pero también destructiva. Autodestructiva" (DM. p. 91)<sup>6</sup>.

**Cobardía.** "Juro por Dios que si hubiese un cielo, una persona que se sacrificó por cobardía será castigada e irá a un infierno cualquiera" (OB. p. 129).

**Coincidencia.** "Milagro no. Pero las coincidencias. Vivo de coincidencias, vivo de líneas que inciden una en la otra y se cruzan y en el cruzamiento forman un leve e instantáneo punto, tan leve e instantáneo que está más hecho de pudor y secreto" (DM. p. 242).

**Comer.** "Y es tan bueno comer, que hasta da vergüenza" (DM. p. 196).

"No, mi casa no es metafísica. No hay ningún gordo aquí, pero no se perdona una comida malhecha" (DM. p. 222).

**Compañía.** "Usted no necesita de compañía para ir, usted misma es suficiente" (DM. p. 212).

**Comunicación.** "Lo que nos salva de la soledad, es la soledad de los otros. Hay veces, cuando dos personas están juntas, a pesar de que hablan, lo que ellas se comunican silenciosamente una a la otra es el sentimiento de soledad" (DM. p. 411).

**Conclusión.** "Llegué a la conclusión de que escribir es lo que más deseo en el mundo, incluso más que amar" (OB. p. 114).

**Condición.** "Y exactamente porque después de la gracia es que la condición humana se revela en su pobreza implorante, se aprende a amar más, a perdonar más, a esperar más. Se pasa a tener una especie de confianza en el sufrimiento y en sus caminos, tantas veces, intolerables" (DM. p. 121).

**Conocer.** "Yo conozco lo siguiente: estar llena de nada. Y eso es el resultado de un largo y penoso aprendizaje" (OB. p. 17).

**Conocimiento.** "Yo me uso como forma de conocimiento" (OB. p. 15).

**Consejo.** "Consejo: Quédese de vez en cuando solo, sino usted será sumergido. Hasta el amor excesivo de los otros puede sumergir a una persona" (OB. p. 54).

**Consolar.** "Todos recurren a ella cuando están en algún conflicto y ella 'la consoladora oficial', entiende, entiende, entiende" (DM. p. 302).

**Consuelo.** "La palabra consuelo sobrevino sin yo sentirla, y yo no la noté, y cuando fui a buscarla, ella ya se había transformado en carne y espíritu. Ya no existía más como pensamiento" (DM. p. 131).

<sup>6</sup> Lisperctor, Clarice (1925-1977).

**Contradictorio.** "Adoro Brasilia. ¿Es contradictorio? ¿Hay algo acaso que no sea contradictorio?" (NE. p. 40)<sup>7</sup>.

**Contrario.** "Yo soy sí. Yo soy no. Aguardo con paciencia la armonía de los contrarios. Seré un yo, lo que significa también vosotros" (DM. p. 426).

**Copacabana.** "Diluvio carioca, sin refugio posible, Copacabana con el agua entrando por los locales inundados y cerrados..." (NE. p. 27).

**Corazón.** "Y todo es mucho para un corazón de repente debilitado que sólo soporta lo menos, sólo puede querer un poco a unos pocos" (DM. p. 27).

**Coser.** "Hay gente que cose por fuera, yo coso por dentro" (OB. p. 83).

**Creación.** "La creación artística es un misterio que se me escapa, felizmente. Yo tengo miedo antes y durante el acto creador: lo encuentro demasiado grande para mí" (OB. p. 76).

**Crear.** "Encuentro en mí más facilidad para creer en las almas del otro mundo... Creo más en lo sobrenatural que en la realidad extraordinaria" (OB. p. 128).

**Criar.** "Lo que se cría no se mata" (DM. p. 92).

**Crimen.** "Señor Ministro o Presidente de la República, impedir que los jóvenes entren a las universidades es un crimen. Perdone la violencia de la palabra. Pero es la palabra correcta" (DM. p. 94).

**Cristo.** "Si Cristo hubiese sido experto no habría muerto en la cruz" (DM. p. 482).

**Crónica.** "¿La crónica es un relato? ¿Es una conversación? ¿Es un resumen de un estado de ánimo? No sé, pues antes de comenzar a escribir para el Diario de Brasil, yo sólo había escrito romances y cuentos" (DM. p. 155).

**Cuento.** "No sé bien lo que es un cuento. Entre tanto, a pesar de la confusión, sé lo que es un anticuento. Confusamente. Tal vez yo entienda más lo que es un anticuento porque soy una antiescritora" (OB. p. 71).

**Cuerpo.** "Hasta que el cuerpo habituado a moverse automáticamente me hace hacer un gesto muy mío: el de pasar la mano sobre mis cabellos" (DM. p. 179).

**Cultura.** "Más importante aun que la cultura popular es ofrecer la oportunidad de tener comida a quien tiene hambre. A menos que la cultura popular lleve al pueblo a tomar conciencia de que el hambre da el derecho de reivindicar la comida" (DM. p. 72).

## CH

**Charlatán.** "El charlatán es un contrabandista de sí mismo" (DM. p. 281).

**Choferes.** "Lo que yo ya aprendí con los choferes de taxis daría para un libro. Ellos saben mucho de todo: literalmente circulan" (DM. p. 386).

<sup>7</sup> Brasilia, capital de Brasil. Ciudad caracterizada por su urbanización planificada.

—Voy a vender todo lo que tengo y me voy a ir a vivir a los Estados Unidos.

Silencio mío.

—Porque aquí hay mucha burocracia.

Silencio mío.

—No es verdad, es porque yo quiero ser congelado.

—¿Cómo?!

—Allá cuando las personas mueren las congelan y después las descongelan.

Y yo tengo terror de morir. ¿La señora también?

—No respondí, puesto que yo estaba con un cierto terror de él.

—¿Y cuando lo descongelen?

—Yo vivo de nuevo.

—Pero se va a morir de nuevo.

—Ahí me congelan de nuevo.

—Entonces, ¿el señor no va a morir nunca?

—No<sup>8</sup>.

## E

**Empleada.** —“¿La señora escribe libros?”

Respondí que sí un poco sorprendida. Ella me preguntó, sin dejar de limpiar y sin levantar su voz, si yo le podía prestar uno. Me quedé atónita. Fui franca: le dije que a ella no le gustarían mis libros, porque ellos son un poco complicados. Fue entonces, que continuando con la limpieza, y con una voz aun más suave, respondió: “Me gustan las cosas complicadas. No me gusta el agua con azúcar” (DM. p. 51).

“En relación a las empleadas siempre me sentí culpable y explotadora” (DM. p. 54).

**Encuentro.** “Hay veces que ese encuentro consigo mismo se consigue a través del encuentro de un ser con otro ser” (DM. p. 303).

**Entender.** “No entiendo. Eso es tan vasto que ultrapasa cualquier entendimiento. Entender es siempre limitado. Mas el no entender puede no tener fronteras. Siento que soy mucho más completo cuando no entiendo” (DM. p. 253).

**Entrevista.** “No me gusta dar entrevistas. Las preguntas me contraen, me cuesta responder y, además, sé que el entrevistador va a deformar totalmente mis palabras” (DM. p. 68).

“Lo gracioso es que la joven vino tan preparada para la entrevista que sabía más sobre mí, que yo misma” (DM. p. 71).

**Error.** “Pero es que el error de las personas inteligentes entonces es más grave: ellas tienen los argumentos que los prueban” (DM. p. 304).

<sup>8</sup> Anécdota con un chofer de taxi.



**Escribir.** "Yo dije una vez que escribir es una maldición. No recuerdo por qué exactamente lo dije, y con sinceridad hoy repito: es una maldición, mas una maldición que salva" (DM. p. 191).

**Escritora.** "Todavía no me acostumbro a que me llamen escritora. Porque, fuera de las horas en que escribo, no sé absolutamente escribir. ¿Será que escribir no es entonces un oficio? ¿No es aprendizaje, entonces? ¿Qué es? Sólo me consideraré escritora el día en que yo diga: sé como se escribe" (DM. p. 229).

"Pienso que el escritor debe dirigir la libertad de sus lectores, integrados o no en la misma situación histórica y para quienes las realidades descritas sean o no ajenas. Y al hacerlo, el escritor debe llevarlos a una identificación, a un cuestionamiento o una posible respuesta" (OB. p. 73).

**Esfinge.** "Vi la Esfinge. No la descifré. Pero ella tampoco me descifró. Nos encaramos de igual a igual. Ella me aceptó, yo la acepté. Cada una con su propio misterio" (DM. p. 549).

**Espera.** "Lo que llamo muerte me atrae tanto que sólo puedo llamar de valeroso al modo como, por solidaridad con los otros, yo me agarro a lo que llamo vida. Sería profundamente amoral no esperar como los otros, por la hora, sería una habilidad extrema la mía de avanzar en el tiempo, e imperdonable ser más hábil que los otros. Por eso, a pesar de la intensa curiosidad, espero" (DM. p. 311).

**Espejo.** "Mirarse al espejo es decirse deslumbrada: como soy misteriosa. Soy tan delicada y fuerte. Y la curva de los labios mantiene su inocencia" (DM. p. 9).

**Estudiante.** "Ser estudiante es algo muy serio" (DM. p. 94).

**Estudiar.** "Soy por ejemplo, formada en derecho, y con eso me engañé y a los otros. No, más a mí que al resto. Sin embargo, como yo era sincera fui a estudiar derecho, porque deseaba reformar las penitenciarias en el Brasil" (DM. p. 281).

**Existir.** "No quiero más una vida particular, pues cuando me quedo sola, yo no existo. Yo sólo existo en el diálogo" (OB. p. 48).

**Éxito.** "Mi pequeño éxito exterior a veces me hace perder la intimidad con la máquina" (DM. p. 47).

"El éxito casi me hizo mal: encaré el éxito como una invasión. Incluso el éxito pequeño, como el que tengo a veces, me perturba el oído interno" (OB. p. 26).

**Experiencia.** "Yo antes hubiera querido ser los otros para conocer lo que no era yo. Entendí entonces que yo ya había sido como los otros y eso era fácil. Mi mayor experiencia sería ser la esencia de los otros: y la esencia de los otros era yo" (DM. p. 604).

**Expresión.** "En algún punto debe estar habiendo un error: es que al escribir, por más que me exprese, tengo la sensación de nunca en verdad haberme

expresado. A tal punto esto me entristece que me parece ahora, haber pasado a concentrarme más en querer expresarme que en la expresión misma" (DM, p. 389).

## I

**Impulsiva.** "Soy lo que se llama una persona impulsiva. ¿Cómo describirlo? Creo que así: me viene una idea o un sentimiento y yo en vez de reflexionar acerca de lo que me vino, actúo casi de inmediato. El resultado ha sido mitad y mitad: hay veces que sucedió que encontré en base a una de esas intuiciones que no fallan, hay veces que me equivoqué completamente, lo que prueba que no se trataba de una intuición, sino de simples infantilismos" (DM, p. 268).

**Incendio.** "...Hubo un incendio en mi dormitorio, incendio que me afectó tan gravemente que estuve algunos días entre la vida y la muerte" (DM, p. 234).

**Incompleta.** "Estoy siempre incompleta" (OB, p. 23).

**Indecisión.** "Tengo que recordarme que todo lo que conseguí en la vida fue a costa de osadías, aunque pequeñas. Cuando una persona cae en esas atmósfera de indecisión, se siente perdida" (OB, p. 131).

**Infancia.** "En mi infancia lo cotidiano fue mágico" (OB, p. 43).

"Era muy alegre y escondía de mí misma el dolor de ver a mi madre así. Usted sabe que sólo recordando de una vez, con toda la violencia, es que la persona termina con lo que la infancia sufrida nos dio" (OB, p. 43).

**Inmoral.** "Me olvidé de decir que encuentro a la tortuga completamente inmoral" (DM, p. 543).

**Impaciencia.** "Qué impaciencia con la propia vida. Tengo que tener paciencia para salvar la vida" (OB, p. 20).

**Insomnio.** "¿Quién? ¿Quién sufre de insomnio? Y las horas no pasan. Me levanto de la cama, tomo café" (DM, p. 81).

"Mi insomnio soy yo, es vivo, y es mi espanto" (OB, p. 81).

**Inspiración.** "Mi trabajo viene a veces en nebulosa sin que yo pueda concretarlo de algún modo. Paso días y hasta años, Dios mío, esperando. Y, cuando llega, ya viene en forma de inspiración. Yo sólo trabajo en forma de inspiración. En el inicio de una historia, encuentro que tengo un vago plano inconsciente que se va desarrollando a medida que trabajo. Fondo y forma siempre fueron una sola cosa. La frase ya viene hecha" (OB, p. 82).

**Intelectual.** "Nunca tuve, en fin, lo que se llama verdaderamente una vida de intelectual" (DM, p. 164).

**Inteligencia.** "...Las personas que hablan de mi inteligencia están en verdad confundiendo **inteligencia** con lo que yo llamaré aquí de **sensibilidad inteligente**. Esta sí, la tuve varias veces y la tengo" (DM, p. 215).

**Intimidad.** "La intimidad humana va tan lejos que sus últimos pasos ya se confunden con los primeros pasos de lo que llamamos Dios" (DM, p. 97).

**Íntima.** "Yo no escribo cartas para usted porque yo sólo sé ser íntima" (DM. p. 375).

**Intuición.** "No se juega con la intuición, no se juega con la escritura: la caza puede herir mortalmente al cazador" (DM. p. 272).

**Inútil.** "Inútil: yo era una culpable innata, aquella que naciera con el pecado mortal" (DM. p. 40).

**Ira.** "Ira, transórmate en mí en perdón ya que eres el sufrimiento de no amar" (DM. p. 597).

**Irónico.** "¿Será éste un epitafio para una amigo muerto e irónico? Detrás de los ojos, la bondad. Detrás del pecho, el corazón ya enfermo. Este fue su egoísmo sarcástico: su muerte era problema de los vivos" (DM. p. 414).

**Israel.** "Israel, esa comunidad antigua y a la vez la más nueva: quiero ver cómo es que se vive sobre normas diferentes" (DM. p. 646).

## K

**Klee, Paul**<sup>9</sup>. "Si me quedo mirando por un largo rato *Paysage aux oiseaux jaunes*, de Klee, nunca más podré volver atrás. Coraje y cobardía son un juego que se juega a cada instante. Asusta, tal vez, la visión irremediable de lo que tal vez sea la libertad. El hábito de mirar a través de las rejas de la prisión, el alivio de afirmar con las dos manos las barras, en cuanto miro. La prisión es la seguridad, las barras el apoyo para las manos. Entonces reconozco que la libertad es sólo para algunos pocos" (NE. p. 14).

## M

**Madre.** "Desde hace un tiempo que mis hijos me andaban descubriendo. Quiero decir como persona, pues como madre me habían descubierto desde que nacieron, así como yo los descubrí a ellos incluso antes de que nacieran" (DM. p. 207).

**Magia.** "Para mí sólo existe la magia. Los fenómenos naturales sobre todo son los más mágicos. No busco lo mágico en lo sobrenatural" (OB. p. 56).

**Maldición.** "Escribir es una maldición" (DM. p. 89).

**Mano.** "Mi mano derecha fue quemada" (DM. p. 89).

**Mansfield, K.** "Y de repente, uno de los libros que abrí contenía frases tan diferentes que me quedé leyendo, presa ahí mismo. Emocionada, yo pensaba: ¡Oh este libro soy yo! Y, conteniendo un estremecimiento de profunda emoción, lo compré. Sólo después vine a saber que la autora no era desconocida,

<sup>9</sup> Klee, Paul (1879-1940). Pintor suizo.

siendo, por el contrario, considerada una de las mejores escritoras de su tiempo: *Katherine Mansfield*<sup>10</sup>.

**Máquina (de escribir).** "Escribiendo prácticamente toda una vida, la máquina de escribir adquiere una importancia enorme. Me irrito con esta auxiliar o luego le agradezco el hacer el papel de reproducir bien lo que siento: la humanizo" (DM. p. 763).

**Máscara.** "Escoger la propia máscara es el primer gesto voluntario humano. Es solitario" (DM. p. 100).

**Medida.** "Me quedo perpleja como una niña al notar que también en el amor hay que tener un buen sentido, el sentido de medida. Ah, la vida de los sentimientos es extremadamente burguesa" (DM. p. 221).

**Mentiras.** "¡Cuántas mentiras estoy obligada a dar! Mas, yo no quería ser obligada a tener que mentirme a mí misma. Sino ¿qué me queda?" (DM. p. 375).

**Miedo.** "Necesito hacer un retiro espiritual y encontrarme en fin, en fin, pero que miedo de mí misma" (DM. p. 571).

"El miedo siempre me guió hacia lo que yo quiero. Y porque yo quiero, temo. Muchas veces fue el miedo que me tomó de la mano y me llevó. El miedo me llevó al peligro. Y todo lo que yo amo es arriesgado" (NE. p. 37).

**Misterio.** "Soy tan misteriosa que no me entiendo" (DM. p. 161).

**Momentos.** "En los momentos difíciles de ahora, siento un desamparo infantil, y Monteiro Lobato me trae luz" (DM. p. 205)<sup>11</sup>.

**Morir.** "¡Dios mío! Sólo ahora siento nuestra fragilidad: porque entre abotonar el botón y desabotonarlo se puede morir. Socorro, socorro, socorro. Yo quiero doscientos millones de segundos. Así no muero" (OB. p. 51).

**Mudez.** "Sé que la mudéz, si no dice nada, por lo menos no miente, en cuanto a las palabras dicen lo que no quiero decir" (DM. p. 99).

**Mujer.** "Que la mujer jamás corte los cabellos, porque en los cabellos largos es que está su femineidad" (DM. p. 435).

**Música.** "La música es tan importante para mí que, cuando oigo, es como si yo fuese la intérprete. Tengo a través de los otros una voz bellísima. Y no existe nadie que toque mejor la flauta dulce" (OB. p. 29).

<sup>10</sup> Mansfield, Katherine (1888-1923). Escritora neozelandesa. Entre sus mejores cuentos se destacan: *Bliss*, *The Garden Party* y con la cual Lispector ha sido comparada por los críticos.

La narrativa de C. Lispector no sólo ha sido comparada con la de K. Mansfield, o Virginia Woolf, sino también con Julio Cortázar. Cfr. Pontiero, Giovanni., *Estranhos Itinerários: Julio Cortázar y Clarice Lispector*. Suplemento Cultural (*O Estado de São Paulo*), noviembre 1978.

<sup>11</sup> Lobato, José B. Monteiro (1882-1948). Autor brasileño.

## N

**Nacer.** "Nací para amar a los otros, nací para escribir, y nací para criar a mis hijos" (DM. p. 135).

**Nada.** "No entiendo más nada, no veo armonía y motivo en nada" (OB. p. 117).

**Nápoles.** "Yo estaba en Nápoles andando por la calle con mi marido. Y, un hombre dice bien alto a otro, él quería que yo lo oyese. 'Es con mujeres como ésta que contamos para reconstruir la Italia'. Intenté reconstruir mi casa, mis hijos, y a mí misma. No lo conseguí" (DM. p. 103).

**Naranja.** "Naranja en la mesa. Bendito el árbol que te parió" (DM. p. 302).

**Necesita (se).** "Se necesita hombre o mujer que ayude a una persona a permanecer contenta porque ésta está tan contenta que no puede quedarse sola con la alegría y necesita repartirla. Se paga extraordinariamente bien: minuto a minuto se paga con la propia alegría" (DM. p. 209).

**Neruda.** "—¿Usted se considera un poeta chileno más que Latinoamericano?  
—Poeta local de Chile, provinciano de Latinoamérica" (DM. p. 275)<sup>12</sup>.

"—¿El nombre Neruda fue casual o inspirado en el poeta Checoslovaco Jan Neruda?"<sup>13</sup>.

—Nadie hasta hoy ha conseguido averiguarlo" (DM. p. 278).

**Nieve.** "Nieve muda, que deja rastro" (DM. p. 181).

**Nostalgia.** "No haber nacido animal parece ser una de mis más secretas nostalgias" (DM. p. 524).

"Todo lo que tengo es la nostalgia que viene de una vida errada, de un temperamento excesivamente sensible, tal vez una vocación errada o forzada" (OB. p. 109).

## O

**Obediencia.** "Irme obedeciendo es en verdad lo que hago cuando escribo, y ahora mismo lo estoy haciendo. Me voy siguiendo, sin saber a lo que me llevará" (DM. p. 475).

**Objeto.** "Yo amo los objetos en la medida que ellos no me aman" (DM. p. 374).

"Soy un objeto amado por Dios. Y esto hace nacer flores en mi pecho. Él me creó igual a lo que escribí recién: 'Soy un objeto amado por Dios' y a Él le gustó el haberme creado como a mí me gustó haber creado la frase. Y cuanto más espíritu tuviera el objeto humano Dios se satisface aún más" (OB. p. 61).

<sup>12</sup> Entrevista realizada por Lispector a Neruda, en Río de Janeiro en 1969.

<sup>13</sup> Neruda, Jan (1834-1891). Poeta checoslovaco.

**Observación.** "Escribiendo tengo observaciones por así decir pasivas, tan interiores que se escriben al mismo tiempo en que son sentidas, casi sin lo que se llama proceso" (NE. p. 63).

**Observar.** "Observo en mí misma los cambios de estación: yo claramente cambio con ellas" (DM. p. 421).

**Ocupado.** "Soy una persona muy ocupada: tomo notas del mundo" (DM. p. 420).

**Odio.** "Yo todavía no sé controlar mi odio pero ya sé que mi odio es un amor irrealizado, mi odio es una vida todavía nunca vivida" (NE. p. 63).

"...Un día de esos tuve un odio muy fuerte, cosa que nunca me permitió; era sobre todo una necesidad de odio. Entonces escribí un cuento llamado 'El Búfalo', tan fuerte, tan fuerte..." (OB. p. 143).

**Oídos.** "Sólo se siente en nuestros oídos el propio corazón. Cuando éste se presenta todo desnudo, ni es comunicación, es submisión. Pues nosotros no fuimos hechos sino para el pequeño silencio" (DM. p. 183).

**Oír.** "Entonces yo dije: adoro oír cosas dadas a la medida de mi ignorancia" (DM. p. 193).

**Orgullo.** "El orgullo no es pecado, al menos no tan grave: el orgullo es una actitud infantil en la que se cae como se cae en la glotonería. Sólo que el orgullo tiene la enorme desventaja de ser un error grave y, como todo atraso que el error da a la vida, hace perder mucho tiempo" (DM. p. 361).

**Otoño.** "El otoño era la estación que más le gustaba, porque no necesitaba salir para verlo; detrás de los vidrios, las hojas caían amarillas en el patio, y eso era el otoño" (DM. p. 429).

"No sé por qué me gusta el otoño más que las otras estaciones, creo que es porque en el otoño las cosas mueren tan fácilmente" (DM. p. 432)<sup>14</sup>.

## W

**Woolf, Virginia.** "No me gusta cuando dicen que tengo afinidad con Virginia Woolf (sólo la leí, en realidad, después de escribir mi primer libro): lo que no quiero perdonar es el hecho que ella se haya suicidado. El horrible deber es ir hasta el fin. Y sin contar con nadie. Vivir la propia realidad. Descubrir la verdad" (DM. p. 529)<sup>15</sup>.

Oregon, U.S.A. 1990-1991.

<sup>14</sup> Se refiere a Rosa, personaje real o de ficción, no lo sé incluido en la crónica llamada *Una Italiana na Suiza*.

<sup>15</sup> Woolf, Virginia (1882-1941). Escritora, novelista, ensayista inglesa. Entre sus obras se destacan: *To the lighthouse*, *The Waves*, *A Room Of One's Own*. Y sus numerosos volúmenes de sus diarios y cartas.



## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BORELLI, OLGA. "Clarice Lispector: Esboço para um possível retrato". Editora Nova Fronteira. Rio de Janeiro, Brasil. Segunda Edición, 1981.
- LISPECTOR, CLARICE. "A descoberta Do Mundo". Editora Nova Fronteira. Rio de Janeiro, Brasil. Segunda Edición, 1984.
- \_\_\_\_\_. "Para Não Esquecer". Editora Atica S.A. Sao Paulo, Brasil. Tercera Edición, 1984.
- VARIN, CLAIRE. "Clarice Lispector Rencontres Brésiliennes". Editions Trois. Québec, Canadá, 1987.

En este artículo buscamos, desde el análisis de clara la crítica analítica, mostrar a una escritora que, como pocas, no se dio cuenta de que estaba siendo leída. En el momento de la publicación de sus obras, Clarice Lispector no tenía ni idea de que sus libros iban a ser leídos y que iba a ser leída. En el momento de la publicación de sus obras, Clarice Lispector no tenía ni idea de que sus libros iban a ser leídos y que iba a ser leída. En el momento de la publicación de sus obras, Clarice Lispector no tenía ni idea de que sus libros iban a ser leídos y que iba a ser leída.

En este artículo buscamos, desde el análisis de clara la crítica analítica, mostrar a una escritora que, como pocas, no se dio cuenta de que estaba siendo leída. En el momento de la publicación de sus obras, Clarice Lispector no tenía ni idea de que sus libros iban a ser leídos y que iba a ser leída. En el momento de la publicación de sus obras, Clarice Lispector no tenía ni idea de que sus libros iban a ser leídos y que iba a ser leída. En el momento de la publicación de sus obras, Clarice Lispector no tenía ni idea de que sus libros iban a ser leídos y que iba a ser leída.

En este artículo buscamos, desde el análisis de clara la crítica analítica, mostrar a una escritora que, como pocas, no se dio cuenta de que estaba siendo leída. En el momento de la publicación de sus obras, Clarice Lispector no tenía ni idea de que sus libros iban a ser leídos y que iba a ser leída. En el momento de la publicación de sus obras, Clarice Lispector no tenía ni idea de que sus libros iban a ser leídos y que iba a ser leída.

## DALÍ-GALA: ESCANDALOSOS

*Nora Ferrada*

Sin pretensión histórica, sino a manera de charla entre amigos, vamos a sorprendernos aquí con pasajes de esa novela divertida, apasionante e ineludiblemente trágica, que fue la vida de Dalí y su "ser envolvente adjunto"... cual fue Helena Deluvina Dianakoff: Gala. No tocaremos el análisis de la obra de Dalí: para ello existe la crítica. No incurriremos tampoco en juzgar la moralidad de sus actos: sólo Dios está en ello. Contaremos lo que hemos presenciado, leído, conversado con sus amigos cercanos y observado personalmente en entrevista realizada los años 70 en España.

Bajo, enjuto, feo, cara sentada, cabello ligo y escaso... Dalí, por fuera, no fue recreo a la vista. Caminaba afirmándose en su bastón, más bien vacilando, oscilando hacia adelante. Sin mirar a nadie, hasta largar la andanada. Dalí parecía sentir permanentemente que parte de su precio era el espectáculo. Donde fuera lo producía, lo provocaba. Agredía sin cesar con la palabra, haciendo brotar la sorpresa, la carcajada, el asco o el disgusto. Hacía lo que le daba la gana con la receptividad de quien tenía enfrente o quien leyera el relato de lo acontecido. Así, pues, además de toda su múltiple obra, creó un personaje llamado Dalí, al que no abandonó hasta que la vida lo forzó a ello. Le cantó misas, lo rodeó de incienso, lo esculpió en oro, lo cubrió de piedras preciosas, se obsesionó por sus bigotes y por cuidar su rala melena. Con salud de cristal y el miedo pegado al cuerpo, vivió, desde que se unió a Gala, una decena de años mayor que él, autoritaria y avasalladora, 53 años. Prisionero de la férrea voluntad de esta mujer, nunca tan bella como él la veía, siempre ataviada como una colegiala con lazo, cual caja de bombones en lo alto de la cabeza. Cuentan que, cuando se quedaba el lazo en casa, armaba un escándalo estupendo. Aunque esperaran los aviones, habían de volver a buscarlo. No se puede hablar de Dalí, el hombre, sin ajustarlo, como piel al tejido, a Gala. Ella fue, asimismo, su vida.

Lo aseguró el propio artista hasta la saciedad. Nada despistada, administró el dinero, la obra, la fortuna de Dalí, obstinadamente, con ojo certero, vigilante, y voluntad caprichosa. Cuando en ocasiones el artista se resistía a firmar algún contrato, ella amenazaba: "Ou tu signes, ou je m'envais a New York". El pintor reaccionaba siempre igual encerrándose en su habitación y repitiendo: "¡No em deixis. No em deixis!". La pareja hablaba indistintamente en francés y catalán. Resignado y con los nervios destrozados, Dalí terminaba siempre por acceder a las imposiciones de Gala firmando todo cuanto ella ponía ante sus ojos.

No quedan familiares de Dalí. Sólo Ana María, su hermana, le sobrevivió por escaso tiempo. No tuvo hijos, declarando que: "Nunca pensé en tenerlos. La gente importante nunca tiene hijos ilustres". La relación con su familia no fue de gran regocijo. Según relato del escritor y periodista español Antonio D. Olano, Dalí escribió: "El undécimo día del mes de mayo de 1904, a las ocho y cuarenta y cinco minutos, al nacer del vientre legítimo de doña Felipa Doménech, mi madre tenía treinta años. Mi padre, natural de Cadaqués, tenía entonces cuarenta y un años, era notario en Figueras y vivía en la casa número 28 de la calle Narciso Monturiol". En otro pasaje de los escritos, leemos: "Yo he visto la muerte antes de vivir la vida. Mi hermano murió a la edad de siete años de una meningitis, tres años antes que yo naciera... Esa continua presencia de mi hermano muerto la he sentido como un traumatismo... Mis esfuerzos tenderían a reconquistar mis derechos, provocando el interés constante de mis familiares hacia mí, mediante una agresión constante". "A los cinco años, empujé al vacío a un amiguito rubio, con tirabuzones (rulitos), encantador, en su triciclo. Al pasar por un puente sin pretil, lo arrojé desde una altura de varios metros; después, fingiendo aflicción corrí a buscar socorro... Sin rastro de remordimientos, como si este acto me hubiera aliviado, y más dueño, aún, de mi vida".

No es necesario un espacio muy amplio de reflexión como para comprender la desesperada necesidad de afecto que experimentaba y descubrir, también, la precisión con que Gala cayó sobre él. Apenas conocerlo, dijo suavemente a sus oídos: "No te dejaré nunca niño mío, no nos abandonaremos nunca". Regazo de madre, astucia de amante.

Los surrealistas (que tanto lo criticaron en esa oportunidad), quisieron rendir pleitesía a Dalí y viajaron para ello a Port Lligat: fue el umbral del más extraño, surrealista e indestructible flechazo, el de Gala y Dalí. Simplemente, se quedaría a vivir con el artista. Gala estaba casada con el poeta Paul Eluard (Eugéne Grindel), amigo de Dalí, pero hubo de volverse sin su mujer y sólo con sus amigos surrealistas a París. Dalí recuerda así la ocasión: "Estaba con unos amigos en Cadaqués, cuando una mañana llegó Eluard, Gala salió del coche con gesto displicente en el momento mismo en que yo estallaba en una de mis crisis de risa. Nuestro primer contacto se estableció en un loco estallido de carcajadas". Era el verano de 1929 y Dalí caía embelesado por la mujer de su amigo.

Sin límite, entre cordura y locura, estaba dispuesto a sorprenderla: se engomó los bigotes generosamente y se embadurnó el cuerpo con un amasijo pestilente de pescado y cagarrutas de cabra. Se acercó a la ventana, se asomó y la vio sentada en la playa... inquietante, la espalda desnuda... "me fascinaba —dice— como en otro tiempo lo hiciera la espalda de mi nodriza". Claro, después de tanto arrumaco, admiración y demostraciones no le quedó más a Eluard que empacar cositas y volverse a su París, que aún le quedaba como propio. Para Dalí, se abrieron las grandes puertas de la sorpresa afectiva. Venció su timidez y su impotencia con esta mujer elegante, sacerdotisa del círculo surrealista y hartó mayor que él. Los balbuceos confesos fueron los de

“no hacernos nunca daño” como sagrada promesa. Se casaron tres veces: una en 1937, otra en 1958 y una tercera en 1979. Construyeron la fantasmagórica casa de Port Lligat, con especial énfasis en no instalar ni una sola cama para invitados. Claro.

“Mi padre no podía admitir que me casara con una rusa. Pese a mis negativas, creía que Gala era una drogada que había hecho de mí un traficante. Esta era la única razón que lo hacía comprender unos ingresos míos inverosímiles a sus ojos. Recuerdo mi regreso a casa, de la que fui expulsado por mi padre, después de años de luchar por la vida: me vio en un Cadillac y no pudo comprender que mis pinturas fueran tan famosas y dieran tales frutos”. Dalí, aficionado a la pintura desde la niñez, pese a que su padre quería que fuese notario como él, lo inscribió en la Escuela de Dibujo de Figueras; más tarde, ya en la Academia de Bellas Artes de Madrid, fue expulsado por indisciplinado. El hecho disgustó tanto a su padre, que lo expulsó, a su vez, de su casa.

El matrimonio con Gala tampoco fue noticia mejor. La familia de ésta había huido de Kazán en plena revolución bolchevique. Esto y que tenía una educación refinada, es cuanto se dice de su vida hasta conocer a Dalí. Todo es misterio, salvo su unión con Eluard, en cuanto a su pasado. Lo que hizo del futuro de Dalí, sí fue muy conocido y el artista se empeñó en repetirlo. En raras ocasiones discutía una determinación de su “Galuchka”, como solía llamarla cariñosamente. Consultaba con ella todas sus ideas en cuanto a pintura y su marcha mundana la tenía prácticamente en manos de ella. Decía Dalí: “Yo me dejo engañar por todo el mundo, pero si ella estuviera aquí, de una mirada se daría cuenta de quién es bueno y quién un sinvergüenza. Sin Gala sería igualmente un genio, pero viviría en una barraca llena de piojos; ella me ha introducido en una vida triunfal”.

Aunque debe haber sido muy difícil vivir junto a Dalí, éste compensó generosamente sus fallas. Para complacer hasta lo insólito las excentricidades y caprichos de su mujer, antes del cumpleaños de ésta, por los años 70, ordenó a Sabater nombrándolo sin “ere” como era su costumbre: “Sabaté, coje una avioneta, sobrevuela todo Ampurdán y fotografía desde el aire los castillos que descubras. Quiero regalarle uno a Gala en el día de su cumpleaños”, le dijo Dalí a su marchante que era también piloto. El de Púbol: un pueblecito agrícola de apenas un centenar de habitantes fue el que más gustó al artista. Estaba abandonado desde hacía tiempo y sus propietarios, los marqueses de Bondel, que vivían en Madrid, lo vendieron por un millón y medio de pesetas, incluyendo el precio de las tierras circundantes, hermosas y cultivables. La musa lo convirtió en su rincón privado y echó mano de todos los recursos posibles para hacer de la posesión un lugar de ensueño.

Aunque los Dalí, hasta ancianos continuaban manteniendo una de las historias de amor más exuberantes, casi como personajes mitológicos, no obstante, hundidos en una suerte de fango de vulgaridad y achacosos ya, se besaban en público con la ternura de los recién casados. La controvertida personalidad de Gala, mentía a su vejez, venciendo su decadencia física, inventándose, y llevando a cabo idilios con lindos, ágiles y sonrosados efébos.

Por ello no extrañó a nadie su determinación de prohibir a Dalí poner un solo pie en el castillo de Púbol, salvo que hiciera la solicitud por escrito. Estaba absolutamente segura que tan extraño trámite no sería cumplido por el artista. Gala pasó divertidas temporadas en la fortaleza, siempre acompañada de uno de sus jóvenes amantes. Los prefería veinteañeros, altos y delgados. Dos fueron sus preferidos: el francés Michael, nacido en Aix en Provence, estudiante de filosofía y letras, y el norteamericano Jeff Fenholdt a quien conoció en Broadway cuando éste interpretaba un rol importante en Jesucristo Superstar. Los dos jóvenes compartieron semanas con Gala en Púbol, paseando bajo los naranjos y cipreses del jardín del castillo, entre elefantes de cemento y desnudos humanos de yeso; máscaras de Wagner de distintos colores, cariátides emergiendo del verde y múltiples otras figuras que daban vida fantástica al inquietante y curioso parque. Quien no durmió ni una sola noche, ni paseó siquiera ligeros minutos entre prados, follaje y fantasmas de yeso o cemento, fue el propio Dalí, mientras Gala estuvo viva. La musa, fue, eso sí, bastante agradecida con sus amantes, sobre todo en la última época de su vida. Al actor de Jesucristo Superstar le regaló una finca en Long Island, Estado de Nueva York, y varias obras de la colección privada, de incalculable valor. Algunas, bajo nombre figurado, fueron vendidas tras su muerte, por orden del mismo Fenholdt, en la sala Christie's de Park Avenue, por el equivalente a ciento cincuenta millones de pesos nuestros. Cecile Grindel, la hija de Gala, habida de su matrimonio con Paul Eluard (Eugéne Grindel), no tuvo la misma suerte. Tras la muerte de su madre solicitó los derechos que le correspondían en herencia, Dalí definió su posición a través de sus abogados pidiendo que se negociara. No quería que hubiera problemas como los hubo en el caso de Picasso. Creía que la obra era suya y nada más que suya, ya que había salido de su mano. En todo caso, estaba dispuesto a un entendimiento amistoso, pero que no fuera a costa de su obra artística. Esta debía reservarse para Cataluña y para España. No estaba dispuesto a dar ni un cuadro. Fue un tema complicado que duró largo tiempo, con dificultosas negociaciones en las que pesaba el Derecho Internacional Privado esgrimido por los abogados de Cecile Grindel, en razón del lugar y la fecha del matrimonio civil de Gala y de los diversos países en que se encontraba el matrimonio. Un año y medio de negociaciones dieron como resultado un acuerdo pleno. La hija de Gala tiene muy pocas obras de Dalí.

Quizás sea el espacio, el aire, la capacidad de plasmar, más sublime que, personalmente, advierto en la obra de Dalí. La eternidad que alcance el artista ha sido ya definida y continuará siéndolo a través de la sabiduría de los amantes expertos en cuanto ha dejado. Pero esa posibilidad de sentir a través de la nada que interpone entre un objeto y otro, entre un sujeto y otro, entre una fantasía y otra, son incomparables y no han dejado huella a través de otros pinceles que no sean los suyos.

En lo humano, el amor y la dependencia experimentadas por Gala lo llevó a confesar: "De pequeño era malo, crecí bajo la sombra del mal y aún continúo haciendo sufrir. Pero he empezado a amar a la persona que ha estado casada conmigo durante siete años; y empiezo a amarla como lo manda la iglesia

católica, apostólica y romana, según su concepto del amor". En otra de sus confesiones desconcierta y emociona: "El cielo es lo que estuve buscando a lo largo y a través de la espesura de la confusa y demoníaca carne de mi vida —¡el cielo!— ¡Ay de aquél que todavía no ha comprendido eso! Cuando con mi muleta hurgaba en la pútrida y agusanada masa de mi erizo muerto, era el cielo lo que yo buscaba. Cuando desde lo alto del Moli de la Torre, hundía la mirada en el negro vacío, también y todavía buscaba el cielo". "¡Gala, tú eres la realidad! Y, ¿qué es el cielo? ¿Dónde se encuentra? ¡El cielo se encuentra, ni arriba ni abajo, ni a la derecha ni a la izquierda, el cielo se halla exactamente en el centro del pecho del hombre que tiene fe!".



## INMEMORIALES PRIMERAS LETRAS

*Hernán Poblete Varas*

Por esos años, Viña del Mar era como el patio de la propia casa. Desde la de mis padres, calle Ecuador, en la primera loma del cerro Las Colinas, se la veía echada al pie de las domesticadas serranías de la Cordillera de la Costa, entre el cerro Castillo, a la izquierda y la playa que entonces se extendía hasta Las Salinas, en lo que es ahora el roquerío artificial de la Avenida Perú.

No había edificios "de altura" que cortaran la perspectiva del mar, pulido como un espejo en los días de sol y alto, gris, vetado por los caballitos de la espuma cuando corría empujado por el viento norte. Veíamos desfilar, lejanos, los grandes cargueros con rumbo a Valparaíso o pasar veloces los perfilados buques de guerra.

La ciudad, tendida de norte a sur, era más larga que ancha y sólo se extendía algunas cuadras más allá del estero Marga-Marga que la dividía en dos tajadas. Para trasladarse de una a otra la mayor parte de los vehículos empleaba el puente de Avenida Libertad, que entonces nos parecía muy ancho. La otra vía de acceso era el puente "del Casino", construido hacia poco para facilitar la llegada de automóviles y peatones al gran templo de la ruleta donde reinaba omnipotente don Joaquín Escudero. Entre ambos, estaba el puente peatonal de la calle Quinta, de madera crujiente y cimbreada, lugar de tránsito obligado de los alumnos de los Padres Franceses, que solíamos cruzarlo al trote para aumentar la cimbra y con eso el espanto de las colegialas que lo atravesaban en sentido inverso.

Poco más allá de la calle Ocho Norte, donde estaba el estadio deportivo de la Refinería, lugar de sacrificadas y obligatorias hazañas gimnásticas los miércoles por la tarde, Viña se transformaba en arenal con unos pocos oasis formados por el Regimiento Coraceros (frontera urbana) y el Sanatorio Marítimo de San Juan de Dios.

En la parte más antigua, las calles eran las mismas de hoy: Álvarez, Viana (ambas separadas por el terraplén del ferrocarril y sus muros de piedra, que una alcaldesa de gusto angustiosamente *kitsch* hizo pintar de color amostazado), Valparaíso y Arlegui. De las colinas hacia el Marga-Marga las calles transversales completan el damero: la calle "del Cerro", que se resiste a llamarse Von Schroeders, Ecuador, Traslaviña, Etchevers, Quinta.

La calle Valparaíso cumplía, en sí misma, una función muy especial: dividir el comercio, la vida social, el vagabundeo de mañana, tarde y noche en dos sectores: la vereda del sol y la vereda de la sombra. Desde la esquina frente a

la plazuela del Club, la vereda del sol comenzaba por la casona de la familia Couve y su bellissimo ceibo que enrojecía el ambiente en todas las primaveras. Más abajo (o más arriba) estaba "La Virreina", histórico lugar para todo viñamarino, salón de té, bar, restaurante y punto de cita: "Encontrémonos en La Virreina" era una especie de santo y seña social.

Legendaria, "La Virreina" fue testigo, cuando no protagonista, de innumerables acontecimientos. Uno de ellos fue neroniano; una noche, mientras comíamos en casa, alguien anunció ¡se está quemando La Virreina! Corrimos todos a las ventanas, los balcones, la terraza, atropellándonos y precedidos por mi hermano Carlos, cuya vocación de pirómano era realmente entusiasta. No he visto a nadie gozar tanto con un incendio grandote o una domesticada pirotecnia casera.

En realidad, esa noche "La Virreina" se quemó con todos los honores. Incendio tan grande no habíamos visto desde que ardieron los depósitos de petróleo, frente a lo que hoy es el Casino. Sin embargo, ése fue un incendio más bien ordenado, aunque duradero: se sostuvo por varios días con sus noches, a la manera bíblica, humareda diurna y columna de fuego en la oscuridad. En cambio, "La Virreina" se convirtió en furiosa pira, como si no tuviera otra cosa en qué ocuparse, sino arder hasta los cimientos. Todos pensamos que se consumía allí una etapa de la vida viñamarina y que la "ciudad jardín" no sería la misma después de la virreinal desaparición.

No contábamos con el espíritu de empresa. Poco tiempo después "La Virreina" fue reconstruida y volvió a ser el pivote de la vereda asoleada, bajo la dirección de Horacio Zout, un hombre pequeñito, algo gordo, muy moreno, medio pelado, risueño, proclive a iracundos enojos y activo como un huracán. "La Virreina" revivió, modernizada, muy "Siglo Veinte", abierta casi a todas horas, desde el desayuno en que nos reuníamos los de la Acción Católica después de la misa de nueve, hasta los coctelitos y los bajativos de tarde y noche.

Más allá se abría el Pasaje Cousiño, donde los ruidos callejeros se asordaban y morían en la tranquilidad de los edificios de dos pisos. En la esquina, la *Sastrería Inglesa*, del señor Zapico, español a todas sus fuerzas y pariente de los hermanos Zapico que poseían una tienda más modesta, al frente, en la acera de la sombra. La *Sastrería Inglesa* era elegante y vestía a los caballeros que ya no se tomaban la molestia de viajar a Valparaíso, en busca de Presciutti, Nicolás Ross o *Anglotex* que, como se advierte en su nombre, era propiedad de unos italianos.

En materia de elegancias, la vereda del sol poseía otros prestigios, como la tienda de los Hermanos Flaño, donde sólo vendían mercaderías importadas, o que aparentaban serlo, y la vidriería de don Luis Mori, atiborrada de bellos espejos y reproducciones de arte.

Según se apartaba de la plaza, la vereda del sol se hacía más modesta. Comenzaban a aparecer la Panadería Viale, con sus tibios aromas despertadores de los apetitos más dormidos; la destartalada oficina de Correos; la agencia Legnano de reparación y ventas de bicicletas, que fue mi tormento por algunos

meses: la "Librería De la Horra Hermanos" (¡qué fraternos son los comerciantes españoles!) donde compré mis primeros libros en esas humildes y benditas colecciones piratas de las editoriales Letras, Osiris, Ercilla y otras no menos filibusteras. Gracias a ellas y a los hermanos De la Horra leí a Maurois, Duhamel, Iván Bunin ("Un señor de San Francisco" en edición de bolsillo, pero de bolsillo de chaleco), Mauriac, Knut Hansum, Harold Lamb, los hermanos Rosny, Mauricio Paleologue (famoso contra el pelo gracias a la revolución rusa), *et cæteris paribus*.

Sin duda, las más conspicuas eran las primeras cuadras, más o menos hasta llegar a la concurrida Farmacia y Droguería Ewertz Hnos. En ellas paseaban sus perros y sus sombreros las señoras distinguidas y tomaban el sol hablando de política los caballeros, antes de refugiar su sed del mediodía en los salones del Club. Además, estábamos nosotros, los más jóvenes de ambos sexos que nos aguaitábamos mutuamente en un sonriente coqueteo de vaivén.

En los verdes escaños de madera, una cantidad de viejitos dignos y atildados tomaban el sol bajo sus sombreros jipi-japa, saludando con una discreta venia a los transeúntes destacados, entre los que se movía a pasos cortos y rápidos don Ricardito Braga, siempre de prisa rumbo a la Radio Metro del pionero Montecinos.

Siempre he pensado que la municipalidad viñamarina, en su afán de promover el turismo y las virtudes del buen clima local, alquila viejitos por cantidades y los instala en los escaños de la calle Valparaíso, en horario fijo de mediodía y tarde. Conforme van falleciendo, el Departamento Abastecimientos de la corporación edilicia contrata a otros, semejantes casi hasta la identidad, y efectúa los inevitables reemplazos: así demuestra que Viña del Mar ofrece excepcionales virtudes climáticas para las personas de edad. No pierdo la esperanza de que me contraten.

En la acera del frente la cosa es muy distinta, además de sombría. Allí se amontonan los baratillos sirio-palestinos que exhiben en sus vitrinas coloridas ristas de ropa interior para ambos sexos, todo plástico, incluso los maceteros y las flores artificiales. Hombres robustos, morenos, de grandes bigotes y calañés echados al ojo, con el pucho en un rincón de la boca, observan el paso de las empleaditas que salieron de compras, o del matrimonio aquél, con el hijo moquillento en los brazos maternos. Es el reino de la percala y el agua de colonia barata.

Aunque esa cosa horrible e informe que llaman "el desarrollo urbano" haya introducido la manía de los pasajes y los vericuetos, el ambiente sigue siendo el mismo, tal vez un poco más iluminado, tal vez con un poco más de olor a comestralo.

Sólo algunos locales sobresalen entre la monotonía del lado de la sombra. Ahí abre sus rejas protectoras *Il Gastronómico*, tentador, apetitoso, repleto de pastas, alcoholes finos, aceitunas, conservas exóticas, cajas de té de la India o Ceilán. Ahí la fiambrería de Otto Stark muestra en la vitrina su chanchito de cerámica, con frac y delantal blanco, devanando con su hábil cuchillo los

perniles de un congénere. Adentro, un paraíso del colesterol que, por esos años, nos tenía sin cuidado.

Siempre por la acera de la sombra, separada de la Plaza por la versátil tienda de Zapico Hermanos, estaba la sucursal viñamarina del Banco de Chile. Todavía está, pero hace ya tiempo que perdió su grave fachada de templo griego, con falsas columnas y un friso coronado por grandes urnas con apariencia de piedra y realidad de cemento, milagrosamente unidas al muro por un eje interior de palo de escoba, como se pudo comprobar en un oportuno cuasiterremoto.

Y la verdad es que ahí comienza esta historia.

Cuando murió mi padre, en marzo de 1940, la apacible y luminosa existencia viñamarina comenzó a manifestar algunos nubarrones. Cierto es que yo ganaba unos honorarios magros pero decentes en el Instituto Gregg-Composto, enseñando lo que en él había aprendido (y aquí mi homenaje a ese hombre excelente y amigo cabal que fue Ítalo Composto Scarpatti), pero...

Un día, después de clases, Ítalo me llamó a su escritorio.

—Hernán —me dijo— yo feliz de que usted siga trabajando conmigo, pero aquí su sueldo depende del número de alumnos y eso es muy variable. Continúe con sus clases en un horario que ya arreglaremos, y búsquese un trabajo más seguro. Mire, en el Banco de Chile de Viña hay una vacante. Preséntese mañana mismo. Ya les envié una recomendación.

Fui, precedido por la nota de Ítalo Composto y por la fama de mi padre. Subí los tres o cuatro escalones de mármol (reconstituido), traspuse las enormes puertas metálicas que daban al conjunto un aspecto de elegante tumba de familia, y me hice anunciar. El Agente en persona me recibió.

Alto, delgado, cabello escaso y cano, que debió ser rubio en otros tiempos, ojos muy claros y vivos, con una chispa irónica que procuraba disimular, nervioso, cigarrillo en ristre, movedizo, largos trancos en las proximidades del escritorio, don Carlos Rodríguez Rivera era todo un caballero y ese era exactamente su aspecto.

Me invitó a sentarme y hablamos, hablamos largo rato, poco del banco y mucho de mi padre, la traducción de la *Eneida*, el Premio Roma, la muerte.

—¿De qué murió don Egidio?

—De cáncer pulmonar, don Carlos.

—¿Y qué le produjo el cáncer?

—El cigarrillo, don Carlos.

—¡Puchas, no fumo nunca más! —clamó don Carlos, asesinando el cigarrillo contra el cenicero —¿Y de qué edad murió?

—A los setenta y un años, don Carlos.

—¡Ah... Entonces sigo fumando! —Dio un suspiro de alivio, y encendió otro cigarrillo.

A la conversa siguieron los trámites: lectura y firma de contrato de trabajo, presentación al Jefe de Personal y contador de la oficina, don Javier Gutiérrez Maldonado. Corpulento, moreno, más bien bajo y con chuletas a lo San Martín, don Javier parecía padre de la Patria, pero desmontado. Me hizo conocer el

reglamento interno del Banco, es decir, la serie de prohibiciones que desde entonces regularían mi vida funcionaria.

El dos de mayo (¡Dios mío, cuántos crímenes recuerda esa fecha!) a las nueve en punto de la mañana firmé por primera vez el Registro de Asistencia; ya era propiedad, en fideicomiso, del Banco de Chile.

De este modo, desobedecí el primero de los tres consejos que siempre me daba mi padre.

- No sea empleado de banco.
- No se endeude aceptando letras.
- Nunca viva en Santiago.

El segundo desacato no tardó mucho: me había enamorado apasionadamente de una bicicleta marca Legnano —tipo turismo— importada directamente de Italia. El precio también era importado, de modo que para hacerla mía tuve que aceptar mis primeras letras (“firme aquí, atravesado”) y pasé eternos meses pagándolas. Pero el mutuo entendimiento y los largos paseos por las playas viñamarinas, muchos de ellos en compañía de Raúl Oliva Murillo, amigo perfecto, y las hijas de don Rafael Luis Gumucio, compensaron los sacrificios económicos. Hasta que de tanto cabalgar en mi hermosa bicicleta se me cayó un riñón y tuve que venderla.

Me demoré nueve años en cometer la tercera infracción, que ha sido la más duradera.

El aburrido y agotador trabajo bancario no me impedía seguir escribiendo, por las noches, en la maquinita portátil obsequiada años antes por mi tío Carlos Varas. Más bien, la falta de responsabilidad y de compromiso que sentía hacia el Banco me daba la tranquilidad suficiente para teclear hasta pasada la medianoche, aunque al día siguiente el Registro de Asistencia señalara en rojo mi tardía incorporación a las labores de sumar, restar y saldar cuentas.

Desde mis lecturas de Solar Correa, en el Cuarto Año de Humanidades del colegio de los Padres Franceses (ss.cc.) de Valparaíso, me entusiasmaba la literatura medieval y no ha dejado de hacerlo. Víctima de mis euforias escolares, había comenzado a escribir breves artículos, viñetas casi, sobre algunos autores españoles del Medievo, procurando retratarlos en lo que pudo ser su ambiente: la biblioteca, el alto escritorio, los vitrales religiosos, la campiña primitivamente cultivada. No negaré que el noble Azorín me llevaba de la mano, como buen maestro. Sin más plan que el impulso del momento, nacieron algunas páginas sobre Berceo, Juan Ruiz, Manrique, el Romancero, pergeñadas sobre cuadernos colegiales con multiformes patas de mosca.

Una tarde de tertulia y confidencia, leí uno de estos trabajos a Arturo Rodríguez-Peña, que oficiaba de crítico musical en *El Mercurio*.

—Está bueno —me dijo, con su habitual parvedad en elogios— ¿Por qué no lo publicas? Dámelo. Yo se lo paso a Pancho Le Dantec.

La verdad, no me hice muchas ilusiones: ¿cómo podría interesarse el decano de la prensa en los balbuceos literarios de un joven casi imberbe? Se interesó, y un domingo me encontré con un artículo a dos columnas: “Gonzalo



de Berceo Nomnado", por Hernán Poblete Varas. No les cuento qué estubo a punto de pasarme con la impresión. Ahí estaba yo, en letras de molde, en el mismo diario donde antes habían escrito mi padre y mi tío Montcalm. No me emborraché para celebrarlo porque la sola alegría de verme publicado ya era suficiente embriaguez.

A la sorpresa dominical siguió otra, el lunes inmediato. Temprano en la mañana estaba yo registrando cheques y depósitos ajenos en el "Libro Auxiliar de Cuentas Corrientes" cuando el Colorín Soto, portero y tan colorín como bellaco, me murmuró en la oreja izquierda.

—Don Carlos dice que quiere hablar con usted. Que vaya *al tiro*.

Se me erizaron los pelos: "¿Qué brutalidad habré hecho, Dios mío?" La conciencia habló de inmediato; claro, los atrasos matinales, los sermones de nuestro Padre de la Patria... ¡Ay de los vencidos! A punto de colitis me dirigí a la oficina del Agente que estaba, como de costumbre, de pie detrás de su escritorio, cigarrillo en mano.

—Dígame, Hernán ¿es suyo el artículo que apareció ayer en *El Mercurio*, o es alcance de nombre?

Confesé la verdad, temiendo que también escribir estuviera prohibido a los empleados de banco.

—Sí, señor, es mío.

—Lo felicito, hombre —don Carlos sonrió con labios y ojos— es muy bueno. No tenía idea de que usted fuera escritor. Me alegro, me alegro, de veras me alegro, Hernán.

Junto a la ventana atisbaba hacia el exterior por la franja de vidrio libre de empavonamiento una señora alta, erguida y de actitud algo hierática que volvió su rostro hacia mí en esta etapa de la conversación. Las facciones eran finas, estatuarias, y los ojos muy brillantes, oscuros, profundos.

—Le presento a mi señora, Nina Anguita —dijo don Carlos—. Ella es intelectual, como usted, pero se dedica a la escultura.

Nina Anguita se acercó, risueña. Siempre le hacían gracia las salidas del marido, que trataba de pintarse a sí mismo como un hombre marginal al mundo "de los intelectuales" como decía, pero que estaba comprometido con él muy hondamente, a través de su simpatía y su solidaridad. Nina me explicó que en casa de ellos (altos del Banco de Chile) solían reunirse los sábados por la tarde algunos escritores y artistas, sobre todo santiaguinos venidos de fin de semana o de verano. Me invitaba a participar.

—Aunque usted es muy joven para nosotros, creo que se va a entretener y conocerá gente interesante. No se olvide: lo esperamos desde este sábado.

Sí que me entretuve, sí que conocí gente interesante. Casi todos los sábados, durante largas temporadas, me acomodaba dentro de mi mejor ropita ("ya conocéis mi torpe aliño indumentario", puedo repetir con Machado), camisa blanca y corbata, para incorporarme a la tertulia de los Rodríguez Anguita. Por cierto, yo era el menos *tertuliente*, pues casi no me salía la voz y ocupaba el tiempo más bien en oír y observar. Allí, en la bondadosa hospitalidad de Nina y Carlos, me topé por vez primera con *Alone*, flaco, silente y anguloso:



con Máximo Cardemil, lector perpetuo y conocido como "el indio triste"; Magdalena Petit y su coqueto flequillo, que conservó hasta los últimos días; Manuel Vega, pequeño, pálido, nervioso y apasionado; Augusto Iglesias, esférico y tonante, y muchos otros, permanentes o de paso. Entre todos ellos sobresale uno de los menos habituales participantes (le arrancaba, y con razón, al humo de los cigarrillos que en esos años era consustancial a toda reunión), Osvaldo Vicuña Luco.

Hernán Díaz Arrieta ha dejado de él un retrato preciso: "Frágil de físico, escaso de materia, tallado con menudencia y un perfil de medalla, su poca salud le impidió los estudios regulares que hacen todos; pero su energía interna, desproporcionada, los reemplazó en una jamás concluida y, al fin, ventajosa exploración que lo condujo a donde casi nadie llega. Era un ser libre".

Osvaldo había llegado no mucho tiempo antes a Viña, buscando un clima que lo aliviara, siquiera en parte, del asma que lo atenazaba y que había contribuido a hacer de su cuerpo esa estructura pequeña y débil que aprisionaba a un formidable espíritu. Nacido en 1896, me sobrepasaba en edad por más de cuarenta años. Pero esas diferencias no eran obstáculo para su espíritu curioso y fraterno.

Una mañana, por los días mismos de aquel articulejo, me hizo llamar a la ventanilla de "Cuentas Corrientes". Se presentó, dijo que me había leído, que quería saber más de aquel extraño sujeto que era capaz de ocuparse de Berceo... a los veinte años y en un balneario.

Seguramente no quiso añadir "y empleado de banco, además". La charla que entonces iniciamos duró, intermitentemente, hasta su muerte en 1945. Hijo del ilustre don Julio Vicuña Cifuentes, tal vez la admiración por el padre y su obra (*Mitos y supersticiones* es un libro capital que, inexplicablemente, no se reedita) contribuyó a acercarnos en esa amistad que se traducía en largas conversaciones peripatéticas.

Libre de preocupaciones económicas y asegurado el pan de hoy y el de mañana, como solía decir, Osvaldo Vicuña dedicaba su vida a leer y a reflexionar de viva voz o por escrito sobre cuanta lectura le parecía interesante. Era un erudito, pero un erudito vivo, siempre *al día*, inquieto, curioso, que podía repetir con Duhamel: "El primer deber del hombre que habla o que escribe es ser libre". Desentrañaba con ingenio y hondura los textos más viejos o los más recientes, sin caer en la moda o la circunstancia. Oírle, o leerle, hablar de Proust (su autor de cabecera), de Huxley, de Ortega, de Darío o de Gide era penetrar en mundos que parecían renovados bajo su mirada original.

Cosa extraña, nada de su profundo saber quedó encerrado en libros. Lo vertía generosamente en largas y documentadas cartas a sus amigos y sólo unos pocos comentarios críticos llegaron a las páginas de diarios o revistas. Después de muerto y gracias a la iniciativa de esos amigos, algunas de sus cartas y algunos de sus apuntes literarios fueron reunidos en un grueso volumen.

Otro de mis providenciales encuentros en las tertulias sabatinas fue con Pedro Prado. Temprano una mañana recibí una llamada de Nina Anguita.

Me comunicaba una primicia: esa tarde Pedro Prado leería algunos poemas inéditos, reservados para su próximo libro. "Esto es verdaderamente excepcional, me dijo, no vayas a faltar".

El *living* de los Rodríguez Anguita estaba atiborrado de personajes. Era verano y muchos literatos santiaguinos de vacaciones estaban allí para satisfacer su curiosidad poética. Menudeaban los *sandwichs* y los *petit-bouchés* y corría el whisky-sour pese a la escasez de plena Segunda Guerra. Pasó largo tiempo en conversas y comistrajos antes de que Nina —anfitriona algo distraída— se decidiera a concentrar la atención de los contertulios.

—Ya es hora de que escuchemos a Pedro.

Se produjo un leve silencio. La escena estaba bien preparada, al fondo de la sala un sillón *bergère* y una lámpara de pie para iluminar generosamente al lector. Pedro Prado, más bien bajo, rostro sereno, ojos luminosamente claros, avanzó tímidamente hacia el sillón. Sólo le faltaban unos pocos pasos cuando...

—Momento —tronó un vozarrón—. Primero les voy a leer yo algunos poemas.

Era el gordo Augusto Iglesias que estaba "que ya se recitaba" como dicen los colombianos. Apartó con un movimiento de su brazo al protagonista de la reunión e instaló su enorme cuerpo bajo la luz; escarbó entre los bolsillos de su chaqueta hasta que extrajo de uno de ellos un viejo y sobado libro. Lo hojeó morosamente y, tras un carraspeo admonitorio, comenzó a recitarse.

En el revuelo que produjo el desplazamiento del lector espontáneo, Pedro Prado y yo quedamos arrinconados junto a una puerta, que algo más tarde se convertiría en puerta de escape. Desde el sillón *bergère* nos llegaba implacable el vozarrón recitativo.

Pasaron los minutos, muchos, abundantes minutos. El torrente lírico decimonónico no amenguaba. Los contertulios, inmóviles y silenciosos, aparentaban resistir estoicamente el diluvio verbal. Di una discreta mirada a mi reloj pulsera (comprado con letras, naturalmente). Eran casi las nueve de la noche.

—¿Nos vamos, don Pedro? —murmuré.

—Nos vamos— respondió el poeta en un susurro.

Silenciosos, en puntillas para que nadie se enterara de nuestra subrepticia fuga, salimos del salón, bajamos la escalera, abrimos y cerramos la puerta de calle como dos delincuentes que huyen del "lugar de los hechos", según dicen los periodistas. Cuando ya nuestros pies estuvieron sobre la acera, caminamos ágilmente, a tranco largo y taconeado. Al llegar a la calle Quinta, creo que suspiramos de alivio; estábamos fuera de peligro.

Desde allí nos fuimos conversando. Conversamos cruzando el puente de madera de mis tiempos colegiales, conversamos caminando lentamente bajo las palmeras de Uno Norte. Conversamos hasta llegar al puente del Casino, próximo a la casa viñamarina de Pedro Prado. Le conté que había leído y requeteleído *Alsino*, que conocía *Los pájaros errantes* y muchos de sus poemas; que frecuentemente hablábamos sobre él y su obra con mi hermano Carlos y con amigos y ex amigos comunes. Con timidez le confesé que yo escribía, o trataba de hacerlo.

—¿Escribe mucho, Hernán?

Nueva confesión; solía escribir de noche, en casa, pero sólo cuando tenía ganas, verdaderas e inevitables ganas de escribir.

—¡No, no! Eso está mal. No hay que esperar las ganas... hay que hacerse cariño hasta que salgan... Mire, siéntese todos los días, pacientemente, ante los papeles en blanco y piense, imagine, sueñe, provóquese, hasta que le vengan las ganas de escribir. Verá que, entonces, ya no va a parar más.

Con un apretón de manos terminó este único encuentro con el poeta. No he olvidado sus consejos, ni menos su cordialidad, ese afecto que fluía de su mirada transparente.

Hace un par de años, terminaba yo una pequeña charla en la Feria del Libro de Viña del Mar. De un asiento de primera fila, se levantó con alguna dificultad una dama anciana y sonriente.

—Dame un abrazo—me dijo—. Tú no te acuerdas de mí, soy Nina Anguita. Salí de mi casa especialmente para escucharte.

Si que nos abrazamos. Habían pasado más de cuarenta años desde aquellas reuniones y desde aquellas primeras letras, de cambio y de las otras.

## TECNOLOGÍA Y HUMANISMO\*

José Ricardo Morales

Cabe aceptar que una conferencia consiste, sobre todo, en conferir nuestro pensamiento a determinado público, mediante un acto dramático, supuestamente improviso, en el que surgen a la par la idea y la palabra pronunciada. Por cierto que este procedimiento no puede generalizarse, dado que las conferencias en ocasiones exigen la lectura puntual de cierto texto establecido previamente. Sin embargo, tal vez movido por el prejuicio de aquellos años estudiantiles en que llamábamos "leones" a quienes se limitaban a leer sus conferencias, preferimos abstenernos de ello, por no quedar incluidos en semejante, peligrosa fauna. Pero ironías aparte —aunque la ironía suponga una manera compleja de pensar, que desdobra cuanto expone, complicándolo y explicándolo a la vez—, la conferencia, entendida como un acto verbal, puede correr el peligro de trivializarse, hasta el extremo de merecer el desdorado título de "charla" con el que las califican —seguramente con razón sobrada— en nuestras latitudes. Pues, por ese camino, aquel que las profiere recibirá, forzosamente, la denominación de "charlatán", ese vendedor callejero que ofrece panaceas infalibles para cualquier mal habido o por haber.

Como quiera que sea, puesto que esta conferencia no quedó registrada con ninguno de los medios usuales —grabación, estenografía, etc.—, nos permitiremos desarrollar aquí algo de cuanto tuvimos en cuenta entonces para tratar el asunto enunciado, incluyéndose en ello, además de diversos aspectos del tema, varios fragmentos de aquellos trabajos personales en que nos basamos. De tal manera, el texto resultante consistirá en exponer cómo formulamos un original inexistente, desvanecido con las palabras mismas, que, al decir del poeta, "son aire y van al aire". Por ello, el problema abordado tal vez acabe transformándose en un *collage* compuesto de consideraciones previas y de textos propios, para constituir, quizá, una lección elemental de estrategia sobre cómo abordar un tema titulado *Tecnología y humanismo*.

Al proponérsenos el problema, estimamos que un punto de partida adecuado para exponerlo era el de considerar la tesis sustentada por C.P. Snow, en su conocido libro que lleva por título *Las dos culturas* (Cambridge, 1959 y 1964)<sup>1</sup>. No por la importancia que tuviese el libro mismo, sino por la que le

\*Texto establecido sobre una conferencia pronunciada en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, el 8 de junio de 1989.

<sup>1</sup> *The Two Cultures: and A Second Look*. Cambridge at the University Press, 1964.

atribuyeron en su tiempo los pensadores y científicos que encontraron resu-  
midas, en pocas palabras, cuanto se hallaba compartido entonces por ellos.  
Recuérdese que desde 1930 Ortega había formulado ideas muy semejantes,  
en un capítulo dedicado a *La barbarie del especialismo*, perteneciente a su obra  
*La rebelión de las masas*. De modo que el considerable éxito del autor inglés se  
debió, como suele suceder, a que acuñó fácilmente esos acreditado lugares  
comunes en que se convierten las ideas, una vez aceptadas por todos. Además,  
no olvidemos que la fama consiste, literalmente, en "ir entre lenguas" o "dar  
que hablar" —pues *phemi*, en griego, significa 'decir' y *famosus*, en latín, 'el que  
hace hablar de sí'—, de manera que si ahora la comparten, la disfrutan o  
disputan los locutores, los animadores o los cantautores, se debe a que aparece  
en donde debe estar, en el terreno del *on dit* sartreano, por lo que no parece  
en exceso deseable. Al fin y al cabo, los textos realmente decisivos son aquellos  
que revelan cuanto no se había pensado anteriormente; por ello, como van a  
redropelo, suelen quedar silenciados en su tiempo.

El referido trabajo de Snow supone que hay dos grupos de creadores, los  
literatos y los científicos, que tienen el mismo nivel en todo, pero que no se  
comprenden entre sí, llegando inclusive a distorsionar la imagen de sus opues-  
tos. Pero la diferencia entre ellos radica, sobre todo, en la oposición que existe  
entre las que llama una "cultura científica" y una "tradicional".

Propuesta de esta manera, la polaridad enunciada delata muy claramente  
su insuficiencia, puesto que la oposición entre el escritor y el científico —cuyo  
paradigma lo sitúa en los físicos— no expresa adecuadamente aquello que su  
autor pretende: es decir, que hay dos tipos de intelectuales, los humanistas y  
los científicos, que llevan distintos caminos, ya que la ciencia implica progreso  
y métodos avanzados de conocimiento, mientras que las humanidades difícil-  
mente constituyen ciencia alguna, pues no pasan de ser, en el mejor de los  
casos, un saber establecido sin la complejidad de aquella. La magnificación de  
este prejuicio generalizado es probable que también contribuyese al referido  
éxito del libro.

Sin embargo, ahora podemos pensar diferentemente, para considerar con  
más rigor el problema. En primer lugar, las humanidades no pueden reducirse  
a la condición del escritor que, habitualmente, en cuanto noveliza el mundo,  
nunca deja de ser un "descritor", por muy profundas o sutiles que sus des-  
cripciones sean. Respecto de la idea de progreso o del desarrollo humano, si  
se confunde en ella lo útil con lo necesario, es muy probable que lenguas como  
el latín o el griego no se consideren útiles, pero son necesarias para el cono-  
cimiento del hombre y su lenguaje. Por ello, aunque no rescaten del llamado  
subdesarrollo a los países que las cultiven, ningún país intelectualmente desa-  
rrollado dejará de situarlas entre sus conocimientos imprescindibles. Aunque  
así sea, tampoco las humanidades tienen por qué entenderse como tradicio-  
nalidad pura, atribuyéndoles un saber arqueológico, basado en la retrovisión,  
correspondiente al que pusieron en juego y tuvieron a gala los humanistas del  
prerrenacimiento italiano. Pues, en cuanto se refiere al hombre, toda visión  
retrospectiva es siempre retroinspectiva, ya que el sentido de su propio cono-



cimiento le obliga a constituirse, a la vez, en objeto y sujeto del mismo. De tal manera, el grado de complejidad de las disciplinas humanas es probablemente superior al de las situadas por Snow en la acera de enfrente, puesto que en las humanidades el sujeto pensante ha de desdoblarse, hecho un esquizoide cuerdo, para convertirse así en un observador sometido a su propia observación. Y si hubiera duda alguna respecto de este mayor grado de complejidad, por mucho que se pondere el rigor abstractivo e imaginativo que supone la investigación del físico —entre los distintos ejemplos posibles—, siempre ha de tenerse en cuenta que *es el hombre el que piensa sobre el átomo, y no a la inversa*.

Aun más, si el cálculo y la medida constituyeron tradicionalmente la *conditio sine qua non* de la ciencia moderna, teniéndose habitualmente como *ciencias exactas* a las matemáticas, porque representaban plenamente tales posibilidades, hoy estas “ciencias exactas” son cada vez más inexactas, pues se establecen según distintos grados de aproximación a entidades de indole imprecisa o fugaz, basándose, además, en diferentes modelos lógicos, que las condicionan o determinan. Pero la lógica, como es obvio, en cuanto ciencia formalizadora del pensamiento, *no es sino una disciplina humanística*, tal como le corresponde ser a toda indagación efectuada sobre el *lógos*. Inclusive, si apuramos estas posibilidades referentes a la exactitud de la ciencia, seguramente habrá que situar a la filología entre las ciencias más exactas del presente, puesto que ha desarrollado métodos rigurosos para el conocimiento de su propio objeto —el lenguaje—, en función de la mayor radicalidad posible, basada, precisamente, en *las raíces* de los términos, de las que se derivan, mediante esquemas constantes, las modalidades básicas de los vocablos.

Téngase en cuenta, además, que cualquier reflexión sistemática referente al hombre no requiere efectuarse siempre exclusivamente sobre éste como un objeto aparte de conocimiento, dado que el ser del hombre consiste en ser el ser más complejo que haya sobre el haz de la tierra, así que, *cuando tratamos de él, también tratamos de todo cuanto le concierne, que es, realmente, “todo”*. De acuerdo con cuanto llevo expuesto, no podemos situar a las ciencias por un lado y a las humanidades por otro, sino que ambas se perfeccionan entre sí, complementándose mediante determinadas transferencias de métodos o de puntos de vista, que pueden llegar a constituir la más indispensable transfusión entre ellas, reciprocándose y estimulándose mutuamente.

Todas estas razones, y muchas otras que pueden aducirse sobre el tema, dejan decididamente anticuado el trabajo de Snow, aunque *no basta suponer que algo está anticuado por sí mismo, si no hemos sido capaces de formular nuevas ideas que lo reemplacen, dejándolo obsoleto*. A este propósito, no es que haya perdido vigencia su intención de unir ambas “culturas”, en apariencia inconciliables, sino que los conceptos puestos en juego en su trabajo son indudablemente más complejos de cuanto por entonces creyeron. A ello se debe el libro-réplica de William H. Davenport, que con el título de *Una sola cultura* preconizó decididamente aquello que el texto precedente proponía como un aspiración remota. Pues, al decir de Snow: “Sólo hay una manera de resolver todo esto: se trata, por supuesto, de repensar nuestra educación”. De ahí que ese pro-



pósito lo hiciera suyo Davenport, al encabezar con dicha frase un capítulo de su libro y al aducir ejemplos posteriores en los que semejante intención se materializaba.

Nótese, sin embargo, que el texto inicial de Snow corresponde a la década del 50, y el de Davenport a la del 70. Pero entre las fechas de dichos trabajos —hace precisamente un cuarto de siglo: en 1964— creamos en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, de la Universidad de Chile, el Centro de Estudios Humanísticos, en el que nos honramos en ser uno de sus fundadores. No obstante, como suele ocurrir en estos casos, frecuentemente recibimos críticas adversas de nuestros pares, tanto científicos como tecnólogos, preguntándose muchos de ellos qué finalidad tenía una entidad universitaria de esta índole, incluida en una Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas y en los estudios de Ingeniería. Es más, hasta llegaron a "folklorizarla", atribuyéndole funciones que nunca le compitieron, entre ellas, nada menos que la de enseñar ortografía a los alumnos... En vista de ello, si anteriormente aludí a la ironía como un modo de exponer determinado problema, sin duda que la surgida en situaciones reales resulta más extremada. Aunque, quizá, las razones de la referida incompreensión se encuentren en una de mis obras dramáticas, al sostener un personaje de ella que "los precursores llegan siempre tarde. Pues lo importante en este mundo no es llegar el primero, sino llegar a tiempo. Y para llegar a tiempo hay que llegar *después*". Aduzco esta opinión —ignoro si propia o ajena, ya que proviene de un ser ficticio—, porque en el libro publicado por la UNESCO, *Social Sciences and Humanities in Engineering Education*, The Unesco Press, París, 1974, en un trabajo extenso, bajo la firma del Profesor G.K. Hanashiro, dedicado a *The teaching of the social sciences and humanities at the Chilean engineering schools*, destaca al referido Centro de Estudios Humanísticos como precursor y caso único de este tipo de docencia en el país, representándose en él una tendencia que después se hizo universal. Tanto es así que en los planes de estudio científicos y tecnológicos de los países más adelantados —desde los existentes en la Unión Soviética y en el M.I.T.O en el I.I.T., de Estados Unidos, hasta los efectuados en Japón o en el Politécnico francés—, el porcentaje de las disciplinas humanísticas es considerablemente superior al que aquí se nos concede. Pero sin pretender hacer uso del argumento de autoridad, que el citado libro nos permite —ya que la única autoridad reconocible se encuentra siempre en la propia autoría—, aquellos científicos o tecnólogos que fueron nuestros detractores habrán de reconocer que "en casa del herrero, cuchillo de palo", pues ignoraron, tal como suele ocurrir, en qué razón se fundaba un Centro de Estudios que les concernía directamente. La más obtusa y ciega de las soberbias se encuentra en aquellos que, por dominar a fondo un campo singular del conocimiento, suponen que tienen autoridad sobrada para monopolizar el destino de cuanto se quiera, sin haberse preguntado, ni por error, qué ocurre fuera del mismo. A este respecto, aquel gran matemático que fue Gödel, fallecido hace unos años, sostuvo con ejemplar conciencia de las limitaciones de su disciplina, tal como lo señaló a su vez Heidegger, que "ninguna operación matemática nos dice lo que la matemática es". Aunque,

en cierto modo —que no puede ser más cierto—, ambos siguieron de cerca el pensamiento de Aristóteles, cuando afirma que ninguna ciencia puede probar directamente sus propios principios. Y en ello radica el *quid* del asunto. Porque podemos llenar una pizarra de derivadas e integrales, y los problemas que con ellas resolvamos no resuelven el problema de “*qué es*” el cálculo infinitesimal. Análogamente, la ciencia como la técnica no pretenden resolver *qué es* la ciencia o *qué es* la técnica. La solución de *qué son*, como una totalidad, ha de darse desde “fuera” de ellas, al pensar “sobre” aquello que sean, desprendiéndose de su inmediatez, para otorgarles el sentido global que les corresponde, perteneciente a la teoría. Esto explica que en otro lugar haya calificado a la teoría como “el saber del extrañamiento”. De ahí que *el sentido pleno de la ciencia y de la técnica lo conceden las humanidades*, y aun más, por tales motivos hay quienes, desde hace largo tiempo (J. Arthur Thompson, en 1922, basándose en un trabajo ajeno. *Vid.* Davenport, *loc. cit.* p. 137), sostienen que la ciencia constituye “una de las humanidades”.

Por lo tanto, la validez de las humanidades no consiste sólo en que convierten al hombre en el objeto de su conocimiento, sino en que *son el fundamento último de la ciencia y la tecnología*, tal como de todo aquello que el hombre efectúe. Así que cuanto mayor y más aguda sea la penetración del pensamiento científico en esa *terra incógnita* situada en las extremas ultranzas de lo conocido, más se requerirán las disciplinas humanísticas, para situar ese saber en el hombre o para centrar a éste ante los nuevos conocimientos. Al fin y al cabo, si “no se hizo el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre”, análogamente cabe afirmar que no se hizo el hombre para la ciencia o la técnica, sino que ambas se hicieron para él. Y aun más, se hicieron *por él*. De ahí que las preguntas referentes a *qué es esto*, propia de la ciencia, o *qué hago con esto*, perteneciente a la técnica, tienen que vincularse con la que inquiriere sobre *quién* efectuó tales interrogaciones. Sin embargo, la pregunta por *el quién* no ha de entenderse en su posible sentido personal o subjetivo, puesto que implica, más bien, al sujeto re-flexivo que forzosamente existe tras toda interrogación. De este modo, ya que el sujeto es *el quién*, entendido como una *x* pensante, y porque cualquier modalidad del pensamiento la formula siempre determinado sujeto, *lo objetivo es contar con el sujeto*, en vez de prescindir de éste, como hicieron en el siglo XIX. A tal punto es así, que si Heisenberg sostiene que “observar es perturbar” —pues debemos emplear unos “cuantos” de energía para percibir cualquier corpúsculo—, esto indica que la ciencia más aguda del presente incluye al sujeto —al hombre— en su propio conocimiento, teniendo por el alterador del contorno, tanto al observarlo como al interpretarlo.

Cuanto llevamos expuesto permite superar la pretendida oposición existente entre “las dos culturas”, según la formuló Snow, cerrándose así la brecha que supuestamente las separa. Sin embargo, el referido conflicto no se encuentra plenamente definido si seguimos refiriéndolo a “culturas”, dos o una, antinómicas o unidas, como las establecieron Snow y Davenport, respectivamente. Desde mi punto de vista, *el problema no es, realmente, de “culturas”, sino, más bien, de dos modos de pensar contrapuestos, que deben complementarse en el hombre*,

pues las llamadas "culturas" son sólo la consecuencia de ambas posibilidades pensantes.

Me refiero, por una parte, al pensamiento "científico", que *tiende a la formalización reductiva de cuanto incluye, lográndolo mediante el hallazgo de fórmulas que resuelven todos los casos posibles, dentro de un campo específico*. Esta tendencia hacia la fórmula supone la simbolización de cierta norma o principio, que constituye la razón de ser de todos los hechos o fenómenos, en apariencia distintos, pertenecientes a determinado conjunto, configurándolo como tal, precisamente, con la fórmula misma. Semejante manera de pensar no es sólo "reductiva", sino que supone cierta "convergencia" hacia la fórmula, porque resuelve todos los problemas pertinentes, "focalizándose" en ella y convirtiéndola en una especie de *fulcrum* o soporte último del conocimiento.

A diferencia de esto, *las maneras de pensar propias de "las humanidades" requieren determinado "despliegue" o desarrollo de cuanto se encuentra implícito o "plegado" en los conceptos teóricos que emplean*. De esta manera, a partir de una noción o de una idea —procedan de donde sea, tanto si son propias como ajenas—, puede escribirse todo un tratado. Así que dicha dualidad de tendencias no corresponde, como indicamos anteriormente, a "dos culturas", sino que la condición de éstas se encuentra constituida por modalidades pensantes diversas, que deben equilibrarse en el hombre y en su formación, para darle la plenitud requerida. No en vano encontramos en los estudiantes de ingeniería la dificultad de redactar o exponer ideas que pueden deducirse de una noción determinada, mientras que, contrariamente, sentimos habitualmente perdidos a los historiadores o a los literatos ante la simbolización formal o "reductiva". Ambas especies de pensadores, cada una a su manera, experimentan un crecimiento "asimétrico" de sus posibilidades pensantes, más exagerado cuanto mayor sea el grado de especialización que en ellas haya, hasta el punto de concluir desarrollándose un solo "lado" de su pensamiento, a la manera de aquellos tenistas a los que se les robustece más el brazo único con el que juegan.

Sin duda que el obtener la plenitud armónica de la persona es una pretensión legítima de cualquier sistema educativo, pero el tema va mucho más allá de constituir tan sólo un asunto de docencia, de sistemas o de planes de estudio, puesto que implica, ante todo, un problema de radicalidad. Si aceptamos incluir a las ciencias entre las humanidades —ya que no son otra cosa— y si, yendo más lejos, convenimos en que las humanidades brindan a la ciencia y a la técnica su más profundo sentido y hasta su razón de ser, ese nexo indudable tiene que problematizarse adecuadamente para legitimarlo en definitiva. Puesto que las disciplinas teóricas o filosóficas, propias de las humanidades, tienen una capacidad abarcadora y una extensión lógica mayores que las científicas, a ellas les corresponde sustentar —en el doble sentido de apoyar y de nutrir— a las que se consideraban sus opuestas. Así que no se trata únicamente de suplir determinadas deficiencias en la formación del hombre, ni de crear extraños híbridos en los planes de estudio, con el propósito de unir ambas tendencias del pensamiento, sino que corresponde, más bien, ha-

cerse la debida cuestión de cuanto efectuamos en cada campo del conocimiento, según las posibilidades presentes de conjugar las humanidades y la ciencia. A este propósito, desde el punto de vista de las humanidades, ¿cómo puede el científico afirmar que aquello que acaba de descubrir o de formular en una comunicación *es verdad*, si nunca se hizo problema de ésta? ¿Cómo entender adecuadamente determinada *formulación* sin haberse preguntado por el sentido de *la forma*? ¿No son, acaso, las humanidades las que, a partir de la semántica y de la semiótica, se hicieron problema del *símbolo* y del *signo*, entidades que los científicos "usan" sin haberlas considerado debidamente? ¿No quedan así éstos —con todas las diferencias, que no son pocas— en la condición de aquel que pulsa un botón y hace surgir imágenes en el televisor, sin conocer la razón que las produjo? Además, ¿cómo desarrollar *teorías* o recurrir a determinados *métodos*, con omisión del sentido propio que les pertenece? ¿Cómo referirse a *la causa* o a *las causas* de un fenómeno, ignorándose los muchos modelos posibles de causalidad y las diferencias de ésta en las ciencias humanas y en la de la naturaleza? Por último, entre el considerable caudal de preguntas que se pueden proponer, ¿qué disciplinas, sino las humanísticas, formularon el sentido de la técnica, incluso para denunciar el sinsentido de la tecnificación irracional que ahora nos amenaza? De estos asuntos, que no son grano de anís, como decían en el pasado, y de otros que les atañen, me ocuparé a renglón seguido.

No debe extrañar que este conjunto de interrogaciones diversas, aquí formulado, proceda del curso de Teoría e Historia del Arte que profesamos en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, de la Universidad de Chile. Pues desde el arte —refiriéndolo a la forma, al símbolo, al signo, a la causalidad, a las estructuras, a la verdad o a la técnica, entre otras posibilidades— puede proponerse a los estudiantes de ciencias y técnicas todo aquello que les concierne directamente, aunque se halle omitido en los planes docentes, porque no corresponde desarrollarlo en los estudios especializados que los alumnos efectúan.

A este propósito, hemos preconizado con frecuencia que la Universidad ha de caracterizarse, sobre todo, por *problematizarse a sí misma*, tanto como a los llamados "conocimientos" que crea, pone en juego y difunde, según la consabida trilogía tradicional de "investigación, docencia y extensión", que se nos hace difícilmente aceptable, por razones que no cabe exponer aquí. Si hace años publicamos dos volúmenes dedicados a un saber que denominé *Arquitectónica*, dicha obra se debió a la necesidad de indagar qué es la arquitectura, en una Facultad a ella dedicada, entendiéndose esto como el menester propio del Instituto de Teoría e Historia de la Arquitectura que tuvimos bajo nuestra responsabilidad. De análoga manera, parece deseable que la Universidad cuestione las diversas regiones del saber incluidas en ella, preguntándose *qué es la Medicina*, el Arte, el Derecho..., en cursos que den sentido teórico a cada profesión o actividad humana que incorpore. Pues no puede suponerse que el médico o el ingeniero, una vez concluida su carrera, sepan ya qué es la medicina o la ingeniería, como consecuencia de haber adquirido una suma



de conocimientos que les atañen, pero que *no se han integrado en un todo pensado como tal*.

Por dichas razones, en la Universidad hemos de hacernos problema no sólo de su docencia, sino de la investigación y de su índole. Dado que el científico genuino, sea de la condición que fuere, dedica buena parte de su vida a investigar, el hecho de situarse ante sí mismo como investigador y ante su labor de investigación, responde a la necesidad imprescindible de dar determinado sentido a su quehacer primordial. Debido a ello, parece perfectamente legítimo que en un laboratorio dedicado a la producción de fármacos interese, ante todo, el hallazgo de aquellos considerados como los más eficaces para resolver determinada patología, con prescindencia del fundamento teórico y último de la investigación propiamente tal. Sin embargo, aunque en la Universidad se efectúe también ese trabajo científico, "el saber investigar" requiere hacerse problema de dicha actividad, adoptándose así una actitud "reflexiva" sobre ésta, que no corresponde asumir en los restantes centros de investigación existentes. A este respecto, nos hemos encontrado en ocasiones con profesores o alumnos universitarios que, por desentenderse de las condiciones rigurosas de la investigación, sostienen estar "investigando" aquello que sea, cuando de hecho se limitan a documentarse sobre lo investigado por los demás, confundiendo la investigación con la acumulación de referencias, para omitir, de esa manera, que *investigar es encontrar o dejar "vestigios"*—en cuanto 'trazas' o 'huellas'— *del pensamiento propio en el mundo, así que sin una noción interpretativa y previa de éste no hay investigación posible*.

Por otra parte, el pesimismo de Snow, respecto de la llamada "cultura tradicional", parece subsistir todavía en Chile, dándose aquí preferencia a la investigación científica y tecnológica, en nombre de un pretendido desarrollismo, ciertamente ingenuo, que pone en tela de juicio a la investigación humanística. A quienes mantienen esa posición, posiblemente les escandalizará el saber que la Academia Búlgara de Ciencias incluye un Instituto de Literatura, en el que se publican obras como *L'énigme de la catharsis tragique dans Aristote*, de Alexandre Ničev, o que el *Centre Nationale de la Recherche Scientifique*, de Francia, patrocine la publicación de algún diccionario etimológico e inclusive la traducción del *Onirocriticon*, de Artemidoro, efectuada por A.J. Festugière.

Para cerrar esta suma de anomalías que obstaculiza la debida relación entre "las ciencias" y "las humanidades", ha de tenerse en cuenta que si la ciencia—*scientia*— es, literalmente, "un recorte" de cierta zona del conocimiento—pues el concepto deriva de la raíz *skei*—, en su significado de 'cortar', implícito en *scire*, 'saber'—, cada área delimitada en el campo del saber debe llevar consigo la necesaria fundamentación y los métodos adecuados para pensar estrictamente su propio objeto. De manera que no existe sólo una ciencia—o *la ciencia*, por antonomasia—, situada exclusivamente en el terreno de las ciencias exactas, fisicoquímicas o naturales, sino que la legitimación de cada ciencia se efectúa según ciertas nociones básicas, que ocasionan las posibilidades de aproximación metódica al objeto que las distingue. Esto explica que si bien las características psicológicas del hombre fueron perfectamente

conocidas desde la Antigüedad, hasta el punto de constituir el motivo de muchas tragedias de Eurípides, la psicología, como ciencia autónoma, no existió hasta haber establecido sus propias categorías y los métodos pertinentes al objeto de su indagación. Así que al entender como ciencia la delimitación de un objeto propio, mediante la adopción del método adecuado a éste y a partir de ciertos conceptos fundadores, no cabe duda de que las humanidades, cuando se establecen con el debido rigor, cumplen convenientemente todos estos requisitos..., *propuestos precisamente por ellas*, para definir la ciencia.

Por último, en cuanto se refiere al vínculo posible entre la tecnología y las humanidades, recurri, como señalé anteriormente, a diversos textos propios, publicados de antemano. Entre ellos, la referida *Arquitectónica* —puesto que arquitectura significa, literalmente, 'la técnica mayor'—, además del ensayo *Tecnología y creación arquitectónica*, incluido en la revista AUCA (N° 28, Santiago de Chile, 1975), y *El poder del intelectual*, ponencia presentada en el Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas (Valencia, España, junio de 1987).

En función de estos trabajos, y sin puntualizar expresamente su procedencia, formularemos algunas consideraciones sobre la técnica y otros campos afines, especialmente los de la *mimesis* y el *lógos*, descuidados por completo en su respectividad hacia ella.

\* \* \*

La creciente artificialización de nuestro mundo, con las irracionalidades y peligros que implica, ha de entenderse, sobre todo, *a partir de la condición propia del hombre*, pues sólo reconociéndolo en su peculiaridad podremos encontrar el sentido de aquella. Habitualmente, la referida artificialización se atribuye a la técnica, dado que el hombre suele encontrarse "natural" en lo artificial que produce o fabrica. Todavía más, porque la técnica fue propuesta por los griegos como sinónima de "arte", la artificialización acelerada que ahora experimentamos se debe a que la técnica activa y dinamiza el mundo inerte o "carente de arte". Sin embargo, contra la opinión establecida, puede afirmarse que la artificialización generalizada del planeta no se origina sólo en la técnica, sino que se efectúa con recurso a otro medio semejante, habitualmente omitido al abordar el problema: nos referimos a la *mimesis*. A nuestro modo de ver, *en el estímulo que se prodigan mutuamente la técnica y la mimesis se encuentra el motivo de esa artificialización progresiva que hoy nos acosa*. Por ello, explicarla tan sólo con uno de sus ingredientes —el de la técnica— es truncar el problema, mutilándolo en vez de resolverlo.

*El hombre es un ser sucedáneo*, ya que se sustituye a sí mismo y a cuanto le rodea mediante la *mimesis*, pero, de análoga manera, altera y suple la naturaleza, desprendiéndose de ella o dominándola con la técnica. La sucedaneidad del hombre es, por lo tanto, doble, y emplea dichos recursos duplicativos —la *mimesis* y la *téchne*— para manifestarla. Debido a esto, el hombre, a diferencia de los demás seres, *en vez de tener medio, tiene mundo*. Mundo, en su sentido original, significa 'lo limpio'; de ahí que a lo abandonado y sucio se le considere 'in-mundo'. De acuerdo con ello, los recursos mayores que emplea el hombre



para modificar su contorno y sacar o poner algo en limpio, proceden de dos campos de acción pensados por los griegos como *mimesis* y *téchne*. A este respecto, el vocablo *mimesis* ha sido normalmente traducido como 'imitación', aun cuando lleva en sí una carga significativa mucho más compleja de la que suele atribuírsele. También el término *mi-mo*—griego y castellano—, correspondiente al anterior, indica, con su reduplicación expresiva, que *es un compuesto de dos partes, en la que una aparece por la otra*. Desde luego que el mimo siempre imita, pero es, además, *aquel que se pone en el lugar del otro (o de "lo otro", que le es ajeno)*, susplantándolo e indicándonos así que el hombre es capaz de enajenarse cuerdamente *para poder serlo todo*. Al concebirla de este modo, la consabida superioridad del hombre sobre el resto de los seres vivientes radica en su plasticidad mayor y en su capacidad de sustituir cuanto desea. En tal sentido, Aristóteles calificó de *euplastoi* a los poetas que penetran en las pasiones ajenas, convirtiéndose voluntariamente en lo que no son (*Poética*, 1455 a 34). Y en otro pasaje del mismo texto dio una certera definición del hombre, al sostener que éste "se diferencia de los demás animados en que es el más mimético" (1448 b 6-8). Podemos deducir de sus palabras que el hombre es el que difiere más de sí, para ponerse en todo y ser, de esta manera, él mismo. Porque en la *mimesis* no sólo se encuentra determinada imitación—que después de lo expuesto puede parecer trivial—, sino que supone la sustitución de uno por otro, la duplicación artificial del mundo, multiplicándolo, y la plasticidad o capacidad humana de serlo todo. A consecuencia de ello, la *mimesis* figura en un considerable espectro de creaciones humanas, desde el lenguaje—que implica signo con significado— hasta la noción de verdad propuesta por los medievales como "la concordancia del pensamiento con las cosas", e inclusive aparece en la proposición cartesiana de recurrir a la *du-da*, para establecer el pensamiento sobre otra reduplicación mimética.

Actualmente, la *mimesis* figura en numerosos campos del saber y el hacer, para adquirir, como le corresponde, una extendida gama de aspectos diversos. En tal sentido, la sustitución quirúrgica de órganos, la aparición de fármacos sintéticos—desde las vitaminas y las hormonas a los antibióticos—, la nueva ciencia de los simuladores—que pone a prueba los proyectos en condiciones ficticias, supuestamente "reales"—, la producción de múltiples ejemplares idénticos, a partir de un modelo, la manipulación genética e incluso la obsesión sucedánea de tener "buena imagen", que comparten los gobernantes y los escritores con los futbolistas, son todas, entre otras, modalidades de la *mimesis*. Sin embargo, pese a su considerable acción, no se le concedió hasta ahora, que sepamos, la auténtica importancia que merece, puesto que muchas de sus manifestaciones fueron situadas exclusivamente en el terreno de la técnica.

Esta omisión que suele hacerse de la *mimesis* es una de las deficiencias más notorias que afectan al presente. Porque la *mimesis*, irracionalmente potenciada por la técnica, convirtió a nuestros días en *el tiempo del simulacro* (Baudrillard), con todas las consecuencias que esto implica. Dado que el parecido mimético supone ser *a la vez* esto y aquello, *la simultaneidad* que lo caracteriza ocasiona tanto *la simulación* (el parecer ser otro) como *la di-simulación* (el negarse a sí

mismo, al parecer ser otro), de modo que en este tiempo del simulacro, en el que se hacen uno el *símil* con el *simul*, todo puede suplirse o encubrirse, llevándose la sucedaneidad del hombre inclusive a la ética y, ni que decir tiene, a la política. Por esta vía, no extrañe que el hombre de nuestro tiempo se encuentre amenazado de llegar a la carencia absoluta de entidad o consistencia y de identidad o condición propia. Inclusive, si desde hace siglos aceptó con agrado que la máquina reemplazara en gran escala el trabajo corporal, ahora no puede ver con buenos ojos la aparición de artefactos supuestamente inteligentes, pues sustituyen muchas de las funciones que se le atribuyeron, con la amenaza consiguiente de su propia preterición. De tal manera se llegó al caso extremo de que el hombre, que suplió cuanto quiso del contorno, ahora empieza a suplantar su propia condición pensante con la *mimesis*. Sin embargo, la salida del atolladero en que se encuentra no podrá procurársela una imposible vuelta atrás, preconizada por quienes añoran "cualquier tiempo pasado", creyéndolo mejor. Hoy sabemos muy bien, y a veces con espanto, que cuanto produce el hombre lo usa. Si no, ¿por qué lo hizo? De modo que la solución de este embrollo consiste en que logremos dar nuevo sentido a los medios que nos brinda la *mimesis* tecnificada, pensándolos con la debida radicalidad, tal como aquí intentamos, desde las disciplinas humanísticas.

\* \* \*

La condición sucedánea del hombre se manifiesta, además, con la técnica. De ahí que desde muy antiguo fuese considerado según su índole técnica, al comprenderlo y clasificarlo de acuerdo con los útiles que produjo en sus orígenes. En tal sentido, a partir de Schopenhauer, gran copia de pensadores abundó en la idea de que el hombre no es el ser más fuerte, ni el más rápido, ni el más resistente de cuantos viven sobre la tierra, aun cuando fue capaz de crear compensaciones de toda índole que suplen sus insuficiencias. Así puede afirmarse que frente a la socorrida idea de "la supervivencia de los mejor dotados", el hombre perdura... porque no está dotado para sobrevivir. No es, desde luego, el adaptado a *un* medio, como cualquiera de los demás seres, sino que, muy al contrario, es el más apto... para no adaptarse. Puesto que vive en constante extrañamiento, hace de su extrañeza el punto de partida del saber: de ahí que a su capacidad inadaptadora puede llamársele "inteligencia", ya que ésta supone la posibilidad de asociar aquello que no se había relacionado nunca o la de proponer fundadamente cuanto antes no existía. Por tales razones, ese ser sucedáneo e inadaptado, que sustituye miméticamente su contorno, artificializándolo además con la técnica, se manifiesta siempre como *un ser mediato*. De acuerdo con ello, *a la mediación general que requiere para instalarse, alterar y dominar el mundo la denominamos "técnica"*.

En evidencia clara de la mediación técnica, objetos, materiales e instrumentos pueblan y amueblan nuestro alrededor. Porque "por medio" de los objetos objetamos, resolvemos muchas de nuestras dificultades; como "por medio" de industrias e instrumentos —de *struere*, 'acumular'— y de los materiales —la materia destinada a fines técnicos— se redondea ese orbe artificial.

Pero todos estos medios, acrecentados sin límite con el poder descomunal de la técnica presente, cierran ahora el horizonte con pura artificialidad, haciéndose tan patentes que hoy sufrimos —así sea paradójico— la abrupta inmediatez de lo mediato. De tal forma, aquello que el hombre hizo para su amparo, acogimiento y protección, concluyó por convertirse en obstáculo insalvable y hasta en motivo de perturbación y peligro.

Aun más, en ese sentido, sucede que la técnica, movida por su propia inercia, llegó incluso a verter sobre sí misma su enorme potencial, acrecentándose e intensificándose sin tregua, hasta el punto de desbordarse sin límites y sin racionalidad. Así que si el hombre salió de la selva mediante la técnica, hoy la selva se encuentra en nuestra propia técnica. Y sin fácil salida.

A esta situación contribuyeron, por una parte, aquellos pensadores, entre los más agudos y sapientes de la actualidad, que con profesión de físicos, químicos o biólogos, y aun de otras análogas, acentuaron sin límites el poderío de la técnica. No pretendo ignorar, en modo alguno, los muchos beneficios que trajeron consigo, tanto para el conocimiento como para la vida. Sin embargo, los referidos pensadores, en sus trabajos científicos o pragmáticos impulsaron la técnica con grave despreocupación, desentendiéndose frecuentemente de cualquier consecuencia negativa que de su actividad se derivara, para atenerse, sobre todo, al pretendido bien que ocasionaban. El que los bienes pueden producir males parece muy palmario y no hay por qué insistir en ello. Cuando al fin cayeron en la cuenta de que hay problemas éticos tras de algunas maneras de producción o de manipulación —atómica o genética, entre otras—, proclamaron a voces su mala conciencia, para desestimar ruidosamente todo aquello a lo que habían contribuido sin reparos. Tal vez creyeron que de los arrepentidos es el reino de los cielos, aunque, de haber llegado a éste, fue a costa de abrirnos las anchas puertas de un infierno.

Pero también “los otros” pensadores, aquellos humanistas que teorizan sobre el hombre y reflexionan acerca de todo, contribuyeron por su parte a que se produjera la situación expuesta. En este caso, por omisión. Pues frente al intelectual que actúa profesionalmente y encuentra en ello su quehacer, existe aquel que pudiera proponerse como *el que hace de la preocupación su ocupación* ¿Y qué preocupación mostraron comúnmente ante el desordenado y peligroso crecimiento técnico? Pues la de cualquier hijo de vecino: la del temor ante lo que se nos viene encima, con mil razones apocalípticas que muchos comparten, ya sean de índole bélica o ecológica. Sin embargo, no es ésa la omisión a que aludo. Consiste en que tales pensadores, a semejanza de los científicos, no asumieron con rigor su papel ante la técnica, por descuidar las condiciones que impusieron, para la definición de ésta, los filósofos antiguos. En vez de ello, unos y otros —los miembros de las supuestas “dos culturas”— se dedicaron a exaltar la que denominaron, a la manera anglosajona, “tecnología”, estimándola como una técnica superior o más refinada que la de tiempos anteriores, para diferenciarla de ésta. No obstante, ¿cómo llamar tecnología a una técnica sin lógos o razón alguna, destinada, en muchos casos, a la aniquilación de la vida planetaria, ya sea por vía directa o indirecta?

Contrariamente, si recurrimos a los filósofos que establecieron rigurosamente el concepto de "técnica" en la Antigüedad, encontraremos que a la técnica no la concibieron sólo como la instrumentalidad necesaria para obtener aquello que se quiera. Más bien, desde sus definiciones iniciales, la técnica quedó entendida como *tecnología*, en un sentido mucho más riguroso que el actualmente asignado al término. Por ello, dice Platón en el *Gorgias*, poniéndolo en boca de Sócrates: "Yo no puedo tener por técnica (o arte) a una práctica sin *lógos*" (465, a 6). Debido a esto, en un pasaje previo, califica despectivamente a la actividad carente de *lógos*, tildándola de "práctica sin fundamento" o "empirismo". Con semejante propósito, Aristóteles, en su *Ética a Nicómaco*, sostiene que "toda técnica (o arte) versa sobre el llegar a ser, y sobre el idear y considerar cómo puede producirse o llegar a ser algo (...), cuyo principio está en el que lo produce y no en lo producido" (1140, a 11. La cursiva es nuestra). Además, refrenda la posición de Platón, al reiterar que "la técnica (o el arte) es una capacidad productiva conforme a razón verdadera" (1140, a 10 y a 20). De modo que la técnica, expuesta bajo estas condiciones, no queda reducida a la mera productividad o a las obras producidas, con las que suele confundirse, dado que ambos filósofos la estimaron como una consecuencia del pensamiento productor, al que le asignan un *lógos*, en cuanto condición inherente, imprescindible, que la distingue de la *praxis* nuda y simple.

A este punto llegados, como parece pertinente, corresponde preguntarse qué condición cabe atribuirle al referido *lógos*, para reconocer su sentido. Porque el *lógos*, o "razón verdadera" de la técnica, puede significar:

a) *La finalidad legítima* de lo producido. Es decir, su destinación válida, que lleva consigo, inclusive, determinados requisitos éticos.

b) *El método* adecuado para producir aquello que se desea.

Aun cuando dicho método puede adquirir determinada condición tautológica, ya que supone la tecnificación del pensamiento, para que la productividad técnica obtenga su mayor eficacia.

c) *El proyecto* que anticipa la obra, vinculado con la arquitectura o 'técnica mayor' —según supone Aristóteles—, como con las actuales artes del diseño, que implican 'diseño' o intencionalidad previa. Pero en un sentido más amplio, dado que el *proyecto* técnico se basa sobre determinado *programa* y se concreta en *diseños* y *modelos*, estas cuatro nociones pertenecen al campo del *signo*, en su genuino significado de 'lo que se sigue', ya que fue establecido previamente, fijándolo, de antemano. Por ello, una vez determinado el signo técnico, con sus debidos ingredientes —programa, proyecto, diseño y modelo—, puede derivarse de él todo aquello que anticipa. Esta semiótica de la técnica, a partir de su condición planificadora o proyectante, aún permanece sin efectuarse, pudiendo revelarse con ella las diferencias que existen entre el campo de "lo proyectado" y los correspondientes a "lo dado" y a "lo hecho".

d) Por último, el *lógos* perteneciente a la técnica supone que ésta, para ser la que debe, *ha de llevar consigo, expresamente, su propia fundamentación, enten-*

*diéndose así dicho lógos como su teoría o razón de ser, a la que debe dedicársele tanta atención como a la cualidad productiva de la técnica.*

De tal manera, las tres primeras interpretaciones del *lógos*, o "razón verdadera" de la técnica, que acabamos de exponer, representan ciertas condiciones destinadas a *racionalizar* la productividad técnica, mientras que la última de las cuatro pertenece a un orden distinto de las anteriores, puesto que le otorga su sentido pleno a la técnica propiamente tal, *fundamentándola desde fuera de ella y de su productividad. Constituye, pues, la razón de ser de la técnica y no del hacer de ésta en sus diversas particularidades.* Sin embargo, esta última posibilidad, aunque convierte al *lógos* en la condición necesaria y verdadera de la técnica, brindándole su sentido teórico más riguroso, se encuentra habitualmente omitida por quienes de la técnica se ocupan. Ese es el punto que puede ocasionar nuestras crisis peores. Porque en la discordancia que existe entre el enorme poder de la técnica presente —que se potencia a sí misma sin el debido fundamento— y el escaso poder pensante que ahora existe para darle sentido, se encuentra, según creo, la más grave amenaza pendiente sobre el hombre actual. Así que de nada vale llamar tecno-logía a nuestra productividad, en la que el *lógos*, si brilla, es por su ausencia. Pues el vocablo delata el generalizado desprecio por el *lógos* que manifiesta nuestro tiempo, transformándolo en una entidad subalterna o sucedánea, que emplea el término para ocultar la ausencia real de su idea, eclipsándola tras de su propio nombre. A lo sumo, en la tecnología contemporánea sólo figura el *lógos* como razón de la instrumentalidad agobiadora que comporta, convirtiéndolo así en un concepto "aplicado", perteneciente a las posibilidades adjetivas de dicha noción, anteriormente expuestas, y no a la esencial de ellas. De esta manera, el tiempo del simulacro y de la *mimesis* tecnificada revierte sobre sí, con la llamada "tecno-logía" —uno de los conceptos más significativos que ha forjado—, su propia, dudosa condición, para impedir la aparición del pensamiento teórico en donde más se requiere su presencia.

Si la técnica es una ideación y su principio se encuentra en el que la produce y no en lo producido, la prescindencia de quien produce los principios carece de sentido. Este es el sinsentido más grave de la actualidad: que la técnica, al omitir su propio fundamento, suprime con ello al ser pensante que pudiera darle su radicalidad más absoluta.

Por cierto que la técnica de nuestros días, como acrecienta sin tregua su capacidad productiva, lleva en sus obras los rasgos más patentes de la actualidad. Porque el presente no sólo está en ella, sino que *es* ella misma en muchos casos. Hasta el punto de que debido a la competición acelerada que la técnica emprendió consigo y aun contra sí misma, el hombre parece ir a la zaga de su tiempo y de sus propias obras. Pero no es así. *El hombre no quedó anticuado.* Tampoco las humanidades, en tanto brinden su sentido riguroso a cuanto el hombre piensa y hace. Pues por mucho que la técnica presente nos asombre —y en ocasiones hay motivos sobrados para brindarle la admiración más rendida—, conviene recordar, a este propósito, el gran poema de Sófocles dedicado



a las virtudes técnicas del hombre, incluido en el primer estásimo cantado por el coro de *Antígona*. Porque allí, tras de exaltar las hazañas de la navegación, los cultivos, la caza, la domesticación, el pensamiento, la palabra y el arte de la arquitectura, estima al hombre como "dueño de una técnica que sobrepasa todas las esperanzas". Sin embargo, en los dos versos iniciales de ese encendido elogio del potencial técnico, ante las maravillas que éste nos procura, advierte con severa gravedad:

*Son muchos los portentos,  
aunque ninguno es superior al hombre.*





# EL ENCUENTRO DE DOS CULTURAS: ATAWALLPA Y PIZARRO EN CAJAMARCA

*José Luis Martínez C.*

## A MODO DE PRESENTACIÓN

En junio de 1989, recibimos una invitación a la I Jornada de Historia de América, organizada por el Instituto Blas Cañas, para exponer algunas ideas con respecto al quehacer etnohistórico, aplicadas a una situación concreta: el encuentro de Atawallpa con Pizarro, en 1532. Puesto que el evento estaba fundamentalmente compuesto por estudiantes de Historia, nos permitimos hacer comentarios laterales relativos a la perspectiva metodológica que implica la mirada etnohistórica y sus ulteriores consecuencias, esto es, la urgencia de concebir una Historia construida desde muchas vertientes, no sólo la de los historiadores y los medios oficiales ("lo escrito"), sino también la de aquellos sectores marginales que, no disponiendo de acceso a su propia producción documental, han elaborado sus "tradiciones orales" (recuperando, así, cierto dominio sobre "lo hablado"); y reconocer, por lo tanto, la existencia de varias "historias", con sus propias lógicas y estructuras, todo lo cual debe ser recuperado e incorporado en igual plano de validación, cuestión que me parece el corolario ineludible de la actividad de un etnohistoriador hoy día<sup>1</sup>.

Primeramente no pensábamos publicar este texto, que corresponde más bien a una reflexión inicial. Las reacciones que esa charla y otras posteriores despertaron, unidas a las sugerencias de algunos colegas y la posibilidad de ampliar la discusión sobre estos temas, nos motivó a revisar una postura inicial y aceptar su publicación. Con tal propósito, se decidió mantener el texto original de la conferencia, en la convicción de que si se introducían los cambios necesarios para hacer de él un artículo, sería imprescindible reescribirlo nuevamente. Únicamente se han agregado algunas referencias bibliográficas básicas para facilitar la consulta de los lectores.

## ALGUNAS PRECISIONES INICIALES

Se nos ha pedido exponer algunas ideas con respecto al tema del Encuentro entre América y España. Tal vez la primera reflexión que cabe hacerse aquí

<sup>1</sup> Es la que de alguna manera ha realizado Sergio Villalobos en su *Historia del pueblo chileno* y varios trabajos sobre la vida fronteriza en la araucanía, especialmente en *Los pehuenches en la vida fronteriza*.

es precisamente sobre el tema escogido por los organizadores de estas Jornadas de Historia de América: ya no se trata del Descubrimiento de América, como hubiese sido hasta no hace muchos años, sino del Encuentro. Y esto es señal, tal vez, de que aquí también está ganando terreno la idea, ya muy arraigada en otros países de Latinoamérica, de la importancia de recoger para los estudios históricos aquello que el historiador mexicano Miguel León Portilla llamó "la visión de los vencidos" (1964) y de incorporar, entonces, en nuestro quehacer histórico, las otras versiones, hasta aquí generalmente olvidadas. No podemos dejar de sentirnos satisfechos por ello. La historiografía chilena da muestras, en este sentido, de su capacidad de mantenerse acorde con las corrientes de pensamiento americanistas que recorren otros países del continente.

Plantear, sin embargo, algunas ideas sobre un tema como el del Encuentro puede ser, por decir lo menos, conflictivo y siempre incompleto. Este es un tema que necesariamente tiene muchas aristas y que genera muchas pasiones, que ha sido tratado desde las más diversas perspectivas, todas ellas bastante polémicas. Baste recordar el enorme caudal de textos escritos para discutir, únicamente, la corrección de tal o cual interpretación factual (¿cuántos textos se han escrito, por ejemplo, sobre el itinerario de Almagro entre Tupiza y Copiapó?), o recordemos, sino, cómo este episodio ha servido igualmente para discutir teorías y teorizar sobre la historia, sobre la historia como ciencia, sobre su metodología, etc.

Puesto que han sido tantos los actores y tan variados los intereses en juego, el análisis del Encuentro americano-europeo tiene, asimismo, una amplia gama de enfoques y de estudios y estudiosos que, correspondientemente, se han preocupado por esos aspectos que, aunque más restringidos que el tema general, son a veces igualmente valiosos. Por último, y sin agotar una relación que podría ser demasiado extensa acerca de las maneras de abordar el tema, deberíamos recordar la infinita variedad de situaciones y procesos a que dio lugar un acontecimiento como éste. Cualquier intento de generalización obliga, necesariamente, a obviar estas diferencias, a borrar los matices que, muchas veces constituyen características singulares de este proceso en una determinada área o pueblo. Este panorama exige, entonces, que un trabajo como el nuestro se remita a un marco mucho más restringido: en este caso, el Tawantinsuyu y el mundo andino.

La llegada de los españoles a América no es polémica únicamente por la diversidad de los enfoques que suscita, sino también por las pasiones que su tratamiento despierta entre nosotros. Podríamos hablar de Descubrimiento o de Encuentro, y cada uno de estos términos implica, necesariamente, posiciones distintas, no sólo metodológicas sobre cómo enfrentar el tema, sino también teóricas y a veces políticas, aun cuando no siempre éstas sean explícitas. Es posible encontrar, asimismo, estudios sobre la Conquista y sobre la Invasión, según sea la posición de quien esté estudiando el tema. Conquista alude a una posición de análisis desde la perspectiva europea de los acontecimientos, en tanto que Invasión es un término empleado por quienes pretenden ubicarse en la posición de los pueblos indígenas. De allí que sea también posible referirse

a la Celebración del V Centenario o, simplemente, a la Conmemoración de ese acontecimiento. Como se aprecia, las palabras pueden estar aquí demasiado cargadas de sentido y es necesario estar conscientes de ello.

Un tema como éste obliga, necesariamente, a otra precisión. Se nos podría preguntar, y con razón, cuáles son los límites cronológicos de este Encuentro. El concepto de Descubrimiento, aunque demasiado estrecho y etnocéntrico tiene, tal vez, la ventaja de suponer un momento mucho más restringido, comparable tal vez con aquel que los arqueólogos denominan Contacto; es decir, fundamentalmente los momentos iniciales, los de la adquisición de un nuevo conocimiento geográfico o cultural y de la inauguración de una nueva situación. El Encuentro, en cambio, es un concepto que va mucho más allá, que, podríamos decir, se renueva constantemente. Cronológicamente, como lo podrían afirmar muchos antropólogos, el concepto de Encuentro no admite límites. Hay Encuentro cuando se topan Colón y los pueblos Taíno de las Antillas y hay Encuentro en Cajamarca, entre Atawallpa y Pizarro, pero también hay Encuentro después, cada vez que la sociedad colonial primero, y las sociedades republicanas más tarde, se relacionan con las sociedades indígenas y cada una de ellas reelabora su visión y su concepción acerca del otro. En este sentido, el valor antropológico del concepto prima por sobre su uso histórico. Aquí, sin embargo, restringiremos el empleo del término a su vertiente más histórica: los momentos iniciales, cuando para cada una de las culturas involucradas se plantea, trágicamente a veces, el problema de la existencia de mundos distintos, de paradigmas diferentes y de la ausencia de referentes adecuados para interpretar los acontecimientos. Cuando las cosmovisiones se revelan insuficientes. Ese momento en el cual, como planteaba Todorov (1987), todo resulta tan extraño que, en muchos casos, por parte de cada uno de los involucrados, se cuestiona la pertenencia común a una misma especie.

Sin cuestionar la validez e importancia de los estudios que han privilegiado el análisis de las consecuencias generadas por el arribo de los europeos a estas tierras, enfoques sobre el que la historiografía chilena tiene interesantes aportes, quisiera acentuar aquí lo que podríamos denominar una aproximación etnohistórica. El encuentro entre dos sociedades, dos cosmovisiones o dos ideologías, plantea necesariamente para un etnohistoriador la cuestión de la influencia que los respectivos universos ideológicos involucrados pudieron tener en el desarrollo de los acontecimientos y en las respuestas que cada grupo o actor social fue capaz de articular. Esto implica reconocer que, necesariamente, hay más de una visión de los hechos y que tanto la crónica de los europeos, como la "visión de los vencidos" deben ser incorporadas con igual estatus para este intento de comprensión.

Esto tiene consecuencias teóricas y metodológicas importantes. Por un lado, logra para la historia un actor que frecuentemente ha sido escamoteado y lo hace, no sólo para plantearlo como el necesario contendor que permite hacer resaltar las hazañas de los invasores o conquistadores, o como el anónimo acompañante que posibilita sus victorias, sino que lo hace para reconocerle, al fin, su capacidad de generar también sus propias iniciativas y de influir en los

acontecimientos de manera tan decisiva como la de los europeos. Pero este logro no termina aquí. Al incorporar a las sociedades indígenas es necesario hacerlo consecuentemente y no borrarlas de la historia una vez que han servido de antecedente necesario para una "explicación" de la conquista. Los pueblos indígenas han sufrido demasiado a menudo una doble destrucción: la infringida por los europeos, primero, y la determinada por los historiadores, después. Se requiere, por lo tanto, asegurar la permanencia de lo indígena y de su aporte a los demás períodos de esta historia.

Esta posición, decíamos, tiene consecuencias metodológicas importantes. El encuentro americano-español no sólo instaaura dos o más discursos; cada uno de ellos acude a sus propias cosmovisiones, a su conceptualización particular, a la peculiaridad de sus paradigmas muchas veces irreconciliables. Y se requiere conocerlas para poder interpretar de manera más enriquecedora los acontecimientos y procesos.

Para estudiar las sociedades indígenas existentes al momento de la irrupción europea, nos hemos servido hasta aquí, básicamente, de las descripciones que hicieron los propios conquistadores, es decir, de la comprensión que ellos tuvieron de esas sociedades a partir de su cosmovisión, de los valores de la Europa de entonces y de las categorías que le eran inherentes. Difícilmente encontraremos a quien, hoy, nos diga que ello no pudo haber ideologizado los datos de que disponemos actualmente y deformado o modificado las descripciones sobre los distintos grupos étnicos americanos. Se hace imprescindible, entonces, incorporar las categorías de pensamiento indígenas en nuestro análisis. Las estructuras políticas, sociales, económicas y religiosas de estos pueblos deben ser entendidas, ante todo, a partir de lo que los hermeneutas de cada cultura puedan decirnos. Es por ello que cada vez valoramos más las crónicas de hombres como Cieza de León (1986-87 [1550]) y Betanzos (1987 [1551]), en Perú, que supieron entender esta necesidad y se esforzaron por transmitir una visión más andina del Tawantinsuyu.

Los errores a los que puede conducir un estudio de las sociedades americanas que olvide o no incorpore esta dimensión estarán siempre presentes. Es ya clásico el problema generado por la interpretación de los cronistas sobre la secuencia de inkas cuzqueños y los mecanismos de sucesión. Creo que a muchos de nosotros se nos enseñó una larga lista cronológica que llegaba a trece inkas que habían gobernado el Tawantinsuyu, en una sucesión patrilineal bajo cuya normativa sucedían los hijos mayores, cuya madre debía ser —necesariamente— una *coya* o "hermana" del anterior gobernante. Las diferencias que se percibían en esta secuencia, entre los gobernantes anteriores a Pachacuti Inka y quienes lo hicieron posteriormente, se asumían ya como diferencias existentes en el relato entre "inkas míticos" e "inkas históricos" o como posibles cambios dinásticos entre una dinastía proveniente de *Hanan Qosgo* y otra de *Urin Qosgo*, las dos mitades rituales en las que estaba dividida la capital del Tawantinsuyu. Ninguna de estas interpretaciones tomaba en cuenta un aspecto que resulta esencial para una comprensión adecuada del funcionamiento de las estructuras políticas andinas: la existencia de una forma de gobierno dual, esto es, la



práctica de repartir el ejercicio del poder entre dos dirigentes étnicos, de manera simultánea. De manera que la conocida lista de inkas cuzqueños, habría sido "extendida" por los cronistas coloniales, incapaces de entender que la presencia de dos inkas podía ser simultánea y no, necesariamente, secuencial. O que, de ser correcta esa secuencia de trece gobernantes, a ella le falta su contraparte dual (Pease 1976; Rostworowski, 1988).

Algo similar ocurre con la pretendida sucesión lineal, más propia de los mayorazgos europeos que de las instituciones andinas. Son ya suficientes los datos que poseemos en la actualidad sobre la existencia de prácticas de sucesión muy variadas, en las cuales primaba no el criterio de descendencia lineal, sino el de eficiencia y mejor capacidad, dentro de una elite, para la elección de un nuevo gobernante. Si a ello le agregamos la existencia de una compleja red de alianzas políticas entre las diferentes *panagas* y *ayllus* reales cuzqueños, que transformaban la designación de cada nuevo inka en una virtual redefinición de relaciones de poder, podremos darnos cuenta de que cualquier interpretación acerca de los mecanismos de sucesión que ignore o no incorpore las categorías indígenas pecará, no sólo de simplista, sino que será siempre incompleta.

Hemos planteado la necesidad de que los hechos de la historia americana a partir del Encuentro, del choque entre culturas tan diferentes como la europea y las americanas, obligan a quienes se dedican a la historia, a considerar los dos discursos y sus distintas lógicas. Porque este Encuentro replantea, también, el problema del "otro" y del diálogo —o de su ausencia— entre culturas diferentes.

#### LA TRAGEDIA DEL FIN DE ATAWALLPA

Actualmente, en Bolivia, con ocasión de algunas fiestas como carnavales, se teatraliza, se dramatiza más bien, un episodio del encuentro entre españoles y americanos. El episodio representado no es cualquiera, se trata de un momento que, a los ojos de los actores, es el más importante de todo el proceso de Conquista y dominación. El drama representado callejeramente y ante cientos de espectadores atentos es nada menos que "La tragedia del fin de Atahualpa" (Lara, 1957; Wachtel, 1976). De esta teatralización quisiera referirme tan sólo a un aspecto: en ella, un grupo de actores representa a los españoles y otro a Atawallpa y su corte. Una de las características de la representación consiste en que cada grupo sólo puede hablar entre sí, no produciéndose comunicación entre españoles y andinos. Cada vez que los españoles se dirigen hacia los andinos, los hacen sin emitir sonido, aunque realizan la mímica de hablar; los episodios resultan aclarados, así, sólo por las explicaciones que el sacerdote del Inka y Felipillo, dan hacia sus respectivos grupos. El drama enfatiza, entonces, una visión muy andina de uno de los aspectos tal vez más relevantes del encuentro de Cajamarca: la ausencia de diálogo, la imposibilidad de la comunicación ya no sólo entre dos lenguas diferentes sino, y sobre todo, entre dos mundos distintos.



¿Por qué los actuales actores de este drama enfatizan esta situación? Todos conocemos del gesto de incompreensión de Atawallpa al arrojar la Biblia al suelo, después de no haber podido "oír" lo que ella, supuestamente, debía "decirle", pero, ¿es posible acaso extender esa ausencia de comunicación, de diálogo, en definitiva, a todo el episodio cajamarquino? Esto nos pone de lleno en aquella preocupación que planteáramos anteriormente: la necesidad de entender el proceso de contacto europeo-indígena también dentro de los parámetros de las cosmovisiones propias a cada una de las sociedades intervinientes. Veámoslo un poco más detalladamente.

En una sociedad tan altamente ritualizada como la andina, pocos de los hechos y gestos realizados por el Inka parecieran ser casuales. Si esta premisa es válida, deberemos prestar atención a todos los detalles conocidos. El primer gesto que nos parece significativo es el envío de embajadores, entre los que se destaca Titu Atauchi, hermano del Inka, a entrevistarse con Pizarro (Garcilaso, 1959, Libro I, cap. xvii: 52). Entre las ofrendas presentadas, los testigos anotaron la presencia de valiosos textiles, "de los que usaba el inka", esto es, la llamada ropa de cumbi o *kumpi*, vasos de oro y mujeres, además de muchos otros objetos. Una primera apreciación se impone, los regalos que envió Atawallpa no sólo eran los más valorados dentro de la sociedad andina, sino que eran objetos de una gran condensación significativa: la ropa de *kumpi*, objeto de ofrendas rituales, regalada por el Inka significaba una de las más importantes distinciones que podía recibir un hombre andino en el curso de su existencia, eran textiles con una connotación sacralizada (Murra, 1975; 1989). Los vasos de oro eran el instrumento básico para las bebidas rituales que, necesariamente, debían acompañar cualquier negociación o alianza política; si se bebía en ellos y se establecía alguna alianza, ella quedaría sellada al depositar estos vasos en un templo (Cieza, 1986: 124, 127). Por último, la donación y aceptación de la mujeres implicaba, por un lado el reconocimiento de un estatus de nobleza o dignidad de parte del receptor y, por otro, el establecimiento de relaciones de dependencia entre quien recibía una mujer y quien la donaba (Silverblatt, 1976). Como podemos ver, no se trataba de simples presentes, valorables únicamente por su convertibilidad en moneda o por su exotismo. Se trataba, como hemos dicho, de objetos cargados de significación para una cosmovisión andina.

El problema central de este gesto es que las embajadas se realizaron bajo las concepciones sociales andinas, basadas en el concepto de reciprocidad que implica, en líneas generales, que la aceptación de un don o un regalo por parte de un individuo, lo compromete en una relación en la cual deberá devolver, más adelante, con un favor, trabajo u otros dones, lo recibido inicialmente (Alberti y Mayer, 1974; Rostworowski, 1976).

Y ya estamos en presencia del primer acto de incomunicación de esta tragedia. Primero, porque Pizarro es incapaz de entender los mensajes que le envía Atawallpa, hechos en la más estricta lógica política andina y, segundo, porque Atawallpa es, a su vez, incapaz de darse cuenta de la incompreensión de Pizarro, así como de que éste actúa con otra lógica. Ni uno ni otro estuvieron

en condiciones de percibir la posibilidad de que ese "otro" tuviese un paradigma distinto.

El Inka siguió multiplicando sus mensajes. A lo largo de la ruta hacia Cajamarca, Pizarro y su hueste encontraron siempre grupos de habitantes que salían hasta el camino y les entregaban alimentos y bebidas. Nuevamente, estamos ante otro gesto que cualquier habitante del Tawantinsuyu estaría en condiciones de comprender: aparentemente, era bastante usual como expresión de una voluntad política de entendimiento (Cieza de León, 1986:126). La ausencia de referentes conocidos hace que estos gestos se multipliquen sin lograr la comprensión de los españoles.

Al parecer, no se trataría únicamente de una situación que afecte a los europeos. Si hemos de creer al cronista indio Guaman Poma, los españoles causaron extrañeza por la irregularidad de sus trajes, que no permitían establecer ni su identidad precisa ni su jerarquía social, todas cuestiones que la vestimenta andina mostraba a los ojos de cualquier observador (Guaman Poma, 1980:276). Los españoles, sin saberlo, se habrían constituido así, al menos inicialmente, en seres sin adscripción, sin clasificación.

Nuestro drama, ciertamente, continúa. Siempre se han objetado las razones que tuvo Atawallpa para hacer desocupar parte de la ciudad de Cajamarca y esperar a la hueste hispana en los llamados Baños de Cajamarca, o de Conoc. Según lo hemos planteado, las respuestas deben buscarse en las propias prácticas andinas y no a partir de un análisis que opere con nuestra lógica. Revisando con atención otros episodios, recogidos posteriormente por cronistas como Cieza de León, de los rituales de conquista andinos y de los mecanismos empleados para establecer la posterior dominación de un grupo recientemente conquistado, aparece la posibilidad de que la práctica de preparar aposentos (y deshabitar un pueblo), para dejarlos a disposición de los dirigentes de otros grupos étnicos, formaría parte de lo que podríamos denominar como una práctica política dentro del "ritual de conquista". Es lo que ocurrió, por ejemplo, cuando Wiraqocha Inka fue a conquistar el Collao siendo recibido por Qhari, el *mallku* o gobernante del gran señorío aymara de los Lupaka (Cieza 1986:127). Con una diferencia; en este caso, el inka y el *mallku* llegaron a un acuerdo, bebieron en los vasos de oro e intercambiaron mujeres, lo que no ocurrió en Cajamarca.

De Cajamarca, para no extendernos en demasía, haremos resaltar dos momentos: los únicos dos encuentros que sostuvo el Inka con los europeos antes de ser apresado. El primero de ellos tuvo lugar en su campamento. Recordemos que, al mando de Hernando de Soto, un pequeño destacamento de españoles salió desde Cajamarca hacia los baños para entrevistarse con el gobernante. Para llegar hasta donde éste los esperaba, según los relatos de los propios actores, se vieron obligados a cruzar entre las tiendas de los soldados, una manera bastante sutil, podríamos decir, de demostrar la fuerza del poderío militar andino, sin tener que hacer uso de ella. Tenemos la impresión de que este encuentro debió haber sido preparado con esmero por Atawallpa. Nuevamente nos encontramos ante el uso reiterado de objetos y situaciones car-

gadas de significación. El Inka esperaba personalmente a los emisarios de Pizarro en un pequeño edificio de los mismos baños. En la religión andina, los baños ocupaban un importante lugar entre los rituales de purificación y de mantención de ciertos aspectos del equilibrio cosmológico, y había algunas ceremonias que sólo el Inka podía realizar. Si Atawallpa estaba allí, entonces, era porque con esto indicaba a los españoles que, en primer lugar, él era el Inka y que ya nadie, ni Waskar, podía disputar su derecho a estar en ese lugar sacralizado. Atawallpa esperaba sentado en su *tiana*, un pequeño asiento, insignia de poder y legitimidad, que únicamente quien había sido investido podía usar (Martínez, 1982), y se encontraba oculto a la vista de los mortales, tapado por un fino tejido sostenido por dos mujeres. Esta descripción recuerda vividamente los relatos que más tarde, ya en el siglo XVII, harían los extirpadores de idolatrías sobre la posición de muchas *wak'as* o estatuas de las divinidades andinas. En definitiva, Atawallpa se presentaba como una divinidad más. Por último, el inka lucía la *mascapaicha*, especie de corona utilizada por los gobernantes cuzqueños y que sólo el *Zapan Inka*, el Único Señor podía portar. Recordemos que los relatos indígenas narran que, cuando Waskar fue vencido, lo despojaron de varias de sus insignias (Guaman Poma, 1980:84). Atawallpa en cambio, había ganado el derecho a usarlas. Toda esta presentación debería, entonces, acentuar, tanto ante los ojos de los visitantes como de los propios súbditos, la investidura sagrada del Inka. Entre otras cosas, eso significaba que dentro de la cosmovisión andina, el gobernante participaba de algunos de los atributos de las divinidades, entre los cuales podríamos mencionar la capacidad de destruir el mundo (Ortiz, 1980; Martínez, 1982). No podemos menos que expresar nuestro asombro por la extremada complejidad de los mensajes que se perciben en esta situación. Dentro de una lógica andina, no cabía espacio para la ambigüedad de las interpretaciones. En esta perspectiva, resulta interesante recordar que, una vez más, Atawallpa intentó que los españoles bebieran con él. La sociedad andina, ¿habrá que decirlo? tiene un concepto de la bebida y de las ocasiones para hacerlo muy distinto a los nuestros. La bebida es ritual y, si se acepta el vaso de otra persona, se halla uno inmerso nuevamente en las redes de las relaciones de reciprocidad. Los españoles, desconocedores de esta situación, rechazaron premonitoriamente el ofrecimiento.

Lo absurdo de toda esta descripción resulta del hecho de que tan elaborado mensaje no parece haber llegado a su destino. Ninguna de las descripciones realizadas por los actores de esos hechos permiten percibir, siquiera, que se hubiesen dado cuenta de algunos aspectos de este complejo aparato de significación montado por Atawallpa.

En el segundo encuentro, ya en Cajamarca, nuevamente hay aspectos que sugieren la voluntad de Atawallpa de remarcar su autoridad y sacralidad. Recordemos algo de esas descripciones. Ya estaba anocheciendo cuando el Inka empezó a avanzar hacia la ciudad. Delante de él venían grupos de indios barriendo el camino y sus soldados marchaban a ambos lados del sendero, sin pisarlo. Más atrás seguían músicos y bailarines. Atawallpa venía en sus andas, ricamente adornadas y cargadas por casi ochenta señores. Todo este cuadro

pertenece a lo que hemos llamado el "ritual de desplazamiento de la autoridad", practicado por todos los dirigentes étnicos andinos e íntimamente vinculado a una cosmovisión que presentaba un momento de destrucción del mundo, previo a su recreación por parte de los dioses y asociado a los gestos de movimiento y reposo (Martínez, 1982). Para mantener el mundo en equilibrio, los dirigentes étnicos y con ellos el inka, requerían de un código gestual de reposo, sentados en sus *tianas* o sillas, transportados en andas y con una marcha muy lenta. Esta actitud, que es la que muestra Atawallpa en Cajamarca, demostraba una voluntad de paz. A la inversa, si el inka hubiese deseado expresar una actitud de enfrentamiento, habría usado otras andas, en las que iba de pie y era transportado ya no por señores, sino por expertos cargadores que avanzaban a toda velocidad. Como todos sabemos, nada de ello fue comprendido por Pizarro y su tropa. La tragedia ya estaba en su acto final.

Tienen razón, entonces, los actores andinos de ese drama del fin de Atahualpa cuando acentúan la ausencia de comunicación entre ambas culturas en el momento inicial del Encuentro.

#### RECUPERANDO LAS AUSENCIAS

La instauración definitiva de la sociedad colonial plantea el problema del destino seguido por las poblaciones indígenas que quedaron dominadas. Después de la gran caída demográfica que caracteriza la crisis de las sociedades indígenas durante el siglo XVI y buena parte del siglo XVII, y donde pareciera haber desaparecido un porcentaje de la población superior al 60%, la pregunta es central. El problema se ha abordado desde diversas posiciones puesto que, en definitiva, de su respuesta depende la manera como visualicemos la naciente sociedad colonial. Como ya lo planteara Pease (Ms; 1978), pareciera haberse impuesto en alguna medida el prejuicio —continuado en los textos escolares— que consideraba cancelada la vida indígena con el asentamiento permanente de los españoles en cada territorio y con el establecimiento colonial. Bajo esta perspectiva, las poblaciones indígenas resurgen únicamente en las rupturas de esa historia, durante las rebeliones que pueden poner en cuestión la mantención del sistema colonial. Lo indígena termina siendo, en esta visión, un débil telón de fondo de la descripción colonial.

Un enfoque similar al anterior, aunque ciertamente más sutil, es aquel que postula que las sociedades indígenas fueron relegadas hacia zonas periféricas y marginales (aun al interior de los territorios dominados), aceptando resignadamente su destino y prolongando su existencia de manera silenciosa, hasta terminar diluyéndose en un mestizaje.

Destacábamos, hace unos momentos, la necesidad de incorporar a las sociedades indígenas en su doble papel de actores e intérpretes de los acontecimientos. Los trabajos recientes de investigadores como Assadourian (1982), sobre el funcionamiento del sistema de la economía colonial; de Murra (1975; 1978) y Pease (1981) sobre los caciques o *Kurakas* ricos que aprovecharon su posición de intermediarios entre ambas sociedades para acumular grandes

fortunas; o de Saignes (1987) y Golte (1980), sobre el gran dinamismo de las poblaciones andinas en la aplicación de variados mecanismos de resistencia y adaptación al funcionamiento de la sociedad colonial, por sólo mencionar algunos, permiten rechazar los enfoques reseñados anteriormente.

Exceptuando los casos en que las poblaciones indígenas realmente desaparecieron, durante la crisis demográfica, en el resto del territorio colonial la población indígena no sólo constituyó la base real sobre la que se asentó el funcionamiento de la economía colonial, sino que también mantuvo un importante margen de independencia y de iniciativa. Y no nos referimos a aquellas poblaciones que, por quedar en los márgenes del imperio colonial pudieron hacerlo, como los habitantes del sur de Chile, por ejemplo, o los chiriguano en la vertiente oriental de los Andes, sino a las poblaciones que quedaron al interior de ese territorio. Determinar las formas precisas que tuvo esa adaptación y estudiar los mecanismos tradicionales puestos en juego para buscar respuestas de las sociedades indígenas al interior de la sociedad colonial, en cada región y espacio histórico, es aún una tarea pendiente.

Varias son las consecuencias que se pueden señalar de un trabajo tan suscito como éste. La primera de ellas es de orden teórico y tiene que ver con nuestros esfuerzos por entender las sociedades indígenas en su contextos prehispánico y colonial. Dicho de otra manera, cada vez se nos plantea con mayor fuerza la obligatoriedad de generar marcos de análisis apropiados para el estudio de realidades históricas concretas. Hace ya 14 años que Murra formuló su llamado para avanzar en la definición de una formación económico-social andina, postulando sus teorías del control vertical de un máximo de pisos ecológicos y del intercambio sin mercados basado en la reciprocidad y la redistribución, como bases para entender las sociedades andinas (1975). Lamentablemente, es aún poco lo que se ha avanzado en este campo y la tarea es infinitamente más grande cuanto más nos alejamos del mundo andino y nos adentramos en otras realidades.

La segunda consecuencia que quisiéramos señalar es, también, de orden teórico. En definitiva, ¿cuál es nuestro quehacer? ¿Una historia de lo americano o una historia americana? ¿Jornadas de Historia de América o de Historia Americana? La diferencia no es sólo semántica, como pudiera pensarse a simple vista. Implica continuar trabajando con un sólo discurso (que puede ser más o menos amplio, más o menos popular), pero que en definitiva es *el* discurso, del que participan generalmente los historiadores; o considerar todos los discursos necesarios y posibles, como hemos intentado hacerlo incipientemente aquí, lo que objeta —a su vez— el discurso del historiador y sus métodos. Exige generar nuevas perspectivas de análisis, implica adoptar una posición sobre la historia oral y reconsiderar nuestro manejo de las fuentes.

Pensamos que son condiciones básicas para poder avanzar seria y rigurosamente hacia verdaderas historias nacionales populares que, en el sentido más amplio de lo popular, incorporen tanto a los actores sociales, como a sus respectivas lógicas e ideologías.

Santiago, junio de 1984.



## BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- ALBERTI, GIORGIO y ENRIQUE MAYER, 1974. *Reciprocidad e intercambio en los Andes peruanos*. I.E.P., Lima.
- ASSADOURIAN, CARLOS SEMPAT, 1982. *El sistema de la economía colonial. Mercado interno, regiones y espacios económicos*. I.E.P., Lima.
- BETANZOS, JUAN DE, 1987 [1557]. *Suma y narración de los Incas*. Eds. Atlas, Madrid.
- CIEZA DE LEON, PEDRO, 1986/87 [1550]. *Crónica del Perú*. Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 3 vols., Lima.
- GARCILASO DE LA VEGA, INCA, 1959 [1617]. *Historia General del Perú*. Librería Internacional del Perú, 2 vols., Lima.
- GOLTE, JÜRGEN, 1980. *La racionalidad de la organización andina*. I.E.P., Lima.
- GUAMAN POMA DE AYALA, FELIPE, 1980 [1616]. *Nueva Coronica y buen gobierno*. Ed. a cargo de G. Franklin Pease, Biblioteca Ayacucho, 2 vols., Caracas.
- BARA, JESÚS, 1957. *Tragedia del fin de Atawallpa*. Amigos del Libro, Cochabamba.
- LEÓN-PORTILLA, MIGUEL, 1964. *El reverso de la conquista*. Editorial Joaquín Mortiz, México.
- MARTÍNEZ C., JOSÉ LUIS, 1982. *Una aproximación al concepto andino de autoridad, aplicado a los dirigentes étnicos durante el siglo XVI y principios del XVII*. Tesis para optar al grado de Magister en Antropología, Universidad Católica del Perú, Lima.
- MURRA, JOHN, 1975. *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. I.E.P., Lima.
- MURRA, JOHN, 1978. "La correspondencia entre un 'capitán de mita' y su apoderado en Potosí". En: *Historia y Cultura*, 3:45-58, La Paz.
- MURRA, JOHN, 1989. "Las funciones del tejido andino en diversos contextos sociales y políticos". En: *Arte Mayor de los Andes*, 9-19, Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.
- ORTIZ, ALEJANDRO, 1980. "El dualismo religioso en el Antiguo Perú". En: *Historia del Perú*, t. III: 9-72, Editorial Juan Mejía Baca, Lima.
- PEASE G.Y., FRANKLIN, Ms. *Etnohistoria Andina: problema de fuentes y metodología*, Universidad Católica del Perú, Lima.
- PEASE G.Y., FRANKLIN, 1976. *Los últimos Incas del Cuzco*. P.L. Villanueva, Ed., Lima.
- PEASE G.Y., FRANKLIN, 1978. "Las visitas como testimonio andino". En: Miró Quesada, G., Pease, F. y Sobrevilla, D. (Eds.): *Historia, Problema y Promesa. Homenaje a Jorge Basadre*. Universidad Católica del Perú, 2 vols., Lima.
- PEASE G.Y., FRANKLIN, 1981. "Las relaciones entre las tierras altas y la costa del sur del Perú: fuentes documentales". En: Masuda, Sh. (Ed.): *Estudios etnográficos del Perú meridional*, 193-221. University of Tokio Press, Tokio.
- ROSTWOROWSKI, MARÍA, 1976. "Reflexiones sobre la reciprocidad andina". *Revista del Museo Nacional* t. XLII: 341-354, Lima.
- ROSTWOROWSKI, MARÍA, 1988. *Historia del Tawantinsuyu*. I.E.P., Lima.
- SAIGNES, THIERRY, 1987. "Parcours forains dans les Andes Coloniales. L'enjeu des migrations internes". *Cahiers des Ameriques Latines* 6: 33-58, Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine (IHEAL), Paris.
- SILVERBLATT, IRENE, 1976. "Principios de organización femenina en el Tahuantinsuyu". *Revista del Museo Nacional*, t. XLII: 299-340, Lima.
- TODOROV, TZVETAN, 1987. *La conquista de América. La cuestión del otro*. Siglo XXI Eds., México.
- WACHTEL, NATHAN, 1976. *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)*. Alianza Editorial, Madrid.
- ZUIDEMA, R. TOM, 1973. "Una interpretación alterna de la historia incaica". En: Ossio, J. (Antología), *Ideología mesiánica del mundo andino*, 2-33. Ed. de Ignacio Prado, Lima.

# LA CULTURA OBRERA ILUSTRADA CHILENA Y ALGUNAS IDEAS EN TORNO AL SENTIDO DE NUESTRO QUEHACER HISTORIOGRÁFICO

*Eduardo Devés V.*

Trataremos de abordar en este trabajo dos materias. La primera, es una reflexión sobre la historiografía chilena contemporánea, mostrando cómo nuestro quehacer se inserta y se explica a partir de dicho contexto; la segunda, es una exposición sobre un tema específico, la cultura ilustrada de los trabajadores chilenos hacia 1910.

## EL SENTIDO DEL QUEHACER HISTORIOGRÁFICO

Se puede abordar nuestra historiografía social desde diversos puntos de vista: influencias europeas, militancias políticas de los académicos, temas que se investigan, paradigmas y modelos científicos que se emplean, etc. Hemos querido tener en cuenta factores diversos, pero ciñéndonos a un punto de vista que nos parece decisivo: el desarrollo de un proceso en buena parte de nuestra generación, proceso tanto académico como humano, que ha llevado a producir una escuela historiográfica con carácter relativamente definido y que se puede distinguir muy nítidamente tanto de la historiografía liberal clásica, como de la historiografía revisionista conservadora y de la historiografía marxista de los años 50-73.

Evidentemente, nuestro quehacer está en deuda con todas esas escuelas y en particular con la última, sin embargo, no es menos cierto que sólo llega a constituirse como tal en la medida que hace la crítica de ellas y especialmente de la marxista tradicional.

Ahora bien, queremos destacar que dicho proceso —dicho cambio en los paradigmas, dicho “quiebre epistemológico”, por llamarlo de alguna manera— únicamente se hace posible a partir del quiebre político y humano que significa el golpe de estado de 1973. El quiebre teórico es producto del quiebre afectivo. Es decir, no se trata solamente ni prioritariamente de una evolución al interior del campo de las ideas y que podría estudiarse principalmente a partir de la lectura de Marx, Gramsci o cualquier pensador europeo, sino que debe ser explicado, en primer lugar, como un cambio de postura ante la realidad y ante la vida.

Después del 73 se inauguró la perplejidad y el escepticismo. Desde la certeza ortodoxa caímos en el pozo de la incertidumbre y del miedo: ¿Qué pasaba con Chile? ¿Qué ocurría con la historia? ¿Qué sería de nosotros? Este

golpe remeció hasta los fundamentos. Tardamos años en comenzar a reconstituírnos.

Vamos a enumerar ahora algunos puntos importantes para entender la historia social chilena de nuestros días.

1. La historiografía oficial hacía una identificación entre Chile y democracia. La historiografía tradicional del movimiento obrero, por su parte, concebía a éste como creciente, tanto cuantitativa como cualitativamente. El golpe de estado del 11 de septiembre de 1973 y la posterior permanencia del dictador venía a romper con estas dos concepciones.

2. Tanto una historiografía como la otra habían construido mitos sobre la realidad del país; habían ocultado, habían reprimido una parte, la parte fea, de nuestra historia y por ello se hacían incapaces de explicar ese funesto acontecimiento.

3. Se planteaba entonces con mucha fuerza la pregunta, ¿cómo había sido posible un acontecimiento que era contradictorio con nuestra idea de país? La tarea fue entonces reinvestigar la historia de Chile y, en particular, conocer la verdadera historia de los trabajadores, de sus organizaciones, de sus ideas, de su cultura. Así, podríamos descubrir sus debilidades, peculiaridades y falencias; sólo así podríamos explicarnos la derrota y podríamos enmendar rumbos.

4. La historiografía de quienes nos opusimos a la dictadura transformó a la historia de los grupos populares en un tema predilecto. Fue una manera de decirle al dictador y a su gente que había otro Chile oculto, ocultado, pero que poseía una presencia no por subterránea menos real. Fue ésta una forma de desafío, a la vez que una forma de construir identidad, fue un manifiesto de supervivencia.

5. Pero ya no se trató únicamente de hacer la historia de la clase obrera sino que la de campesinos, pobladores, estudiantes, indígenas, profesionales y grupos democráticos en general. El obrerismo y el clasismo cedieron paso a una historia de los grupos que podían constituirse en alternativa al autoritarismo. Éste fue un cambio decisivo.

6. Hubó igualmente otro cambio; la pregunta por la historia de estos grupos también fue ampliada. Ya no se trató únicamente de una pregunta por lo político-ideológico, sino que, más en general, se investigó en la cultura, formas de vida, mentalidades, costumbres, utopías, etc.

7. También cambiaron las palabras. El lenguaje omnipotente del leninismo cedió paso a un modesto "marxismo mínimo". El discurso se marcó por una tónica más existencial.

8. Dicho desde otro punto de vista; la historiografía perdió la tónica de combate ideológico, de arma de la revolución, de denuncia social. Adquirió un tono más reflexivo y dialogal. Con mucha fuerza se empezó a mirar a sí misma. Se hizo más auténticamente una autorreflexión, tanto del país consigo mismo como de la propia disciplina consigo misma.

9. Más aún, la historiografía asumió un carácter psicoanalítico. Es decir, tomó por misión recordar al país aquellos trozos reprimidos de su biografía.

La historia oficial como una memoria enferma había olvidado (había reprimido) aspectos importantes de la historia de Chile. De lo que se trata, entonces, es de reconstruir la biografía como país y cuestionar las ilusiones que éste se ha forjado sobre sí mismo. La historiografía crítica debía sacar a luz esos elementos y desarrollar un proceso de autorreflexión del país, proceso por el cual éste se reencontrara con su historia verdadera.

10. Esta historiografía social abandonó entonces esa tendencia parceladora que la centraba en la denuncia social, que hacía de la historiografía una forma de denunciar la opresión y la explotación para volcarse más bien hacia la búsqueda y la afirmación de la identidad del pueblo chileno. Identidad no sólo en sentido psicológico (qué carácter poseemos los chilenos), sino que más bien cual es la forma en que se han constituido, autoconstituido, los grupos sociales, cuál ha sido su presencia y su evolución en la vida nacional, cuáles han sido sus propuestas reales, cuáles sus inconsecuencias, caídas y mentiras. Identidad individual y grupal, pero, por sobre todo, redefinición de nuestro rol en el mundo contemporáneo.

11. Abordado en términos de identidad, el pueblo puede ser sujeto y no sólo el mártir de la burguesía y del imperialismo de que nos hablaba la historiografía de denuncia. O dicho de otro modo, la historiografía social chilena de la última década es parte de un vasto proceso de conocimiento y reconocimiento, de definición y de autodefinition. La historiografía se constituyó en una manera de interrogar y de autointerrogarse; es en diálogo con el pasado que los chilenos nos hemos ido reencontrando unos con otros y reencontrando con nosotros mismos, es en diálogo con el pasado que nos hemos ido redefiniendo.

12. En los últimos años la historiografía social chilena contribuyó a una labor importante: reconstruyó la dolorosa biografía nacional, sacó a luz, hizo recordar, posibilitó por ello mismo un olvido más sano y fecundo. Era ésta una labor que la antigua historiografía de denuncia no podía cumplir y no podía porque desde el comienzo se descargaba del peso del pasado, concibiendo a los grupos populares como mártires inmaculados y negándose a comprender al otro. En cambio, una historiografía de la concientización, de la identidad y del sentido podía, y de hecho pudo, contribuir en este proceso de apertura hacia una mayor democracia y dignidad.

1. El suicidio de Recabarren y el asesinato de Portales cumplen roles análogos en la historia de Chile; análogos, por una parte, diferentes, por otra. Son héroes y mártires fundadores. Pero el acto de Recabarren es consciente, es un gran acto de rebelión y desafío. Recabarren se mata y con ello da testimonio de su disconformidad y de su frustración; se inmola por un principio.

Cuenta Clotario Blest que el día 18 de diciembre de 1924, Recabarren había convocado a una gran manifestación popular de repudio a las políticas del gobierno militar, presidido por el general Luis Altamirano. Cuenta Clotario que habiendo concurrido él al lugar designado no contó más de 50 personas asistentes. Fue un golpe terrible para Recabarren, dice. Se desmoralizó, se

vino abajo ese hombre, dice. Cuenta que un rato después caminaron juntos hacia el barrio Mapocho, donde a la sazón vivía Recabarren. Cuenta que al día siguiente se enteró del suceso por los canillitas que gritaban: Recabarren ha muerto, se suicidó Recabarren.

Un fracaso más no iba a matar a Recabarren. Sin embargo, fue éste un fracaso clave y en un momento clave. ¿En qué marco simbólico entonces hay que insertar este suicidio para que se haga políticamente comprensible como inmolación testimonial?

Es necesario comprender la cultura obrera ilustrada de tiempos del centenario. Recabarren es el representante epónimo de ese universo cultural. Es, en consecuencia, un representante que quiere llevar este modelo más allá de lo que el modelo mismo puede soportar: transgrede el modelo desde dentro. O para decirlo de otra forma: su transgresión consiste en querer perpetuar un sistema que con Alessandri, luego con Altamirano y, por último, con Ibáñez llegaba a su término, el período "heroico" del movimiento obrero chileno.

La actividad pública de Recabarren va desde 1891 a 1924. Se funde con la época que se ha llamado "parlamentaria", el período del dominio oligárquico. El movimiento obrero funciona al margen del Estado, la independencia de la clase es natural y forzosa, la tarea es construir un mundo y una cultura alternativos al poder. El año 1925 marca un hito. Recabarren no podrá aceptar, no podrá adaptarse. Se suicida a fines del 24, ello no deja de ser sintomático. Se mata por una práctica obrera que muere en un Chile que muere.

2. Aunque sea esquemático: el siglo XVI es el choque de culturas; durante el XVII se va produciendo la amalgama que va a prolongarse por todo el XVIII; a fines de este siglo van a percibirse apenas algunos signos, todavía incipientes, de la novedad ilustrada. La armonía cultural del Chile tradicional sólo va a quebrarse notoriamente hacia 1850.

Si la cultura chilena es bastante homogénea entre 1650 y 1850 la del pueblo lo es todavía más: la religión católica impregnada de residuos indígenas, la vida agrícola y la pequeña minería, el cuero, el caballo.

A mediados del XIX se hace frecuente la idea de "cambiar la condición del pobre", que habría aparecido por primera vez con Manuel de Salas. Esto va a ir generando una distancia cada vez mayor entre dos sectores del pueblo: uno que, tanto por condiciones objetivas como por un cambio a nivel de ideas y mentalidades —cosas normalmente unidas—, va a ir transformándose en "clase media" (artesanado especializado, empleados públicos, tipógrafos) y otro sector que va a permanecer todavía por bastante tiempo ajeno a los cambios, a las nuevas formas de producción, a las nuevas ideologías.

El elemento decisivo que va a generar este cambio es el proceso de acumulación capitalista y la reinsertión de Chile en la economía internacional. Esto se expresa teniendo en cuenta cuestiones como las siguientes: la importación de artículos de uso cotidiano y de bienes de capital que van a modificar fuertemente la producción nacional, el arribo más o menos masivo de inmigrantes europeos que llegaban al país por razones económicas o huyendo de trastornos o persecuciones políticas, la entrada de la cultura francesa e inglesa



con las doctrinas del cambio social y del progreso, la aparición de organizaciones, escuelas, centros, periódicos, y todo el universo de la cultura obrera que se autonomiza.

De este modo, hacia el centenario, madura una forma de cultura trabajadora que se venía gestando por más de 50 años y que se identifica por dos oposiciones: su diferenciación de la cultura oligárquica, materializada en el Estado, y su diferenciación de la cultura tradicional preilustrada. Esta cultura trabajadora a que nos referimos, alcanza madurez en la confluencia de tres coordenadas: el forjamiento de una ideología, la consolidación de formas de organización y expresión, la creación de una intelectualidad trabajadora.

El escenario en el cual actúa y del cual es fruto esta cultura va a quebrarse en la década del 20; políticamente, por la apertura del Estado a nuevos sectores, por las leyes sociales y el fin del parlamentarismo; económicamente, por dos grandes remezones, el producido por la Primera Guerra Mundial y el producido por la crisis de fines de la década. Luego, la clase trabajadora tendrá que readaptarse y recrear un nuevo escenario.

3. Fue una cultura que admiraba la ciencia, la literatura, el arte; pero no fue cultura de hombres de ciencia ni de arte, fue hecha por trabajadores, manuales muchas veces, que se daban su tiempo para escribir, organizar, representar teatro, hacer política o crear una biblioteca.

Fue una cultura al margen, alternativa al Estado y justamente en dicha oposición buscó su identidad. Quiso contrastar con la cultura oligárquica. Buscó su identidad en la alteridad. Pero no quiso ser la simple alteridad del pirquinero de Atacama, del arriero de Linares cordillera adentro, o del mariscador de las islas chilotas. No es la alteridad de la distancia inconsciente pura y simplemente.

Fue una cultura que se pensó como diferente, pero deseando rescatar los verdaderos valores de la cultura dominante. Rescatar, realizar los valores del saber científico o de la democracia política y social traicionados por la oligarquía, se decía. Ello significaba, quizás sin darse cuenta del todo, un afán por incorporarse al mundo de las decisiones, del poder, de la palabra.

Fue una cultura que no quiso ignorar a su opuesta, pues se consideraba heredera, heredera de lo mejor de esa tradición que creía moribunda en manos burguesas. Así, el obrero se concibió como el continuador de Galileo y Copérnico, de Dantón y Garibaldi, igualmente que de O'Higgins y de Carrera.

4. 1910 es el año del centenario. Es sabido que por ello mismo, en el desarrollo cultural chileno, tiene el carácter de un balance. En torno a 1910 se genera un proceso de reflexión sobre Chile que se funda, por otra parte, en la madurez de un sistema: la república tiene cien años. Es el proyecto sarmientino o civilizador que ha alcanzado realización prácticamente cabal, un cierto positivismo liberal, tibiamente laicizante, es la ideología no solamente del Estado sino de casi toda persona "culto". Los hombres de 1850, podían ver desde la tumba cómo su ideario había sido definitivamente realizado, podían ver también cómo había sido definitivamente traicionado. Chile contaba con ferrocarriles, telégrafos, inmigración europea, instituciones liberales, edu-

cación más o menos abundante y escuela de preceptores, pero no había llegado a ser la Francia o los EE.UU. de la América del Sur, sino una pobre colonia del capitalismo internacional, con una gran población de bárbaros que, como renovados indios pampa, acosaban los terrenos de la oligarquía.

La cultura obrera ilustrada forma claramente parte de este universo. Ella posee igualmente un fuerte carácter sarmientino, ha idealizado la ciencia y la técnica; ha tomado como modelo de su actuar las teorías y las prácticas del movimiento obrero europeo de España o Bélgica; cuenta con líderes que juegan el rol de intermediarios, que viajan y se impregnan para traer las novedades; es urbana y legalista; su arma privilegiada es la prensa; habla de ilustración, progreso y país culto; se organiza en partidos y elige representantes. Es relevante destacar también cómo para esta cultura el imperialismo y el colonialismo no son un problema, lo campesino y lo autóctono tampoco, el indio prácticamente no existe, lo latinoamericano ni siquiera se nombra.

Sin embargo, siendo por todo esto la cultura obrera ilustrada de tiempos del centenario una parte participante del sistema es, por otro lado, su alternativa. Se plantea al margen y en oposición al Estado, es un afán por construir un mundo paralelo; igual pero mejor, mismo modelo, pero ahora perfecto. Por decirlo de alguna forma: un sarmientismo para todos.

La mentalidad está marcada por la herencia ilustrada y la herencia romántica, asimiladas a través del prisma de un modernismo naturalista. Los cisnes de estos poetas son los periódicos y las princesas son las gestas de la lucha social.

5. Recabarren y en general los conductores ideológicos o políticos de los movimientos de trabajadores, hacia el centenario, pertenecen claramente a la corriente "civilizadora", en las luchas populares latinoamericanas. Recabarren no es Tupac Amaru, no es la montonera argentina —lejos de él están Facundo o el Chacho—, no es Villa ni Zapata. Los conductores chilenos no son caudillos sino educadores, funcionarios de la organización obrera; son hombres de pluma y no de espada, de periódico y de elección; para ellos no hay verdadera lucha popular que no pase por la educación y la organización.

Recabarren en lo de "civilizador" es plenamente representativo, tanto en las acciones como en los conceptos, del carácter de las luchas populares chilenas. Es verdadero que entre nosotros también ha tenido sus representantes la línea "bárbara" (campesina-religiosa-iletrada), pero esta última no se ha enfrentado al poder con una fuerza ni siquiera mucho menor a la que ha tenido la línea "civilizadora". En Chile los trabajadores se han férreamente organizado y además, háyase tratado de organizaciones mutuales, mancomunales, sindicales o demócratas, comunistas, socialistas, ácratas o católicas, todas han tenido muy predominantemente el carácter ilustrado. O si se quiere, las luchas de los trabajadores han sido predominantemente las de sus organizaciones; sin menoscabo por cierto que las huelgas de 1890, 1903, 1905 ó 1907 hayan superado con mucho a las organizaciones que las promovieron originariamente. Sea por la formación económico-social del país, sea por la práctica política que se fue asentando, sea por el tipo de ideología o por las específicas coyunturas que se

dieron, el caso es que la línea "bárbara" sólo ha tenido manifestaciones esporádicas y marginales. Los grandes instrumentos y motivos de acción fueron la educación, la organización, la sede social, el periódico, la biblioteca, la conferencia, la votación. Todo ello, por otra parte, sólo adquiere la significación que queremos darle al comprenderlo por relación al modelo de sociedad expresado y que proviene manifiestamente de la misma vertiente ilustrada-civilizadora.

Ahora bien, la afirmación que la tendencia "civilizadora" ha sido en las luchas populares chilenas, del período que nos ocupa, mucho más fuerte que la "bárbara", puede ser cuestionado al menos parcialmente considerando que la propia historiografía de estos movimientos ha sido realizada generalmente por intelectuales orgánicos a quienes interesaba poner en relieve la gestación y desarrollo de sus propias agrupaciones. Tal vez la propia óptica ha impedido ver la existencia de la otra tendencia, quizás fue incluso segregada al terreno de la reacción. Pero, por otra parte, este posible ocultamiento es justificable si consideramos que el propio hecho de practicar el quehacer historiográfico es algo comprensible sólo desde una perspectiva civilizadora, hacer historiografía en o para la "barbarie" es prácticamente imposible y en todo caso un sinsentido o una contradicción en los términos; escribir un libro para mostrar que no deben escribirse libros.

6. Es la dialéctica entre laicismo y misticismo uno de los elementos marcantes y reveladores de esta cultura obrera. Para adentrarse en ello la ceremonia funeraria y el mausoleo son vías privilegiadas.

El trabajo obrero se encuentra lleno de riesgos. Particularmente en la dinámica de producción del salitre había faenas en las cuales la guadaña de la muerte se hacía presente con frecuencia. Los cachuchos con el caldo hirviendo eran algo así como el extremo infernal de esa Siberia Caliente. Caer en ellos significaba una muy cruel agonía. Pero incluso esa muerte, incluso toda su estupidez y su absurdo era recuperada para la vida. Fue incorporada a la lucha política como fuente de reivindicaciones por mejores condiciones de trabajo. La muerte fue vista desde el progreso, desde el ensanchamiento de la vida y nunca desde el escepticismo.

No hubo tragedia. La muerte fue un simple accidente, una excepción dentro del progreso o bien fue el sacrificio del dar la vida por la causa. Se recuperó así buena parte de la mística cristiana. El trabajador humillado, encarcelado o asesinado se hace nuevo Cristo que va lavando con su sangre la suciedad del mundo, que ha entregado su sangre para la regeneración de la humanidad. No hay lamento sino protesta, hay que sacarle el último jugo de vida al masacrado, hay que aprovechar hasta su muerte en la lucha política, debe transformarse la injusticia cometida en conciencia de nuevos luchadores. Así, este sacrificio no alcanza su realización en una vida espiritual, mística, mediada por fenómenos sobrenaturales, sino que su realización se alcanza laicamente en la lección o el uso que los vivos puedan hacer de él.

Fue una cultura de la esperanza y de la solidaridad, de la construcción y del sacrificio, del dar la vida por la causa. Mentalidad claramente fáustica,

ningún ácrata de la época es nihilista. Cultura en la cual nunca se habla de milagros ni de sobrenaturaleza, donde casi todo es materialismo, aunque de muy particular cuño: los ideales tienen preeminencia, la prédica a las conciencias más relevancia que las condiciones objetivas.

El mausoleo es un monumento alusivo a la vida del trabajo, en colores, coronado por obreros con pala o picota o martillo, vestidos de azul o blanco o rojo: constructores, muy chilenos. Nada de ultratumba. Permanencia sí de las ideas, continuidad en la lucha, conservación del ejemplo. Edificio levantado con los recursos de la sociedad para albergar a los caídos en la lucha después de una existencia de mil batallas por el progreso, mártires por la justicia, héroes en jornadas decisivas, socios que fundaron las primeras columnas. Arco bajo el cual se pasa confirmando la tarea de la vida.

7. El agitador, el periodista obrero o el poeta obrero es el agente de esta cultura a que nos estamos refiriendo. Es éste el intelectual orgánico que va a dar origen al mito del movimiento obrero glorioso.

Es seguramente durante el gobierno de González Videla o bien en el marco de la reacción contra su política represiva, que se elaboran las más grandes obras que van a confirmar la concepción del movimiento obrero glorioso. El *Canto General* y los textos historiográficos de Ramírez y Jobet van a llevar esta concepción hasta su más acabada expresión. Durante el gobierno de la Unidad Popular no se hace sino vulgarizar, en ambos sentidos del término, esta misma idea.

Obviamente no fue Neruda quien creó el mito, él sólo fue quien escribió la mayor poesía épica y la oraciones que más se han rezado. Mucho antes de 1970 o de 1948 se había dado vida a un conjunto de creaciones que sentaron precedente. La primera obra en esta línea es seguramente la de José Zapiola, *La Sociedad de la Igualdad y sus enemigos*; primer texto sobre la historia de la organización de los trabajadores ya escrito con la finalidad de reivindicar una imagen opacada por el oficialismo. Luego de Zapiola, y con finalidades más o menos análogas, encontramos un conjunto de memorias y artículos de periódicos que van a ocuparse de enaltecer detalladamente el rol de los diferentes líderes y organizaciones de trabajadores, en un afán general de legitimación incluso ante los propios ojos.

El régimen autoritario que nos ha oprimido, habiendo sido la mayor ofensiva de toda nuestra historia en contra del movimiento trabajador, no ha generado como reacción, sin embargo, un nuevo reforzamiento del mito de que nos ocupamos. A diferencia de casos anteriores ha producido un proceso de revisión y autocrítica que en vez de mitificar ha preferido reflexionar con el fin de reorientar la práctica. Este nuevo espíritu está representado por los trabajos historiográficos de Bravo Elizondo, Campero, Pizarro o Salazar. Tales trabajos son fruto de una diferente aproximación metodológica y sobre todo los anima una diferente mentalidad: son obras de académicos más que de militantes: quieren más bien entender que convencer, las anima un afán crítico más que propagandístico. Evidentemente por sus mismas cualidades pierden algo o mucho del apasionado candor que animaba las obras de sus predecesores.

Me parece que es durante la primera y segunda décadas del siglo cuando se perfila ya con nitidez la idea del movimiento obrero glorioso, cosa que vuelve a tomar fuerza ante el persistente ataque sufrido por los trabajadores organizados de parte del Estado y la burguesía. La cuestión social ha avivado los odios; el oficialismo descalifica, la intelectualidad obrera se defiende y se reivindica. Los diccionarios biográficos obreros de Osvaldo López son los pilares centrales de este mito, la obra de Recabarren aporta los elementos ideológicos fundamentales, la prensa obrera va a ser la constructora.

El agente de la cultura obrera ilustrada así como da forma a dicha cultura, paralelamente da forma al mito sobre sí mismo: el agitador y el periodista (la misma persona) se convierte en representante, portavoz, ejemplo, vanguardia y por todo ello en chivo expiatorio sobre el cual la dominación descarga su furia y su despecho ante la rebeldía trabajadora. Se levanta así una imagen gloriosa del agitador y del movimiento obrero que éste guía.

La organización presta grandes beneficios, tanto de manera inmediata como a largo plazo; el agitador es puro y valiente, persistente y posee sólo aspiraciones nobles, su acción y su voz son en pro de lo bueno y lo hermoso, es solidario con la suerte del trabajador, es un trabajador más, hace luz en la mente del pueblo, es sacrificado y altruista, da ejemplo que dignifica; la organización es un ejército poderoso que defiende al pueblo y es madre que lo cobija en la adversidad. Evidentemente, todo este conjunto de ideas se hace comprensible desde la batalla ideológica y política: el movimiento obrero de la época, en la búsqueda de su identidad teórica y de una política alternativa al sistema, sufre los embates del poder establecido y debe armarse de una autoconcepción que lo legitime frente a sí mismo y a la opinión pública.

8. Erotismo ausente, hubo sí higiene y una rara prédica donde se mezclaba amor libre y dulzonería. Ciertamente no fue una cultura signada por el sensualismo. Fue una cultura de la pobreza y la escasez, que no compensó con amor el dolor de la existencia, sino que lo hizo a punta de militancia. La mujer fue un compañero. En el mejor de los casos una compañera; jamás la hembra: fuente, caudal y remanso en la orgía carnavalesca de los sentidos.

Aquello que normalmente evoca erotismo fue precisamente mirado desde el no-erotismo. La sexualidad se pensó como higiene, como liberación femenina, como educación de los hijos o como economía doméstica. La erótica fue ocultada por la política. No sólo la muerte, también el sexo y el amor fueron transformados en reivindicación social.

La palabra cama siempre estuvo cerca de hospital y enfermedad. La cama fue un lugar más de dolor, fue la antesala del sepulcro, sus sábanas blancas fueron el negro fantasma de la muerte.

9. Una cosmovisión es una forma de comprender el mundo, es también una forma de filtrar o de seleccionar o de construir la información. La cultura obrera ilustrada es ciertamente una manera de concebir los hechos, una manera de recibirlos, de imaginarlos, de constituirlos. Los eventos se encadenan y se estructuran, se piensan y se responde a ellos a partir de coordenadas ordena-



doras que por cierto no son inmutables, sino que están en juego con la realidad y sus embates.

Es sorprendente el comportamiento de los trabajadores en la Plaza Montt de Iquique, el sábado 21 de diciembre de 1907, antes de la masacre. Es sorprendente principalmente por dos razones: primero, porque atenta contra el buen sentido (contra nuestro buen sentido) y segundo, porque se hacen y se dejan masacrar. Hay curiosamente un sino fatal en ese movimiento que se inmoviliza a sí mismo, que se cierra las puertas y los escapes, que se encierra en orgullo y principismo.

Se puede, claro está, dar la respuesta de la inmadurez. Decir que se trata de un movimiento obrero joven, con una ideología que carece aún de la suficiente coherencia y consistencia. Parece más adecuado conceptualizarlo en términos de mentalidad. Existe allí una mentalidad hecha de machismo y utopismo; hay una ideología que se integra con (en) ella: ideología de la patria, del progreso, de la omnipotencia trabajadora.

A esa cultura obrera le era difícil, muy difícil, asimilar la propia experiencia dolorosa. Una determinada mentalidad y una determinada ideología (en original simbiosis) se transformaban en obstáculo para aprehender el lado feo de la historia; había demasiado carácter místico, sacral, para pensar la realidad "fríamente". Es una cultura "joven" si se quiere, pero que no va a madurar sino que va a morir (haciendo un simil darwiniano), porque no va a poder sobrevivir por falta de aptitud. El mundo cambió y ella no pudo readaptarse. Es cierto que la cultura posterior va a tratar de recuperar sus valores. Incluso hoy día estamos haciendo el estudio, arqueológico, de los elementos que la constituyeron y de las situaciones que construyó o en que se vio envuelta.

El machismo (en el sentido de valentía e intransigencia) y el principismo, como elementos de mentalidad, y la cuestión del progreso, como ideología, no permitían considerar cabalmente que los obreros podían ser vencidos. Incluso, si se concebía la posibilidad de la derrota se conceptualizaba ésta en términos de sacrificio y por ello, en vez de pensarla como derrota actual, se la consideraba como victoria futura. Claro, para esto era necesaria una buena dosis de espíritu estoico: el dolor, la baja en el poder adquisitivo, la represión y la humillación cuesta soportarlos. Hay que hacer, mal que mal, un esfuerzo de "racionalización" mística para transformar estas evidencias nefastas en alegría de una victoria futura que al cabo va transformándose, como en la visión cristiana tradicional, en parusía, al distanciarse más y más de la cotidianidad.

El trabajador rodeado por fuerzas militares en una plaza de Iquique rehusó negociar, se negó a creer en la evidencia y prefirió creer en su deseo.

La cama y el sepulcro, hospital y funeral, la muerte y el mausoleo. Se diría una cultura negativa. Fue, sin embargo, una cultura que no se cansó de exaltar la vida. Quizás no son sino los árboles calcinados por la dictadura lo que nos está impidiendo ver el siempreverde bosque de la cultura obrera ilustrada de tiempos del centenario.

# IGLESIA Y POLÍTICA: EL COLAPSO DEL PARTIDO CONSERVADOR<sup>1</sup>

*Sofía Correa S.*

## INTRODUCCIÓN

Por un siglo, desde sus orígenes hasta fines de la década de 1950, el Partido Conservador fue en Chile el partido católico por excelencia, no sólo por su carácter confesional, sino también porque contaba con el apoyo, implícito o explícito, del clero. Al comenzar la década del 60, sin embargo, la posición y actitud política de la Iglesia chilena cambió drásticamente. Los efectos de la Revolución Cubana y la alta votación de la izquierda chilena en las elecciones presidenciales de 1958, llevaron a la jerarquía eclesiástica a apoyar decididamente una opción por los cambios estructurales y a distanciarse de las fuerzas conservadoras. Las consecuencias políticas que tuvo este viraje para la derecha chilena es el tema que analizaremos en este trabajo. Específicamente, estudiaremos el impacto que produjeron en el Partido Conservador las dos pastorales colectivas que publicó el episcopado chileno en 1962, las que, precisamente, marcan el cambio antes señalado. Previamente nos referiremos a la relación histórica entre la jerarquía eclesiástica y los partidos católicos, como también a las transformaciones producidas en la Iglesia Católica a fines de la década del 50.

## I. LA IGLESIA Y LOS PARTIDOS CATÓLICOS

Históricamente, la relación entre la Iglesia Católica y los partidos de carácter confesional ha sido diversa, dependiendo fundamentalmente de las condiciones políticas en Europa. Cuando, hacia 1870, Roma tuvo que enfrentar a gobiernos anticlericales en Europa, impulsó la formación de partidos confesionales tanto en el viejo continente como en América Latina. Esta estrategia política quedó obsoleta desde mediados de la década de 1920 con el advenimiento de las dictaduras fascistas. Para no ser dañada por los nuevos gobernantes autoritarios, el Vaticano firmó concordatos con dichos regímenes, y

<sup>1</sup> Agradezco al CERC y a FONDECYT el apoyo financiero que permitió la realización de este trabajo, que fue presentado como ponencia en el *Encuentro internacional 500 años de cristianismo en América Latina*, organizado por el CERC, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, y auspiciado por la Biblioteca Nacional, en Santiago, junio de 1990.

aceptó la separación de la Iglesia y el Estado. A fin de evitar choques con estos gobiernos se prohibió a los sacerdotes que actuaran en política y se promovió la participación de los laicos en movimientos apostólicos no partidistas, tales como la Acción Católica. Sin embargo, aunque ahora no auspiciase la existencia de partidos confesionales, la Iglesia mantuvo alianzas muy estrechas, aunque esta vez de carácter informal, con los partidos católicos existentes<sup>2</sup>.

Esta nueva estrategia política del Vaticano tuvo eco en Chile. Recordemos que la Constitución de 1925 estableció la separación de la Iglesia y el Estado, y que pocos años antes el Arzobispo de Santiago ya había prohibido a los sacerdotes participar en actividades partidistas<sup>3</sup>. Sin embargo, la Iglesia mantuvo su alianza con el Partido Conservador, aunque ésta ahora no estuviese reconocida formalmente. Aun más, por temor a la izquierda marxista, los obispos creyeron conveniente formalizar nuevamente tal alianza a comienzos de los años 30. El Nuncio Apostólico procedió entonces a consultar a la Santa Sede, y la respuesta fue la conocida carta del cardenal Pacelli, Secretario de Estado del Vaticano, quien indicó que la Iglesia no debía identificarse con ningún partido político y que debía en cambio incentivar la participación de los laicos en la Acción Católica. Por cierto, la carta del cardenal Pacelli no era sino un reflejo de la política europea del Vaticano<sup>4</sup>. Hay que tener claro que las declaraciones vaticanas o episcopales no pretendían evitar la militancia de los católicos en el Partido Conservador; se trataba sólo de establecer una separación institucional entre Iglesia y partido<sup>5</sup>.

Por eso la ruptura de la Falange con el Partido Conservador alarmó a la Iglesia, aunque el apoyo electoral de la Falange durante la década del 40 no pasara del 2 al 4%. En esos años, los obispos, la mayoría de los sacerdotes y hasta el Nuncio no dudaron dónde estaban sus lealtades políticas, e identificaron a la Iglesia con el Partido Conservador<sup>6</sup>. Esta identificación fue confirmada en 1947 a raíz de la polémica suscitada entre monseñor Salinas y los dirigentes de la Falange Nacional. Ésta comenzó cuando monseñor Augusto Salinas criticó públicamente a la Falange Nacional por su falta de distancia con el marxismo y con el comunismo.

No debemos olvidar que el Vaticano mantuvo siempre una muy fuerte posición anticomunista, que se agudizó en la postguerra por la ocupación soviética de Europa del Este y por el fuerte apoyo electoral que obtuvo el

<sup>2</sup> Brian Smith, *The Church and Politics in Chile. Challenges to Modern Catholicism* (New Jersey, 1982), pp. 24-26.

<sup>3</sup> Carta Pastoral de monseñor Crescente Errázuriz, arzobispo de Santiago, 1922. Cfr. Brian Smith, op. cit., p. 73.

<sup>4</sup> Cfr. Brian Smith, op. cit., pp. 78-80. Los obispos chilenos deciden oficializar su alianza con el Partido Conservador en la Asamblea Episcopal anual de 1933. La carta del Cardenal Pacelli es de 1934.

<sup>5</sup> Cfr. Brian Smith, op. cit., p. 80, y Fidel Araneda Bravo, *El clero en el acontecer político chileno. 1935-1960* (Santiago, 1988), pp. 28-30.

<sup>6</sup> Cfr. Michael Fleet, *The rise and fall of Chilean Christian Democracy* (New Jersey, 1985), pp. 43-58; y Fidel Araneda Bravo, op. cit., pp. 35-45.

Partido Comunista italiano. En esos años, el Vaticano prohibió toda cooperación de los católicos con el comunismo; más aún, en 1949 un decreto del Santo Oficio prohibió bajo pena de excomunión cualquiera asociación aunque fuera indirecta con partidos comunistas.

La acusación de monseñor Salinas era, pues, muy grave. La situación se empeoró con la respuesta de la Falange al Obispo, con quien entró a polemizar criticándolo públicamente. Toda la jerarquía eclesiástica solidarizó con monseñor Salinas. La Falange estuvo a punto de autodisolverse; de hecho el episcopado estuvo cerca de exigir su disolución.

Desde el punto de vista de este trabajo, nos interesa destacar que la Falange Nacional quedó muy desprestigiada frente al electorado católico luego de este episodio; obviamente el partido más fielmente católico seguía siendo el Partido Conservador<sup>7</sup>. Todavía más, el conflicto de la Iglesia con la Falange Nacional se ahondó al año siguiente cuando la Falange se opuso a la dictación de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia<sup>8</sup>.

Diez años más tarde, en 1958, la distancia de la Iglesia con la entonces Democracia Cristiana continuaba. De hecho, ese año la Democracia Cristiana contribuía con sus votos a la derogación de la ley anticomunista, mientras *La Revista Católica*, órgano oficial de la Iglesia de Santiago, condenaba dicha derogación. Según encuestas electorales a la fecha, el apoyo de los católicos al PDC era bajo aún; éstos en su gran mayoría seguían adhiriendo al Partido Conservador. No es de extrañar, entonces, que éste se viera a sí mismo, en esos años, como el partido católico por excelencia; su anticomunismo le permitía identificar su postura política con la de la jerarquía eclesiástica<sup>9</sup>.

En vísperas de la elección presidencial de 1958 el Partido Conservador se definía a sí mismo como el verdadero partido socialcristiano de Chile. Los conservadores argumentaban que eran ellos, y no los demócratacristianos y ex falangistas, los que habían plasmado en leyes las enseñanzas sociales de la Iglesia; desde el siglo XIX habían formado círculos de obreros y habían impulsado la legislación social en favor de los sectores populares. La historia del Partido Conservador, agregaban, era una historia de luchas por defender los derechos de la Iglesia y los valores de la democracia. La Democracia Cristiana y antes la Falange, no eran partidos verdaderamente católicos, decían, porque

<sup>7</sup> Cfr. George Grayson, *El Partido Demócrata Cristiano Chileno*, (Santiago, 1968), pp. 257-264; Brian Smith, op. cit., pp. 96 y siguientes; Fidel Araneda Bravo, op. cit., pp. 86-95.

<sup>8</sup> Con ocasión de la dictación de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, un sector, denominado socialcristiano, dejó las filas del Partido Conservador, pero esta ruptura no perjudicó mayormente al partido pues los socialcristianos no arrastraron votos con ellos; su apoyo electoral fue insignificante. De modo que al hablar de Partido Conservador nos estamos refiriendo siempre al entonces llamado Partido Conservador Tradicionalista, y luego Partido Conservador Unido; en ningún caso nos estaremos refiriendo al grupo socialcristiano escindido, el que mantuvo el nombre de Partido Conservador.

El sector socialcristiano escindido del tradicional Partido Conservador se fusionó en 1957 con la Falange Nacional y con elementos del Partido Agrario Laborista para crear el Partido Demócrata Cristiano.

<sup>9</sup> Cfr. Brian Smith, op. cit., p. 89; y Michael Fleet, op. cit., pp. 58-64.

habían “unido sus votos a las fuerzas anticristianas y escandalizado a los católicos con sus concomitancias con el comunismo”<sup>10</sup>. El Partido Conservador, en cambio, había mantenido una “irreductible posición anticomunista... la única compatible con la calidad de católico”, según lo afirmado por todos los Papas<sup>11</sup>.

Los conservadores salieron también al paso frente a los ataques que les dirigían desde las filas demócratacristianas, levantando su voz en defensa del régimen capitalista “la palanca más poderosa del progreso”, y en defensa de la derecha: “En Chile en América y en el mundo europeo occidental, sostenían, ningún gobierno que ha logrado construir algo ha dejado de ser en su esencia, gobierno de Derecha, es decir, de trabajo efectivo y de orden”<sup>12</sup>. Aseguraban que el mundo iba hacia la derecha porque “frente a la agresión externa e interna del comunismo, los pueblos han concluido por comprender que la salvación de la democracia y de la libertad no está en el socialismo ni en las medias tintas de acentos mesiánicos, sino en una posición política de fuerte y definida defensa de los grandes valores de la civilización occidental”<sup>13</sup>. Así sucedía en Inglaterra, Estados Unidos, Canadá y Alemania Federal. En Europa, a su juicio, los partidos demócratacristianos eran partidos de derecha que al igual que el Partido Conservador en Chile luchaban tenazmente contra el comunismo y en defensa de la libre empresa. En otras palabras, en Chile los verdaderos demócratacristianos eran los conservadores<sup>14</sup>.

En 1958, el Partido Conservador era un partido lleno de optimismo. Cuatro años más tarde el panorama iba a ser bastante diferente. No fueron ajenas a este cambio las transformaciones que ocurrieron en la Iglesia Católica al finalizar la década de 1950.

## 2. CAMBIOS EN LA IGLESIA

Es innegable que un período de cambios se abrió en la Iglesia Católica desde la elección de Juan XXIII al pontificado, en noviembre de 1958. Aun antes de la reunión del Concilio Vaticano II (1962-1965), Juan XXIII en la encíclica *Mater et Magistra* (1961) urgía a los católicos a realizar cambios estructurales para superar el estancamiento económico. No ha faltado quien ha hecho notar las diferencias de lenguaje entre esta encíclica y los anteriores documentos pontificios, ya que en *Mater et Magistra* estaría ausente el lenguaje corporativista<sup>15</sup>.

Por otra parte, a la Iglesia latinoamericana la impactó sobremanera la

<sup>10</sup> Editorial de *El Diario Ilustrado* (EDI, desde ahora), 18-III-1958.

<sup>11</sup> EDI, 21-IV-1958.

<sup>12</sup> EDI, editorial, 18-V-1958; y editorial, 6-IV-1958, citando las palabras del senador Moore.

<sup>13</sup> EDI, editorial, 8-IV-1958.

<sup>14</sup> Cfr. EDI, 8-IV-1958, editorial; EDI, 29-V-1958, editorial; discurso del diputado Raúl Yrarrázabal al fundamentar en la Cámara su voto contrario a la derogación de la ley de defensa permanente de la democracia, EDI, 16-V-1958.

<sup>15</sup> Cfr. Brian Smith, op. cit., pp. 16-18 y 120-123.



Revolución Cubana, especialmente desde el momento en que Fidel Castro se declaró marxista-leninista y comenzaron los problemas con la Iglesia. Para evitar que la revolución se extendiera por el continente, el Papa hizo un llamado a los católicos de Europa y Norteamérica para que emprendieran un gran esfuerzo misionero en América Latina. Esto concitó la llegada de numerosos sacerdotes extranjeros, así como también abundante ayuda financiera<sup>16</sup>.

Se ha destacado el hecho de que para poder conseguir esa ayuda la Iglesia latinoamericana debió modernizar sus estructuras, es decir, debió burocratizarse. Con ello adquirieron gran importancia aquellos sacerdotes cosmopolitas, con contactos internacionales, y formación en ciencias sociales<sup>17</sup>.

Estas características tenía el jesuita Roger Vekemans, enviado a Chile por el General de la Orden en 1957. En su calidad de sociólogo, Vekemans traía la misión de ayudar a detener el avance del marxismo, cuya fuerza se había hecho notoria en la elección presidencial de 1958. Con ese propósito creó el Centro de Investigación y Acción Social de los jesuitas en Chile vinculado al Centro Bellarmino, el cual debía contribuir a cambiar las estructuras del país y a la vez difundir la doctrina social de la Iglesia<sup>18</sup>.

La Iglesia comenzó a auspiciar nuevos proyectos de acción social tales como asesorías a sindicatos campesinos, cooperativas de construcción habitacional, y reforma agraria en las tierras de su propiedad. La mayoría de los laicos que trabajaban en estos programas eran militantes de la Democracia Cristiana, así como también lo eran quienes pertenecían a la Acción Católica en las universidades<sup>19</sup>.

Hay que tener presente, además, que al mismo tiempo se estaba produciendo una renovación del episcopado nacional. En efecto, entre 1955 y 1964, se reemplazó a 14 de los 28 obispos del país, y los nuevos obispos estaban ideológica y socialmente más cerca de los dirigentes de la Falange que de los del Partido Conservador<sup>20</sup>. No es de extrañar, por lo tanto, que desde el Centro Bellarmino, Roger Vekemans y Renato Poblete ejercieran una enorme influencia sobre el episcopado. En efecto, hacia 1961 lograron convencer a los obispos de que la Iglesia debía apoyar activamente a Frei en la elección presidencial de 1964 para poder evitar el triunfo de la izquierda marxista; a su juicio la derecha estaba de antemano derrotada frente a Allende<sup>21</sup>.

El cambio que se fue produciendo en el episcopado chileno se reflejó en dos pastorales colectivas de 1962: *La Iglesia y el problema del campesinado chileno*, de marzo del 62, y *El deber social y político en la hora presente*, de septiembre de ese año. Se ha afirmado que Vekemans, Poblete, y otros jesuitas del Centro

<sup>16</sup> Cfr. Brian Smith, op. cit., pp. 120-123.

<sup>17</sup> Cfr. David E. Mutchler, *The Church as a Political Factor in Latin America with Special Reference to Colombia and Chile* (New York, 1971), capítulo 2.

<sup>18</sup> Cfr. Mutchler, op. cit., capítulos 5 y 12.

<sup>19</sup> Cfr. Brian Smith, op. cit., p. 114.

<sup>20</sup> Cfr. Brian Smith, op. cit., p. 112.

<sup>21</sup> Cfr. David Mutchler, op. cit., pp. 292-297.

Bellarmino fueron los redactores de esta última carta pastoral, la que tuvo enorme impacto político, como veremos más adelante<sup>22</sup>.

### 3. EL FIN DEL PARTIDO CONSERVADOR

Quienes se han referido al tema de Iglesia y política durante la segunda mitad de este siglo han tratado las dos cartas pastorales de 1962 como una unidad, destacando su carácter progresista en lo social y en lo económico<sup>23</sup>. A mi modo de ver, es necesario distinguir entre la pastoral de marzo de 1962 y la de septiembre, pues hay fuertes diferencias entre ellas tanto en el lenguaje como en la forma de aproximación al cambio socioeconómico. Por tanto, las consecuencias políticas de cada una serían diferentes.

En efecto, la Carta Pastoral sobre el agro, *La Iglesia y el problema del campesinado chileno*, fue escrita con el propósito explícito de hacer un llamado a "todas aquellas personas de buena voluntad" para que escucharan lo que los obispos tenían que decir respecto a "los principios básicos para una reforma de inspiración cristiana". Entre esas personas de buena voluntad no se descartaba a los terratenientes, pues si bien los obispos señalaban la urgencia de hacer "una profunda transformación de la estructura rural", reconocían que "en esto reina ya un consenso casi unánime"; si bien recordaban la función social de la propiedad, destacaban que el derecho de propiedad era "uno de los más fundamentales del hombre"; si bien señalaban que los privilegiados tendrían que hacer "dolorosos sacrificios", condenaban la "nefasta propaganda... de las ideas subversivas" de los "agitadores que van penetrando en la masa campesina con la bandera de la Reforma Agraria"; y por último, si bien afirmaban la necesidad de hacer una reforma agraria, proponían como ideal la propiedad familiar<sup>24</sup>.

Dado el contexto en que se discutía entonces la Reforma Agraria, esta Carta Pastoral a nuestro juicio venía a intervenir directamente en el debate que se estaba produciendo en la derecha. Los obispos hicieron sentir su gran peso moral en apoyo de aquellas personas de derecha que consideraban necesario legislar para facilitar la expropiación de los predios mal cultivados, posición que compartió la mitad de los miembros del Consejo Directivo de la SNA y que terminó por predominar en los partidos de la derecha<sup>25</sup>.

Por eso no es de extrañar que *El Diario Ilustrado*, órgano oficial del Partido Conservador, diera una muy favorable acogida a esta Carta Pastoral. En efecto,

<sup>22</sup> Cfr. David Mutchler, op. cit., pp. 258-259 y 292-293.

<sup>23</sup> Cfr. Brian Smith, op. cit.; Fernando Aliaga R., *La Iglesia en Chile. Contexto histórico*, Santiago, tercera edición, 1989; y María Antonieta Huerta y Luis Pacheco Pastene, *La Iglesia Chilena y los cambios sociopolíticos*, Santiago, 1988.

<sup>24</sup> *La Iglesia y el problema del campesinado chileno*, en *La Revista Católica*, enero-abril, 1962.

<sup>25</sup> Sobre el debate en la derecha respecto a la ley de reforma agraria propuesta por el gobierno de Jorge Alessandri en 1962, ver Robert R. Kaufman, *The Chilean Political Right and Agrarian Reform: Resistance and Moderation* (Washington, 1967).

un editorial dedicado al documento episcopal no sólo justificaba que la Iglesia se refiriera a problemas temporales, sino que también concordaba con todo el contenido de la Carta Pastoral.

El episcopado, por su parte, le agradeció públicamente a *El Diario Ilustrado* que hubiese publicado in extenso el documento, lo que a su juicio "demostraba, una vez más, su particular atención por la Jerarquía de la Iglesia e interés por los documentos que de ella emanan"; y le agradeció especialmente al director del diario el editorial con que había comentado la Carta Pastoral, señalando que "la corrección literaria, exactitud ideológica y perfecta comprensión del documento episcopal que se manifiestan en dicho editorial... merecen ser puestas de relieve y son acreedoras de una particular alabanza y gratitud"<sup>26</sup>. Así pues, ante la jerarquía eclesiástica el Partido Conservador seguía siendo un legítimo representante del catolicismo en política.

En efecto, el Partido Conservador se había adaptado a las nuevas exigencias de cambio que urgía la Iglesia adoptando una postura reformista. "El conservador debe, por definición, estar abierto al cambio y realizarlo", decía un presidente del partido; se trataba eso sí de un cambio evolutivo, por oposición al cambio revolucionario, que "supone la destrucción de lo establecido, bueno y malo" y que "corresponde como sistema dialéctico al marxismo". "Oígame bien, enfatizaba, que lo oigan los conservadores y todo el país: haremos las reformas llamadas estructurales. Haremos reforma agraria, haremos reforma tributaria, haremos reforma educacional, haremos reforma de sociedades anónimas... Las haremos, y con urgencia, como las estamos haciendo desde el Gobierno"<sup>27</sup>. De modo que para los conservadores esta postura no era pura retórica, pues habían emprendido una acción reformista desde el Ejecutivo.

Sin embargo, si bien en lo doctrinario los conservadores mantenían su legitimidad de partido católico, reconocido como tal por la jerarquía eclesiástica, la pérdida de apoyo ciudadano los fue arrinconando en posiciones defensivas. En efecto, el creciente éxito electoral de la Democracia Cristiana había sido un duro golpe para los conservadores. En las elecciones parlamentarias de 1961 el PDC llegó a ser el tercer partido del país, después del Radical y del Liberal; por primera vez su votación superaba la obtenida por el Partido Conservador. Además, los demócratacristianos triunfaban en las elecciones universitarias, sindicales y en los colegios profesionales<sup>28</sup>. Y lo que era más grave aún, militantes y dirigentes regionales comenzaban a abandonar el Partido Conservador para ir a engrosar las filas demócratacristianas<sup>29</sup>.

El partido perdía fuerza electoral y representación parlamentaria, su ju-

<sup>26</sup> Carta del Secretario General del Episcopado al Director de El Diario Ilustrado, EDI, 22-III-1962.

<sup>27</sup> Sergio Diez, presidente en ejercicio del Partido Conservador, EDI, 18-III-1962. Al mes siguiente el nuevo presidente del partido, Francisco Bulnes, reiteraba que el Partido Conservador era "esencialmente reformista", EDI, 15-IV-1962.

<sup>28</sup> Cfr. George Grayson, op. cit., pp. 337-341.

<sup>29</sup> En marzo de 1962, 18 dirigentes de Aconcagua y 4 de Valparaíso hicieron público abandono del Partido Conservador. Sus motivos eran los siguientes: el Partido Conservador había perdido

ventud no aumentaba; además, recibía ataques de un antiguo aliado: personeros del gobierno norteamericano lo acusaban de oponerse a las reformas exigidas por la Alianza para el Progreso, hostilidad que resultaba incomprensible para quienes se sentían defensores de la civilización occidental contra el comunismo<sup>30</sup>.

La seguridad de otrora cambió en autocrítica: "Es cierto que puede haber faltado contacto con el pueblo al que tan lealmente hemos servido. Es efectivo que parecemos haber perdido la capacidad de diálogo con la juventud", reconocía uno de sus presidentes<sup>31</sup>. Más aún, el Partido Conservador ya no podía pretender como lo había hecho cuatro años antes, que era el único partido auténticamente católico del país. Ahora sus pretensiones no podían sino ser más modestas: decían representar "a un vasto sector cristiano, diferente de los demás, que no podría ser interpretado por ningún otro de los partidos existentes", aunque a la vez aseguraban que, si bien no eran "la expresión única del pensamiento cristiano en política", eran "la expresión más acorde con las posibilidades de nuestro país y con la experiencia internacional"<sup>32</sup>.

De modo que los conservadores se vieron obligados a redefinir su identidad de partido católico al compartir el espacio político con otro partido de Iglesia que tenía por entonces mayor apoyo electoral que ellos. Y la redefinieron en torno a su historia, y a su práctica política.

Los conservadores estaban orgullosos de su historia partidista. A su juicio, ellos habían sido los autores y propulsores de las leyes sociales del país; más aún siendo gobierno u oposición habían construido y mantenido una democracia que sólo era comparable a las de Inglaterra y los Estados Unidos<sup>33</sup>. Y no sólo el pasado les daba motivos de orgullo, también sentían que en el presente tenían mucho que mostrar, pues desde el gobierno estaban impulsando una política socialcristiana al realizar las reformas económico-sociales que la realidad del país requería, sin destruir el sistema de propiedad privada. Por eso se identificaban con los demócratacristianos europeos<sup>34</sup>.

A los demócratacristianos chilenos les criticaban su intransigencia en la acción política, específicamente su negativa a cooperar con el gobierno de Jorge Alessandri, y su negativa a constituir con los partidos de gobierno un frente antimarxista. Objetaban también la opción de éstos por la "sustitución", la que a su juicio suponía la destrucción de lo establecido y por tanto podía

---

arraigo en el pueblo y en los jóvenes, en el gobierno tenía una posición menoscabada, y por estar todavía vinculado a intereses particulares era un partido inadecuado para realizar los cambios que el país requería. Cfr. EDI, 18-III-1962.

<sup>30</sup> Cuenta del presidente saliente, Héctor Correa Letelier, EDI, 19-II-1962.

<sup>31</sup> Respuesta del presidente del Partido Conservador, Sergio Diez, a la carta renuncia de dirigentes del partido, EDI, 18-III-1962.

<sup>32</sup> Discurso de Francisco Bulnes al ser elegido presidente del Partido Conservador, EDI, 19-III-1962.

<sup>33</sup> Sergio Diez, EDI, 18-III-1962.

<sup>34</sup> Sergio Diez, EDI, 18-III-1962; discurso de Francisco Bulnes, EDI, 19-III-1962; discurso de Héctor Correa, EDI, 19-III-1962, y Francisco Bulnes en EDI, 15-IV-1962.

identificarse con la revolución, y la primacía de lo económico social por sobre lo moral y espiritual en su definición ideológica, lo que conducía a una alianza con el marxismo<sup>35</sup>. Rechazaban también "su actitud de crítica despiadada contra todo lo que existe en Chile", por ser ésta injusta y demagógica y por hacerle el juego al marxismo revolucionario. Los conservadores tampoco aceptaban que las deficiencias económico-sociales del país fuesen achacadas "al egoísmo de una clase o de un sector"; no aceptaban que se dividiese al país entre una minoría explotadora y una mayoría explotada por parecerles falso y contrapuesto a los principios cristianos<sup>36</sup>.

Todavía los conservadores podían ser optimistas. Los problemas actuales, afirmaban, podían ser superados; sólo faltaba reorganizar el partido, modernizarlo y cambiar su estilo para poder reconquistar a la juventud y proyectarse en los sindicatos. "Nada serio nos hace temer por la suerte del partido", decía Francisco Bulnes al ser elegido presidente de la colectividad en marzo de 1962<sup>37</sup>.

Sin embargo, la Pastoral Colectiva de septiembre de ese año, *El deber social y político en la hora presente* vendría a asestar un golpe mortal al ya maltrecho Partido Conservador.

Recordemos que al marcar sus diferencias con la Democracia Cristiana los conservadores le habían criticado a ésta su opción por la revolución, la primacía en ella de lo económico-social por sobre lo moral y espiritual, su actitud de crítica despiadada contra todo lo existente, el que culparan al egoísmo de una clase por las deficiencias económico-sociales del país, la división de éste en explotadores y explotados. Y habían señalado que estas opciones no eran cristianas.

Sin embargo, la Carta Pastoral de septiembre de 1962 vino a avalar justamente las posiciones demócratacristianas que tanto criticaba el Partido Conservador en su intento de seguir disputando la primacía en el campo político. Para sorpresa de los conservadores, en esta Carta Pastoral se acentuaba una mirada económico-social para hacer una crítica despiadada a lo existente, y culpar de ello a una minoría egoísta. Los obispos hablaban de "un país gravemente afectado por la angustia y la miseria". "La miseria, la ignorancia, el desamparo y la desesperación están ante los ojos de todos", decían. En el campo, señalaban, "una parte considerable de nuestro pueblo vive allí oprimida por la miseria y en condiciones indignas"; en la ciudad había hacinamiento y cesantía; el pueblo en general padecía de subalimentación y los niños desertaban de la educación escolar en los primeros años. Además, "una décima parte de la población chilena recibe cerca de la mitad de la renta nacional, mientras los nueve décimos restantes deben subsistir con la otra mitad". Más aún, predecían que los "cálculos hechos sobre la base de la permanencia de la actual organización jurídico social nos hacen temer que el futuro variará

<sup>35</sup> Sergio Diez, EDI, 18-III-1962.

<sup>36</sup> Francisco Bulnes, presidente del Partido Conservador. EDI, 19-III-1962.

<sup>37</sup> EDI, 19-III-1962.



muy poco". De modo que el cristiano debía jugarse por la realización de reformas a las estructuras sociales; debía apoyar cambios institucionales, tales como una *auténtica* reforma agraria, la reforma de la empresa, la reforma tributaria, la reforma administrativa y otras similares<sup>38</sup>.

Así pues, las críticas de los conservadores a la Democracia Cristiana quedaban sin legitimidad. De paso también quedaba sepultada la satisfacción que pudiesen sentir por la obra del gobierno de Jorge Alessandri, del cual ellos formaban parte. La realidad social del país que presentaba el documento episcopal era demasiado negativa. Los conservadores ya no podrían volver a esgrimir una imagen de socialcristianos reformistas.

Más aún, tampoco podían los conservadores ahora ostentar títulos de un adecuado comportamiento cristiano en política por su lucha anticomunista, pues los obispos señalaron en la Carta Pastoral de septiembre que una de las causas del avance del comunismo eran "los abusos reales producidos por la economía liberal", así como "la debilidad e inoperancia de los gobiernos democráticos, la falta de una acción decidida para solucionar los graves problemas de la hora presente y la prolongación indebida de una situación injusta e intolerable". Los obispos aprovecharon de recordar a los católicos "que la Iglesia ha condenado los abusos del liberalismo capitalista". Y advirtieron que la labor de transformación social no debía "orientarse hacia un anticomunismo negativo, tendiente a la derrota y eliminación del adversario, con el fin de conservar mejor y por más tiempo el orden económico y social presente".

Por otra parte, los obispos aconsejaron a los electores que para comprometerse con las reformas estructurales debían "tener en cuenta las intenciones reales... de los partidos políticos" cuyo "cristianismo no debe juzgarse al nivel de las solas declaraciones". Y los pusieron en guardia con respecto a aquellos católicos que no seguían la enseñanza social de la Iglesia, y que deseaban mantener el actual estado de cosas, aquellos que "aparentemente fieles en el cumplimiento de sus estrictos deberes religiosos... llevan una vida en contradicción con las normas de la justicia y de la caridad cristiana".

Aunque sin nombrarlo los dardos habían sido dirigidos evidentemente en contra del Partido Conservador; y en general en contra de la derecha, ya que en la Carta Pastoral se atacaba duramente al "liberalismo capitalista". El Partido Liberal polemizó con la Iglesia defendiendo los aportes del liberalismo a la historia occidental y a Chile. El Partido Conservador en cambio no emitió ninguna declaración, pues, como explicara uno de sus dirigentes, "somos un partido confesional y que como tal no puede entrar a analizar ni discutir una Pastoral Episcopal, sino, sólo rendirle una total obediencia"<sup>39</sup>.

Pero esa total obediencia implicaba, inevitablemente, el fin del Partido Conservador.

<sup>38</sup> *El deber social y político en la hora presente*, en *La Revista Católica*, septiembre-diciembre, 1962. El destacado es nuestro para hacer resaltar el hecho de que la Reforma Agraria que la derecha había aceptado, aún en contra de sus intereses más inmediatos, era calificada en esta ocasión por la Iglesia de falsa (no auténtica).

<sup>39</sup> Declaración del diputado Gustavo Monckeberg, EDI, 28-IX-1962.

Para los católicos de derecha que no podían sentirse interpretados por la Democracia Cristiana, ahora iban quedando al parecer sólo dos caminos posibles, aunque hacia septiembre de 1962 no estuviesen ellos definidos como corrientes dentro del Partido Conservador. Uno de estos caminos implicaba abandonar las diferencias confesionales para adquirir una identidad global de derecha, fuerza que tendría el mérito de haber sido en el pasado la "columna vertebral" de la historia de Chile, y de ser en el presente la única capaz de cerrarle el paso al comunismo y de lograr el progreso, fruto de la libre empresa, dentro del orden<sup>40</sup>. El otro camino posible era el de aferrarse a una identidad católica específica, la cual, al negar el comunismo y el capitalismo liberal, se encontraba con las vertientes corporativistas. Así, para los seguidores de este camino, la tercera vía que pedían los obispos comenzaba a identificarse con la defensa de los cuerpos intermedios o "comunidades naturales" tales como "familia, municipio, ciudad, profesión", a través de los cuales el hombre se integraba al Estado<sup>41</sup>. Por este camino habrían de encontrarse con una línea de pensamiento integrista, hispanista, antiliberal y antipartidos, que hasta entonces había sido marginal en la derecha<sup>42</sup>.

De modo que cuando la jerarquía católica puso fin a su secular alianza con el Partido Conservador y, aún más, le hizo sentir su malestar, incluso frente a su misma existencia, los católicos de derecha perdieron el espacio político donde habían acostumbrado a militar de generación en generación. Los que no lograron resignarse a abandonar el carácter confesional de su militancia se encausaron hacia el corporativismo hispanista antiliberal.

### CONCLUSIONES

El Partido Conservador había nacido a mediados del siglo XIX para defender los fueros de la Iglesia frente a un Estado regalista y laicista. Durante la primera mitad de este siglo siguió siendo el partido católico por excelencia. Como ya hemos visto, la distinción institucional entre Iglesia y partido a comienzos de siglo no significó que ésta se distanciara políticamente de los conservadores, por el contrario. En la segunda postguerra el Partido Conservador era un partido electoralmente grande, bien organizado, seguro de sí mismo y de su ortodoxia. Su anticomunismo defensivo coincidía con la posición oficial de la Iglesia.

Sin embargo, la alta votación de Allende en 1958 y luego la Revolución Cubana impactaron profundamente a la jerarquía católica. Los obispos temieron, al igual que los gobernantes norteamericanos, que el anticomunismo

<sup>40</sup> Diputado Edmundo Eluchans, EDI, 19 y 24-IV-1962.

<sup>41</sup> Editorial de EDI, 15-V-1962; discurso del presidente de la Juventud Conservadora, Cristián Zegers, EDI, 15-V-1962; discurso del diputado Julio Subercaseaux en la Cámara, EDI, 15-V-1962.

<sup>42</sup> Cfr. Renato Cristi y Carlos Ruiz, "Pensamiento Conservador en Chile (1903-1974)", en *Opciones* N° 9, mayo-septiembre, 1986.

defensivo fuese ineficaz, y se jugaron por presionar a favor de reformas profundas a las estructuras socioeconómicas. El Partido Conservador chileno estuvo dispuesto a convertirse al reformismo. Al fin y al cabo era fundamentalmente un partido de Iglesia, y eso era lo que ella le pedía ahora.

Pero la Iglesia prefirió identificarse con la naciente Democracia Cristiana y romper definitivamente su tradicional alianza con el Partido Conservador. Más aún, en la Pastoral Colectiva de septiembre de 1962 los obispos advirtieron —indirectamente— que no se podía ser un buen católico y ser a la vez de derecha, pues ésta defendía intereses egoístas.

La Iglesia contribuía así muy eficazmente a poner fin a la derecha política tradicional chilena, aquélla que, expresada en los partidos Conservador y Liberal había sabido entregar su control del poder estatal y convivir con los gobiernos de centro-izquierda<sup>43</sup>.

Pero, pretender que no hubiese católicos de derecha era imposible. Éstos, entonces, o bien se sumarían a una colectividad no confesional, el Partido Nacional, o bien buscarían su espacio junto a católicos integristas y gremialistas, los que si hasta entonces habían sido marginales en la derecha, comenzarían a adquirir nuevos bríos y fuerte apoyo entre jóvenes católicos de elite y clase media.

<sup>43</sup> Cfr. Sofia Correa, "La derecha en Chile contemporáneo: la pérdida del control estatal", en *Revista de Ciencia Política*, vol. XI, N° 1, 1989.

## HAROLD BLAKEMORE, HISTORIADOR DE CHILE

*Luis Ortega*

Harold Blakemore, el historiador inglés especialista en Chile de mayor influencia en la historiografía del país, nació el 13 de junio de 1930 en Mexborough, condado de York. Hijo de una familia de mineros, su padre falleció cuando Harold era aún muy joven, a consecuencias de las secuelas del trabajo en las minas de carbón.

En el contexto de la política social desarrollada en Gran Bretaña en la post Segunda Guerra Mundial, Blakemore, quien fuera un alumno aventajado en la enseñanza secundaria, fue distinguido con una beca del Condado de York para la prosecución de estudios universitarios. Si bien su elección de la historia como objeto de estudio pareció ser una opción lógica dados sus resultados en los exámenes finales del Mexborough Grammar School y en las pruebas de admisión a la universidad (recibió tres distinciones en su bachillerato), la elección del lugar en donde realizaría sus estudios fue definitiva en el desarrollo de su futuro profesional. En efecto, su decisión de matricularse en el University College de la Universidad de Londres le llevo a encontrarse con el fundador de los estudios modernos sobre América Latina en Gran Bretaña, el profesor R.A. Humphreys. Éste habría de constituir una influencia decisiva en la carrera académica de Blakemore.

R.A. Humphreys, O.B.E., había emprendido el estudio de la historia de América Latina antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial. Ello le significó que durante el conflicto debiese prestar servicios en el MI5 (servicio de inteligencia) y que al volver a sus labores universitarias su quehacer estuviese marcado por el convencimiento que los estudios de América Latina en Gran Bretaña debían ampliarse, dada la importancia del área. Una manera en que Humphreys dio forma a su propósito, fue a través del estímulo que ofreció a los estudiantes interesados en estudiar la historia de la región. Sus esfuerzos se vieron compensados con largueza. Bajo su alero se formaron, entre muchos, John Lynch, Leslie Bethell y Harold Blakemore.

En 1951 Blakemore se graduó con honores máximos en la especialidad de Historia Moderna. Su excelente rendimiento como estudiante y las altas calificaciones que logró en sus "finals", le permitieron la obtención de la beca Derby en Historia para realizar estudios de postgrado. Siempre en University College y ahora bajo la supervisión directa del profesor Humphreys eligió, a sugerencia de éste, como país específico para sus estudios de doctorado a Chile y como tema de tesis los acontecimientos de 1891. En los años 1952 y 1953

recibió becas de la Universidad y del Institute of Historical Research. En 1955 defendió con éxito la tesis "The Chilean Revolution of 1891: a Study in the Domestic and International History of Chile". Este estudio, realizado fundamentalmente a partir de las excelentes fuentes para la historia de Chile depositadas en Gran Bretaña, le permitió realizar un análisis que le llevó mucho más allá del conflicto mismo, hacia la estructuración de una visión de conjunto acerca de la historia contemporánea del país. En ese momento comenzó a emerger el especialista que analizaría los problemas de Chile no sólo desde el punto de vista de la historia, sino también de la economía, la geografía, y la política. Blakemore siempre tuvo un reconocimiento para quienes contribuyeron a su formación y quehacer profesional; de su profesor y guía, en 1974 escribió: "Deseo reconocer específicamente aquí los nombres de aquellos a quienes más debo. Mis primeros agradecimientos son para el profesor R.A. Humphreys. Fue él quien primeramente estimuló mi interés en la historia de América Latina en general y de Chile en particular y me he beneficiado incommensurablemente de su saber, entendimiento y amistad por más de la mitad de mi vida"<sup>1</sup>.

Obtenido su doctorado, Blakemore comenzó una carrera en la administración universitaria... lejos de los estudios sobre América Latina. Es que a mediados de la década de 1950, estos estudios aún no tenían un lugar en el ámbito universitario en Gran Bretaña; entre otras razones, se vivían los años del desmantelamiento del imperio y la atención sobre cuestiones externas —más allá del marco de la OTAN y su área estratégica— estaba focalizada en África y Asia. De allí que por diez años, entre 1955 y 1965, Blakemore ocupara posiciones tales como Asistente del Director de Extra Mural Studies y miembro del cuerpo de profesores de Historia y Relaciones Internacionales en la Universidad de Sheffield y la de Secretario de Estudios en el School of Oriental and African Studies de la Universidad de Londres. Ello no fue obstáculo para que durante ese período publicara dos importantes artículos en relación a la guerra civil de 1891 en Chile: *Chilean Revolutionary Agents in Europe, 1891* (*Pacific Historical Review*, vol. XXXIII, 1964), y *The Chilean Revolution of 1891 and its Historiography* (*Hispanic American Historical Review*, vol. XLV, 1965). En este último, por primera vez entró en el fuerte debate sobre el conflicto a cuyo conocimiento tanto contribuyó a lo largo de su carrera.

A comienzos de la década de 1960 la percepción sobre América Latina en Gran Bretaña comenzó a variar sustancialmente. Razones de diverso tipo y origen explican ese cambio. Por una parte, la Revolución Cubana con su política de "exportación de la revolución" al resto del continente y su rápido alineamiento con la Unión Soviética, insertó a la región en el mapa de las tensiones internacionales en las cuales Gran Bretaña era un primer actor que, además, todavía mantenía posesiones territoriales en el área (Belize y Guyana). Por otra parte, la política de descolonización a ser completada a mediados de la

<sup>1</sup> Harold Blakemore, *British Nitrates and Chilean Politics 1886-1896*: Balmaceda & North (Londres, 1974). Prefacio, p. v.



década, obligaba a los británicos a buscar nuevos mercados, intento permanentemente frustrado en Europa por la política del Presidente francés Charles De Gaulle, la que entrañara un decidido rechazo a los intentos ingleses de incorporación a la Comunidad Económica Europea. De allí que América Latina apareciese como una zona eventualmente importante de explorar. Una manifestación expresa de ese interés fue el hoy célebre "Parry Report" de 1964 que, entre otras recomendaciones, incluía la de promover estudios sobre la región a nivel universitario.

Aquél fue el punto de partida para el desarrollo de estudios latinoamericanos en diversas universidades. A comienzos de los años 1970 ya existían centros especializados en Essex, Cambridge, Glasgow, Londres, Liverpool y Oxford. En 1966 se estableció en la Universidad de Londres el Institute of Latin American Studies, que comenzó siendo dirigido por el profesor R.A. Humphreys con Harold Blakemore en calidad de Secretario, cargo que habría de ocupar hasta el momento de su retiro en 1987.

Desde el "desorden lógico" de su oficina de 31 Tavistock Square, a partir de entonces Blakemore se convirtió en figura clave no sólo para el desarrollo de Instituto, sino también para la promoción del entendimiento global de América Latina en las islas británicas. Desde 1967 se convirtió en coeditor, con Clifford Smith, del *Journal of Latin American Studies*, la prestigiosa revista británica sobre cuestiones de América Latina. Fue asimismo impulsor de la Society of Latin American Studies, miembro del Latin American Trade Advisory Group y participó de una amplia gama de instituciones y actividades. Desarrolló, en fin, numerosas iniciativas que le dieron un lugar a los problemas latinoamericanos en un medio en el que nunca habían tenido cabida. En la consecución de este objetivo, Harold Blakemore desplegó una labor incansable y esta fue una de las razones fundamentales del éxito obtenido. Aledañamente, y dada su especialización, Blakemore se convirtió en colaborador regular de los medios de comunicación en materias relativas a América Latina y desarrolló una activa labor en la City como asesor en materias regionales de una serie de instituciones financieras y comerciales.

Hubo sin embargo un evento que coronó su dedicación a América Latina. En 1982 le correspondió a Gran Bretaña ser anfitrión y organizador del 44 Congreso Internacional de Americanistas, siendo designada la Universidad de Manchester como sede del mismo. Su realización quedó a cargo de un Comité Nacional que Harold presidió y que, entre otros, integraron Alan Angell, David Brading, John Lynch, Christopher Platt, John Fisher y Eric Hobsbawm. El Congreso, que congregó a alrededor de 1.500 personas, constituyó un éxito rotundo tanto desde el punto de vista organizacional como académico. Años más tarde, el mismo Harold Blakemore manifestaría que esa tarea y sus años como editor del *Journal of Latin American Studies*, constituían, tal vez, los mejores logros de su carrera<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Discurso de Simon Collier en el Memorial Service por Harold Blakemore en la University Church of Christ the King, Universidad de Londres, efectuado el 26 de abril de 1991.

Sin duda fueron logros importantes, pero desde el punto de vista del observador externo es asimismo justo señalar otros. En primer lugar, es dable destacar el permanente incentivo que Blakemore diera a los estudiantes, en orden a realizar estudios de postgrado sobre Chile. En efecto, él tuvo a su cargo la supervisión de numerosos estudiantes de Master of Arts y de Ph. D., lo cual se tradujo en la realización de un número significativo de importantes tesis que han pasado a constituir valiosos aportes a la historiografía chilena<sup>3</sup>. En segundo lugar, el estudio de la historia de Chile no sólo fue para él un asunto meramente profesional, sino constituyó a la vez una pasión que le llevó a comprometerse emocionalmente con el país, mucho más allá de lo que habitualmente expresan especialistas extranjeros que trabajan sobre un país lejano. La relación de Blakemore con Chile fue estrecha y le llevó a participar activamente de muchas iniciativas académicas. Así, en el área de las revistas de historia, Blakemore fue miembro del Consejo Editorial de *Historia*, la revista del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, a la vez que integrante de la Comisión Editorial Asesora de *Nueva Historia*, entre 1981 y 1989. En tercer lugar, Blakemore como ya se ha indicado, no fue un "chilenista" distante y eso se tradujo en la forma en que escribió sobre Chile. Siempre lo hizo con cariño. La mayoría de las veces analizó nuestro país en forma brillante, otras en forma errada, pero siempre con cariño. Es ésta una constante que, junto con su excelente prosa, marca su producción. No podía tal vez ser de otra manera. Nuestra percepción de Harold está basada en el conocimiento de un hombre profundamente afectivo, el que —y éste es un rasgo quizás ignorado por muchos— a menudo dedicaba horas a escribir poemas sobre la vida, el amor y la amistad.

¿Cuál era la visión de Blakemore de la historia contemporánea de Chile? No es ella fácil de resumir, pues se encuentra dispersa a través de su obra. Hay, sin embargo, elementos marcados y recurrentes en su análisis. A su juicio, dos factores habían de ser tomados en cuenta en la interpretación de nuestra historia nacional. Por una parte, la continuidad política y, por otra, la evolución relativamente pacífica del país. Ambos factores nacidos de los éxitos políticos tempranos de Chile, logros estos últimos de una clase política pragmática. Esto era lo que hacía de la evolución chilena algo tan especial a sus ojos de historiador. Tanto es así, que en el primer párrafo de su *British Nitrates*, Blakemore escribió:

De todos los estados de América Latina que habían formado parte del imperio español, Chile en el siglo XIX, gozó de una reputación única por su gobierno ordenado y paz interna<sup>4</sup>.

Diego Portales, "el virtual dictador de Chile", terminó con la inestabilidad de la postindependencia a través del "aplastamiento del militarismo y por

<sup>3</sup> Para las tesis doctorales véase Baldomero Estrada, "Tesis sobre historia de Chile realizadas en Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia" en *Nueva Historia* N° 8, 1982, pp. 251-260.

<sup>4</sup> *British*, p. 1.

medio de una severa pero necesaria política de represión aplicada mediante el ejercicio de poderes extraordinarios". Así, el Ministro creó "las condiciones de orden interno en las cuales la Constitución de 1833 pudo ser promulgada"<sup>5</sup>.

Según Blakemore, esta Constitución fue el espejo político de la estructura social del país y se ajustó perfectamente al estado cultural y económico y a las necesidades reales de la sociedad, o, de aquel segmento de la sociedad que era propietario y que tenía activos financieros superiores al monto fijado por la ley. Más aún, la Constitución consagró algunos principios que, si bien no fueron aplicados inmediatamente, a la larga pasaron a constituir parte de la cultura política nacional. Entre ellos, la igualdad ante la ley, igualdad de derecho para optar a cargos públicos, el derecho a petición y la libertad de prensa.

Tales fueron las bases de un sistema que evolucionó pacíficamente hacia grados cada vez mayores de libertad civil y política. A ello cabe agregar, los lazos de solidaridad al interior de la oligarquía y la capacidad desplegada por tal grupo para incorporar a sus filas a los nuevos sectores acaudalados llamados a activa participación en el poder, lo cual impidió que las diferencias políticas que, en algunos casos derivaron en conflictos armados, lesionaran su unidad básica. Por ello, en contraste con otros estados latinoamericanos—exceptuando Brasil— en Chile, por lo menos hasta cuando Blakemore terminó de escribir su libro, "el antagonismo político nunca fue llevado al punto del exterminio físico de los enemigos"<sup>6</sup>.

En el sistema de gobierno ordenado y en la evolución comparativamente pacífica desde 1830 en adelante, Blakemore encontró la clave para explicar que el "progreso material del país se hiciera sobre la base de la explotación de los recursos naturales, agrícolas y mineros"<sup>7</sup>.

Pero también auscultó las crisis y los traumas que afectaron a la sociedad chilena; en ese sentido, ya su tesis doctoral—base más tarde de su libro *British Nitrates*—constituyó un intento por ahondar su "conocimiento de Chile al elegir una de las épocas más apasionantes y discutidas de su historia... la administración de José Manuel Balmaceda y la tragedia personal y nacional que fue la guerra civil de 1891"<sup>8</sup>.

Su análisis del conflicto le llevó inevitablemente a incursionar más allá de 1891. Uno de sus proyectos más caros era el de trabajar la figura de Carlos Ibáñez del Campo y su gobierno entre 1927 y 1931. Algo de esa idea alcanzó a esbozar en una de las sesiones del "Chile Workshop" del Institute of Latin American Studies a fines de la década de 1970, en la que presentó un trabajo titulado "The Unknown Soldier, Carlos Ibáñez del Campo". Es más, su interés

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 1-2.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 4-5.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 7. Estas ideas están reafirmadas en su último libro: *From the Pacific to La Paz. The Antofagasta (Chili) and Bolivia Railway Company 1888-1988* (Londres, 1990), especialmente p. 10.

<sup>8</sup> "El Período Parlamentario en la historia chilena: algunos enfoques y reflexiones", ponencia presentada a las *v Jornadas de Historia de Chile, Universidad de Santiago, Chile, octubre de 1983*, mimeo, p. 2.

por el tema le llevó a desarrollar una serie de iniciativas que le permitieron recopilar una importante bibliografía, a pesquisar documentos en poder de la familia del ex Presidente y a recopilar valiosas informaciones, especialmente de la correspondencia de los diplomáticos británicos destacados en Chile, depositada en el Public Records Office.

Ese interés por Ibáñez llevó a Blakemore a explorar el período 1891-1925, es decir, la llamada República Parlamentaria. Sus trabajos más relevantes al respecto son su capítulo para la *Cambridge History of Latin America* y su ya citada ponencia a las v Jornadas de Historia de Chile de 1985. En esos estudios Blakemore completó una visión general de un período prolongado de la historia del país, 1829-1925: el Chile oligárquico.

Acercas del llamado período "parlamentario", ya en 1974 había manifestado que los historiadores lo habían "pintado... casi universalmente en forma desfavorable y mi pequeño resumen concuerda con esa opinión". Sin embargo, ya entonces advertía lo escaso de la investigación sistemática realizada, a pesar de la supuesta importancia de aquella etapa<sup>9</sup>. En 1983 fue nuevamente categórico: "era una época desaliñada... sobre todo caracterizada por la rigidez de un sistema político oligárquico que no podía adaptarse a una sociedad en transición"<sup>10</sup>.

Durante el lapso de nueve años que medió entre 1974 y 1983 y como producto de variadas circunstancias, la producción historiográfica sobre el período parlamentario aumentó significativamente, tanto en Chile como en el extranjero. Ello llevó al historiador británico a matizar ligeramente su juicio. En su opinión, las nuevas investigaciones habían hecho mucho para juzgar el período menos severamente, si bien éste no quedaba exento de una calificación de regular o mediocre, principal, aunque no exclusivamente, en lo que se refiere a cuestiones tales como la conducción y las conductas políticas. La falta de claridad en esas dos áreas, según Blakemore, fue en gran parte causal del deterioro en la calidad de la administración entre 1891 y 1925, aun cuando reconocía que "a pesar de su esterilidad en muchos aspectos, el sistema constitucional y político de aquella época dejó herencias que pusieron a Chile en condiciones para desarrollarse como una democracia competitiva, plenamente operativa y multipartidaria"<sup>11</sup>.

Sea como fuere, y aun tomando en cuenta el considerable crecimiento económico registrado en esos años, su balance final —para todo el período 1829-1925— incluyó un componente que, definitivamente, inclinaba la balanza hacia un pesado déficit. Este factor no era otro que "las agudas divisiones en la sociedad chilena durante el siglo diecinueve (que) fueron perpetuadas y aumentadas en el siglo veinte, cuando la población y la urbanización crecieron

<sup>9</sup> *British*, p. 243, nota 20.

<sup>10</sup> "El Período...", p. 7.

<sup>11</sup> "El Período...", pp. 26-27.

rápido, como resultado de la industrialización y la sociedad se hizo más compleja”<sup>12</sup>.

La respuesta oficial al nuevo fenómeno, la llamada “cuestión social”, no pudo ser elaborada a cabalidad. Ello influyó para que, ante al descontento laboral, el gobierno respondiera con una despiadada represión. Junto con reconocer que ese tipo de represión fue un fenómeno universal durante aquellos años y que tal vez en algunos episodios ha sido exagerado —lo cual no disminuye la gran magnitud de vidas sacrificadas—, Blakemore apuntó su dedo hacia una cuestión de real importancia: el trasfondo de la actitud oficial frente al problema. A su juicio, ésta

reflejó una indiferencia de las clases gobernantes hacia aquellos menos afortunados

a pesar de que las propias evidencias oficiales y estudios de personalidades públicas y del mundo académico, clamaban insistentemente por una actitud radicalmente diferente<sup>13</sup>.

A través de estos juicios, Blakemore corroboró ser un *gran* conocedor de la historia de Chile y, como buen británico, no falló en descubrir la gran contradicción de los grupos dirigentes chilenos del período. En sus propias palabras, ahí residía la

paradoja más grande del Período Parlamentario. Una clase dirigente altamente sofisticada, que en el siglo diecinueve fue capaz de absorber en sus filas a aquellos que pudieran haber desafiado su predominio... que pudo en el siglo veinte crear un sistema político singular en América Latina, que inculcó una tradición democrática en todas las clases y los partidos, no obstante no pudo reconocer que la democracia política sin un poco de democracia social y económica no es más que la forma sin el contenido<sup>14</sup>.

Ante ello, y pese a sus considerables y reconocidas virtudes constitucionales y políticas, tal clase dirigente no logró eliminar los grandes defectos del sistema. Sin duda en Harold Blakemore estaban muy desarrollados aquellos dos conceptos tan caros a los británicos: “fair play” y el “public spirit”. Según este último,

es la responsabilidad de aquellos que gobiernan reconocer los cambios inevitables en la sociedad y la economía y deben adoptar políticas para evitar el fracaso total del sistema. En último término, el Período Parlamentario en Chile no consiguió hacer esto, y las consecuencias fueron evidentes en años subsecuentes<sup>15</sup>.

Sólo en una ocasión Blakemore se refirió por escrito a sus ideas sobre el rol del historiador y sobre la historia. Y lo hizo en Chile, durante la V Jornadas de Historia de 1983. Uno de los rasgos que destacó en esa ocasión, fue el de

<sup>12</sup> “El Período...”, p. 27.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 28.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 28.

<sup>15</sup> *Ibid.*



la profesionalización de la disciplina durante la última centuria, como fruto del desarrollo de los sistemas educacionales nacionales. En la evolución de tales sistemas, uno de los supuestos teóricos de mayor gravitación reconocía en la historia un componente apropiado y pertinente en la formación de los ciudadanos: a través de ella era dable inculcar un sentido de pertenencia, de amor al país e incluso podía ser visualizada como "el medio más importante para lograr este fortalecimiento de la sociedad"<sup>16</sup>. Pero Blakemore atribuía a la historia una cualidad adicional, la de formadora. En efecto, su estudio aportaría "a los alumnos en la escuela, a los estudiantes en la universidad, y a la gente en general, ciertos hábitos mentales que son valiosos en todas situaciones; una capacidad para ordenar los hechos, arreglarlos comprensiblemente y de interpretarlos para entender por qué ocurrieron las cosas, cómo sucedieron y para darse cuenta, por lo menos en parte, cómo el presente es un producto del pasado"<sup>17</sup>.

En ese contexto arguye Blakemore, los historiadores pasaron a ocupar un nuevo sitio; hoy la gran mayoría de ellos son empleados por otros, por lo general por el Estado.

Pero disfrutan de un privilegio raro, no compartido por la mayoría de los trabajadores; están pagados para hacer lo que a ellos les gusta. Aunque los profesores universitarios de historia se quejan con frecuencia de que tienen que enseñar demasiado y que no tienen tiempo suficiente para hacer sus investigaciones, a veces podrían preguntarse ¿qué más serían capaces de hacer en la vida si no fuesen historiadores?<sup>18</sup>.

Esta última pregunta, dada la primera consideración, quizás sí deberían plantársela los investigadores y profesores universitarios de historia más a menudo; con ello, tal vez, se despejarían muchos de los obstáculos que entranaban el desarrollo más fluido de la disciplina en nuestro país.

En términos generales, Blakemore concebía el estudio de la historia como poseedor de un carácter distintivo. Este no era otro "que todos aquellos que están involucrados en ella, forman parte de un proceso continuo y debieran poder arrojar luz sobre situaciones actuales que ha producido aquel proceso". Pero en esa dimensión, los historiadores no debían ser profetas sino intérpretes. Así se hizo partícipe de la propuesta de Bloch, en el sentido de que gran parte del malentendimiento del presente es consecuencia inevitable de la ignorancia del pasado, aunque el intento de entender éste podría convertirse en un ejercicio vacío sin una comprensión adecuada del presente; en otras palabras, el talento del historiador reside realmente en entender lo vivo, no pudiendo así desentenderse del tiempo en que desarrolla su actividad. A juicio de Blakemore, el historiador tiene una responsabilidad social; la de mostrar caminos

<sup>16</sup> Ibid., pp. 3-4.

<sup>17</sup> Ibid.

<sup>18</sup> "El Periodo...", pp. 3-4.

recorridos como una posible guía para hacer frente a situaciones contingentes<sup>19</sup>.

Pero ésta sólo puede ser una guía imperfecta; en una prolongada disgresión sobre el problema, Harold escribió.

El volumen total de material que el historiador moderno tiene que manejar, el juicio que debe ejercer en la selección de sus hechos, el cuidado que debe tomar en no permitir que prejuicios personales o ideologías políticas influyan sus actitudes demasiado (no puede escaparse enteramente a tales influencias subjetivas, pero su intención debiera ser minimizarlos) y, sobre todo, la necesidad de reconocer que cualquier esfuerzo intelectual debe tener en cuenta la tolerancia de verdades contradictorias —porque el investigador jamás puede estar cierto, todos estos hechos deben ser considerados por el historiador concienzudo si desempeña su deber no sólo para su propia generación, sino también para las siguientes. Porque la historia es un proceso continuo de revisión que refleja el camino de la historia misma, aquellos que intentan usar la historia como un instrumento político de persuasión o coacción —como los Incas del Perú o como los *curacas* actuales del Kremlin— son los enemigos del pensamiento y argumento libre, que es la esencia de una sociedad democrática. Y, cualesquiera sean los peligros inherentes a un gobierno democrático —la demagogia, la ineficiencia, el desperdicio, el abismo inevitable entre la promesa y la ejecución— son preferibles a formas más arbitrarias de gobierno y sociedad donde los historiadores son servidores del Estado, no simplemente como empleados asalariados en la educación, sino como propagandistas de causas especiales. En este sentido, lo que el estudio de la historia debe representar es vital para las sociedades libres, porque significa la investigación desapasionada, la interacción de la opinión honesta, aunque sea opuesta, y la instrucción del pueblo en cómo llegaron donde están<sup>20</sup>.

Y hubo en aquella ponencia, que fue una apología del revisionismo histórico, una valiosa advertencia final acerca de cómo enfrentar ese necesario, pero a la vez delicado ejercicio. Si el historiador no puede aislarse en el estudio del pasado, del presente vivo que observa, es porque toda historia es historia contemporánea; pero por ello mismo

el historiador deber tener cuidado. Resulta demasiado fácil caer en el pecado de *hubris*, asumiendo que su opinión de lo que ocurrió es necesariamente la verdad, porque ha trabajado minuciosamente sobre ella. Y en busca de un *presente* objetivo, podría estar tentado a falsear el pasado, no inevitablemente como un acto consciente, pero como consecuencia de demasiada participación en lo que está pasando alrededor de él. Y mientras intentamos destruir antiguos mitos, debemos tener cuidado de no crear nuevos. La revisión de opiniones aceptadas desde mucho tiempo sobre un

<sup>19</sup> *Ibid.*, pp. 4-5.

<sup>20</sup> *Ibid.*, pp. 5-6.

período particular, fundamentalmente en base a nueva información y nuevas ideas, es un ejercicio excitante para el historiador; pero debe tener mucho cuidado. En busca de aquella revisión, el historiador no debe ignorar lo que puede permanecer como válido en la opinión más antigua<sup>21</sup>.

No en vano Harold Blakemore se formó en una tradición historiográfica en donde un verdadero "culto" por el documento y lo hechos, marcó a muchos de los practicantes de la disciplina con una suerte de aversión al "compromiso instrumentalizante" en su quehacer profesional. Y de allí también emergió esa búsqueda constante por acumular grandes cantidades de información empírica que apoyaran afirmaciones o propuestas que, en general, siempre se mantuvieron a no gran distancia de la forma clásica inglesa de hacer historia.

Por otro lado, esa tradición, que bien podríamos llamar la "escuela inglesa" no sólo inculcó en quienes se formaron en ella una forma determinada de "ver y hacer" historia. Legítima ésta o no desde un punto de vista historiográfico, es innegable que tal tradición creó también valores, como se citó más arriba, "la investigación honesta <y la> interacción de la opinión honesta, aunque sea opuesta". Blakemore hizo de dichos preceptos una profesión de fe. Durante sus últimos años fue criticado por su producción y también por su actitud frente al régimen militar chileno. Asimismo, conoció de desagradables episodios en que su trabajo fue *plagiado* sin que mediase un reconocimiento de la autoría de la investigación. Su inquietud gremial le llevó por muchos años a presidir la Association of University Teachers de la Universidad de Londres. En esa posición le tocó enfrentar los recortes presupuestarios de fines de los años 1970 y comienzos de 1980, que se tradujeron en el inicio de la reducción del tamaño de la institución. Sin duda una gestión poca grata.

Pero en todas esas situaciones Harold Blakemore jamás respondió en forma ofensiva a las críticas, a las acusaciones, al uso indebido de su trabajo o a la agresión a la institución a la que había servido por ya veinte años. Siempre sus respuestas, réplicas y declaraciones, fueron calmadas y ponderadas, como lo fueron sus juicios sobre el conflicto de las Malvinas, cuando los medios de comunicación en forma asidua buscaron su opinión.

Es que Harold Blakemore tenía la entereza de la gente de York, un gran sentido del humor, creía en el "fair play" —en ambos sentidos— y era, por sobre todo, un caballero. Y como tal, nunca se vio en la necesidad de ofender, ni siquiera a quienes se consideraron sus enemigos o a quienes, después de haber colaborado por años con él, terminaron tratándolo en forma menos que decorosa.

Quienes estuvimos cerca de él, sí apreciamos que, con el correr del tiempo, acuñó un dicho que repetía cada vez con mayor frecuencia: "This is absurd". Tal vez era el mundo de su últimos diez años que comenzó a parecer cada vez más "unfair" a sus ojos. Tan injusto como su muerte a los sesenta años, cuando aún tenía tanto que entregar.

<sup>21</sup> *Ibid.*, pp. 12-13.

# LA DEMOCRATIZACIÓN POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA Y LA CRISIS DE PARADIGMAS\*

*Manuel Antonio Garretón M.*

## SOBRE LA CRISIS DE LOS PARADIGMAS

Asistimos a un cambio muy profundo en el modo de analizar las sociedades y el cambio social.

En el caso de las sociedades en desarrollo, especialmente las latinoamericanas, y respetando todas las complejidades y excepciones al respecto, de lo que se trata es de la superación en un tipo de análisis que veía la sociedad como un sistema articulado en estructuras (económicas, políticas, sociales, culturales) que se determinaban según leyes universales unas a otras y donde la acción social era de algún modo la emanación de los "efectos estructurales" de tal sociedad. Se percibía a las sociedades monóticamente caracterizadas a partir de un factor determinante (éste podía ser "estructural" como en las vertientes marxistas, o "cultural" como en las vertientes parsonianas), que definía su carácter y potencialidades<sup>1</sup>. Así, las sociedades eran socialista o capitalistas, modernas o tradicionales, democráticas, autoritarias o totalitarias, según cuál fuera el factor determinante que se eligiera. El cambio social se definía polarmente como el paso de un tipo de sociedad a otra, tratándose de procesos que estaban ya diseñados en leyes que se inferían ya fuera de experiencias históricas, ya fuera del carácter determinante del factor estructural preponderante de la sociedad.

Doble determinación, entonces, para las sociedades en desarrollo. Por un lado, la de un factor o estructura sobre el conjunto de la sociedad, cuyos otros niveles o componentes aparecían como efectos o reflejos de aquéllos. Por otro lado, la de la sociedad de "llegada", que predefinía el tipo de cambio social,

\*Versión actualizada, corregida y ampliada de la ponencia presentada a la Conferencia Internacional "Political Institutions in the Third World in the Process of Adjustment and Modernization", organizada por la Fundación Alemana para el Desarrollo Internacional y el Institute of Development Studies de Sussex, en Berlín Oeste, 4 al 7 de julio de 1989. Este trabajo ha sido hecho en el marco del proyecto "Propuestas y Demandas Sociales en un Contexto de Democratización Política", que el autor dirige en FLACSO Chile.

<sup>1</sup> Solamente, para recordar, dos textos de estas visiones, L. Althusser, *Pour Marx* (François Maspero, París, 1965) y T. Parsons, *Societies* (Prentice-Hall, New Jersey, 1966). En América Latina fue extremadamente influyente la adopción del esquema parsoniano hecha por Gino Germani, en *Política y sociedad en una época de transición* (Paidós, Buenos Aires, 1963), y la divulgación del esquema marxista en M. Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico* (Siglo XXI, México, 1969).

el que si en la práctica se apartaba del modelo definido era analizado en términos de desviación o incorrección. Una tal visión de la sociedad se transforma en una visión del cambio o la historia como una sucesión de "etapas", ya sea del desarrollo, ya sea de la revolución, ya sea de la modernización.

En esta concepción, con todas sus variantes y reconociendo sus diferencias y complejidades, los actores sociales son definidos desde fuera de ellos mismos y sus interacciones fuera del contexto histórico por ellos creado. Son portadores de algún rol o misión histórica frente a los cuales tienen que adaptarse, es decir, son "agentes" más que actores, a los que alguien (el científico convertido en ideólogo o el partido) debe "leerles" o decirles su misión. No hay, en sentido estricto, acción o creación histórica por parte de los actores, sino lectura de leyes históricas generales y comportamientos adecuados o inadecuados respecto de esas leyes.

En sus vertientes más progresistas, el monolitismo de esta visión teórica se traducía en la identificación de los conceptos de "explotación", "opresión" y "alienación", todos ellos fundidos en el de "dominación" o "sistema de dominación"<sup>2</sup>. Por lo tanto, la acción colectiva principal era la lucha contra "la" dominación, lo que definía el carácter revolucionario de toda lucha social destinada al cambio de la sociedad, aun cuando las formas pudieran no ser las clásicas de un proceso revolucionario.

Tanto las llamadas teorías de la modernización como las llamadas teorías de la dependencia, compartían a mi juicio la misma matriz teórica que hemos mencionado<sup>3</sup>. Se ha insistido mucho en el carácter antagónico de ambas escuelas y no puede negarse que ellas se concibieron como mutuamente excluyentes y que el predominio de una significó normalmente en los medios académicos la eliminación o subordinación de la otra. Sin embargo, ambas compartían ciertos rasgos que se derivaban del hecho de formar parte de teorías globales de la sociedad, con fronteras tenues respecto de las visiones

<sup>2</sup> Un buen ejemplo es el clásico de H. Marcuse, *One dimensional man* (Beacon Press, Boston, 1963).

<sup>3</sup> No cabe aquí un recuento bibliográfico de estos enfoques, que tienen cada uno muchas ramificaciones y que no siempre dan cuenta de todos los enfoques sobre el desarrollo. Junto al texto clásico de Germani ya citado para el enfoque de la modernización, debe citarse el texto más importante para el enfoque de la dependencia, que es sin duda el menos criticable en las dimensiones a que nos referiremos, F.H. Cardoso y E. Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina* (Siglo XXI, México, 1969). Presentaciones y revisiones críticas de estos enfoques, pueden consultarse en R. Franco, J. Jutkowitz y A. Solari, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina* (Siglo XXI, México, 1976), J. Graciarena y R. Franco, *Formaciones sociales y estructuras de poder en América Latina* (Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1981), Klaren y Bossert, *Promise of development. Theories of change in Latin America* (Westview Press, Boulder, 1986), P. Morandé, *Cultura y modernización en América Latina* (Cuadernos del Instituto de Sociología de la Universidad Católica de Chile, Santiago, 1984), A. y S. Valenzuela, *Modernización y dependencia: perspectivas alternadas en el estudio del subdesarrollo latinoamericano* (en J. Villamil, comp., *Capitalismo transnacional y desarrollo nacional*, México, Fondo de Cultura Económica, México, 1981), F. Zapata, *Ideología y política en América Latina* (El Colegio de México, México, 1990), M.A. Garretón, *Proyecto científico y proyecto sociopolítico. Esquema para una revisión crítica de la sociología en Chile* (Revista Ensayos, Santiago, 1978).



que determinados actores sociales en conflicto entre sí se hacían de sí mismos, es decir, con fronteras tenues respecto de las ideologías.

Así, en ambos casos se trataba del paso de un tipo societal a otro y el cambio social era global y determinado por un factor, que en cualquier caso podríamos denominar genéricamente "estructural". La transición en un caso era de la sociedad tradicional a la moderna, en otro de una sociedad capitalista o semicapitalista a una de tipo socialista. Para encarar las diversas etapas de cualquiera de estas transiciones era preciso identificar los actores sociales portadores del proyecto de sociedad a la que se quería llegar (burguesía o tecnocracia, actores revolucionarios) y los obstáculos o enemigos que se oponían a este paso de un tipo de sociedad a otro.

No cabe en este trabajo hacer un recuento de todas estas teorías y mostrar tanto sus divergencias, como sus similitudes. Recordemos que la renovación del pensamiento de izquierda en el mundo y el impacto del neoliberalismo, las convulsiones que desde los ochenta podían apreciarse en el mundo comunista, las formidables transformaciones económicas que en los setenta alteraron el orden mundial<sup>4</sup>, la implantación de regímenes autoritarios de caracteres tan brutales como novedosos, las luchas que se dieron contra esos regímenes y las transiciones democráticas desde ellos<sup>5</sup>, y toda la reflexión teórica y práctica sobre estos fenómenos, contribuyeron a superar tanto estos enfoques unilaterales como sus antinomias, para buscar de manera más modesta y segura caracterizar la problemática y los procesos de estas sociedades. No es que los fenómenos a que se referían estos enfoques no existieran ni fueran elementos básicos en la explicación de los procesos latinoamericanos, sino que en cuanto enfoques totalizantes y, en definitiva, deterministas, perdieron su fuerza y validez analítica, debiendo sus elementos reintegrarse en nuevos enfoques.

Desde el énfasis, en los momentos de instalación de los regímenes autoritarios, en el análisis del Estado, pasando por los procesos de revitalización de la sociedad civil, por la descripción y análisis de actores sociales y de sus discursos, de movimientos sociales, de procesos culturales y políticos<sup>6</sup>, hasta las conceptualizaciones más afinadas en torno a estas cuestiones, se ha ido conformando en la última década una especie de respuesta a lo que se denominó la crisis de los paradigmas. Con ello se aludía especialmente a las teorías

<sup>4</sup> Ver sobre estos temas, L. Paramio, *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo* (Siglo XXI, España, 1988).

<sup>5</sup> Sobre los regímenes militares, entre otros, D. Collier, ed. *The new authoritarianism in Latin America* (Princeton University Press, 1979). Sobre las transiciones democráticas, el volumen ya clásico, editado por Ph. Schmitter, G. O'Donnell y L. Witehead, *Transitions from authoritarian rule* (John Hopkins University Press, Baltimore, 1986). Mi propia visión sobre los regímenes militares y el autoritarismo contemporáneo en América Latina, en *The Chilean political process* (Unwin and Hyman, 1989), y *The failure of the dictatorships in the Southern Cone* (TELOS N° 68, Summer, 1986), y sobre las transiciones *Problems of democracy in Latin America, on the processes of transition and consolidation* (International Journal XLIII, Summer, 1988).

<sup>6</sup> Ver una revisión e interpretación de todos estos procesos y bibliografía al respecto, en A. Touraine, *América Latina política y sociedad* (Espasa Calpe, Madrid, 1989). También J. Nun, *La rebelión del coro* (Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires, 1989).

de la modernización y la dependencia, que si bien nunca agotaron el universo analítico e interpretativo de las sociedades latinoamericanas y de los fenómenos del desarrollo y el cambio social, fueron los dominantes durante largo tiempo.

El rasgo principal de esta respuesta parece estar en el abandono de la visión monolítica y determinística de la sociedad, lo que necesariamente lleva a la ausencia de un paradigma único y a la postulación de diversas hipótesis interpretativas y de diversas vertientes teóricas que se combinan frente a cada objeto de estudio. Más que la postulación de nuevas teorías o enfoques globalizantes del desarrollo y el cambio social, pareciéramos estar frente al desarrollo de concepciones o teorías tentativas de "alcance medio", destinadas a la descripción, análisis e interpretación de procesos relativamente precisos y acotados, no para renunciar a la totalidad como se ha pretendido, sino precisamente para acercarse a ella<sup>7</sup>.

Pero esto no significa que no haya visión teórica, sólo que ésta es sobre todo un conjunto de orientaciones intelectuales destinadas a proponer una serie de conceptos que puedan ser enriquecidos en el estudio de procesos concretos. Se trata más bien de "brújulas intelectuales" que de un solo "mapa teórico" en que todo está ya localizado y definido para siempre<sup>8</sup>.

Sin perjuicio de que haya diferentes orientaciones generales de este tipo, vale la pena indicar algunos de los principios analíticos que me parecen relevantes para el estudio de procesos sociopolíticos particulares<sup>9</sup>.

En primer lugar, se trata de ir más allá de un determinismo estructural de tipo universal, en el cual las historias particulares o nacionales son la mera ilustración de leyes generales. Asimismo, de superar la visión de una correlación esencialista y abstracta, definida de una vez para siempre entre economía, política, cultura y sociedad (la idea de que a un sistema económico dado corresponde necesariamente una determinada forma política o cultural o viceversa). Ello no niega que haya determinaciones entre niveles o componentes,

<sup>7</sup> Ver sobre las teorías de alcance medio, el texto clásico de R.K. Merton, *Teoría y estructuras sociales* (Fondo de Cultura Económica, México, 1964). Usamos aquí este término sin hacernos cargo de ninguna de las connotaciones que han provocado una larga discusión epistemológica (ver P. Morandé, op. cit., pp. 36-45).

<sup>8</sup> Números especiales de la Revista Mexicana de Sociología a través de los últimos quince años, las recopilaciones de CLACSO en las revistas *Crítica* y *Utopía* y *David y Goliath* y en el trabajo colectivo editado por F. Calderón y M. Dos Santos, *¿Hacia un nuevo orden estatal en América Latina?* (CLACSO, Buenos Aires, 1988, 5 vols.), y muchos otros trabajos han ido constituyendo esta respuesta a los paradigmas anteriores, intentando rescatar los elementos válidos de ellos.

<sup>9</sup> He desarrollado algunos de los conceptos que siguen aquí y en el párrafo sobre América Latina en *Dictaduras y Democratización* (FLACSO, Santiago, 1984), *Reconstruir la Política, Transición y Consolidación democráticas en Chile* (Editorial Andante, Santiago, 1987) y en *Reconstrucción y Democracia. La doble problemática del sistema político* (en G. Martner, "Chile hacia el año 2000. Desafíos y Opciones" Tomo I. Editorial Nueva Sociedad. UNIFAR/PROFAL. Caracas, 1988), *Del autoritarismo a la democracia política. ¿Una transición a reinventar?* (Santiago, mimeo, 1991), *Política, cultura y sociedad en la construcción democrática* (Santiago, mimeo, 1991). Dejo constancia de la influencia intelectual en muchos de estos planteamientos de los trabajos de A. Touraine. Ver *Production de la société* (Editions du Seuil, Paris, 1973), *Le retour de l'acteur* (Fayard, Paris, 1984), *América latina...* op. cit.

pero se trata de un esquema flexible de determinaciones entre *modelo económico*, *modelo político*, *modelo de organización social* y *modelo cultural*. No existe una *determinación o relación universal* entre estas dimensiones, sino que tales determinaciones o relaciones son históricas y varían para cada caso nacional y para cada momento histórico.

En segundo lugar, es necesario enfatizar la autonomía de los procesos sociales respecto de su "base estructural". La tarea de las Ciencias Sociales no es hacer una "historia natural" de las estructuras sociales y sus dinámicas, sino de comprender su sentido. Y ello no puede hacerse sin introducir el concepto de actor social. Todo el problema de la sociología y la ciencia política radica en describir cómo una situación o categoría estructurales se transforman en actor y cómo los actores se constituyen e interactúan dentro de un contexto histórico e institucional que ellos mismos contribuyen a producir y reproducir. De ahí que la sociedad no se defina a partir de una estructura o de un sistema de valores, sino de la particular configuración de las relaciones en cada sociedad entre: a) Estado, b) régimen y partido políticos y c) sociedad civil o base social. Esta relación históricamente acotada permite hablar de una *matriz de constitución de los sujetos-actores sociales* propia de cada sociedad, a partir de la cual es posible el análisis de su realidad.

En tercer lugar, el sentido de las luchas y más en general de la acción social de tales actores no está dado unívocamente por la lucha contra "la" dominación. Este concepto recubre varias dimensiones, como son la explotación, la alienación, la opresión, las que no necesariamente coinciden en los mismos actores y procesos. Ellas dan origen a diversos conflictos y luchas y movimientos sociales y, por lo tanto, a diversas finalidades de tales luchas, así como a diversos principios utópicos. El sistema de dominación de una sociedad —mejor sería hablar de los sistemas de dominación— es una dominación de diversos ejes o sistemas de acción y no el reflejo de uno solo de ellos, aun cuando pueda haber uno o más dominantes. En cada eje o sistema de dominación en una sociedad concreta hay un enfrentamiento en torno a los principios e instrumentos que definen su orientación y destino. De modo que no hay un solo sujeto de la acción histórica, sino varios, aun cuando en momentos de condensación de la problemática histórica de la sociedad en uno de los principios o eje de dominación, pueda haber un actor-sujeto privilegiado, pero lo será siempre en términos restringidos a esa lucha o conflicto preciso. Desaparece en esta orientación la utopía como arquitectura de un tipo de sociedad en la que termina la historia (sociedad moderna, o democrática o socialista)<sup>10</sup>, para dar paso a utopías parciales que apuntan a la realización provisoria sólo de algunos de los principios que definen una sociedad. No hay sociedad ideal a la vuelta de la esquina, hay siempre lucha y proceso.

<sup>10</sup> Tal es la versión histórica, profundamente ideológica y errada, que divulgara tan ampliamente F. Fukuyama, *¿El fin de la historia?* (El Gallo Ilustrado 1453, Semanario de El Día, México, abril, 1990).

En cuarto lugar, el modelo o sistema político de una sociedad, al que nos referiremos a lo largo de este trabajo, está compuesto por el *Estado*, las relaciones institucionales entre Estado y Sociedad, es decir, el *régimen*, los *actores-sujetos* que intervienen en lo político a nombre de proyectos sociales que apuntan a la *problemática histórica* de cada sociedad, y la *cultura política* o estilo particular de relaciones entre estos elementos.

El régimen político es la articulación o intermediación institucional de la relación entre Estado y sociedad que resuelve dos problemas de la sociedad; cómo ella se gobierna y cómo se relaciona la gente con el Estado (el problema de la ciudadanía).

La *democracia* es un tipo de régimen político que resuelve de determinada manera los dos problemas señalados para todo régimen. Por un lado, a través de principios como el Estado de Derecho, derechos humanos y libertades públicas, división de poderes, soberanía popular. Por otro, a través de mecanismos como el voto universal, el pluripartidismo, la alternancia en el poder, etc. Así, la democracia no es un tipo de sociedad, sino sólo un régimen que no obedece a ninguna ley de la historia o necesidad ineludible, sino a la voluntad de los actores sociales, siendo por lo tanto un acto de creación histórica. La relación entre el régimen político y los otros componentes de la sociedad es materia de análisis empírico y no hay una relación de necesidad esencial entre ellos.

El estudio de los regímenes políticos y de los cambios de regímenes, especialmente cuando se trata de transiciones y de recuperaciones de un régimen históricamente conocido, y no de revoluciones, puede hacerse con cierta autonomía del análisis de las dimensiones de transformación social, propias de las fundaciones de regímenes, quedando tales transformaciones como dimensiones hipotéticas de la estabilidad democrática a ser examinadas para cada caso histórico.

La perspectiva indicada hace recaer el peso del análisis en los actores, su constitución e interacción, y los procesos sociopolíticos son vistos como creaciones históricas de esos actores y no como resultantes ineluctables de factores o fenómenos estructurales de los que los actores son simples portadores o reproductores. Por ello, no hay "un" paradigma alternativo a los vigentes en las décadas anteriores, sino marcos analíticos y conceptuales abiertos.

#### LA DEMOCRATIZACIÓN POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA

En el caso de América Latina, las transformaciones del sistema económico mundial, el surgimiento y consolidación de nuevos polos de crecimiento e influencia, la importancia crucial de la información, comunicación, innovación y creatividad en el desarrollo de la sociedad contemporánea, el derrumbe de los llamados socialismos reales, etc., nos obligan a ver de modo muy distinto la realidad de este continente. Un diagnóstico basado en las características de la "fase actual del capitalismo", como se acostumbraba hasta tiempo reciente,



es totalmente insuficiente. Tampoco basta el análisis culturalista y ahistórico de la "identidad latinoamericana"<sup>11</sup>. No cabe volver a los proyectos históricos omnicomprendidos y globales ya sea basados únicamente en la superación del capitalismo (socialismo), ya sea basados sólo en la realización de nuestra identidad definida esencialmente. Es dentro del marco de regímenes democráticos que los diversos actores y sujetos históricos se plantean proyectos que buscan superar las contradicciones más urgentes definidas histórica y concretamente para cada sociedad.

Intentaremos algunas proposiciones analíticas para estos países, que resultan de una aplicación histórica de los conceptos enunciados esquemáticamente hasta aquí. Tales proposiciones serán también tentativas.

La matriz constitutiva de los actores sociales y sus interacciones, es decir, la matriz de relación entre Estado, sistema o actores políticos (partidos) y sociedad civil (base social), se caracterizó en la mayor parte de este siglo por una suerte de *fusión* entre estos tres elementos, ya fuera como imbricación entre algunos de ellos, ya fuera subordinando uno a otros, ya fuera suprimiendo algunos.

El populismo, definido por esta fusión de las dimensiones en un actor colectivo como partido o militares, o en el Estado, o en un líder personal, constituyó la matriz clásica de la acción colectiva y política, de la cual hubo variaciones en diversos países y antes la cual se conformaron diversas alternativas como el corporativismo, clasismo, basismo, guerrillerismo, etc., desde "abajo", o militarismo, tecnocratismo, etc., desde "arriba".

Los regímenes militares y autoritarismos de los sesenta y setenta que asolaron diversos países, especialmente los del Cono Sur, se plantearon como tarea no sólo reemplazar un régimen, sino eliminar la vieja matriz de la relación Estado-partidos-sociedad y reemplazarla, a través del control y la represión, por una nueva en que el Estado, la política y la acción colectiva serían sustituidos por el mercado y el cálculo tecnocrático, complementados en el futuro por la transacción corporativa<sup>12</sup>.

El término de los regímenes autoritarios ha dado origen a procesos de transición hacia democracias políticas. Tal como los regímenes militares implicaron un intento de ruptura con la matriz histórica de la acción política, estas transiciones, parecen recubrir también un cambio, aún en germen y confundido con otros procesos y resabios del pasado, en la matriz clásica o histórica, en el sentido ahora inverso de triple reforzamiento del Estado, el sistema partidario y los actores sociales o sociedad civil. En vez de diversas formas de fusión, pasaríamos a una matriz de autonomía y tensión complementaria entre estos elementos. La modernidad de estos países podría definirse a través del modo con que cada uno realiza su propio reforzamiento de estos

<sup>11</sup> Un ejemplo reciente, P. Morandé, *Identidad cultural de América Latina* (Artes y Letras, El Mercurio, Santiago, 14 de octubre 1990).

<sup>12</sup> Ver Collier, ed. op. cit.



elementos<sup>13</sup>. De modo que los cambios de regímenes y las consolidaciones de nuevos regímenes democráticos estarían asociados a un cambio en la política misma y en el sentido que a ella le otorgan los diversos actores sociales, entendiendo la política como el vínculo fuerte entre estos tres elementos también fuertes.

A su vez, esta transformación de la matriz de constitución de actores sociales está ligada a la realización de tres tareas históricas no completadas hasta ahora.

En primer lugar, y variando según los casos de transiciones desde regímenes autoritarios o de democratizaciones de regímenes semiautoritarios o protodemocráticos, se han instalado regímenes democráticos sin que se hayan completado los procesos de democratización política. Ello en lo que se refiere, por un lado, a superar las herencias institucionales del autoritarismo, asegurar el control civil de los militares, resolver la cuestión de los derechos humanos, y, por otro lado, a hacer regímenes realmente efectivos y no irrelevantes, extendiendo o generando los cauces de participación masiva especialmente para sectores postergados como las masas marginales, los grupos étnicos, las mujeres y los jóvenes.

Completar la democratización política en estos países y asegurar la consolidación de estas democracias políticas es la primera tarea planteada. Esta consolidación democrática, paralela a las tareas de completar la transición desde un régimen autoritario, no puede hacerse sin una reconstrucción del Estado y de su papel dirigente en el desarrollo, contra todos los mitos que buscan hoy su desarticulación, privatización o desaparición. Pero reconstruir y fortalecer el Estado exige, al mismo tiempo, reforzar la sociedad civil, la autonomía y capacidad de expresión y participación de los actores sociales y su articulación con un sistema fuerte de partidos que cumplan su papel insustituible de representación.

Pero ni la reconstrucción del Estado, ni el fortalecimiento de la sociedad civil ni la construcción o reconstrucción de un sistema partidario fuerte, pueden asegurarse democráticamente en países que mantienen indefinidamente en niveles de subsistencia o inferiores a ellos a la mitad o más de su población. La democratización política, y ahí está la autonomía de los diversos niveles de la acción colectiva, puede mantenerse si hay *deseabilidad democrática*<sup>14</sup>, incluso en condiciones materiales negativas, pero es indudable que la deseabilidad democrática desaparece para muchos transformándose o en irrelevancia o en indeseabilidad, si no hay democratización social.

En Segundo lugar, los países de América Latina, se acercan a su modernidad sin haber completado sus propios procesos de modernización<sup>15</sup>. La

<sup>13</sup> Sobre la originalidad de la modernidad para cada sociedad particular, O. Paz, *La búsqueda del presente* (Vuelta, Año xv, México, enero, 1991).

<sup>14</sup> He desarrollado este término y el que viene más adelante de los enclaves autoritarios, en *La posibilidad democrática en Chile* (FLACSO, 1989).

<sup>15</sup> Sobre el debate en torno a modernización y modernidad en América Latina, ver FLACSO, *Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada postmoderna* (FLACSO, Buenos Aires, 1988).

pertenencia simultánea al mundo desarrollado y al tercer mundo es vivida dramáticamente, especialmente a través de los medios de comunicación y las expresiones culturales, por lo jóvenes y por la población marginada.

En estos países se hacen presente simultáneamente los problemas de explotación, opresión y alienación, sin que la solución de uno implique la solución del otro. Las luchas sociales de este siglo estuvieron marcadas por el sello antiexplotador, antirrepresivo o antiopresivo y antidominación extranjera. A los principios respectivos que informaron estas luchas, igualdad, libertad, independencia nacional, se agrega hoy sin reemplazarlos, la lucha contra la alienación informada por el principio, aún no totalmente definido, de la felicidad.

La necesidad de ser y autorrealizarse, de pertenecer, de superar la soledad y el aburrimiento, de expresarse y de crear, junto a los grandes problemas no resueltos en otras épocas, como son la miseria, el hambre, la satisfacción de un mínimo de necesidades materiales para grandes sectores, se dan en una combinación sincrética de individualismo occidental y pertenencia al nosotros colectivo y la comunidad. Tales problemas deben enfrentarse en conjunto y no por etapas como lo pudieron hacer las sociedades desarrolladas. Para ello no hay ni un modelo de sociedad que pueda ofrecerse como solución, ni tampoco un modelo de acción colectiva para enfrentarlos, en la medida que los parámetros clásicos de la acción colectiva o política quedan cuestionados por el surgimiento de este nuevo principio de lucha y acción, que lleva a masas, sobre todo jóvenes, a cuestionar las formas tradicionales de organización y representación.

Ello nos lleva al tercer aspecto o tarea a enfrentar. Porque completar la democratización, consolidar la democracia política y democratizar la modernización completándola, no puede hacerse recurriendo a los modelos de desarrollo que hemos conocido hasta ahora, ni imitando otras sociedades, ni tampoco con la ilusión de que la expansión del mercado por sí sola y en todos los ámbitos resolverá los problemas automáticamente. Mientras se reestructura Europa, se generan y consolidan nuevos polos civilizatorios, América Latina no define aún su modo de inserción autónoma en este mundo transformado. Se trata de redefinir un modelo de desarrollo y hacerlo en conjunto y unificadamente para la región<sup>16</sup>.

Los planteamientos anteriores corren el riesgo de confundir el análisis con una propuesta programática y distorsionar ideológicamente el estudio de los procesos sociales reales en estos países. Sin embargo, pareciera que este análisis de tendencias a partir de desafíos y tareas, compartidas o en debate por parte de los actores sociales y políticos, permite discernir con mayor claridad el contexto en que se dan los procesos políticos que su enmarcamiento dentro

<sup>16</sup> Ver la propuesta de CEPAL, *Transformación productiva con equidad. La tarea prioritaria del desarrollo de América Latina y el Caribe en los años 90* (CEPAL, Santiago, 1990).

de esquemas estructurales y finalistas como los que primaron en décadas anteriores. Ello en la medida que no queda predeterminado el modo cómo la sociedad enfrenta y resuelve los problemas ni cuáles son los actores que en cada caso serán los encargados de llevar a cabo estas tareas.

En todo caso, desde el punto de vista de los actores, la envergadura de estos desafíos obliga a mirar más allá de clases constituidas estructuralmente o a partir de un solo eje o dimensión de la dominación. Se trata de desafíos nacionales que mueven a toda la sociedad y donde el análisis no puede reducirse ni a los puros consensos ni a los puros antagonismos ni sólo a algunos actores que se privilegian en virtud de alguna teoría preestablecida.

Todo lo anterior pone de manifiesto la centralidad del problema del régimen político, es decir, de las instituciones que aseguran el modo cómo una sociedad toma decisiones y se gobierna y cómo resuelve el problema de la ciudadanía. Precisamente las décadas de régimen militar asociado a violenta represión y profundas transformaciones de la sociedad, replantearon un tema que en la tradición teórica y práctica de nuestro continente aparecía siempre subordinado a los temas del desarrollo y la revolución o el cambio social global. Frente a ellos, la democracia como régimen político, aunque defina la *problemática histórica* de estas sociedades en un momento, aparece sólo como utopía parcial y no como proyecto global de sociedad, es decir, no agota todas las esferas de la vida y la acción sociales. La existencia de este tipo de proyectos parciales o que atacan un sólo problema o ámbito de la sociedad sin pretender la solución de todos ellos es, sin duda, una mutación cultural.

Pero aunque la democracia aparece como el ideal de régimen político, lo que implica el abandono de la revolución como método político ideal y su reemplazo por la construcción de mayorías políticas, y aunque vivamos un tiempo de desabilidad y legitimidad democráticas no subordinadas a tal o cual proyecto histórico particular de algún sector, no puede olvidarse que en estos países el ideal o imaginario democrático siempre ha incluido el tema de la *democratización social* como su principio ético (superación de las desigualdades, inclusión de sectores marginados, integración y participación sociales). Y hemos indicado que en la crítica a los paradigmas de análisis de las décadas anteriores está inscrita la reivindicación del sentido que los actores le otorgan a su acción y contexto. De modo que sin perder su especificidad, como objeto analítico y de la práctica colectiva, el tema de la democracia obliga a preguntarse por las condiciones históricas y sociales de su viabilidad, aunque siempre rebasando la hipótesis de factores estructurales determinantes y transformando esa pregunta en el interrogante por los actores sociales y su interacción con el contexto histórico del que son inseparables.

En el estudio de la democratización política en términos amplios, entendida como el proceso de creación, ampliación o profundización del régimen político democrático, pueden distinguirse diversos tipos. Por un lado, están las *fundaciones democráticas*, que se refieren a la creación del primer régimen democrático en la historia de un país, las que sí tienden a adquirir un carácter más revolucionario, es decir de coincidencia de cambio de régimen con la creación de

un nuevo orden social<sup>17</sup>. Por otro, las *transiciones*, que son paso de un régimen autoritario moderno a un régimen democrático, normalmente en la forma de recuperaciones de una democracia perdida<sup>18</sup>. En tercer lugar, las *aperturas* o *profundizaciones democráticas*, que se diferencian de las transiciones en cuanto su punto de partida es más difuso ya que se trata de un régimen semiautoritario o protodemocrático<sup>19</sup>. En cada uno de estos tipos de democratización política hay, además, dos otros procesos consecutivos una vez que se alcanza un núcleo básico de instituciones democráticas, que son la *inauguración* o *instalación* del nuevo régimen y gobierno, momento menos claro en las profundizaciones o aperturas desde regímenes semiautoritarios, y la *consolidación* del nuevo régimen. En lo que sigue nos referiremos sobre todo, a las transiciones y consolidaciones democráticas.

Las democratizaciones políticas así entendidas no aseguran la efectividad del régimen democrático, el que puede ser irrelevante en una sociedad en la medida en que la ciudadanía no se respete y las decisiones se tomen fuera del régimen por sectores no elegidos democráticamente, aunque no haya otro régimen formalmente establecido<sup>20</sup>. Por otro lado, las democracias políticas que conocemos bajo la forma de *representación* o *delegación* resuelven bien el cómo y el quién gobierna, no así el *qué* o *contenido* de lo que se gobierna, lo que plantea la discusión sobre la expansión de espacios de democracia directa, tan difícil en sociedades complejas.

Las transiciones desde regímenes militares o autoritarios a regímenes democráticos se hacen, como hemos dicho, generalmente fuera del modelo revolucionario, sin ruptura institucional y dentro de los marcos del régimen autoritario, precisamente para cambiar tales marcos. Ellas comportan complejos procesos de descomposición y aislamiento del núcleo autoritario en el poder, de movilizaciones sociales políticamente orientadas hacia una fórmula institucional de cambio de régimen, de negociaciones entre régimen y oposición en torno a los plazos y el establecimiento de instituciones democráticas, especialmente elecciones, y de mediación de actores e instituciones por encima de régimen y oposición. Generalmente, las transiciones son incompletas y dejan como presencia del régimen autoritario en el nuevo régimen democrático *enclaves autoritarios* de tipo institucional, ético-simbólicos (problemas de derechos humanos) y actores no democráticos.

Superar estos enclaves completando el proceso de transición es la tarea inmediata de los primeros gobiernos democráticos. Hay, sin duda, interrelación entre los diversos enclaves autoritarios. Lo que obliga a que toda estrategia de superación los enfrente a la vez en su especificidad y como conjunto global-

<sup>17</sup> Es este tipo de procesos los que analizan autores como Barrington Moore, *Social origins of democracy and dictatorship* (Yale University Press, 1966) y D. Rustow, *Transitions to democracy. Towards a dynamic model* (Comparative Politics, 2, 1970).

<sup>18</sup> Ver Nota 5.

<sup>19</sup> Este podría ser el proceso que vive actualmente México.

<sup>20</sup> La situación de algunos países centroamericanos ilustra esta afirmación.

mente, combinando las prioridades, énfasis y concesiones que se hacen en cada uno de ellos. Si se acepta que uno de ellos es prioritario o más urgente para avanzar en la democratización, ello debe compatibilizarse con lo que se haga en los otros, teniendo presente que no pueden eliminarse todos de conjunto, pero que están íntimamente relacionados entre ellos.

Pero en las transiciones democráticas no se resuelven, como hemos dicho, otros problemas de la sociedad, como el de su modernización, redefinición de su modelo de desarrollo e inserción internacional y democratización social. Estas tareas aparecen como la hipótesis de consolidación del régimen democrático, sin que ello signifique reducir la viabilidad democrática a procesos estructurales, sino por la mediación de los actores, cuya deseabilidad democrática puede debilitarse o fortalecerse según el curso de estos procesos. En la resolución de estas tareas que contribuyen a la consolidación democrática, un factor que aparece especialmente relevante es el que hemos definido como la reconstitución de la matriz de relación entre Estado, sistema de partidos y sociedad civil o actores sociales, en el sentido de reforzamiento autónomo de cada uno de estos elementos y de tensión complementaria entre ellos. El inicio de los procesos de consolidación, a través de las tareas mencionadas, constituye la segunda gran tarea de los primeros gobiernos democráticos.

Pero también hay una relación entre las tareas de completar la transición y las de profundizar la democratización social y la modernización, es decir, de asegurar la consolidación democrática<sup>21</sup>. La postergación de las primeras o su empantanamiento, en la medida que dificultan la realización de las segundas, tienen un impacto simbólico y expresivo en la gente y sectores más postergados, y también en los núcleos más activos y militantes de apoyo al régimen. En la gente, esto puede transformarse en apatía, frustración, anomia, desilusión o desgano, y erosión de la fe y deseabilidad democráticas, lo que puede también llevar a refugios corporativistas o mesiánicos. En los sectores activos, esto puede transformarse, además, en crítica ideológica al gobierno y al régimen, en abandono del gobierno o paso a la oposición, en involuciones comunitaristas o nostalgias de la política heroica, en radicalizaciones ideológico-políticas, etc. Todo lo anterior no sólo por una cierta ceguera o sobre dimensionamiento de lo que es un régimen político al que se le piden cosas que éste no puede dar dada su naturaleza, sino también por un fenómeno más profundo. En efecto, debajo de estos procesos de transición o redemocratización política, hemos indicado que se está produciendo una profunda mutación de la matriz política, del significado de la política que se vivió por décadas y bajo diversos regímenes. Muchos de los elementos de la transición y de la superación de enclaves autoritarios tienen que ver, por su propia naturaleza, con aspectos cupulares, profesionales, elitarios y tradicionales que corresponden a la matriz clásica de la política y no dan cuenta de estos fenómenos nuevos de la cultura política. En ésta se mezclan la búsqueda de participación y resolución de los

<sup>21</sup>M.A. Garretón, *Transición. Asimilar la profunda experiencia* (Convergencia, N° 19/20, Santiago, febrero-marzo, 1991) y *Política, cultura...* op. cit.



problemas individuales y colectivos por parte de los propios actores, la reformulación del papel de Estado, el cuestionamiento de las formas tradicionales de representación, la ausencia de marcos ideológicos globales, la necesidad de pertenencia combinada con el individualismo, la presencia de utopías parciales y concretas ajenas a la utopía mesiánica y globalizante, etc. Se terminó el tiempo de la política heroica y la política tradicional o profesional no expresa la nueva cultura política en ciernes. Como sustitutos espurios aparecen el tecnocratismo, el sectarismo fundamentalista, el corporatismo, la evasión individualista. En la medida que la superación de los enclaves autoritarios se empantana o prolonga, con lo que ello implica de prolongación de la matriz tradicional de la política como única expresión de la vida política, la acción colectiva se resiente y se retardan los procesos de democratización social y modernización, lo que afecta la consolidación democrática.

#### NOTAS SOBRE EL CASO CHILENO

No corresponde aquí un análisis exhaustivo del caso chileno, sino sólo el replanteamiento de algunas ideas fundamentales que retoman para un caso particular algunos de los temas desarrollados en términos generales<sup>22</sup>. Nos referiremos sólo al marco general de la problemática histórica, sin entrar a un análisis detallado de actores y procesos específicos.

La crisis del régimen democrático chileno, que se mantuvo estable por varias décadas hasta 1973, no puede atribuirse ni a un factor estructural ni a un factor nacional y extranjero, puramente conspirativo, aunque ambos estuvieran presentes. Hay en esta crisis y en el derrumbe del régimen democrático debido al golpe de Estado que instauró un régimen militar de larga duración, factores de largo plazo combinados con algunos de tipo coyuntural. Lo que se exagera en la década del sesenta es la incapacidad de los actores políticos progresistas de centro e izquierda de construir una alianza social y política que fuera capaz de realizar las tareas de modernización y democratización pendientes, dentro de los marcos democráticos. La ausencia de un proyecto mayoritario de cambio social democrático, sustituido por proyectos ideológicos del centro y la izquierda, que intentaban cambios radicales sin la mayoría sociopolítica e institucional para ello, radicalizó autoritariamente a los actores conservadores. En un clima de polarización y desinstitucionalización creciente, éstos apelaron a los sectores medios traumatizados y al actor militar autonomizado del control político y civil, para movilizarlos con el fin de terminar con un proceso de cambios que sentían como amenazador para su sobrevivencia.

Más allá del derrumbe democrático y sus causas, ¿qué factores pueden explicar la duración del régimen militar y el retardo de una transición hasta 1988, cuando ésta se desencadena con el triunfo de la oposición a la dictadura de Pinochet en el plebiscito convocado por éste?

<sup>22</sup>Se exponen aquí esquemáticamente ideas desarrolladas en algunos de mis trabajos citados.

En términos esquemáticos, ello puede explicarse por los siguientes factores.

En primer lugar, la naturaleza del régimen instalado después del golpe militar de 1973. Por un lado, se combinan en él los rasgos de dictadura personal y régimen militar. Por otro lado, este régimen asume un proyecto transformador con enorme peso represivo, dislocando las relaciones entre política y sociedad. Además, se trata de un régimen que cuenta con una institucionalización previa a su crisis para pasar de un régimen militar a un régimen autoritario (Constitución de 1980), lo que evidencia la ausencia de una "transición desde arriba". Por último, presenta una muy lenta y desigual erosión del bloque civil de apoyo.

En segundo lugar, la incapacidad de la oposición de desencadenar una "transición desde abajo". Ello, debido a que en el momento de irrupción en la escena pública (1983, con el movimiento de Protestas), la fuerza social del descontento no se transformó en fuerza política unificada capaz de proponer una solución institucional de salida o término del régimen, primando los problemas de identidades ideológicas y orgánicas y las mutuas exclusiones, a través de la formación de bloques ideológicos.

En tercer lugar, las transformaciones institucionales y estructurales de la sociedad. Ellas fueron en el sentido de favorecer la atomización, la fragmentación, la reducción de los espacios de constitución de actores sociales y la desarticulación de la "columna vertebral" de la sociedad chilena, cual era la imbricación entre el liderazgo partidario y el liderazgo social.

En relación al proceso de transición mismo, nuestra hipótesis es que a partir del Plebiscito de octubre de 1988, convocado por la Constitución de 1980 para asegurar el paso de un régimen militar a un régimen autoritario y hacer coincidir este paso con la mantención de Pinochet en el poder, se abrieron dinámicas de transición inéditas.

Ello porque por primera vez se planteó un escenario de enfrentamiento político institucional entre régimen y oposición, con todas las limitaciones y arbitrariedades del caso, en torno a la cuestión sucesorial del régimen, talón de Aquiles de todas estas dictaduras. Asimismo, por primera vez toda la oposición apareció unida en torno a una misma táctica de enfrentamiento al régimen, cual era la de derrotarlo en el Plebiscito, con lo que se siguió el camino de todas las transiciones. Al triunfar en el Plebiscito la Oposición, se planteó también por primera vez la posibilidad de disociar la doble legitimidad de Pinochet en las Fuerzas Armadas, la jerárquico-institucional y la político-constitucional. Todo ello hacía muy difícil el éxito de un intento de nuevo golpe por parte de Pinochet, dadas las muy diferentes condiciones nacionales e internacionales respecto de 1973.

La derrota política del régimen en el Plebiscito del 5 de octubre de 1988, en que la mayoría de la población votó contra la mantención de Pinochet y su régimen por otros ocho años más, llevó a un doble movimiento de retiro gradual de las Fuerzas Armadas del poder político, aunque manteniendo su *poder de presión corporativa* y su influencia política, y de desgajamiento de un sector civil que apoyaba al régimen. Este sector civil pasó a buscar un papel

como derecha política en el futuro régimen democrático. Para ello, aceptó un acuerdo con la Concertación de partidos opositores que flexibilizara el marco constitucional a través de una reforma plebiscitada, lo que no pudo sino ser aceptado por el gobierno militar.

Por su parte, la Oposición tenía que enfrentar dos tareas. Por un lado, buscar un nuevo marco institucional que desmontara el sistema implantado por Pinochet y, por otro, asegurar un gobierno democrático mayoritario que completara la transición a partir de las elecciones presidenciales y parlamentarias consagradas por la Constitución, en el caso de que Pinochet perdiera el Plebiscito, y empezara la tarea de consolidación vía la democratización global. Ello suponía los acuerdos constitucionales con la Derecha, forma indirecta de negociación con los militares, a los que hemos aludido. Pero, sobre todo, significaba transformar la coalición victoriosa del Plebiscito en coalición de gobierno con candidato presidencial único, programa consensual y pacto electoral parlamentario. Para ello, era necesario transformar en aliados de largo plazo a las dos fuerzas sociales y políticas cuya ruptura en el pasado había llevado al colapso democrático, las clases medias y los sectores populares, es decir, políticamente, el Centro, la Democracia Cristiana, y los partidos de Izquierda, especialmente los socialistas, pero obligando al acuerdo implícito del Partido Comunista. Así, pudo llegarse a las elecciones presidenciales y parlamentarias de diciembre de 1989 en una posición triunfadora, que evitara el "síndrome coreano" de división de la Oposición, e inaugurar la democracia política en marzo de 1990.

El 11 de marzo de 1990 terminó el proceso de transición desde un régimen militar a un régimen democrático, iniciado el 5 de octubre de 1988 con la derrota de Pinochet en el Plebiscito. Sin embargo, la inauguración del nuevo régimen y del primer gobierno democráticos se hacían después de una transición incompleta. Ello planteaba como los grandes desafíos para este primer gobierno democrático el completar la transición e iniciar la tarea de consolidación democrática.

Completar la transición significaba superar las herencias o enclaves autoritarios, es decir, eliminar los residuos institucionales que dejaba el régimen anterior y que perpetuaban rasgos autoritarios dentro del régimen democrático (elementos de la Constitución, leyes orgánicas, legislación laboral y otras), neutralizar los actores no democráticos (núcleos del pinochetismo y de la derecha autoritaria) y resolver el problema de los Derechos Humanos heredado. Sin ello, la democracia política no estaría definitivamente refundada, sería distorsionada y débil, no cumpliendo sus funciones de auténtico régimen político, y quedaría a merced de posibles regresiones autoritarias.

Iniciar la tarea de consolidación democrática, simultáneamente con completar la transición superando los enclaves autoritarios, implicaba para el caso chileno profundizar la democratización social (superación de desigualdades, integración de sectores marginados, canalización de demandas juveniles) y la modernización del país, eliminando los rasgos perversos y desarticuladores dejados por las modernizaciones bajo el régimen militar.

Para el enfrentamiento de este doble desafío, Chile presentaba dos ventajas en relación a experiencias similares.

Por un lado, no se estaba en medio de una crisis económica aguda que obligara a gastar toda la energía del nuevo régimen y gobierno en resolver los equilibrios relativos a inflación, balanza de pagos, etc. Esto priorizaba necesariamente las tareas políticas y de reforma institucional a que nos hemos referido.

Por otro lado, por primera vez en estos procesos, y también en la historia de las últimas décadas de este país, el primer gobierno democrático era un gobierno mayoritario, social, política y electoralmente, aunque no institucionalmente debido a algunos de los enclaves mencionados (senadores designados, por ejemplo). Se trataba de una coalición cuyos ejes eran el Centro, fundamentalmente la Democracia Cristiana, y la Izquierda, fundamentalmente Socialistas y Partido por la Democracia. Esta coalición mayoritaria de gobierno evitaba el drama de las democratizaciones políticas en que unos administran la transición y otros las demandas sociales, pasándose mutuamente la cuenta y generando gobiernos minoritarios y peligrosas desestabilizaciones.

Ambas ventajas del proceso chileno se enfrentaban a los obstáculos provenientes de los enclaves autoritarios, todo lo cual planteaba como prioridad la estrategia de superación de éstos y, más precisamente, la estrategia de convertir la mayoría social, política y electoral en mayoría institucional que pudiera gobernar efectivamente en el clima de inmensa legitimidad democrática con el que se inauguraban régimen y gobierno. Porque en situaciones como la chilena, donde hay una mayoría social, política y electoral, la viga maestra de una estrategia de superación de estos enclaves es la transformación de esta mayoría en capacidad de gobierno, es decir, la reforma institucional o política, sin la cual el gobierno no tiene los instrumentos para gobernar ni para superar los otros enclaves ni para enfrentar las tareas de consolidación.

Existía para ello, además, lo que se ha llamado el período del estado de gracia, en el que el gobierno tiene todo a su favor para hacer efectiva su legitimidad. A esto debe agregarse que la división de la derecha entre un sector democrático y un sector más ligado al régimen anterior, ofrecía la oportunidad de abrirle un espacio al primero a través de acuerdos democratizadores globales, que aislaran al segundo. Ello, prolongando los acuerdos de reformas constitucionales hechos con este sector más democrático (Renovación Nacional) durante la transición en 1989 y que culminaron con el Plebiscito de julio de ese año, a que hemos aludido.

Así, en el caso chileno, pese a tratarse de una "transición incompleta", se trata de una de las transiciones e inauguraciones democráticas más exitosas.

Respecto de la cuestión de la consolidación de un régimen democrático futuro, más allá de la superación de los enclaves autoritarios que quedaron del proceso de transición, lo que me parece crucial en este caso son tres principios. Por un lado, la redefinición de un modelo de desarrollo e inserción que se aleje tanto del tradicional agotado en 1973, como del implantado por el régimen militar. Por otro lado, la mayor tensión o separación entre el sistema

partidario y el campo de los movimientos sociales, es decir, una nueva matriz de relación entre Estado-régimen político y movimientos sociales, que restituya la capacidad dirigente del Estado y supere el modelo de "imbricación" entre partidos y organizaciones sociales que definió la identidad particular de los actores sociales en Chile hasta 1973. Ello lleva a una serie de cuestiones de tipo institucional y de cultura política. Finalmente, la constitución de una mayoría histórica sociopolítica de largo plazo, de centro e izquierda, que supere la ruptura en el pasado tanto de estas expresiones políticas como de la relación entre clase medias y sectores populares. Y ello remite, nuevamente, al problema de los actores políticos y su real capacidad de transformación en estos años y en los que vendrán.



# TESTIMONIOS

SIETE AÑOS DE SIGUIENDO POR EL PUEBLO

ALBERTO EDUARDO

1970-1977

Compañía de los Trabajadores

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

Trabajadores Unidos

# SIETE AÑOS DE RECUERDOS POLÍTICOS

## ALBERTO EDWARDS

(Primera parte)

Recopilación: *Alfonso Calderón*

Presentación: *Cristián Gazmuri*

Comentar una obra de Alberto Edwards no es cosa fácil. Cada pluma historiográfica, que se haya apreciado a sí misma durante los últimos cuarenta años, ha opinado sobre Edwards. Testimonio pues de mi propio aprecio es que el primer artículo que escribiera —mi tesis de licenciatura, además— estuviese dedicado al estudio de la influencia de Oswald Spengler en Edwards. Ahora, al pecado de juventud debo agregar uno de madurez y seguir opinando sobre Edwards. ¿Qué se puede agregar a lo ya dicho? En materia de adjetivos laudatorios muy poco... el más brillante analista de nuestro pasado... el eje alrededor del cual se desarrollan las polémicas sobre la historia política de Chile... la mente multifacética, cuyo abanico de capacidades comprendía: fundar revistas, escribir novelas de detectives y futuristas, hacer historiografía y cultivar el ensayo histórico, crear guiones de cine, opinar sobre meteorología, pontificar acerca de la felicidad de la vida modesta, dar consejos de cocina, colaborar en *El tesoro de la juventud* (esa pieza clave para comprender la cultura y valores de las generaciones de la buena burguesía chilena desde la década de 1930 hasta 1960), ser Director de la Oficina Nacional de Estadísticas y Conservador del Registro Civil, Comisario General del Pabellón Chileno en la Exposición Mundial de Sevilla de 1929, diputado y ministro de Estado y gran aficionado a la astronomía, que dio las ideas centrales de la *Historia de Chile* de Encina, el que sólo rellenó los "huecos"... etc. La pirámide de loas no acepta ya más escalones.

Se puede retrucar que fue un autoritario, conservador y cuasifacista (cuasi sin el "cuasi"); que se dejó influir desmedidamente por Oswald Spengler; que fue ministro de Ibáñez en lo mejor de su dictadura... etc. Pero todo esto también está dicho y en todo caso son objeciones relativamente menores en relación a su fama.

Así, para cumplir con la función de comentarista creemos que lo más decente es limitarnos a un somero análisis del Edwards que muestra la obra que introducimos. Primero, veamos la genealogía formal de ésta antes de entrar en hirsutas disquisiciones acerca de los meandros intelectosicológicos de su autor.

Siete años de recuerdos políticos, es una serie de artículos que aparecieron publicados el año 1912 en el diario del primo de Alberto Edwards; vale decir, *El Mercurio* de Santiago. Se trata de una crónica prolija de los teje manejes de nuestros políticos oligarcas en su mejor época, cuando Chile seguía siendo su

fundo; pero ya no con casas de teja y piso de tierra apisonada entre las imágenes de santos, los mates y las bacinicas coloniales, sino estucados con yeso de París y dorado con las "suaves libras esterlinas" del salitre<sup>1</sup>. Cuenta el autor las astucias y miserias de ese grupo de hombres al que condena como un todo sin apelaciones (después los calificará de "fronda"... ) pero a los que individualmente jamás deja de enaltecer, paradoja quizá no tan extraña en un caballero frente al juicio lapidario que hace a su propia clase, pero que posiblemente no quería enemistarse con los hombres que trataba a diario. La historia comienza en 1905 y termina el mismo año de su publicación. El último artículo constituye una curiosa pieza de racismo displicente, muy propio del señor chileno de la época (los ingleses de América), aunque atemperado por estar condicionado al contenido ideológico de la serie, y escrito con lograda ironía. Su título: "Algo sobre los beduinos"; del cual hablaremos más adelante.

Como crónica política es amena y está bien escrita, pero a pesar de su agudeza, el relato historiográficamente vale poco; es notoriamente más pobre que las demás obras históricas de Edwards. No cubre todo el proceso político; de hecho se remite a la acción de unos pocos personajes y cúpulas. Incluso incluye mucha información parcial o completamente errónea según el testimonio de otros memorialistas o historiadores. En verdad, el conjunto parece un divertimento que demuestra que este archienemigo de la alta politiquería era un versado conocedor de sus vericuetos y se entretenía en ellos tal como entretenía a sus lectores. Es el mundo cultural de la oligarquía, que deja vislumbrar. Los juicios que hace sobre la historia de Chile y el mensaje ideológico que transmite son los aspectos de mayor interés.

¿Pero, qué fue lo que Edwards se propuso con sus "recuerdos políticos"? Pensamos que las mismas ideas que ya había dejado ver en su *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos*, aparecido en 1903, y que después, en 1913, desarrollaría mucho más en *La organización política de Chile*, para culminar con una completa interpretación de la historia de Chile republicano en *La fronda aristocrática*. Sólo que en este caso trabaja sobre terreno muy conocido personalmente y sus hipótesis, esbozadas nueve años antes, encuentran en sus recuerdos amplio material para intentar su demostración.

Ya en el primer artículo abre el fuego contra la que fue siempre su principal pesadilla política, cuando confiesa que al ser tratado de "ideólogo"... "Hubiera preferido verme acusado de pícaro o de imbécil". Para continuar, "los razonamientos de los sofistas han hecho en mi opinión, más daño que la viruela, el cólera y la fiebre amarilla"<sup>2</sup>. Como podemos apreciar, doce años antes de leer a Spengler ya consideraba el doctrinarismo como una enfermedad de la vida pública; no en vano afirmaría después que la lectura de *La decadencia de Occidente* sólo lo haría ver en forma clara lo que antes entreveía confusamente<sup>3</sup>. La embestida prosigue. En las entregas que siguen deja perfectamente claro

<sup>1</sup> Neruda, Pablo, *Canto general*.

<sup>2</sup> Cuatro palabras, en *El Mercurio*, 1 de agosto de 1912.

<sup>3</sup> A. Edwards, *La sociología de Oswald Spengler*, en Atenea, año II, N° 4, julio de 1925.

que los liberales doctrinarios fueron los más malos de todos los malos de esa época tan mala. Las racionalizaciones políticas liberales, republicanas y democráticas pugnaban con nuestro ser histórico. Eran "una ciencia cuyos teoremas debían aplicarse con idéntica inflexibilidad a la Suiza y el Congo; una ciencia cuyo resultado práctico ha sido en Chile el desquiciamiento absoluto del orden fundado por nuestros padres. Derechos anárquicos de las minorías, voto acumulativo, comuna autónoma, elecciones libres en un pueblo que no tiene la menor idea de lo que hace, un parlamentarismo de opereta, una democracia de teatro Guignol"<sup>4</sup>. Hermoso párrafo que no deberían olvidar los estudiosos de las causas de la crisis de nuestra democracia en 1925 y 1973, viniendo del "mejor analista" de nuestra historia republicana. Más adelante atribuye el fracaso de Pedro Montt, al menos parcialmente, a que éste también estaba infectado con las "nuevas" ideas, que le impedían llegar a soluciones "prácticas".

Pero al atacar las doctrinas republicanas y democráticas, Alberto Edwards está apuntando además contra el sistema de gobierno con base en el juego mayoría minoría y en la necesidad de consensos, que ve en pugna con lo que para él era la principal virtud pública: el sentido y el ejercicio de la autoridad.

Pero criticar rasgos de su propio tiempo en comparación al pretérito fue un lugar común entre los políticos e intelectuales chilenos de comienzos de siglo; Mac-Iver, Emilio Rodríguez Mendoza, Guillermo Subercaseaux, Alejandro Venegas, Tancredo Pinochet, Luis Galdames y el propio F.A. Encina.

¿Dónde están la originalidad y el genio de Edwards, entonces? Nos parece que en el hecho de que su crítica se centra en algunos asertos; los mismos de todas sus obras hasta culminar en *La fronda aristocrática*. Estos asertos son los pilares de esta obra de Edwards, quien los repite una y otra vez apoyándose en hecho, sarcasmos y —sin pretender ofender su memoria— raciocinios y sofismas. Consecuentemente con la idea de que hay que destruir para luego reconstruir, el primero de estos pilares es el antiideologismo; casi la fobia contra los sistemas políticos de base abstracta y a quienes los defendían.

Aquí aparece el pragmático, el hombre de acción que se expresa a partir de lo que considera "evidente", aunque esto no sea, y no lo era especialmente en el caso de Alberto Edwards, sino el fruto de su propia visión intuitiva de la realidad. Nadie más subjetivo que Edwards en su metodología historiográfica. Pero no nos alarmemos por esto, el mismo método, en otras perspectivas —como el fundamentalismo proletario— todavía tiene sus defensores, al menos en Chile. En Edwards, al menos hay originalidad porque tratándose de historiografía, se enfrentaba, en su momento, a lo más sólido que muestra el panorama intelectual del Chile del siglo XIX: la escuela positivista y sus valores, los que colaboró a reemplazar de modo importante en cuanto conciencia histórica del chileno medio. Se transformó, así, en el fundador de gran parte de los mitos sobre nuestro pasado, que aún circulan.

<sup>4</sup> Ibid.

Estos mitos constituyen los otros pilares "constructivos" de la visión de Chile de Edwards. Destruído el doctrinarismo, aparecen pronto en calidad de alternativa salvadora para el país dentro de la serie que aquí entregamos.

¿Sobre qué funda Edwards su proyecto nacional? En primer lugar, en la idea de un paradigma pretérito glorioso, reflejo óptimo de la esencia de nuestro ser histórico. Paradigma que encarna en la era pelucona y la acción pública de sus principales figuras y las más autoritarias; Portales ciertamente, pero más en Manuel Montt. Es en esta serie cuando por primera vez Edwards declara su amor absoluto por este último. En el artículo publicado el día 13 de agosto de 1912, refiriéndose a Pedro Montt y sus grandes méritos ("la más alta personalidad política que ha podido contemplar de cerca nuestra actual generación") culmina la explicación de sus opiniones: "Su mismo apellido era un programa y una bandera. Montt en nuestro lenguaje político significa autoridad y fuerza y el país comenzaba a comprender que era eso precisamente lo que le faltaba"<sup>5</sup>.

El objetivo de los artículos aquí comentados, como el de toda la obra de Edwards, es plantear una tesis muy concreta. Son un grito contra su presente y la prédica de un camino a seguir. Había que retornar a la época de los caudillos pelucones. Si las doctrinas no servían, era preciso para Edwards (como para Diógenes el cínico, aunque en un contexto intelectual diferente) encontrar "un hombre"; lo afirma explícitamente, mostrando ya la desmesura en la comparación de la que abusará en *La fronda aristocrática*: "Todas las grandes evoluciones de los pueblos han sido realizadas por un hombre, o en torno a un hombre, llámese éste Napoleón, Bismark, Portales"<sup>6</sup>... Refiriéndose propiamente a la figura de Pedro Montt afirma: "En 1905 éramos más felices que hoy: entonces creíamos en un hombre; ahora ya no creemos en ninguno"<sup>7</sup>.

Para apreciar con un ejemplo hasta qué punto "El hombre" debía ser además un autoritario duro, reproduzcamos la única opinión que desliza Edwards sobre la matanza de Santa María de Iquique: "la tremenda represión de los desórdenes del norte ha librado al país por mucho tiempo de los motines callejeros<sup>8</sup>. Lo importante era mantener el orden".

Las buenas intenciones de Edwards parecen evidentes. Le dolía Chile, para usar un lugar común. Pero eso no significa que su respuesta emanara de un análisis desapasionado de la realidad. Las cualidades de Portales y Montt, o las que Alberto Edwards creía ver en éstos, eran desde luego las propias, o las que él estimaba como tales (por ejemplo, el antiideologismo y lo que veía como su alternativa, el autoritarismo pragmático). Pero no abusemos de la sicología. También Edwards, como los demás testigos que proclamaron la decadencia del Chile de la época, anteriormente mencionados, vivía el shock que la súbita irrupción de la modernidad significó para nuestra sobria, pue-

<sup>5</sup> Don Pedro Montt, en *El Mercurio*, 13 de agosto de 1912.

<sup>6</sup> *El Mercurio*, 20 de agosto de 1912.

<sup>7</sup> Don Pedro Montt.

<sup>8</sup> *El ministro Sotomayor*, en *El Mercurio*, 5 de septiembre de 1912.



blerina y pacata aristocracia colonial, viva culturalmente hasta mediados del siglo XIX. Irrupción que, entre otros efectos, atragantó a nuestros notables con la muy abundante producción intelectual del siglo XIX europeo y en particular el francés, si no cuna, al menos escuela básica de las ideologías modernas. Esta indigestión fue una de las causas de la esterilidad, aparente o real, del mundo político del parlamentarismo chileno. En este sentido, Edwards, al igual que los demás nombrados, predicaba, con razón, la necesidad de un viraje. Pero para nuestro autor éste debía hacerse hacia atrás y no hacia adelante<sup>9</sup>. Después lo seguirían en esta línea, ya esbozada en 1903 en su *Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos*, Encina y tantos otros, lo que transformaron finalmente la época pelucona y sus figuras estelares, rechazada entonces por el Chile liberal, en una leyenda. Una prueba más de que —como dice Marrou— no existe una separación clara entre “historia” e “historiografía”.

Así, tenemos configurada en lo sustancial la receta política de Edwards: retorno a las formas políticas de nuestra época de oro pelucona, verdadero reflejo de nuestro ser nacional. Para lograr esto, encontrar la figura adecuada que conduzca el proceso, más todavía, lo encarne, pasando por encima del fárrago doctrinario y el juego político. Ergo, encontrar un estadista autoritario, pragmático, con buen sentido, que ponga orden sin preocuparse de los métodos. En su contenido concreto, los artículos que comentamos son un relato del fracaso por lograr esto en torno a la figura de Pedro Montt, los que concluye con un lamento de desesperanza.

Se trata del mismo discurso de *La fronda aristocrática*, aunque todavía no iluminado por Spengler. ¿De dónde lo sacó el Alberto Edwards de 1912? Ya hemos hecho referencia a su actitud intelectual fundamentalmente intuitiva, pero aun así creo que se pueden percibir en él la influencia de algunos hombres de ideas europeos muy cotizados en esos años; los antidoctrinarios suelen ser seguidores de la doctrina antidoctrinaria. Resulta difícil pensar que un hombre de lecturas, como era, no hubiera conocido a quienes pensaban de forma concordante. Cuando escribió *La fronda* se sabe positivamente que había leído, además de Spengler, al menos a Burke y Bagehot; que estos dos últimos autores ya están presentes en sus escritos de 1912<sup>10</sup>. La importancia que concede a la acción de individuos en la historia posiblemente la tomó de Carlyle y Emerson<sup>11</sup>. A los racistas, a quienes había popularizado en Chile Nicolás Palacios y eran tan admirados por su amigo F.A. Encina, al parecer también los había leído.

<sup>9</sup> Comentario al margen, vemos pues que la moda presente de arremeter contra los ideologismos (a la que como todos nos hemos sumado) no es tampoco muy nueva entre nosotros; nuestros “pragmáticos” de la hora tienen ilustres antecesores. Sólo que ahora se ataca al “hiperideologismo” y no a la “ideología” política de modernidad... la que ha sido sublimada y transformada en “cultura”. Nadie duda hoy que Chile tiene, consustancialmente, una cultura política democrática; pero a comienzos de siglo —y ésta es la tesis central de Edwards— no la tenía; al contrario. Corolario: la cultura cambia más rápidamente de lo que se piensa... ¿o no será así? Todavía en el Chile de 1973, de todos los bandos y por motivos distintos pero convergentes se disparaba contra la democracia.

<sup>10</sup> Los menciona en *La fronda aristocrática*.

<sup>11</sup> La influencia de éstos parece evidente a partir de lo que afirma en la nota 9.

Muy posiblemente conocía a Spencer y el neodarwinismo en general, por lo demás, lectura corriente entre los intelectuales de esos años.

Este es el trasfondo interpretativo y valórico de largo plazo planteado por Edwards en la serie de artículos que publicamos. En lo que es más propiamente historiográfico, intenta explicar además, con detalle, la coyuntura del fracaso del Presidente Pedro Montt, la que naturalmente inserta en la misma macro explicación de la decadencia de Chile recién vista. Que la cuestión del poder y su manejo fue el problema central que se planteó durante esa coyuntura le parece claro. Afirma: "puede dividirse políticamente el gobierno del señor Montt en dos períodos: el de la lucha por el poder y el de la dominación ya no discutida"; pero luego entra en matices que hacen sabroso y comprensible el relato<sup>12</sup>.

Ya mencionamos que reprocha a Montt —a pesar de su apellido— haber sido presa del doctrinarismo<sup>13</sup>. Como hombre inteligente, no deja de reconocer que "la política es el arte de hacer concesiones oportunas" las que Montt no hizo, pues, esa actitud no se compadecía con el hecho de que el Presidente era víctima de "rencores" y "pasiones"<sup>14</sup>. Incluso menciona, como un factor negativo para su función de estadista, aunque valioso como condición humana, la bondad y sensibilidad reprimida de Montt.

Otras figuras pasan también bajo el afilado escalpelo de nuestro autor: Sotomayor, Sanfuentes, Figueroa y Agustín Edwards, al que no sabemos si por sus cualidades, parentesco o por ser dueño del diario en que publicaba los artículos, o por las tres cosas, cubre de loas. El ambiente político en que se movían estos personajes está bien pintado. Sin embargo, los artículos —como toda la obra de Edwards— no habrían logrado el impacto que tuvieron sin el estilo en que están escritos. Brillante e irónico, agudo y ágil, nuestro autor pontifica con una soltura de cuerpo admirable. El mencionado epílogo sobre los "beduinos" resulta paradigmático al respecto. Demostrando ignorancia crasa acerca del tema, lleno de errores e invenciones, logra un nivel de sarcasmo no común en la historia del periodismo chileno (nos resistimos a calificar el trozo como historiografía). Poco le ha de haber importado a Edwards cómo son los beduinos; lo que le interesaba era destruir a sus adversarios políticos chilenos.

En fin, los recuerdos de un hecho o procesos, en especial los de tipo político, suelen cambiar mucho dependiendo de quién los hace. La serie que aquí se presenta es testimonio de lo anterior; no esperemos encontrar buena y objetiva información en ellos; más bien ingenio y audacia interpretativa de la mejor clase. Más que un buen estudio sobre la historia política de la época, los artículos constituyen un interesante documento para conocer al Alberto Edwards.

<sup>12</sup> *Brisas liberales*, en *El Mercurio*, 1 de septiembre de 1912.

<sup>13</sup> *Don Pedro Montt*.

<sup>14</sup> *Las elecciones de 1909*, en *El Mercurio*, 8 de septiembre de 1912 y artículos del 5 y 8 de septiembre de 1912.

CUATRO PALABRAS  
(1 de agosto de 1912)

"Honesty is the best policy".  
La honradez es la mejor política.  
Franklin.

En una memorable reunión de la junta ejecutiva del partido nacional, sostenía yo que el prestigio, útil a todas las agrupaciones políticas, era para nosotros indispensable. A él debíamos nuestros mejores triunfos y casi era la razón fundamental de nuestra existencia. El programa nacional, serio, científico, tradicional, no contiene doctrinas capaces de alucinar al vulgo: necesitamos, pues, el apoyo moral y el respeto de hombres para quienes no basta ni la bombástica proclamación de los principios, ni los halagos del éxito.

No hablaba así a humo de pajas. Se trataba de amparar, a nombre del partido, a una Municipalidad condenada ardientemente por la opinión pública, y al mismo tiempo de presentar, en la próxima campaña electoral, las candidaturas senatoriales de tres correligionarios, muy meritorios, sin duda alguna, pero que, sin servicios políticos anteriores, y desconocidos del país, podían aparecer, y en realidad aparecieron, como representando, únicamente, la fuerza del dinero o de las maniobras electorales.

A la salida de esa reunión, uno de nuestros más caracterizados jefes, un hombre a quien todos los nacionales debemos respeto y gratitud, hubo de expresarse en términos desfavorables respecto de mi tesis. Alberto Edwards, dijo, es un ideólogo.

No falta en esos casos un amigo para traer el cuento. Lo confieso: el epíteto me llegó hasta el alma. Hubiera preferido verme acusado de pícaro o de imbécil.

Es que soy enemigo mortal de la ideología. Cuantos me conocen lo saben muy bien. Un silogismo me parece la peor de las calamidades públicas. Los razonadores y los sofistas han hecho en mi opinión más daño que la viruela, el cólera y la fiebre amarilla.

Después he reflexionado. Mi venerable correligionario no tuvo intención de ofenderme. Incurrió simplemente en un error de lenguaje. El quiso decir: Alberto Edwards es un buen muchacho, incapaz de malicia y un tanto candoroso. Por suavizar el concepto me llamó ideólogo... Poco le faltó para llamarme doctrinario.

Sin embargo este ideólogo cree con Pero Grullo que la memoria nos ha sido dada para acordarnos de las cosas. En política como en economía mi método es el histórico. La experiencia es la madre de la ciencia.

Hay gentes, lógicamente construidas, para los cuales los hechos nada dicen ni dada significan. Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen. Sus pensamientos son una obsesión continua: el mundo entero gira dentro de sus cerebros.

Es útil, sin embargo, mirar algo y aún mucho hacia fuera, para ver cómo funcionan las realidades. Desgraciadamente, la vorágine en que vivimos nos impide tener presente otra cosa que las impresiones del día. Los acontecimientos

tos se suceden con demasiada rapidez para que no sea posible abarcarlos en conjunto a primera vista. Siete años de nuestra política presentan más alternativas y evoluciones que un siglo de la vida constitucional de Inglaterra.

Felizmente no hay mal del cual no pueda sacarse algún bien. De tantas y tan variadas cosas como en Chile suceden, debemos aprovechar siquiera la experiencia. Pero para esto es necesario apelar a los recuerdos; penetrar en el peligroso terreno de la historia contemporánea.

Me he propuesto hacer, pues, una especie de memorándum político de los últimos siete años. Nada puede mostrarnos mejor los factores de perturbación que por desgracia existen en nuestros partidos.

Al leer este propósito mío, no pocos habrán de compadecerme. ¡Pobre mozo! dirán; de ésta no libra sin una de bofetones.

Pienso no exponerme a tan dolorosa extremidad. Voy a armarme no sólo de cultura, sino también de benevolencia. No me será esto muy difícil. La parte de responsabilidad que a cada cual toca en la presente anarquía política es harto pequeña. En realidad todos y cada uno somos culpables.

Lo menos peligroso sería limitarme a la simple exposición de los hechos, pero cada uno de éstos nos ha dejado alguna elección e influido sobre nuestras opiniones y prejuicios; sobre los hombres, las cosas, los partidos y las ideas. Este proceso moral no ha sido el mismo para todos. Los indiferentes en materia política apenas habrán experimentado sus efectos. En necesario, pues, al escritor público, poner algo de su parte, tratar de hacer sentir a los demás sus propias impresiones, que son, por lo menos en este caso, las de un individuo que ha seguido el desarrollo de la política con el interés de quien desea aprovechar algo de las lecciones dictadas por los sucesos.

He encabezado estas líneas con una hermosa sentencia de Franklin: "La honradez es la mejor política". No me propongo demostrar esta tesis, ni otra alguna; pero debo decirlo en honor de la verdad, los hechos que voy a narrar están en mi concepto muy lejos de desmentirla.

#### UNA TENTATIVA DOCTRINARIA

(3 de agosto de 1912)

*Caló el chapeo, requirió la espada,  
miró al soslayo, fuese y... no hubo nada.*

Cervantes

El año de 1905 encontró al Excmo. señor don Germán Riesco gobernando, por una simple coincidencia, con los partidos que lo habían exaltado.

El Ministerio, presidido por don Emilio Bello Codesido, era de alianza liberal. Esto quiere decir que los balmacedistas compartían el poder, los empleos y demás ventajas del presupuesto con los doctrinarios y radicales: si los copartícipes hubiesen sido los nacionales y conservadores, el Ministerio se habría llamado de coalición.

Desde quince años atrás, a eso estaba reducida la política. Los espíritus generosos deseaban algo más: propósitos comunes, programas, en una palabra

ideas, no tanto por ellas mismas, sino como lazo de unión y como bandera. Buscaban en la lucha un medio de disciplinar los partidos, enervados por una larga tregua doctrinaria.

Los escépticos movían la cabeza.

¿Existía entre los liberales una idea común? Hasta eso era puesto en duda.

Los partidos chilenos, con excepción del conservador, son partidos laicos; están constituidos con fines exclusivamente políticos y civiles, no levantan como enseña un dogma religioso. El hecho de no ser clericales, establece entre ellos cierto parentesco. Pero ese laicismo es una idea negativa que difícilmente puede traducirse en iniciativas y en acción.

Aparte de esto, los unos tienen tradiciones de autoridad y los otros de libertad, los unos son presidenciales y los otros parlamentarios. En el orden económico y social, las divergencias no son de menor entidad.

La unión doctrinaria de los liberales no era posible, pues, sino en el terreno teológico. Pero el laicismo para ser bandera, para traducirse en propósitos, necesita acentuarse, iniciar reformas, provocar una lucha.

Las campañas anticlericales se comprenden en países donde ciertos elementos sociales en lucha con el pasado y la tradición, desean combatir en la Iglesia, una de las más poderosas fuerzas conservadoras existentes en el mundo.

No es este el caso de Chile. Los políticos dirigentes de todos los partidos pertenecen a las clases acaudaladas tradicionalistas y conservadoras. Las elecciones son demasiado caras para permitir el acceso del parlamento al pueblo y a la clase media, esto es a los que sinceramente pueden desear un trastorno económico y social. En tales condiciones, el anticlericalismo no llega a ser sino una corriente filosófica, una obsesión literaria, que difícilmente se transformará en fuerzas efectivas. Hemos tenido, es cierto, luchas religiosas, pero tanto en 1857 como en 1883, fueron iniciadas por el clero: la actitud del liberalismo ha sido tímidamente defensiva.

De todas maneras, en 1905 habían caído ya sobre el recuerdo de esas campañas, veinte años de olvido.

Pero de pronto, brotó una chispa que parecía estar destinada a encender nuevamente la lucha religioso-doctrinaria.

El colegio de San Jacinto, regentado por los Hermanos de las Escuelas Cristianas, fue teatro de un escándalo que logró conmover profundamente a los hombres de todos los partidos; los conservadores mismos se hallaban anonadados ante la fuerza del golpe.

Ningún momento parecía más propicio para intentar un movimiento doctrinario dentro de las huestes liberales. La opinión estaba conmovida y el Gobierno en manos de la alianza.

Así creyó comprenderlo el Ministro de Instrucción Pública don Guillermo Rivera.

Era el señor Rivera un joven político a quien la fortuna parecía perseguir, brindándole todo género de éxitos. Cuando era casi un niño, le tocó asistir como subsecretario de Estado, a las trágicas postrimerías de la administración Balmaceda. Supo adquirir en la escuela de aquel desventurado mandatario



esas exterioridades brillantes, tan útiles en las luchas de la política, y de los negocios: modales afectuosos e insinuantes, una dicción clara y correcta, el arte de hablar sin decir mucho; las excelencias del diplomático y del retórico. Si a esto se añade una figura simpática y naturalmente elegante, una voz armoniosa y bien timbrada, se comprenderá que ese hombre tenía derecho a esperar algo de la vida.

Tenía lo que vale más que todo eso: la voluntad decidida y perseverante de surgir. Era y es ambicioso: él lo confiesa, y nadie habrá de reprochárselo.

El ostracismo de su partido fue para el señor Rivera el principio del triunfo. Estableció en Valparaíso su bufete de abogado, y la clientela no tardó en afluir: el comercio británico le honró principalmente con su confianza, atraído por ese joven brillante y amable, de modales corteses, que hablaba el inglés y coleccionaba orquídeas.

Sus ideas políticas eran asimismo las más adecuadas para captarle la confianza y la simpatía de los electores porteños. Liberal intransigente, sin contemplaciones con el clero, y partidario entusiasta del régimen metálico, el señor Rivera representaba con toda fidelidad el pensamiento de una buena parte de la población de Valparaíso.

Llegado a la Cámara, hubo de encontrarse muy luego en desacuerdo con su partido. En noviembre de 1902, los balmacedistas pactaron una coalición con los conservadores. El señor Rivera, liberal ante todo, no vaciló en romper violentamente sus vínculos de partido, y fue a firmar los registros doctrinarios. Los electores de Valparaíso, aprobaron esta conducta de su representante, reeligiéndolo en 1903 por inmensa mayoría.

Tal era don Guillermo Rivera cuando en 1905 desempeñaba el Ministerio de Instrucción Pública.

Un político de sus antecedentes no podía menos de asirse como de un cabello, de la ocasión proporcionada por el doloroso suceso de San Jacinto. Bajo sus inspiraciones el Ministerio y las Cámaras iniciaron una vigorosa campaña teológica: se suprimieron en el presupuesto las subvenciones a las escuelas congregacionistas; se presentaron sendos proyectos de ley para establecer la precedencia del matrimonio civil sobre el religioso y para prohibir la entrada a Chile de frailes extranjeros; por último, dictó el propio Ministro un decreto clausurando los colegios de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Se sentía ya el humo de la pólvora. En la Cámara de Diputados la mayoría y la oposición, disciplinadas y agresivas, daban y soportaban golpes tremendos. La desmayada y opaca política chilena, parecía haber encontrado a su Waldeck Rousseau.

La juventud liberal aplaudía. Aún algunos espíritus tibios y nada antirreligiosos se hallaban perplejos. Al fin, decían, más vale pelear por esto que por los empleos públicos: volveremos a la edad heroica del liberalismo.

Fueron grandes días para el señor Rivera; pero no está de Dios que hombre alguno sea afortunado en todo, y el joven político pudo comenzar a aprender entonces que su estrella, tan feliz en el foro, en los comicios y en la tribuna parlamentaria, no es estrella de Ministro.

En efecto, pasados los primeros impulsos de la cólera o del entusiasmo, el vacío comenzó a hacerse en torno de la campaña teológica. En el seno del propio Gabinete reinaba el desacuerdo tanto respecto del negocio de las Escuelas Cristianas, como de otros problemas administrativos. La situación era vacilante e indecisa... Se multiplicaban los augurios de desastre.

Pero no eran las timideces o repugnancias inspiradas por la lucha religiosa, la causa principal de la debilidad del Ministerio. Como siempre había de por medio cuestiones de intereses, concesiones y empleos, como, por ejemplo, el nombramiento de Inspector de Tierras y Colonización, ardorosamente disputado entre doctrinarios y balmacedistas.

El Gabinete que pretendía resucitar los tiempos heroicos liberales, iba a caer como un vulgar Gabinete de todos los días... Elocuente lección para los que imaginan resucitar el pasado como un medio de disciplinar el presente.

El señor Rivera no supo resignarse a esa muerte opaca y sin gloria. Hizo reunir a sus colegas y les exigió un pronunciamiento sobre el alcance de su decreto sobre clausura de colegios congregacionistas... Sabía de antemano la respuesta: el Ministerio no quería ir tan lejos como él.

Salió, pues, el señor Rivera de la Moneda, envuelto en los pliegues de la bandera liberal; pero este sacrificio no aprovechó a su fortuna: quince días después el país no se acordaba de lo ocurrido; y para burla del destino, el impetuoso campeón de 1905, sólo volvería al Ministerio siete años más tarde, pero envuelto esta vez en la bandera de la coalición.

Muchos le reprochan esto como una inconsecuencia... ¡Injusticia humana! ¿Acaso Gladstone no evolucionó también?

LA ENFERMEDAD DE LA ALIANZA LIBERAL EN 1905  
(5 de agosto de 1912)

*C'est un méchant animal  
Quand en l'attaque il se défend*

Cuando don Guillermo Rivera salió de la Moneda en febrero de 1905, envuelto en los pliegues de la bandera liberal, no abandonaba el poder sino un buque naufrago.

El Ministerio estaba muerto, y la Alianza moribunda.

No padecía aquella grande y popular combinación política de una enfermedad accidental, sino de un vicio congénito.

Nos explicaremos.

Los doctrinarios, por esta o aquella razón, se imaginan que la Presidencia de la República les pertenece por derecho divino. Así, cuando se les es deferida, no se creen en el caso de agradecerse a nadie.

Los demás partidos, de no tan alta y aristocrática alcurnia, profesan una doctrina más modesta. Así la elección de don Pedro Montt no sólo nos llenó de júbilo a nosotros los nacionales, sino de sentimientos de gratitud y lealtad. Habían hecho Presidente a nuestro jefe. Tamaño honor no había como pagarlo:

el pensamiento de vender a quienes nos habían exaltado, nos parecía el último colmo de la perfidia.

Los doctrinarios no tienen por qué estar obligados a tales contemplaciones. Al elegir Presidente a uno de los suyos, los demás liberales no hacen sino reconocer un derecho legítimo e incontestable. Lo primero en que piensan, una vez instalado su correligionario en la Moneda, es... es... en el modo de acabar con sus aliados... ¿Cómo mataremos a éstos o aquéllos? Tal es el problema que se discute en su junta ejecutiva.

Los balmacedistas habían contribuido en 1901 a la elección del Excelentísimo señor Riesco. Es, pues, natural que ya en 1902 los doctrinarios estuvieran estudiando la mejor manera de acabar con los balmacedistas.

Pidieron, a este efecto, el auxilio de los vencidos de 1901: los nacionales. Entre sus representantes y el nuestro se inició el siguiente diálogo:

**Ellos.**—Venimos a pedirles que nos ayuden a exterminar a estos miserables balmacedistas. Tuvieron la insolencia de votar por candidato propio en la convención del año pasado... y ahora pretenden sacar senadores. ¡Habrás visto!...

**El señor Besa.**—¿Y nosotros qué?...

**Ellos.**—Ustedes pueden votar por los candidatos liberales... Un espléndido negocio.

**El señor Besa** (tímidamente).—Es que nosotros también tenemos un candidato a senador. ¿Ustedes lo apoyarían?

**Ellos.**—¿Cómo?... ¡Un candidato a senador! Las pretensiones monttinas... siempre son excesivas. Pero desengañense senador "no pintan".

Resultado del cuento: el señor Besa salió de la conferencia haciéndose cruces con tan intenso fervor, que veinticuatro horas más tarde estaba organizada la coalición nacional, balmacedista, conservadora. Los doctrinarios, como niños a quienes se quita el pan de la boca, se quedaron solos, levantando hasta el cielo los brazos y las doctrinas liberales.

Con tales antecedentes, ya se comprende la enfermedad de que padecía la alianza en 1905.

Formaban en ésta tres partidos: los doctrinarios, únicos y legítimos sobrinos de la Antonina Tapia, los balmacedistas, gentes inquietas, por cuanto no estaban muy convencidas de la susodicha legitimidad, y los radicales, o sea los aliados de 1875.

Esto último, lo de los aliados de 1875, requiere una explicación. No sé a punto fijo lo que ocurrió en 1875, pero algo muy gordo debe haber sido, por cuanto de ellos se han derivado consecuencias extraordinariamente duraderas. ¿Qué pito tocaron en 1875 los doctrinarios? Probablemente ninguno, por la sencilla razón de haber nacido ellos muchos años más tarde.

Pero nacidos o no, los doctrinarios, merecieron, en 1875, bien de la patria y de los radicales. Tal es, por lo menos, la tesis sostenida hasta este último tiempo por los jefes y lumbreras del radicalismo. Las consecuencias de esta tesis no pueden ser más funestas para los demás partidos liberales. ¿A quién

corresponde la Presidencia de la República, la senaturía A, la diputación B, o el empleo C?... A los aliados de 1875, contestan o contestaban invariablemente los radicales, sin más examen, sin abrir siquiera el expediente.

Entre estos fidelísimos y tradicionales aliados y los doctrinarios, se encontraban los balmacedistas, en 1905 como en 1902.

Tan cómoda era su situación, como la de la ostra entre la mandíbula superior y la mandíbula inferior de un entusiasta gastrónomo.

Han acusado a los balmacedistas de inquietos y turbulentos, y el que estas líneas escribe participó por mucho tiempo de ese prejuicio. Pero la experiencia ha modificado mis primeras impresiones, ¡qué diablos! no todos estamos obligados a tener la paciencia de las ostras.

¿Qué esperanza podían tener los balmacedistas en una convención presidencial con los doctrinarios y su derecho divino y los radicales, convencidos fanáticos de la susodicha legitimidad?

Es cierto que en 1901, no pocos radicales se habían adherido a la candidatura de don Claudio Vicuña, romántico y caballaresco liberal, antes que balmacedista; pero muerto don Claudio, ninguno de sus correligionarios podía disputar a los doctrinarios las adhesiones del radicalismo.

Mucho menos podía pretenderlo el jefe actual del partido balmacedista, don Juan Luis Sanfuentes. Fue él quien había organizado la coalición conservadora en 1902. Este crimen era imperdonable a los ojos de los radicales. Muy preferible les parecía un miembro cualquiera de ese partido doctrinario que no hace coaliciones jamás... sino cuando le conviene.

Los balmacedistas habían luchado arduosamente en 1901 por la candidatura doctrinaria a la Presidencia. Ahora bien, cuando un año más tarde, los correligionarios de Excmo. señor Riesco intentaron pagar este servicio en la moneda corriente entre ellos, esto es, tirándose a matar a sus aliados, el señor Sanfuentes supo parar el golpe.

C'est un méchant animal. Quand en l'attaque il se defend.

El señor Sanfuentes no quiso dejar degollar a su partido en 1902, y se fue tranquilamente a la coalición. Los doctrinarios no encontraron palabras bastante fuertes para estigmatizar su conducta, para acusarlo de inconsecuente y de mal liberal... ¡Primero las doctrinas y después la vida!

El señor Sanfuentes sonreía mefistofélicamente y los dejaba decir, esperando la hora de su venganza... Ésta llegó y tan completa, como no hubiera podido imaginarla un chino.

En efecto, el señor Sanfuentes acaba de darse el lujo de arrastrar a la coalición a esas vestales de la política, no como él lo hiciera para salvar la vida, sino a raíz de un triunfo electoral, cuando no estaba en peligro ni su existencia de partido, ni su integridad, ni su supremacía, para salvar dos miserables diputaciones, exponiéndose a perder dos senaturías sacrificando a los nacionales por el sólo delito de haber creído en ellos y burlando a sus constantes, abnegados y fidelísimos aliados de 1875!!!

Esta elocuente lección hubiera bastado a cualquiera, pero el señor Sanfuentes no hace las cosas a medias. En 1902 un diputado balmacedista le había

abandonado, en señal de protesta contra la coalición; pues bien, a ese mismo diputado, doctrinario ahora, se le encargó la presidencia del Ministerio que inauguraba ese régimen aborrecido!!!

Como se ve, el señor Sanfuentes es todo un hombre. Alto, grueso, sonrosado, rebosando salud y buen humor, nada hay en él de esa gravedad inerte, que constituye en Chile el único mérito de no pocas personalidades políticas. Experto en la ciencia de la vida, pródigo en promesas y leal en cumplirlas, ágil en sus movimientos, rápido en sus resoluciones, ningún hombre acaso es más apto que él para dirigir un partido en una época como la nuestra en que la vigilancia no es sólo necesaria para precaver los golpes de los adversarios, sino también los de los amigos.

Se le acusa de inquietudes de carácter. Dios me perdone el haber participado de este mal juicio. Una sola circunstancia basta para absolverlo: ha debido hacer no pocas veces política en unión con los doctrinarios. Vayan ustedes a pedirle quietud a un hombre en tales condiciones.

No es posible juzgar al señor Sanfuentes como estadista. A ejemplo de la mayoría de nuestros jefes de partido, prefiere permanecer entre bastidores, mientras gobiernan sus allegados de menor categoría. No se le ha visto interesarse por problemas de un orden superior a las pequeñas combinaciones de la política: acaso le ha faltado tiempo para ello: primero es la vida, después el ideal.

A la terminación del régimen del terror, le preguntaron al Abate Sieyes qué había hecho durante ese tiempo: vivir, contestó Sieyes... Eso hacen también nuestros partidos: vivir, y ya tienen con ello bastante trabajo.

El señor Sanfuentes desea ser Presidente de la República, lo que es muy natural, pero un hombre de sus talentos políticos no podía desconocer que la subsistencia del régimen de alianza, predominante a principios de 1905, constituía un obstáculo insuperable para sus pretensiones. En una convención de los partidos de Gobierno, los doctrinarios y radicales serían dos contra uno. Este convencimiento del señor Sanfuentes era la enfermedad que consumía la existencia de la alianza liberal.

LAS EXPECTATIVAS DEL SEÑOR LAZCANO Y  
LA RUPTURA DE LA ALIANZA LIBERAL  
(8 de agosto de 1912)

Jamás la anarquía política ha llegado en Chile, ni aún ahora, a más doloroso extremo que en el invierno de 1905.

Los balmacedistas y el señor Sanfuentes, seguros de ser aplastados dentro de la alianza liberal de entonces por radicales y doctrinarios, no divisaban mejores perspectivas dentro de la coalición.

Después de la campaña presidencial de 1901, los nacionales habían acompañado noblemente en su derrota a los conservadores, sus únicos aliados en aquella desgraciada lucha. "Los amigos de la próspera y de la adversa fortuna", decía don Agustín Edwards en julio de 1905. Semejante actitud constituía para



políticos incapaces de comprenderla, un renuncio de los principios liberales. Tiene, sin embargo, otro nombre: se llama decencia, se llama lealtad.

El lazo que unía en la oposición a nacionales y conservadores, no tenía los caracteres de un pacto político. Por mutua conveniencia ambos partidos habían pactado su absoluta libertad de acción.

Los conservadores no deseaban en efecto, ligar su suerte futura a la del candidato vencido en 1901. Nadie tenía tampoco el derecho de exigirlo. En realidad, los conservadores sacrificaron en 1901 su situación de Gobierno a su afecto por el señor Montt. Sin este sacrificio el señor Riesco acaso habría sido elegido Presidente por la coalición entonces dominante.

Repetir la propia aventura en 1906, después de semejante desastre, era una locura manifiesta. Por otra parte, la derrota del señor Montt, había consolidado dentro del partido conservador la influencia y el prestigio de los que buscaban ante todo un acuerdo balmacedista. Demasiado bien lo sabían esto los nacionales, pero comprendían las exigencias de la nueva situación de sus aliados, y no cometieron la torpeza de quejarse. De allí la mutua y respetuosa libertad de acción existente entre nacionales y conservadores, en el invierno de 1905.

Pero el probable acuerdo conservador-balmacedista ¿tendría, acaso, por resultado la presidencia de don Juan Luis Sanfuentes? Había motivos para dudarlo. Entre el caudillo balmacedista y el acuerdo conservador, se alzaba la sombra del señor don Fernando Lazcano.

Este distinguido personaje ha sido mil veces presentado como un verdadero enigma político. Si se le sigue, sin embargo, al través de las variadas y contradictorias evoluciones de nuestra historia contemporánea, no es difícil comprender el secreto de su actitud y la finalidad de sus propósitos. La una y los otros son netos definidos y perseverantes.

Tan cierto es esto, que su conducta puede sintetizarse en una frase: arrancar al liberalismo de la alianza radical y llevarlo a la coalición conservadora.

Con semejante política no podía el señor Lazcano, por lo menos en aquel tiempo, buscar su punto de apoyo en el partido liberal doctrinario, que aún cuando era el suyo, afirmaba su preponderancia en el abnegada y decidida cooperación de los radicales.

En cambio, los balmacedistas parecían ser sus aliados naturales. En la lucha permanente entre ellos y los doctrinarios, los radicales habían acompañado siempre a los segundos. Era, pues, lógico que los balmacedistas buscaran, como partido de centro liberal, una orientación que les apartara de los radicales. La fórmula del señor Lazcano, resolvía este problema.

Examinando sólo *las eventualidades ordinarias de la política*, parecía que en el invierno de 1905, el señor Lazcano llegaba tranquilamente a su objeto. Las cartas de su juego eran, sin duda, las mejores.

Los conservadores, apenas repuestos del desastre de 1901 habían perdido toda esperanza humana de llevar al triunfo una candidatura de coalición con base nacional. Muchos de ellos resistieron aún esa candidatura en la campaña anterior, y el acontecimiento parecía haber dado la razón a los disidentes de

entonces. En cambio la coalición, con base balmacedista, presentaba mucho más lisonjeras perspectivas de éxito. ¿Quién podía poner en duda que los conservadores, asustados todavía con las amenazas doctrinarias del mes de enero, no acogerían gustosos cualquiera combinación capaz de vencer en las elecciones a la alianza liberal, entronizando el régimen de coalición?

Tampoco parecían deber vacilar los balmacedistas. Entre una alianza donde su papel era el de parientes pobres, donde la indisoluble amalgama de doctrinarios y radicales, les reduciría siempre al papel de auxiliares incómodos y soportados sólo en fuerza de la necesidad, y una coalición en que ellos podían ser el eje y los árbitros de la política, la elección no era dudosa. Aún sacrificando por de pronto, en aras del señor Lazcano, las perspectivas presidenciales del señor Sanfuentes, este sacrificio no parecía importar sino una postergación por cinco años de tales expectativas. En cambio el triunfo de la alianza liberal, consagraría en forma aplastadora y definitiva esa prepotencia de los doctrinarios que había sido y continuaría siendo el escollo donde naufragaran todas las esperanzas del caudillo balmacedista.

Como lo probaron más tarde las elecciones parlamentarias de 1906, la coalición balmacedista-conservadora, sin más auxilio extraño, era capaz de la victoria... Excelente parecía, pues, el naipe del señor Lazcano.

Pero aún podía este político esperar mucho más. ¿No le auxiliaría en su empresa una parte de su propio partido? ¿No llegaría a contar con los nacionales? El señor Lazcano podía esperar algo y mucho de todos los campamentos, si se exceptúa, se entiende el radicalismo, cuya exclusión era el primer artículo de su programa.

No todos los doctrinarios, en efecto, se sentían indisolublemente ligados a la alianza radical: no todos repugnaban la coalición. Una buena parte de ellos, en unión con los nacionales, habían llevado al triunfo en 1906, la candidatura coalicionista de don Federico Errázuriz Echaurren. Entre estos liberales y el señor Lazcano, existían no pocos vínculos, no sólo políticos, sino personales, y aún de ideas e intereses económicos: la mayor parte de ellos eran, como él, partidarios de la expansión del papel moneda, régimen que entonces triunfaba con las fugaces ilusiones del resurgimiento.

Pero esas tendencias se veían combatidas en el espíritu de los doctrinarios por consideraciones de otro género, y la primera de todas era el interés de partido. Para muy pocos podía ser un misterio que el triunfo del señor Lazcano y el rompimiento de la alianza radical, significaba el fin del predominio doctrinario en la política chilena y su reemplazo por el predominio balmacedista. Era el cambio definitivo en perjuicio de los liberales, del eje y punto de apoyo de los partidos de centro. Por eso no podía el señor Lazcano hacerse muchas ilusiones sobre la actitud de sus correligionarios enfrente de su candidatura.

Más difícil de despejar era la incógnita de los nacionales. Sin vínculos con la alianza liberal, y unidos a los conservadores sólo por el recuerdo de un desastre común, los vencidos de 1901, se encontraban en ese aislamiento que lejos de ser una debilidad es una fuerza. ¿De qué lado se inclinarían? ¿Iban a consagrar el triunfo de los radicales y liberales, sus adversarios en la anterior

campana presidencial, o a combatir por el señor Lazcano, en unión de sus antiguos aliados?

En esta situación de los partidos la moribunda alianza liberal expiró por fin.

Había sido nombrado Ministro de Chile en Quito, el senador don Federico Puga Borne, amigo personal del señor Lazcano, y su lugarteniente en los combates de la política. Presentó entonces su candidatura, en reemplazo del Ministro nombrado, su hermano don Julio Puga Borne, liberal lazcanista, como él.

Los doctrinarios se alarmaron: la situación del señor Lazcano en el Senado era ya muy fuerte, y el nombramiento diplomático del señor Puga Borne, tenía precisamente el objeto de debilitarla. No era, pues, menudo chasco, el simple reemplazo de un lazcanista por otro. La junta electoral de la alianza había asignado a los liberales la senaduría del Ñuble y estos se apresuraron a proclamar como candidato al señor don Gonzalo Bulnes; pero los balmacedistas, postergaban con uno u otro pretexto la recomendación de la candidatura liberal; don Julio Puga Borne proseguía en sus trabajos eleccionarios, y su hermano no hacía finta de marcharse al Ecuador.

En plena alianza liberal iban, pues, a combatir en el Ñuble los radicales y doctrinarios, contra los balmacedistas y lazcanistas unidos con los conservadores. Las probabilidades de éxito, parecían ser de los primeros.

De pronto se produjo un golpe teatral. Don Federico Puga Borne declaró al Gobierno que no aceptaba la plenipotencia para la cual se le había nombrado; entendía, pues, conservar su puesto en el Senado: la lucha electoral en el Ñuble no tenía ya razón de ser.

El escándalo fue inmenso, y manifiesta la conspiración coalicionista que se ocultaba debajo de la alianza liberal.

Abierto en junio el Congreso, el Gabinete apareció dividido ante el Senado. Los Ministros liberales sostuvieron que el señor Puga Borne había aceptado la Legación, y que su desistimiento posterior tenía los caracteres de una simple renuncia, que no lo habilitaba para recuperar su asiento de senador. Produjeron, en apoyo de esta aserción, una carta del propio interesado. Los Ministros balmacedistas, en cambio, afirmaron que el señor Puga Borne había aceptado "el ofrecimiento del Gobierno, pero no el cargo". Casuística digna de un Escobar.

El asunto fue puesto a votación el 13 de junio. En ella triunfaron, unidos como una tabla, el señor Lazcano, los balmacedistas y los conservadores<sup>1</sup>.

Los nacionales votaron con los liberales y radicales.

La alianza se desplomó. Seis días después así lo declaraba oficialmente la junta ejecutiva del partido doctrinario.

El señor Lazcano, seguro de su juego, habría avanzado su primer peón, olvidando si una pieza muy frecuentemente desdeñada por los jefes de partido,

<sup>1</sup> Un conservador, sin embargo, el anciano y venerable estadista don Alejandro Vial, antiguo Ministro de don Manuel Montt, y unido a los nacionales por más de un vínculo, votó con los doctrinarios.

una pieza que no aparece en el tablero de la política, sino en las grandes ocasiones, pero que de cuando en cuando suele dar al traste con las más refinadas estrategias.

Esta pieza se llama la opinión pública.

NI ALIANZA NI COALICIÓN  
(11 de agosto de 1912)

Muy instructivo es el recuerdo de las perturbaciones políticas originadas por la ruptura de la alianza liberal en 1905.

El acuerdo balmacedista-conservador no estaba aún escriturado, pero existía *in petto*, como podía deducirse del reciente voto del Senado en el incidente Puga Borne. Al frente de este block, así se le llamó desde entonces, la alianza liberal quedaba reducida a doctrinarios y radicales. Los nacionales permanecían en su actitud de discreta prescindencia.

El Excmo. señor Riesco encomendó a don Adolfo Guerrero la tarea de formar un Gabinete de administración. Las gestiones del señor Guerrero no tuvieron buen fin: don Fernando Lazcano se creyó en el caso de adelantar un segundo peón, e hizo anunciar al organizador del Gabinete la existencia de una mayoría coalicionista en ambas ramas del Congreso.

¿Se habían decidido al fin los nacionales?

Los elementos parlamentarios del partido estaban en ebullición, como es el caso de los elementos parlamentarios de todos los partidos en circunstancias análogas, principalmente después de algunos meses de ostracismo.

¿Qué hacen nuestros jefes? ¿Cómo es que no vamos luego al Gobierno? murmuran los más impacientes.

Para estudiar en sus raíces más hondas las causas de la desoladora anarquía que nos devora, nada más instructivo que una vuelta por la mesa de onces de la Cámara, antes, durante y después de una crisis ministerial.

Por algunas semanas ha sido muy difícil reunir número. Unos diputados están en la hacienda, otros tomando copas en el club, y no pocos escribiendo cartas en un rincón de la secretaría... Es la pneumática que funciona: se hace el vacío alrededor de los suspirados sillones ministeriales.

El petardo estalla por fin: tenemos o no tenemos alianza; se "deshizo o se organizó la coalición"; o son simplemente "las personas" de los Ministros las que están en juego. Para el caso todo es lo mismo... ¡Va a haber crisis!... ¡Santa palabra!

La secretaría de la Cámara se ve concurridísima; aparecen en ella muchas y muy amables caras nuevas; cada uno más obsequioso e insinuante que su vecino, parece decir a sus colegas: "¿por qué no se fijan en mí? Yo a nadie digo no, soy un buen muchacho, amigo de todo el género humano".

De cuando en cuando se asoma al comedor un jefe de partido, o mejor todavía, un probable organizador de Ministerio. Entonces el rodearle, el ofrecerle asiento, el rendirle todo género de atenciones. Si el presunto es liberal,

cada uno ha sido dentro de su partido el más constante luchador en pro del acercamiento hacia los liberales. Y así, sucesivamente.

En una mesa redonda, iguales todos ante la ley y la esperanza, discurren los diputados de un partido.

—Bueno sería que don Arturo no acudiera esta vez como siempre a los Ramírez; parece que ellos no más fueran capaces de ser Ministros, y entretanto nosotros necesitamos preparar gente nueva. Así el partido se va quedando sin hombres de Estado.

—No es don Arturo el que tiene la compra. A los Ramírez les imponen "ellos".

("Ellos" son los del partido aliado).

—Si conocen muy bien sus intereses saben que Escipión Ramírez entre billa y billa les da a ellos cuanto le piden, y los correigionarios nos quedamos mirando. Lo mismo es Pacífico A. Ramírez. Como a él no le gusta molestar, ni da batallas por los intereses del partido, lo eligen de Ministro. Ustedes recuerdan el asunto del prefecto de policía de Coihueco.

—No me digas; a este paso no va a quedar en la administración uno solo de los nuestros ni para remedio. Necesitamos hombres de más empuje, hombres de lucha.

(Esto lo dice, por supuesto, un luchador).

En los demás círculos el "problema político" se discute en términos análogos, pero dentro de la cordialidad más perfecta.

Sólo se rompe ésta, cuando el nuevo Ministerio jura.

Muchos se creyeron llamados, pero sólo seis fueron los elegidos.

¡Pobres diablos! Tanto suspirar por aquel banco, que pasa a ser el banco de los leprosos. Los excelentes amigos y camaradas del día anterior, se acercan sonriendo a felicitarlos, pero llevando ya en el alma un pensamiento asesino.

No lo dicen ni menos lo gritan, pero ese pensamiento, traducido en romance, significa: "Después será mi turno, y ojalá dure el tuyo el menor tiempo posible".

Si los recién juramentados pudieran leer en los corazones de sus amigos de ayer, verían escrito en ellos algo parecido al enérgico apóstrofo de Gambetta: "Eres Ministro: *voilà l'ennemi*".

Es un sentimiento no muy noble pero sí muy humano. La codiciada sucesión se abre cada pocos meses, y la vida de sus poseedores depende de los presuntos herederos... Y hay quienes se espantan de la escasa duración de los Ministerios.

No es necesario agregar casi que los elementos parlamentarios de los partidos están siempre dispuestos a cooperar a la organización de cualquier mayoría de Gobierno: el nombre y las tendencias poco importan: eso sí, el número de carteras es cuestión interesante: mientras más sean, mejor.

¡Y don Juan Mackenna fue a preguntarles el otro día a los liberales democráticos si preferían un Ministerio con dos Ministros de ese partido o uno con tres!... Tales preguntas llevan envuelta la respuesta... No hay para qué



hacerlas. ¿Quieres dos o tres chauchas?... Vengan las tres, contesta todo hijo de vecino.

Por eso en junio de 1905 don Juan Luis Sanfuentes y don José Tocornal, grandes conocedores del corazón parlamentario, creyeron excusado consultar previamente al partido nacional sobre su probable ingreso a la recién pactada coalición.

Estuvieron a punto de no equivocarse.

En efecto, la mayoría de los diputados nacionales, sin tener a la vista otra consideración que la perspectiva de subir próximamente al Gobierno, se encontraban listos para arrojar por la borda una situación política brillante, sin compromisos, de aislamiento decoroso, que iba a convertirlos, pocos meses más tarde, en el centro de las esperanzas de la opinión pública.

Era, en verdad, difícil engañarse respecto a los sentimientos del país.

El desastre de la Alianza Liberal, a raíz de las bulliciosas expectativas doctrinarias del mes de enero, había dejado en los ánimos la idea de la impotencia. Las viejas y queridas combinaciones, alrededor de las cuales se peleaban desde hacia quince años las batallas o escaramuzas de la política, ensayadas unas en pos de otras, fracasaban irremediabilmente todas. Se quería, pues, algo de nuevo, algo que no fuera el interminable y ya gastado rodaje de la coalición sucediendo a la alianza, y la alianza a la coalición: un fracaso después de otro fracaso.

Esto era lo que no se veía ni se sentía dentro de la reducida atmósfera de la Cámara de Diputados, alrededor de la mesa redonda, en que hacían onces los nacionales.

Los problemas políticos, mirados demasiado de cerca, se ven siempre pequeños. Las intrigas e intereses de cada día no sólo ocultan las grandes perspectivas de conjunto, sino aún los mismos intereses del día de mañana.

Considerada la situación de los nacionales en julio de 1905 a la luz del criterio dominante en nuestros partidos, el camino a elegir no era dudoso.

Brindábaseles, por una parte, el Gobierno, con dos Ministros, en unión de los amigos de la próspera y adversa fortuna y con la perspectiva de cómodas posiciones en la ya próxima campaña electoral de marzo de 1906.

Nada de esto podía ofrecer la alianza radical-doctrinaria, sino recelos envejecidos, el recuerdo de rivalidades interminables, una situación política indecisa, si no de franca minoría, muy pocos amigos, muchas e irreductibles ambiciones.

Pero en los momentos mismos en que los elementos parlamentarios del grupo nacional, arrastrados por lo que parecía ser el interés político del momento, corrían presurosos hacia la coalición que les llamaba, hubo un hombre que les detuvo.

Basta ya de estériles vaivenes de efímeras alianzas políticas fundadas en el reparto de cada día... Basta ya de ser cómplices de esta interminable anarquía... ¡Retirémonos! ¡No estamos ya al mejor postor!...

¡Visionario! dijeron, acaso, los hombres prácticos de la política y de su partido. Desdeñamos el Gobierno y sus ventajas, comprometemos el éxito de

las próximas elecciones parlamentarias, para ir a donde nadie nos llama, a donde nada pueden ofrecernos.

Sin embargo, el 6 de julio de 1905, el partido nacional, después de un borrascoso y agitado debate, declaró que conservaba su absoluta libertad de acción.

Pocos meses después, el nombre de ese visionario era en los labios de la opinión pública un grito de guerra, a que nada supo resistir.

Porque ese visionario era el señor don Pedro Montt.

DON PEDRO MONTT  
(13 de agosto de 1912)

El señor don Pedro Montt, la más alta personalidad política que ha podido contemplar de cerca nuestra actual generación, contaba sesenta años de edad, cuando el voto entusiasta de la inmensa mayoría de sus conciudadanos le llevó a dirigir los destinos de la nación.

Ningún hombre público de Chile ha sido objeto de mayores y más audaces esperanzas. La liquidación de nuestros partidos caducos; el término definitivo de la anarquía parlamentaria; la restauración de las viejas tradiciones de orden y gobierno; todo esto y más todavía se esperaba de él.

En 1905 éramos más felices que hoy: entonces creíamos en un hombre; ahora ya no creemos en ninguno.

Su mismo apellido era un programa y una bandera. Montt, en nuestro lenguaje político, significa autoridad y fuerza, y el país comenzaba ya a comprender que era eso, precisamente, lo que le faltaba. Así la leyenda del decenio, lejos de perjudicar al heredero del ilustre Presidente de 1851, le rodeaba de mayor prestigio.

Muy raras veces, en este mísero planeta, las grandes esperanzas dejan de convertirse en crueles decepciones. Así, a pesar de haber sido el señor Montt uno de los más ilustres Presidentes de Chile, algunos de sus entusiastas partidarios de 1906, se llamaron luego a engaño.

Otro tanto habría sucedido si el propio don Manuel Montt hubiera resucitado para empuñar en nuestro tiempo las riendas del Gobierno. Las circunstancias de hoy no son las de 1851. Entonces sólo era preciso conservar el orden establecido: ahora es necesario crear el orden que no existe. Para lo primero puede bastar la autoridad de un hombre eminente: lo segundo es el privilegio del genio. Y don Pedro Montt no era un genio, como tampoco lo fue su padre.

Así y todo, su figura nobilísima se levanta a mucha altura sobre la de sus émulos y rivales.

No debió su prestigio ni sus éxitos a la política del silencio, de las sonrisas y de la complacencia, que constituye el único mérito de tantas personalidades de esta tierra. Tampoco se elevó mediante ese conjunto de ardidés y artificios, que suele llamarse la ciencia de los hombres, y no es sino la de prostituirlos y corromperlos. Desdeñaba, asimismo, esa vana y ruidosa popularidad que tan

fácilmente se obtiene halagando las pasiones agresivas del mayor número en el orden político como en el religioso y en el internacional.

Desde la época de Santa María sirvió a muchos Gobiernos, pero siempre en el puesto de mayor lucha y sacrificio, sin disfrazar sus opiniones por impopulares que fueran, exponiéndose en todo momento a recibir los golpes más violentos, y logrando en muchos casos concentrar sobre su persona toda la fuerza de los ataques.

Posee, decía de él don Julio Zegers en 1906, el valor cívico en alto grado, en grado eminente, en primer grado.

Su voluntad activa y poderosa, su extraordinaria laboriosidad, el vigor de sus convicciones y la indomable energía con que estaba siempre dispuesto a defenderlas, le hacían aparecer joven entre políticos de mucho menos edad, pero enervados antes de tiempo por los halagos de una existencia fácil, sin luchas ni sacrificios, sin trabajo ni responsabilidades.

Había heredado, no obstante, de su ilustre padre, dos condiciones de carácter, que le perjudicaron por lo menos tanto como a él: la terquedad y el dogmatismo.

Obstinado y doctrinario, tal es el doble reproche que se acuerdan en dirigir a don Manuel Montt, algunos de sus contemporáneos. De su hijo puede decirse otro tanto.

Así como hay espíritus indecisos, fluctuantes y versátiles, hay otros en que las ideas se cristalizan y adquieren la solidez y fijeza del granito. Y de este mismo vigor de las convicciones, se deriva la obstinación e inflexibilidad para aplicarlas.

Don Pedro Montt fue una víctima de las tendencias dominantes en nuestra enseñanza durante el último medio siglo. Su espíritu, que se inclinaba ya hacia las afirmaciones absolutas y los principios dogmáticos, en virtud de poderosas influencias atávicas, no estaba sino demasiado dispuesto a dejarse sugestionar por la lógica simple y rectilínea de la filosofía deductiva. Y una vez que ese sistema completo de pretendidas verdades se hubo apoderado de su cerebro, ningún poder humano fue capaz de perturbar en lo más mínimo su ya inmutable fe.

Antes del día feliz en que don Valentín Letelier abriera su curso de Derecho Administrativo, la Universidad de Chile, o más propiamente el curso de Derecho, estaba por completo entregada a la autoridad de los ideólogos.

La política y la economía eran entonces ciencias lógicas, metafísicas, cuyas consecuencias todas se derivaban de un corto número de teoremas fundamentales, basados también sobre el cimiento harto deleznable de la razón pura.

La soberanía del pueblo, los derechos inalienables del hombre, el respeto absoluto de las iniciativas individuales, la ineficacia o malignidad de la acción pública, eran los fundamentos de que se derivaban, mediante una serie de silogismos, los principios que en política han concluido por desorganizar el Estado y ungido en economía como dogmas de fe, postulados no menos perturbadores.

Esa escuela para nada tenía en cuenta las enseñanzas positivas de la ex-

perencia, ni el arte de las oportunidades, ni las exigencias de los diversos medios sociales. Era una ciencia, cuyos teoremas debían aplicarse con idéntica inflexibilidad a la Suiza y el Congo; una ciencia cuyo resultado práctico ha sido en Chile el desquiciamiento absoluto del orden fundado por nuestros padres. Derechos anárquicos de las minorías, voto acumulativo, comuna autónoma, elecciones libres en un pueblo que no tiene la menor idea de lo que hace, un parlamentarismo de opereta, una democracia de teatro Guignol; esto es lo que se ha derivado lógicamente de una filosofía, para la cual "todo gobierno era una plaga, y todo gobernante un enemigo nato de la sociedad".

Defendido en parte por las tradiciones de su familia y de su partido, el señor Montt, no se contó, por cierto, entre los autores de novedades literarias y filosóficas, que desde Lastarria hasta el presente han trabajado en la obra de disolución política y social, cuyos últimos efectos lamentamos. Pero su espíritu, no quedó por eso menos hondamente perturbado, sobre todo en materias económicas, esto es en un terreno en que su tradición positiva tenía menos influencia.

En esto fue un ideólogo por completo: en política pura lo fue sólo a medias.

Estas tendencias del espíritu del señor Montt, agravadas hasta lo incurable, por efecto de la educación, se manifestaban aún en los detalles de su trato familiar y de su estilo. Incansable razonador, dialéctico formidable, cuando encontraba un silogismo creía haber resuelto un problema.

La lógica y la obstinación: he allí los escollos, donde naufragarían muchas de las buenas intenciones de aquel esclarecido estadista. Así le sucedió, por ejemplo, en el asunto monetario. Su terquedad dogmática e inflexible, en pro de la conversión fulminante a dieciocho peniques, le impidió llegar a una solución práctica y posible de aquel difícil problema, y no tuvo otro resultado que el sumergir aún más profundamente al país en los abismos del curso forzoso.

Iniciado desde temprano en la vida pública, la personalidad del señor Montt comenzó a tomar relieve en las postrimerías de la administración Santa María. A principios de 1886, el Gobierno necesitó de un hombre que arrostrara las iras y antipatías de una situación difícil, que presagiaba las ya cercanas tormentas del 91. El señor Montt, entonces como siempre, no excusó su persona e hizo el golpe parlamentario de 9 de enero.

Fue tres veces Ministro del señor Balmaceda. Como primer titular de la cartera de Obras Públicas, emprendió, en unión de aquel mandatario el vasto plan de mejoras materiales que, a través de las luchas y los desastres, ha quedado como la obra más duradera y nacional, de ese desventurado Presidente. Llevan entonces, la firma del señor Montt los contratos de construcción de veinte líneas férreas, de la canalización del Mapocho y de numerosísimos edificios destinados a escuelas públicas. Apenas hay rincón del país, donde no existan huellas de la incansable labor de ese primero y fecundo paso del señor Montt por el Gobierno.

Después de la revolución, como Ministro del Interior, del Excmo. señor don Jorge Montt, al par que supo reprimir usando de todos los recursos

constitucionales, las desesperadas intenciones de revuelta promovidas por los partidarios del régimen caído, les abrió lealmente las puertas de la lucha legal, y tuvo así la honra de presidir, en pleno estado de sitio, las primeras elecciones libres, verificadas en Chile.

En 1896, disputáronse la Presidencia de la República, en la más reñida campaña electoral de nuestra historia, don Vicente Reyes y don Federico Errázuriz Echaurren. El señor Montt, coadyuvó eficazmente al triunfo del segundo.

La situación del país era difícil. Tres hondos problemas preocupaban principalmente a la opinión: las relaciones internacionales con la República Argentina, que llevaban envuelta la amenaza de una guerra próxima; la crisis económica y la reforma monetaria.

El momento no era, pues, favorable para resucitar las viejas discordias teológicas, cuya bandera había levantado la alianza liberal y su candidato, el señor Reyes. El país, había, pues, pronunciado su fallo en pro de la coalición conservadora que significaba el olvido de querrelas casi siempre inoportunas, y entonces más que nunca.

El señor Errázuriz mostró ser todo un estadista, un hombre leal y caballeresco para los que lo elevaron, y un espíritu serio, en el buen sentido de esta palabra; esto es, tuvo propósitos levantados y supo luchar por ellos.

Estos propósitos eran, en cuanto a los fines, la paz internacional, el orden financiero y la buena moneda; como medios, la tregua doctrinaria y la lealtad inquebrantable para con los conservadores que, dirigidos entonces por don Carlos Walker Martínez, estaban a su vez dispuestos a apoyar enérgicamente las miras de la administración.

La lucha fue larga y reñida. En ella cupo al señor Montt una actuación neta, decidida, entusiasta, casi intransigente... Hubo, pues, de ganar odios y prestigios, y acaso más odios que prestigio.

Muchos lucharon a su lado, pero en actitud más tímida, opaca e incierta, sin comprometerse demasiado, asegurándose siempre una retirada cualquiera. Así era el señor Montt, quien daba y recibía los peores golpes.

Él fue el agente de los judíos y banqueros, empeñado en arruinar en provecho de unos pocos afortunados a los productores; él, el traidor a la patria, que pretendía vender el país a sus enemigos de allende los Andes; él, el mal liberal, que se obstinaba en mantener a todo trance el funesto régimen de coalición.

Llegaron las nuevas elecciones presidenciales. El señor Montt parecía ser el sucesor lógico del señor Errázuriz. Así lo comprendía el propio Presidente, que por una excepción, casi única, había llegado a profesar, por su intrépido colaborador, un respeto que no otorgaba fácilmente a los demás hombres, aquel gran demoleedor de viejos prestigios.

Pero el candidato del Gobierno gozaba en el país, y sobre todo entre el liberalismo, de una espléndida, de una magnífica, de una honrosísima impopularidad. Él no hizo, por otra parte, nada por alterarla: se mantuvo fiel a sus alianzas y convicciones.



Se levantaron, pues, contra el señor Montt, el trapo tricolor y el trapo rojo; el patrioterismo agresivo y las ideas liberales...

Uno de los colaboradores del señor Errázuriz lo venció... uno que como él había luchado en pro de los mismos ideales, pero que más prudente en el combate y más diestro en las evoluciones, supo escapar a tiempo, para ir a buscar en el campo de la opinión las brisas que soplaban.

Una derrota, como la del señor Montt en 1901, suele ser el preludio de la victoria. Se puede combatir a un hombre como ése, pero se le respeta siempre.

Por eso llegó en 1905 y 1906 la hora de la justicia. Fatigada la opinión de una política de timideces e indecisiones, de anarquía y desorden, no vacilaba ahora en quemar lo que había adorado y en adorar lo que había quemado... Buscó, pues, en el señor Montt un contraste, un carácter, un hombre. La popularidad, como mujer esquiva, se arrojaba en brazos del hombre de que había recibido más desdenes. La fierecilla estaba domada.

Aquí nos toca detenernos.

En la continuación de estos recuerdos veremos al señor Montt candidato primero y Presidente en seguida, luchando con las dificultades, servido por su carácter firme pero bondadoso, por su prestigio inmenso, por su inquebrantable lealtad. Lo veremos estorbado muchas veces en sus anhelos de bien público, por la anarquía parlamentaria, refrenada, sí, pero vencida no. Lo veremos con sus triunfos y sus reveses, con sus aciertos y sus errores, alcanzar en la Moneda un poder y una influencia que pocos Presidentes de Chile han conseguido... Lo veremos concluir su gobierno, caso único en nuestra historia, rodeado de los mismos hombres y partidos que lo habían elevado...

Pero no lo veremos crear nada definitivo, y cuando muera, agobiado por las fatigas de un combate heroico y obstinado en pro de lo que estimaba el bien, la anarquía, que por un momento él logró detener en sus avances, lo invadirá todo de nuevo.

#### LAS ELECCIONES PARLAMENTARIAS DE 1906 (16 de agosto de 1912)

Al declarar el partido nacional en julio de 1905 su libertad de acción, las fuerzas parlamentarias de la alianza y de la coalición quedaban casi completamente equilibradas. En el Senado tenían mayoría los coalicionistas; en la Cámara joven los aliancistas, mediante el auxilio de los nacionales, pudieron conservar, por algunos meses, un predominio incierto y precario.

En tales circunstancias, la solución de la crisis ministerial ofrecía dificultades casi insubsanables, y así la acefalia del Gobierno se prolongó por cerca de dos meses. Algunos espíritus suspicaces creyeron ver en la actitud de los partidos el deseo de precipitar los acontecimientos, provocando la crisis presidencial.

Después de ocho semanas de incertidumbres, el Excmo. señor Riesco logró

formar un Gabinete de amigos personales, bajo la jefatura de don Juan Antonio Orrego (3 de agosto). Dos meses después, al abrirse las sesiones parlamentarias de primavera, la coalición apareció ya con mayoría en ambas Cámaras, y pudo organizarse un Ministerio político conservador-balmacedista, presidido por don Miguel Cruchaga Tocornal. Los liberales lazcanistas estaban representados en él por don Federico Puga Borne. Era el cuarto Gabinete de aquel año agitadoísimo.

Se aproximaban ya las elecciones parlamentarias, y los partidos escogían sus posiciones para la lucha. Los campos rivales estaban ya netamente definidos: por una parte la coalición de gobierno, y por la otra la alianza doctrinaria-radical, auxiliada por los nacionales.

La lamentada muerte del ilustre estadista conservador, don Carlos Walker Martínez proporcionó a los bandidos rivales una ocasión de probar sus fuerzas en la elección complementaria de senador por Santiago, que dejaba vacante el señor Walker.

La coalición presentó como candidato a don Angel Custodio Vicuña, balmacedista de acentuadas tendencias conservadoras. La unión liberal, como empezaba a llamarse a los partidos de oposición, no encontró con la misma facilidad un hombre a quien confiar su bandera. El mapa electoral de Santiago parecía netamente favorable a la coalición, y la tentativa de disputarle su triunfo era considerado como una quimera para los espíritus tímidos.

Es en estas circunstancias difíciles cuando se revelan los caracteres. Don Javier A. Figueroa, miembro hasta entonces de segunda fila del partido liberal, reclamó para sí la honra de sacrificar su persona en una lucha que ofrecía tan pocas probabilidades de éxito. Sus más íntimos amigos trataron de disuadirlo. Iba a exponer su nombre y su dinero en aras de un sacrificio estéril.

Pero el señor Figueroa es todo un carácter. Luchador perseverante y tenaz, ambicioso de raza, no ha escatimado jamás los sacrificios en pro de su partido y de sus amigos. Su valiente actitud en enero de 1906 le puso de relieve, y su inesperado triunfo fue sólo el principio de una rápida fortuna política.

Adversario tenaz hasta entonces del señor Montt y de los nacionales, estaba, sin embargo, destinado a entenderse con un estadista cuyo temperamento tenía con el suyo no pocos puntos de contacto. Así, en la administración del señor Montt, llegó fácilmente al primer puesto: senador, consejero de Estado, dos veces Ministro del Interior, y por sobre todo, jefe práctico e incontestado del partido liberal. Sólo le faltó para llegar al pináculo ceñirse la banda presidencial. Alcanzó a gozar durante algunos años no sólo de la ilimitada confianza del señor Montt, sino también del aprecio y de la adhesión entusiasta de un grueso grupo de nacionales. Ello era natural en un partido que se ha acostumbrado por una larga tradición a estimar el carácter como la primera cualidad del hombre público.

Las inveteradas antipatías del señor Figueroa pudieron, sin embargo, en él más que los halagos de la ambición. Acaso también no supo apreciar debidamente sus propios intereses. Creyó de pronto ver una sombra para sus bien fundadas expectativas en la probable candidatura del joven político nacional

don Agustín Edwards, y se lanzó en una lucha más obstinada y prematura que prudente, no sólo contra el señor Edwards, sino contra el partido nacional.

Venció, pero su victoria fue como la de Pirro: lo dejó sin ejército.

Más de una vez el señor Figueroa debe haber deplorado desde su retiro la hora del mal consejo en que se lanzó inconsideradamente a servir lo que le fue presentado como su causa propia, y no era quizás sino la satisfacción de pasiones ajenas.

Pero esos tiempos están aún alejados en 1906. Tócanos ahora relatar la historia de los éxitos del señor Figueroa. Después vendrá la de sus errores.

El triunfo del señor Figueroa pareció un preludio de victoria para la unión liberal en las elecciones generales. No sucedió, sin embargo, así. La coalición alcanzó mayoría en ambas Cámaras. En el Senado principalmente, de 20 asientos en lucha, sólo 7 correspondieron a los partidos liberales unidos. Acaso este número habría podido aumentarse en algunas unidades, si se hubiera procedido con cierta equidad en la calificación de poderes. Pero la equidad en casos semejantes no es la virtud que caracteriza precisamente a nuestros padres conscriptos.

Entre las victorias unionistas, la más ruidosa y celebrada fue la obtenida por el señor Montt en la capital.

Al conocerse el resultado del escrutinio, una numerosa juventud se acercó a la casa del vencedor para felicitar al hombre que se decía haber salvado al país de la coalición balmacedista-conservadora.

Un entusiasta luchador liberal, un joven lleno de espíritu público y de fe en sus convicciones, don Roberto Huneus, saludó al señor Montt a nombre del liberalismo... En sus palabras podía adivinarse ya una proclamación anticipada de la candidatura presidencial del recién electo senador de Santiago.

No era en aquel momento el señor Huneus el eco ni de los propósitos ni de los intereses de los partidos... La cuestión presidencial no comenzaba todavía a agitarse en las alturas, y todo parecía posible, a raíz del desastre electoral de los unionistas, menos el pensamiento de una próxima victoria en la lucha presidencial.

Pero el señor Huneus, acaso sin darse él mismo exacta cuenta, acababa de lanzar a la calle el formidable factor que esta vez iba a desbaratar las combinaciones de la política, y a convertir los vencidos en vencedores... Acababa de lanzar sólo un nombre: pero ese nombre era el triunfo... La voz del señor Huneus era la de la opinión pública.

LOS MONTANAS. ELECCIONES PRESIDENCIALES DE 1906  
(20 de agosto de 1912)

Los acontecimientos de 1906 envuelven una elocuente lección para cuantos creen que la política de Chile principia y acaba con las combinaciones más o menos artificiosas fraguadas en los pasillos del parlamento.

La coalición balmacedista-conservadora, triunfante en las urnas de marzo,

iba a experimentar tres meses después una derrota, casi sin precedente en nuestros anales. La opinión pública de nuestro país se apasiona, de ordinario, muy poco, cuando se trata de renovar el Congreso: los intereses particulares o locales, las afecciones o el espíritu de partido, prevalecen entonces sin contrapeso. Lo contrario sucede al elegir el primer magistrado de la Nación. El recuerdo tradicional de una época en que el presidente lo era todo y las Cámaras nada, subsiste así entre nosotros, sin que después de tantos y tan frecuentes desengaños, los electores hayan al fin reconocido que, bajo el régimen parlamentario, salvo circunstancias y hombres extraordinarios, la importancia política de la renovación de las Cámaras es hartamente mayor que la del jefe del poder ejecutivo.

En 1906 nos encontrábamos en uno de esos períodos de desengaño. Como buenos españoles, no somos, en general, muy buenos gobiernistas, pero el descrédito de la administración era entonces más marcado que nunca. No sólo se achacaba al Excmo. señor Riesco la responsabilidad de la anarquía parlamentaria, sino también la corrupción administrativa, que según voz corriente, se había entronizado en el Gobierno en forma de concesiones onerosas para el Estado, y de complacencias para con agentes administrativos numerosos y bien relacionados. Era comúnmente admitido que las orgías del resurgimiento, emanaban su origen de este género de concesiones y complacencias.

La inmensa mayoría del país, que no era por cierto participante del jubileo de la calle de la Bandera, estaba descontenta. Aún entre los admitidos al banquete, no pocos espíritus pensadores creían divisar ya cercano como término inevitable y funesto de tantas y tan grandes locuras, una liquidación análoga a la que se siguió en la República Argentina al Gobierno de Juárez Celman, o por lo menos, la agravación y persistencia del régimen del papel moneda, con tanta razón considerado por muchos como la peor de las calamidades públicas de Chile.

"El Diario Ilustrado" era el órgano más autorizado de esos reproches y de esos temores.

Su director propietario, el señor don Joaquín Echenique, miembro caracterizado del partido conservador, es uno de esos hombres públicos que saben merecer de parte de sus adversarios algo más que un encogimiento de hombros, y de parte de sus amigos algo más también que una indulgente y benévola complacencia. No hemos tenido ocasión de apreciarlo como hombre de gobierno, pero sí como luchador valiente, enérgico y tenaz. A estas cualidades debe sus triunfos de periodista y de caudillo.

Acompañaban al señor Echenique en sus anhelos de mejora política y de saneamiento social, no pocas de las más distinguidas personalidades del partido conservador: los Vial, los González Errázuriz, los Subercaseaux, los Salas Edwards, etc., etc.

Sin disputa, y séame permitido hacer cumplido honor al adversario, el partido conservador, por las tradiciones e independencia personal de sus jefes, no menos que por su prolongado alejamiento del Gobierno, es entre todas nuestras agrupaciones políticas la que merece, salvo por lo que toca a sus

doctrinas, mayor confianza de parte de la opinión pública. Casi no se cuentan en él esos personajes que, bajo el nombre de agentes administrativos, hacen un medio de vida de su intervención en los negocios del Estado, ni tampoco esos *politicians* que, desnudos de otros méritos o prestigios, buscan en los puestos políticos una patente de distinción o un salvo conducto para introducirse en sociedad.

Es cierto que la acción corruptora del papel moneda ha hecho sentir su perversa influencia en ese medio en que abundan los grandes propietarios territoriales; pero a este respecto, ¿cuál de nuestros partidos puede tirar la primer piedra?

En 1906 cúpole a un importante grupo del partido conservador la honrosa iniciativa de un movimiento generoso, completamente ajeno a los menudos cálculos de la política o del engrandecimiento personal, y cuyo fin no era otro que el bien público, en su más amplia acepción... Era una especie de liga cívica, como la que hoy se está formando, pero con más absoluta y completa abdicación de los lazos de partido, con finalidades más próximas, y acaso con un criterio más práctico... Es que creían en un hombre, y esta fe aún cuando la supongamos equivocada, tiene mil veces más fundamento que la mayoría de las creencias. Todas las grandes evoluciones de los pueblos han sido realizadas por un hombre, o en torno de un hombre, llámese éste Napoleón, Bismarck, Portales. La misma revolución francesa no se hizo carne y conquista antes de haber encontrado el genio que la encauzara y dirigiera. La opinión es la materia prima, la masa plástica; pero el obrero es siempre necesario para moldearla.

Así parecieron comprenderlo los conservadores a quienes se dio muy luego el apodo de montanas. No perdieron el tiempo en la tarea pueril de elaborar programas más o menos artificiosos. Se limitaron a decir: "la situación nos parece grave; el país necesita de una mano honrada y vigorosa que lo dirija y lleve por nuevos rumbos: creemos en don Pedro Montt, y si la unión liberal lo proclama por su candidato, le ayudaremos sin otra condición que el olvido por cinco años de esas luchas religiosas que, no sólo como conservadores, sino como chilenos, consideramos perturbadoras en las actuales circunstancias".

La patriótica proposición de los montanas encontró favorable acogida en el campo liberal. No tenía, en efecto, la alianza muy lisonjeras expectativas en la próxima campaña presidencial, como lo probaba el resultado de las recientes elecciones.

Sólo podía salvarla del desastre una personalidad de alto prestigio, y la ayuda de esa gran masa de opinión, indiferente por la política en circunstancias ordinarias, pero cuya actuación suele ser decisiva en las grandes ocasiones.

¿Dónde encontrar esa personalidad, si se eliminaba al señor Montt? En el campo nacional existían, es cierto, don Miguel Varas y don Rafael Sotomayor. Pero el primero no habría sido aceptado por ningún montana, y el segundo, no habría consentido en tomar el paso sobre su jefe.

Entre los doctrinarios el problema eran aún más irresoluble. Don Vicente Reyes representaba con demasiada acentuación la corriente antirreligiosa y anticonservadora... Y, aparte de Reyes, los doctrinarios carecen, más que par-



tido alguno, de hombres como el que requerían las circunstancias. No parece sino que los jefes de ese partido hubieran sido todos vaciados en idéntico molde. Caracteres suaves, espíritus equilibrados, tendencias equilibradas y afición a sacar el cuerpo en circunstancias difíciles. Personajes así, pasan, es cierto, la vida rodeados de una benevolencia más o menos simpática, pero son incapaces de producir, en su torno, el sacrificio, el entusiasmo y la abnegación, cosas de que ellos a su vez carecen por completo.

No había medio de equivocarse: para la alianza liberal el ultimátum de los montanas, era también el ultimátum de la opinión pública, la cual en Chile sólo levanta personalidades descoloridas a raíz de un Gobierno fuerte. A Montt sucedió Pérez; a Errázuriz Zañartu, Pinto; a Errázuriz Echaurren, Riesco... y así sucesivamente.

Los radicales, contra lo que hubiera podido esperarse, aceptaron antes que nadie, la imposición que un pequeño grupo de conservadores les hacía del hombre que más los había combatido en la época del segundo Errázuriz. ¿Comprendieron acaso que vale más entregarse al que ha probado su lealtad, aún sirviendo al adversario que al que no ha servido jamás ni a adversarios ni a amigos? Si lo comprendieron, preciso es confesar que no se equivocaron.

Mayores fueron las resistencias de los doctrinarios, y se comprende. Cada individuo de ese partido, en cuanto pasa de los cincuenta, es candidato nato a la Presidencia de la República. Felizmente hay liberales de menos de cincuenta años, y fueron éstos los que lograron, después de una campaña inteligente y tenaz, llevar al partido a la única situación capaz de evitar el irremediable triunfo de la coalición balmacedista-conservadora. Los nombres de Luis Izquierdo, Jorge Matte, Carlos Zañartu y Roberto Huneus quedarán indisolublemente ligados al recuerdo de esa campaña.

Vencidas las resistencias que la candidatura Montt encontrara en los diversos campos liberales, quedó firmado, de acuerdo con los montanas, un pacto político cuyas bases se reducían a estipular la tregua doctrinaria por cinco años, y el Gobierno en común de los partidos contratantes. Se reconocía a los montanas la represión íntegra de todo el partido conservador. Es digna de recordarse esta última circunstancia, por la influencia que ella tuvo en los acontecimientos posteriores.

A la proclamación de la candidatura Montt respondieron los balmacedistas y conservadores levantando la candidatura de don Fernando Lazcano, sin duda la única que dentro de esa combinación podía disciplinar, hasta cierto punto, el grueso del partido conservador y atraer desde el campo liberal algunos elementos doctrinarios...

No es nuestro propósito relatar los incidentes de la lucha. Al principio el resultado parecía dudoso. La coalición, envalentonada con su reciente triunfo, contaba además con mayoría en el Senado y en el Congreso pleno. Esta última circunstancia era gravísima: el Congreso pleno califica en Chile las elecciones presidenciales y, dados los hábitos del país, el poder calificador puede destruir toda mayoría que no sea formidable. Diez, quince, veinte y hasta treinta elec-

tores de mayoría hubieran sido un bocado para congresales demasiado expertos en este nuevo género de luchas electorales.

Sin embargo, y a medida que se acercaba el 25 de junio, la corriente de la opinión pública fue haciéndose cada vez más formidable... Quince días antes de las elecciones, el triunfo en las urnas de la candidatura Montt, ya no era un misterio ni para amigos ni para adversarios. La coalición luchaba, sin embargo, por obtener un número de electores que le permitiera tentar el principal recurso de que disponía, esto es, el Congreso Pleno...

El resultado de las urnas aniquiló esta esperanza... Don Pedro Montt obtuvo más de los dos tercios de los sufragios. Ante semejante pronunciamiento de la opinión, ninguna componenda pudo intentarse.

#### LA OBSESIÓN DEL EMBOTELLAMIENTO (26 de agosto de 1912)

El 18 de septiembre de 1906 don Pedro Montt prestó su juramento constitucional y se ciñó la banda tricolor en medio de un entusiasmo delirante.

Sin embargo, la situación del país no era fácil, y el porvenir se presentaba sombrío y amenazador.

El brillante resurgimiento económico de 1904 llegó a su apogeo en los primeros meses de 1906, pero ya desde entonces eran visibles los primeros síntomas de la inevitable depresión, que sigue siempre de cerca a esos furores del optimismo. En abril o mayo, una emisión de cuarenta millones de papel moneda no logró detener sino por pocos días el rápido descenso de los valores, y ya la catástrofe parecía inevitable, aún para los espíritus menos perspicaces, cuando vino a precipitarla el espantoso terremoto que el 16 de agosto arruinó en pocos minutos la ciudad de Valparaíso.

La administración que iba a iniciarse no iba, pues, a recoger la fácil cosecha de un pasado de economía y prudencia, sino a liquidar una herencia de locuras y a restañar las heridas causadas al país, no menos por los errores de los hombres que por los cataclismos de la naturaleza. Labor áspera, ingrata, fecunda en desengaños y amarguras.

Las dificultades del orden político no eran menores. El nuevo Presidente iba a gobernar teniendo desde luego en su contra una fuerte y disciplinada mayoría en el Senado y en el Consejo de Estado. El block balmacedista-conservador, dueño de estos formidables reductos, se mantenía firme e intacto, dispuesto a todo, menos a perdonar su derrota, y con el convencimiento de tener los elementos suficientes para poder imponer en breve al nuevo mandatario su voluntad y gobernar en su nombre.

El Excmo. señor Montt podía contar, es cierto, con una pequeña mayoría de dos o tres votos en la Cámara de Diputados; pero la experiencia demostraba con harta elocuencia lo frágil y deleznable de semejantes ventajas, bajo nuestro régimen político.

Y esa misma mayoría no era muy sólida. Contribuía a formarla un corto

número de conservadores, sin cuyo concurso podía transformarse, de un momento a otro, en minoría. Mantener el equilibrio entre esos montañas y el grueso de los radicales y liberales avanzados, parecía un problema insoluble.

En efecto, debajo de todas nuestras alianzas de partido, existen siempre segundas intenciones, que por legítimas que sean, acaban por minarlas en un plazo más o menos breve. Patrióticos y sinceros eran, sin duda, los propósitos que llevaron a los montañas a prestar su apoyo a la candidatura Montt. Pero sin duda, no podían menos de desear que el programa nacional, por ellos subscripto, se realizara con el concurso del partido a que ellos pertenecían y bajo un Gobierno de coalición, mediante la unión de todos los conservadores bajo una misma bandera.

Los radicales, por su parte, era natural que desearan un Gobierno netamente liberal. Tal había sido, durante muchos años, su más firme y constante anhelo. Así, sin poner nada de su parte por romper sus compromisos con la unión nacional y los montañas, no estaban menos dispuestos que sus émulo a aprovechar cualquiera oportunidad que les prometiera cumplir sus ocultos deseos.

El Excmo. señor Montt iba así a verse arrastrado en opuestos sentidos por dos corriente subterráneas invisibles, que dentro de los propósitos y del programa de su candidatura procurarían llevarlo a apoyar su gobierno, ya sea en la coalición, ya sea en la alianza.

Era imposible escapar de una y otra de estas soluciones. Faltaban tres años para la próxima renovación del Congreso, y dentro del régimen parlamentario nadie podía desear, ni menos esperar, la subsistencia por tan largo período de un Gobierno sin mayoría en ambas ramas del Congreso. O el grueso de los conservadores prestaba ayuda a la nueva situación, y entonces predominaba el régimen coalicionista, o los liberales democráticos, engrosando las filas de la alianza liberal, arrojaban a los conservadores a la oposición.

El señor Montt, en su deseo de ser igualmente leal con todos cuantos habían contribuido a elevarlo, debía preferir la primera solución. El ingreso de todos los conservadores a su Gobierno no envolvía forzosamente la exclusión de los radicales, ya que semejante contingencia había sido prevista en los pactos de la unión nacional, y los radicales, aceptada la idea de hacer Gobierno, no sólo con los montañas, sino también con los demás conservadores, cuya representación oficiosa había sido conferida a aquellos.

¿Ofrecía algunas garantías de estabilidad aquella combinación un poco bizarra, apoyada a la vez en los dos partidos extremos? No podemos afirmarlo, ni negarlo. Pero si era posible realizar tan singular acercamiento, es evidente que ningún plan político hubiera sido más adecuado para preparar la liquidación de los viejos partidos, tan prevista y deseada por no pocos.

Intentó, pues, el señor Montt, la organización de un Ministerio presidido por un liberal doctrinario, y compuesto de un nacional, dos radicales y dos conservadores. De estos últimos, uno debía ser montaña y el otro pertenecer al grupo de los conservadores lazcanistas.

Se dirigió, pues, al señor don José Tocornal, presidente del partido conservador, y le pidió un Ministro. Esta demanda fue rechazada.

En efecto, apenas se disiparon en el espíritu de los vencidos de junio las primeras impresiones del desastre, comenzó a germinar principalmente entre los conservadores lazcanistas, un sentimiento muy humano y natural, sin duda, muy lógico dentro de las previsiones ordinarias de la política, pero que no tardó en degenerar en una verdadera obsesión.

Había en ese sentimiento, una mezcla de las recientes amarguras de la derrota y del deseo de un fácil y aplastador desquite.

El Presidente Riesco, elevado al Gobierno después de una victoria tan decisiva como la del señor Montt y contando, además, desde el primer momento, con una fuerte mayoría en ambas cámaras, se había visto, sin embargo, obligado a gobernar con sus adversarios, dejando a sus amigos a la puerta... Eso se llamó el embotellamiento del señor Riesco...

¿Por qué no habían de embotellar también al señor Montt? La empresa parecía mucho más fácil y las circunstancias se presentaban hartamente más favorables.

¿Hubo en esta obsesión del embotellamiento el soplo de un despecho oculto e implacable? Bien puede ser, bien puede no ser... Más vale no meneallo.

La obsesión, no es en política un buen consejero... Menos lo es aún el despecho... El proyectado embotellamiento del señor Montt resultó un chasco y no menudo.

Pero no adelantemos los acontecimientos.

Ante la negativa del señor Tocornal, primera manifestación de una guerra sin cuartel, el Presidente electo resolvió organizar su Ministerio con dos conservadores montanos.

El personal fue bien elegido. Se componía así:

Interior, don Ismael Valdés Vergara (doctrinario).

Relaciones Exteriores, don Manuel Fóster Recabarren (montana).

Justicia, don Enrique A. Rodríguez (nacional).

Hacienda, don Antonio Subercaseaux (montana).

Guerra, don Eduardo Délano (radical).

Obras Públicas, don Carlos Gregorio Ávalos (radical).

Una dificultad inesperada salió al encuentro de este Ministerio, y no le permitió salir de la categoría de proyecto.

La Universidad de Chile se había reunido con el objeto de formar la terna de estilo para el nombramiento de rector. Los elementos radicales que, como es sabido, dominan en esa institución, lograron hacer triunfar una lista cerrada para imponer al Gobierno la elección de un esforzado luchador de las más avanzadas ideas, el señor don Valentín Letelier.

Llevada esta terna al Gobierno, los Ministros conservadores que formaban parte del último Gabinete del señor Riesco, notificaron al Presidente la amenaza de producir una crisis ministerial, dejándolo sin colaboradores en la hora postrera, si daba curso a semejante nombramiento.

¿Qué se proponían con semejante actitud?

¿Evitar el nombramiento del señor Letelier?

No, por cierto. La terna era cerrada, y los otros dos candidatos eran para ellos aún más temibles. Ni era tampoco posible esperar que el señor Montt devolviera a la Universidad su terna, como algunos parecían pretenderlo. Semejante procedimiento, aun cuando hubiera sido legal, lo que es muy dudoso, habría importado una atroz injuria, lanzada por el señor Montt a la fa de sus amigos radicales, que con tanto entusiasmo acababan de trabajar por su elección. Y si el procedimiento de devolver la terna les parecía a los conservadores tan fácil y legal, ¿por qué no exigieron del señor Riesco esa devolución?

Lo cierto es que, tras de las ruidosas protestas de los conservadores, se ocultaba el propósito, apenas disimulado, de crear al Gobierno futuro, una dificultad nueva, de colocar a los montanas en la cruel alternativa de aprobar o subscribir un nombramiento que se condenaba en todos los tonos, como un atentado al orden social cristiano, o de apartarse de un Gobierno a cuyo triunfo acababan de contribuir.

¡Era la máquina embotelladora que comenzaba a funcionar!

Los montanas cometieron el error de no ver claramente el burdo lazo que sus irreconciliables correligionarios les tendían, y se ofuscaron hasta el punto de considerar como una cuestión de doctrina, lo que en el fondo no era sino una maniobra política.

Este error es, hasta cierto punto, explicable. Los montanas no entendían haber abdicado de sus doctrinas: temían, por el contrario, verse calificados de traidores a la vieja causa por que combatieron toda su vida. Hubo en su actitud respeto humano: que es una de las formas de la debilidad.

Fueron, sí bastante justos y generosos para no considerar como un agravio la resolución del Presidente de subscribir el nombramiento del señor Letelier. Comprendieron que eso era inevitable. Se negaron sí a formar parte del Ministerio que iba a subscribirlo.

Los embotelladores no obtuvieron, pues, sino un triunfo a medias, que era casi una derrota. Creían haber debilitado la base parlamentaria del Gobierno futuro, privándolo del concurso de los montanas. ¡Se equivocaron en sus cálculos!

El señor Montt organizó un Gabinete exclusivamente con doctrinarios y nacionales, pero el nombre de sus menestras fue un primer aviso, casi una intimación... En efecto, la mayoría de ellos eran liberales, de marcadas tendencias radicales.

Con la presencia al frente del Gobierno de don Javier Figueroa, de don Santiago Aldunate Bascañán y de don Raimundo del Río, el Presidente parecía decir a los conservadores:

¡Cuidado! Quiero mantener mis compromisos... Pero llevo el nombre de don Manuel Montt, y no me dejaré embotellar... Aquí les muestro mi línea de retirada... Es la Alianza Liberal.

Los embotelladores no quisieron entenderlo.

¡Tanto peor para ellos!



BRISAS LIBERALES  
(1 de septiembre de 1912)

Don Pedro Montt fue el jefe efectivo y responsable de su Gobierno durante los cuatro años de su administración. Pero esta preeminencia le fue muy disputada, sobre todo en un principio. Mientras sus enemigos eran dueños del Senado, el Presidente apenas podía contar con una escasa mayoría en la Cámara joven, merced al apoyo, vacilante, tímido e intermitente de los montanas. Así los embotelladores no desesperaban de conseguir su objeto.

Puede, pues, dividirse políticamente el Gobierno del señor Montt en dos períodos: el de la lucha por el poder y el de la dominación ya no discutida. En el primero su hombre fue el señor don Vicente Santa Cruz: el segundo lo inaugura el largo y trabajoso Ministerio de don Rafael Sotomayor.

El señor Santa Cruz fue maravillosamente elegido para dirigir la política de maniobras prudentes, y de temporizaciones sagaces que se imponía mientras el señor Montt no llegara a adquirir la mayoría parlamentaria, de que carecía al iniciar su Gobierno.

Espíritu flexible, educado en la escuela de la diplomacia, el señor Santa Cruz poseía precisamente las condiciones de que el Presidente de la República carecía en mayor grado. Por sus procedimientos, y hasta por sus modales, era un florentino de la buena escuela. Sin ser político de combate, pertenecía al partido doctrinario. Bien quisto de los conservadores, no mal hallado con nadie, supo mantener durante largos meses una situación de equilibrio inestable muy parecida a un capricho de Goya. Los caricaturistas le representaban armado de un balancín, danzando en la cuerda floja.

Mientras su hábil Ministro maniobraba, sin aparentar combatir con un resuelto e indócil parlamento, el nuevo Presidente afianzaba tranquilamente su dominación en el Gobierno interior.

Los coalicionistas, al ver aceptados dos de sus hombre en los consejos de la Moneda, se imaginaron en un principio tener avanzado el primero y más difícil paso en el camino del deseado embotellamiento. Muy pocos días bastaron a su desengaño. "Al cabo de una semana, nuestros Ministros pertenecían al Presidente, me decía, no ha mucho, un distinguido miembro del partido conservador".

Es que aún sobre sus mismos enemigos obraba la sugestión inevitable de un espíritu recto y superior, ocupado únicamente del bien público y ajeno a los bajos cálculos de una politiquería menuda y estrecha.

Sin embargo, no todo eran flores en el sendero que el Gobierno recorría. La crisis económica había estallado con toda su fuerza, y derrumbándose estrepitosamente el frágil edificio de las esperanzas del resurgimiento. Los pueblos, siempre dispuestos a dejarse engañar por las apariencias, atribuían al Presidente Montt las responsabilidades de un cataclismo, de cuya generación era más inocente acaso que chileno alguno. Nadie como él había combatido las emisiones de papel moneda, origen de la prosperidad artificiosa y falsa, cuyos peligros, por el contrario, supo prever.

Sin embargo, a él se achacaban el desastre de las fortunas improvisadas, la liquidación de los malos negocios y los desengaños todos de una credulidad insensata. Nunca el señor Montt, ni siquiera en 1901 apareció más impopular que en esos tristes días de 1907. Felizmente el círculo afectado por el crac de la calle de la Bandera, no constituía por sí sólo el país, y la grita que todo lo dominaba, hasta el buen sentido, en el Club de la Unión y en sus alrededores, no encontraba más lejos un eco suficiente.

Entre tanto, los partidos se mantenían inmóviles en las posiciones de la campaña presidencial. En ese *statu quo*, reposaba la existencia misma del Ministerio Santa Cruz. Preciso es recordar también que ese Gabinete, como todos los del Excmo. señor Montt, estaba formado de personalidades de primera fila y de indiscutible prestigio. Don Rafael Sotomayor representaba en la Hacienda a los nacionales; don Ramón Escobar, a los liberales democráticos; don José Francisco Fabres y don Ricardo Salas Edwards a los conservadores, y don Carlos Gregorio Ávalos, a los radicales.

Se ha dicho muchas veces que el Excmo. señor Montt gobernó siempre mediante instrumentos dóciles y acomodaticios a su voluntad. Este es un error: ningún Presidente, después de Bulnes, ha tenido en Chile Ministros de más alta situación política. A su muerte, una media docena a lo menos de sus colaboradores, figuraron como candidatos a la Presidencia de la República.

Nos quedaríamos en Chile casi sin personal político activo, el rebajarnos a la categoría de dóciles e insignificantes instrumentos a liberales como don Javier A. y don Joaquín Figueroa, don Ismael Tocornal, don Santiago Aldunate, don Eduardo Charne, don Vicente Santa Cruz, don Domingo Amunátegui Solar y don Raimundo del Río; a balmacedistas como don Ramón Escobar, don Luis A. Vergara, don Manuel Salinas y don Emiliano Figueroa; a conservadores como don Francisco Fabres, don Guillermo Subercaseaux y don Ricardo Salas Edwards; a nacionales como don Rafael Sotomayor, don Agustín Edwards y don Enrique A. Rodríguez; a radicales como don Anselmo Hevia, don Carlos G. Ávalos, don Eduardo Délano, don Eduardo Suárez Mujica y don Jorge Huneeus Gana.

Si el señor Montt, tuvo cerca de esos hombres una influencia siempre decisiva, eso no es sino una honra más para el ilustre Presidente, sin que ello importe mengua alguna para los distinguidos políticos que le auxiliaron en el servicio del país.

La situación-incierta y de equilibrio sobre que reposaba el Ministerio del señor Santa Cruz, no satisfacía a nadie. Se buscaba con justicia una situación sólida de mayoría parlamentaria. Subsistía siempre el eterno dilema de alianza y coalición.

Los compromisos del señor Montt con el grupo de conservadores que lo había elegido, imposibilitaban o dificultaban por lo menos, un Gobierno de alianza; las esperanzas del embotellamiento, aún no frustradas, eran un obstáculo no menor al advenimiento de una coalición sin sacrificio del decoro.

Los montañas, cometieron el error de abrir ellos mismos el camino que

conducía a la situación de alianza, desligándose voluntariamente de los lazos que les retenía a la unión nacional.

Este **acto político** (llamémosle así), no fue precedido de provocación alguna, ni por parte del Gobierno ni de los partidos liberales. Fueron ellos solos quienes de propia iniciativa, firmaron, con el nombre de unión de los grupos conservadores, un pacto cuyo resultado parecía ser lógicamente el predominio de la coalición balmacedista conservadora, el embotellamiento del Presidente y el sacrificio de liberales y radicales.

Así parecía ser, pero no fue. La conducta de los montanas dio, es cierto, origen a un corto Ministerio de coalición, pero en cambio el Presidente y los partidos liberales desligados ya de su compromiso, pudieron evolucionar, sin desdoro, sin poder ser acusados de desleales, hacia la única solución que hacía posible el Gobierno del señor Montt con todos los partidos que le habían permanecido fieles: esto es, hacia la alianza liberal.

¡Feliz culpa! ha dicho el evangelio.

¿Culpa?... El concepto es acaso demasiado duro. Digamos error y estaremos más en lo justo. En efecto, los montanas fueron llevados del noble deseo de proporcionar al señor Montt una base sólida de Gobierno, en la coalición balmacedista-conservadora, pero no comprendieron que un Presidente, apoyado en su adversarios y arrojando de la Moneda a sus amigos, es siempre un Presidente sin prestigio ni fuerza... un embotellado, para decirlo todo de una vez.

En efecto, apenas instalado en la Moneda el Gabinete de coalición presidido por don Luis Antonio Vergara... soplaron brisas liberales...

Mientras por un lado, los conservadores lazcanistas, obsesionados por el embotellamiento se negasen a todo acuerdo, y por el otro, los conservadores montanas, permanecieran fieles a la unión nacional, ni la alianza, ni la coalición eran posibles... Pero en el momento mismo en que los montanas, saltando la valla, se acomodaron a servir la política de sus correligionarios de oposición, el camino de la defensa quedaba abierto y los embotelladores podían ser embotellados.

En efecto, ahora era posible un arreglo con los balmacedistas... Las brisas liberales soplaron, y aún no habían alcanzado los embotelladores a afianzar el corcho, aún dudaban de la efectividad de su efímero triunfo, cuando la coalición se desplomó, para no volver a levantarse hasta... hasta que los doctrinarios tuvieran presidente, y comenzasen como de costumbre, a gritar a muerte sobre todos sus aliados.

EL MINISTRO SOTOMAYOR  
(5 de septiembre de 1912)

El rompimiento de la coalición balmacedista conservadora, en octubre de 1907, importaba un nuevo conflicto entre las dos ramas del Congreso. En efecto, no todos los liberales democráticos acompañaron a don Juan Luis Sanfuentes

en su evolución hacia la alianza. La mayoría de los senadores permanecieron fieles a la coalición; los diputados, en cambio, penetraron no sin entusiasmo por el camino que les señalaba su jefe.

El mismo fenómeno se ha observado en otras ocasiones análogas. El señor Sanfuentes sabe hacerse obedecer mejor en la Cámara joven que en la vieja. Las malas lenguas explican esto por las condiciones personales del caudillo balmacedista, por su destreza en prometer, y su habilidad en despertar esperanzas... sobre todo esperanzas ministeriales.

La mayoría de los diputados pasa su vida soñando en una cartera... Ahora bien, se dice que el señor Sanfuentes ha soplado al oído de cada uno de sus parciales la seguridad de verse satisfecho en la próxima combinación... ¿Cómo sale de apuros cuando llega la hora de cumplir a tantos?... Si tales secretos técnicos fueran revelados al común de los mortales, habría en este mundo muchos grandes caudillos.

El cuarto ministerio de don Pedro Montt debió, pues, ser de administración, y compuesto exclusivamente de doctrinarios y nacionales. Su jefe fue el señor don Rafael Sotomayor.

Basta ver al señor Sotomayor para exclamar: "He aquí un hombre". Un físico robusto; una gruesa y enérgica cabeza sobre un cuerpo de toro; largos y retorcidos bigotes; pera militar; ademanes de gladiador; mirada a la vez serena y belicosa.

En lo moral, desprecio por la opinión y por los obstáculos; prontitud para la acción en tiempos de crisis, indolencia musulmana en tiempos ordinarios; más apto, por consiguiente, para la guerra que para la paz; para los momentos difíciles que para la rutinaria labor administrativa. Por eso se le teme, al par que se le admira. Se le cree capaz de todo; es un político de golpes de Estado, un poco fuera de su centro, en nuestra opaca actualidad.

Si se le preguntara a la mayoría de los chilenos cuál de nuestros hombres de Gobierno sería el más apto para una empresa aventurada, y hasta para una barbaridad, todos contestarían que Sotomayor.

El período notablemente largo para nuestras crisis parlamentarias, en que se encontró al frente del Gobierno, hubo de proporcionarle más de una oportunidad para mostrar sus particulares aptitudes. Las dificultades que le rodearon, con ser muchas, no lograron hacerle vacilar. Como sucede con todos los hombres de acción, su labor fue apasionadamente discutida; pero la fortuna le fue propicia y el éxito coronó sus atrevidas empresas.

Así, por ejemplo, la tremenda represión de los desórdenes del norte ha librado al país por mucho tiempo de los motines callejeros. En el arreglo de las gravísimas dificultades económicas de 1907, no fue menos feliz: encontró al país en el más difícil momento de la liquidación de la gran crisis iniciada en 1906, y antes de dejar el Ministerio la normalidad de los negocios estaba restablecida.

Hubo, es cierto, de obrar en forma un tanto extraordinaria y nueva: se le acusó de ilegalidad y de atropello. No profundizaré esta delicada cuestión. Hago recuerdos políticos y no administrativos.

Recordaremos, sí, que en diciembre de 1907 la crisis económica había llegado a su período más agudo: un gran Banco cerró sus puertas; los demás se encontraban en una situación peligrosa. Las cajas de los Bancos disminuían con vertiginosa rapidez precursora de una corrida desastrosa... En tan difíciles circunstancias, una casa salitrera suspendió sus pagos; dos grandes Bancos, endosatarios de letras de cambio de la firma fallida, aparecían comprometidos en el desastre por una suma de medio millón de libras; era, pues, el crac inevitable y próximo.

Imposible era acudir a las Cámaras para salvar la situación. De haberse obtenido un resultado con tal procedimiento, este habría sido una nueva emisión de papel moneda: demasiado conocidas eran las tendencias de los legisladores a este respecto: litografiar billetes, tal es el único recurso de nuestros economistas parlamentarios.

El Gobierno cortó por lo más derecho. Tenía fondos disponibles y los entregó al Banco de Chile, mediante sólidas garantías proporcionadas por la casa libradora. ¿Tuvo o no facultades para disponer así de los dineros públicos? Contesten los jurisperitos esta pregunta. ¿Fue una medida económica acertada? Ello está fuera de duda, como lo demostró la experiencia.

La crisis fue evitada, y los Bancos salvaron sin que el país tuviera que soportar las calamidades de una nueva emisión. ¡Ojalá hubiéramos escapado de todos los conflictos de este género, a tan poca costa!

Seis meses después, y cuando se habían calmado ya las grandes angustias de diciembre, un grupo de diputados de oposición interpeló al Ministerio. Se le acusaba de atropello a la ley, de malversación de los caudales públicos y hasta de inmoralidad.

El escándalo fue enorme. El negocio Granja sirvió de pretexto al despertar de muchas pasiones dormidas, de muchos odios que buscaban oportunidad para manifestarse.

Los Ministros no rehuyeron sus responsabilidades. Por el contrario, se trabó entre ellos una especie de lucha por asumirlas; Sotomayor, que era el blanco preferido de los ataques, quería cargar exclusivamente con ellas. Sus colegas no se lo permitieron.

Mostróse entonces, en alto relieve, el carácter sereno, pero enérgico y leal, del Ministro de Hacienda, don Enrique A. Rodríguez, que pretendió haber exigido a los demás Ministros la realización de aquel acto tan combatido. No hizo, por cierto, entonces mala figura, el señor Rodríguez al lado de su intrépido y batallador jefe de Gabinete.

El negocio de Granja tuvo grandes consecuencias políticas. La coalición y la alianza esperaban acampadas a las puertas de la Moneda. Sus respectivos destinos dependían, en buena parte, de la resolución del Presidente de la República. ¿Se iba a gobernar con los radicales o con los conservadores? Los partidos del centro liberal no podían solucionar este problema, sino de acuerdo con los deseos del jefe del Estado, que era también el jefe político de ellos.

Ahora bien, el negocio de Granja afectaba profundamente el honor mismo del Gobierno del Excmo. señor Montt. Al censurarlo se hería en lo más pro-



fundo los afectos y la conciencia de un Presidente harto celoso de su decoro y prestigio.

Los conservadores no supieron comprender esto, y, si lo comprendieron, por lo menos no calcularon las consecuencias de semejante acto de hostilidad. Se levantaron, es cierto, en la Cámara de Diputados y del seno de ese partido, voces elocuentes, inspiradas en la pasión del bien, en el celo de la justicia, en el noble deseo de salvar el honor de hombres que acaso pudieron equivocarse, pero que eran, en el fondo, profundamente honrados y patriotas.

Pero esas voces no encontraron eco en la mayoría de los conservadores, obsesionados aún por la esperanza de un desquite ruidoso, y que querían vengar en el Presidente de la República las consecuencias de sus malaventuradas maniobras políticas.

El Ministerio Sotomayor se salvó, pues, merced a los votos radicales...

El Presidente Montt, bajo sus apariencias frías y serenas, poseía un carácter extraordinariamente belicoso. No concebía recibir golpes sin devolverlos. Y aquél le hirió hasta el fondo del alma...

Algunos años después llegaba yo una tarde a la Moneda en compañía del entonces Ministro de la Guerra, don Roberto Huneeus. Veníamos de la Cámara, donde el Gabinete sufría de parte de los conservadores una guerra sorda y obstinada. Roberto Huneeus dio cuenta al Presidente de los últimos incidentes parlamentarios.

Dígame, a los conservadores, señor don Roberto, que se acuerden del negocio Granja... Su actitud de entonces les valió dos Ministros radicales de Instrucción Pública.

Esto dijo el señor Montt con esa voz metálica y cortante que era en él característica en sus momentos de más irritación.

En efecto, el negocio Granja cortó el último lazo que aún podía ligar a los conservadores con el Presidente Montt.

Si ellos hubieran procedido entonces como don Ricardo Cox Méndez, acaso la política del país habría tomado otro giro.

#### LAS ELECCIONES DE 1909. EL VETO PRESIDENCIAL

(8 de septiembre de 1912)

Aun cuando a fines de 1908 los liberales democráticos se encontraban profundamente divididos, la más vulgar previsión política hubo de aconsejar a los jefes de ambas fracciones un arreglo a lo menos aparente, que les permitiera afrontar la lucha en las ya próximas elecciones parlamentarias de 1909, en condiciones siquiera tolerables.

Excluidos del Ministerio por el hecho mismo de su división, y entregado éste a manos fuertes y prestigiosas, los balmacedistas corrían a un desastre seguro, si a más de divididos, entraban a la lucha electoral sin contar con el apoyo, el prestigio y las garantías de una situación de Gobierno.

La unificación del balmacedismo y su ingreso en la alianza, y por tanto en

el Ministerio, era deseada también por algunos políticos de los demás partidos liberales que no podían ver sin zozobras el poder entregado por entero a un Gabinete presidido por el más prestigioso de los jefes del partido nacional, y formado exclusivamente de hombres de administración y amigos personales del Presidente de la República.

Los balmacedistas se unieron, pues, en vista de las elecciones, y sólo para ellas. La reconciliación no fue sincera, y la guerra sorda que se hicieron ambas fracciones, aún delante de las urnas, estuvo muy lejos de serles beneficiosa.

Tócame apuntar aquí un hecho altamente honroso para el partido a que pertenezco. Los nacionales, dueños entonces de un poder y de un prestigio, como no lo ha alcanzado desde hace muchos años una agrupación política en el Gobierno, teniendo a su jefe en la presidencia *efectiva* y no *nominal*, de la República, no soñaron siquiera aprovecharse de estas circunstancias para debilitar a sus aliados en provecho propio.

Habían de elegirse doce senadores. Partidos conozco yo que en tales condiciones habrían presentado catorce candidatos pactados o independientes: los nacionales presentaron sólo uno, el señor Besa, a quien correspondía ser reelegido, por haber terminado su período; los doctrinarios, en cambio, triunfaron con cuatro senadores, esto es, el tercio de los asientos disponibles, y los balmacedistas, con tres. ¡Cómo se parece este espectáculo al de las elecciones de 1912! Así se comprende que durara entonces la alianza liberal.

El resultado más positivo de las urnas de marzo fue la formación en la Cámara de Diputados de una mayoría escasa, pero sólida, compuesta de nacionales, liberales y radicales. Todo peligro de coalición o embotellamiento estaba conjurado.

Los balmacedistas perdieron algún terreno en la Cámara joven, pero conservaron en el Senado sus posiciones. Esta derrota relativa debe atribuirse al estado de división e indisciplina con que el partido se presentó a la lucha, y no a maniobras fraudulentas de los partidos aliados.

Sin embargo, como la unión de los balmacedistas era tan ficticia como su ingreso en la alianza liberal, el partido, tomando pie o pretexto del resultado de las urnas, acordó recobrar su libertad de acción. Así, después de un no largo interregno, volvió a imperar un Gabinete de administración, análogo, por sus tendencias, al presidido por don Rafael Sotomayor. El jefe de este Gabinete fue don Enrique A. Rodríguez, el valiente Ministro de Hacienda de 1908.

Pero las preocupaciones políticas cedieron entonces su lugar a los problemas económicos que volvían a estar de actualidad. Se acercaba, en efecto, el 1 de enero de 1910, fecha señalada para la conversión de papel moneda.

Aun cuando la crisis económica estaba conjurada y el país entrado en un período de franca prosperidad, el momento no parecía propicio para verificar la conversión. El circulante de curso forzoso había sido triplicado en poco más de tres años y su poder de compra descendido, como es natural, muy por debajo de su valor nominal. El cambio, después de llegar a menos de ocho peniques, en los momentos de las peores angustias, había reaccionado lenta-

mente y se mantenía entre 11 y 12 peniques. Era todavía un descuento de un cincuenta por ciento, con relación al oro.

Por normal y hasta próspera que fuera la situación de país, no era posible esperar que un alza brusca y artificial de ese cincuenta por ciento en el valor de la moneda se realizara sin dar origen a hondas e inevitables perturbaciones. Así lo entendían, al menos, los hombres de todas las doctrinas económicas. La conversión sólo contaba a su favor con opiniones aisladas. En general, se discutía sólo sobre la forma y el plazo en que debía postergarse la operación... Nadie y casi nadie soñaba con hacerla.

Cuando digo casi, es porque debo exceptuar al Excmo. señor don Pedro Montt.

Prodújose entonces, en el ánimo de aquel ilustre estadista, una de esas perturbaciones frecuentes en los caracteres honrados, pero tenaces y dogmáticos.

El Presidente contaba o creía contar con el recurso constitucional del veto. Este mecanismo, aunque establecido en las instituciones de muchos países parlamentarios, se encuentra en completo desuso, en todos los países en que funciona con regularidad el Gobierno de Gabinete. Así en Inglaterra, no se le practica desde hace más de un siglo. Ello se comprende. El régimen parlamentario se funda en el acuerdo absoluto entre el Ejecutivo y la mayoría parlamentaria. ¿Cómo podría entonces el Ejecutivo vetar una ley emanada de la mayoría que lo sostiene? Así en Chile mismo, salvo casos absolutamente insignificantes, y en asuntos de ninguna transcendencia, el veto presidencial no había sido aplicado antes del Gobierno del Excmo. señor don Pedro Montt.

Dos años antes, en 1907, este mismo Presidente había podido comprobar en propia experiencia la ineficacia del veto constitucional, dentro del Gobierno parlamentario.

Durante el corto período de coalición, en la primavera de aquel año, las Cámaras, urgidas por los Bancos en la forma acostumbrada en Chile, votaron una emisión de papel moneda. El señor Montt intentó vetar aquella ley, pero sus Ministros, aun cuando guardaban las mayores deferencias por la persona y las opiniones del Jefe de Estado, no pudieron olvidar que representaban una mayoría parlamentaria, y se negaron a subscribir el veto proyectado; ofrecieron sí sus renuncias al Presidente, a fin de facilitarle la tarea de formar un Gabinete que le acompañara en semejante camino.

El señor Montt pidió a sus Ministros guardaran en secreto su renuncia, y comenzó a buscar colaboradores para su veto. No pudo encontrarlos porque, existiendo en las Cámaras una mayoría política, nadie podía correr la aventura de un Gabinete personal en modo alguno justificable dentro de nuestro régimen de Gobierno.

Pero en 1909 las circunstancias eran muy diversas. El Ministerio era presidencial y en las Cámaras no había mayoría organizada. El veto era, pues, posible, pero *sólo porque el sistema parlamentario estaba en suspenso.*

En manos de un hombre flexible y menos absoluto en sus opiniones, el veto podía convertirse en un arma preciosa, frente al problema de la ya próxima

conversión. Usando de él no como una amenaza, sino como un medio de defensa, y poniendo, además, en juego su gran prestigio dentro de los círculos parlamentarios, el señor Montt pudo entonces resolver en forma razonable y definitiva el problema monetario, siempre que se hubiera mantenido en un terreno donde fuera posible seguirlo.

Así lo comprendían, al menos, los oreros de la Cámara de Diputados, y don Maximiliano Ibáñez llegó a amenazar a los ultrapapeleros con el veto presidencial "si la postergación de la conversión se decretaba en forma demasiado contraria a las ideas del Presidente de la República".

Esta amenaza no dejó de producir un efecto que, sin duda, habría sido aún más favorable, si el Presidente hubiera, en realidad, seguido la línea de conducta que el señor Ibáñez le suponía.

Pero el señor Montt se encontraba en un temperamento muy diverso y dispuesto a vetar todo lo que no fuera la conversión integral y a 18 peniques el 1 de enero de 1910.

Las armas, cuando son usadas así, pierden toda su fuerza, o gran parte de ella. Sin embargo, como muchos diputados declararon que acompañarían al Presidente si la ley era dictada en un sentido ultrapapelero, la amenaza del veto, así y todo, no dejó de influir saludablemente en las resoluciones definitivas de la Cámara.

En estas condiciones, cuando llegado el caso, el veto mismo se produjo, nada pudo enmendar ni modificar. Fue sólo un descargo de la conciencia presidencial sin resultado práctico alguno.

Olvidó entonces el señor Montt que la política es el arte de hacer concesiones oportunas.

DON AGUSTÍN EDWARDS  
(13 de septiembre de 1912)

En los últimos tiempos de la administración de don Pedro Montt, cupo desempeñar un importante papel a un joven político, ligado al que estas líneas escribe por más de un vínculo. Agustín Edwards lleva mi apellido, es mi pariente, y lo que importa más aún, mi amigo y compañero desde la infancia.

Y, sin embargo, véase lo que son los atrevimientos humanos: creo poder juzgarle en estas columnas, que a más son suyas, con la mayor libertad de criterio. Me siento con toda la independencia necesaria para ello; al hablar de Agustín Edwards lo haré como si se tratara de un extraño, cuyos errores o aciertos sólo me interesaran como chileno y patriota.

Entró Agustín Edwards a la política cuando apenas había cumplido veintún años, sin haber recibido una preparación especial, sin estudios previos en materias legales y administrativas y conociendo apenas, o ignorando casi del todo, los hombres y las cosas de su país. Le faltaban, pues, en un principio los fundamentos que en la generalidad de los hombres constituyen la base de las convicciones y de los propósitos en materia política.

La época de su iniciación fue la de Errázuriz, es decir, cuando ya se encontraba bastante acentuada la descomposición de los antiguos partidos, sin que pudieran todavía vislumbrarse, como aún hoy acaso sucede, las orientaciones del porvenir.

Bajo semejantes circunstancias sería absurdo exigirle, ni a él ni a ninguno de los hombres de su generación, una doctrina, un criterio y un punto de vista fijos, rectos, inexorables, como pudieron darse el lujo de tenerlos los que vinieron al mundo algunos años atrás, cuando las tendencias de la política conservaban su primitiva rigidez, cuando subsistía la fe integral en los programas tradicionales.

Esto que parecerá a muchos un vacío y un inconveniente, es en mi concepto una ventaja y no pequeña. La caducidad de los viejos partidos es un hecho irrevocable y consumado. El país no podrá continuar girando eternamente alrededor de fórmulas anticuadas, poco en armonía con sus aspiraciones y necesidades actuales. Mientras menos tenga escrito en su conciencia de lo antiguo, tanto más está preparado un hombre público para satisfacer el porvenir.

Las preocupaciones arraigadas en las almas juveniles envejecen con el individuo, pero no mueren del todo casi nunca. Cuando no hacen otra cosa, estorban por lo menos.

Inició, pues, Agustín Edwards su vida política con un bagaje de doctrinas tan escaso, que bien podría decirse no llevaba ninguno. Si no hubiera nacido vinculado por fuertes tradiciones al partido nacional, habría sido probablemente liberal... Ese es en efecto el común resumidero donde van a parar en Chile los que carecen de opiniones bien definidas.

Pero en mi joven pariente existen desde un principio y fuertemente arraigados, el noble sentimiento de sus deberes como patriota y el sincero deseo de ser útil a su país. Lo que otros aprenden o creen aprender en los libros, o en las aulas de la Universidad, lo aprendió él en la vida y en la práctica diaria de los negocios. Se formó, pues, allí, donde la generalidad de los hombres de Gobierno entran deformados previamente por las enseñanzas teóricas de un dogmatismo estrecho. Tuvo que luchar desde temprano con las dificultades reales del arte de gobernar; no ha pasado, pues, por ese período de la vida en que la inexperta juventud, encaramada en las quimeras, ensoberbecida en la creencia de saberlo todo, mediante el conocimiento de algunas fórmulas simples, juzga con olímpico desdén los actos y los errores de los hombres de Gobierno.

De allí la benevolencia y el optimismo, que son los rasgos salientes de su carácter.

Agustín Edwards es absolutamente incapaz de crítica, sobre todo de la que mi distinguido amigo don Francisco Antonio Encina llama crítica negativa. En balde se registrarán sus numerosos discursos parlamentarios para encontrar en ellos una sola censura.

En un país como éste, amamantado por España, donde tantas reputaciones se forman mediante el prurito de encontrar malo cuanto hacen los demás:



donde el talento e ingenio se gastan de ordinario en la oposición sistemática a todos los Gobiernos, es un caso particularísimo el de Agustín Edwards, un caso que está revelando con elocuencia que por esas venas corre otra sangre, más apta para la acción eficaz que para la crítica estéril.

Muchas veces, siendo él diputado, se iniciaba una discusión sobre el eterno tema de "tal cosa anda mal". Muchos oradores se sucedían en el uso de la palabra. ¡Qué lucidez de criterio para hallar los lados flacos, qué claridad de exposición en el diagnóstico de la dolencia, qué maravillosas aptitudes para la crítica!... Pero nadie proponía nada, sino vaguedades y palabras... ¡cuestión de raza!

Agustín Edwards oía y callaba... pero, en la tarde, ya estaba afanado sobre su escritorio, redactando un proyecto de ley, o bien, a la postre de las eruditas e ingeniosas críticas, decía unas cuantas palabras, cuyo resumen era:

—¿Y por qué no hacen esto, o aquello o lo de más allá? Nunca hablaba para criticar sino para proponer. Esto en Chile constituye un verdadero fenómeno.

La necesidad de la acción es en él casi una enfermedad. Mientras tenga parte en el Gobierno, no hay miedo de que deje quieta cosa alguna.

Yo creo con fe ciega en los jóvenes.

Ellos formaron este país: ni O'Higgins, ni Portales, ni Montt, ni Varas, ni Tocornal, ni García Reyes, estaban en la edad de la arteriosclerosis y de la modorra. Los figurones están buenos para acordarse de sus tiempos, y encontrar lo de ahora todo malo... pero para la acción se necesita sangre, nervios, energías juveniles.

Ahí está el actual Ministerio que no me dejará mentir. Hace muchos años que todos los hombres graves y sesudos de esta tierra hablan sentenciosamente del desequilibrio de los presupuestos. Llegan estos muchachos, apenas iniciados en la vida política, y en dos por tres, ¡zás!... lo equilibran. Los viejos críticos estarían todavía pensando qué debería hacerse: y pensando los cogería el año nuevo... y también el de 1914.

Agustín Edwards ha cometido errores. Tengo un peral de cien años en casa que no los comete nunca porque no hace nada, sino esperar tranquilamente la lluvia y el buen tiempo. Pero los hombres de acción están todos sujetos a errar... Lo importante es reconocer nuestras equivocaciones y no considerarnos jamás infalibles. Cosa difícil que no muchos consiguen.

Se cuenta que, después de la revolución de 1848, se encontraron en Carlsbad, Guizot y Metternich.

—Todos nos equivocamos alguna vez, dijo Guizot.

—Alto allí, yo no me he equivocado nunca, repuso Metternich.

Agustín Edwards no es como Metternich.

Y cosa curiosa, sus errores no los ha cometido, en cuanto joven, sino por lo que tiene de viejo. Iniciado desde muy temprano en los detalles de la política al menudeo, le ha faltado más de una vez el sentido de los horizontes vastos.

Así en 1905 no comprendió el movimiento que llevaba el país a la candidatura Montt: en el problema de entonces sólo supo medir la fuerza de las

pequeñas combinaciones parlamentarias. Igual cosa le sucedía en 1907, cuando la caída del Ministerio Vergara.

Todas las mañanas, al levantarme, no dejo de decirme a mí mismo:

—Mira, Alberto, acuérdate de que creíste a los doctrinarios. No fíes en adelante demasiado en tu propio criterio.

Estoy seguro de que Agustín Edwards hace todos los días un parecido examen de conciencia. Por eso no le hemos visto nunca obstinarse en el mal camino.

¡Sigue, sin embargo, creyendo en los doctrinarios! ¡Dios lo socorra!...

LA CELADA DE JUNIO DE 1910  
(19 de septiembre de 1912)

Desempeñó Agustín Edwards la cartera de Relaciones Exteriores desde junio de 1909 hasta junio de 1910; periodo demasiado corto para cualquier país organizado, pero extraordinariamente largo en Chile. Desde la revolución de 1891, él y don Federico Puga Borne han sido los dos únicos Ministros de Relaciones Exteriores que hayan cumplido un año en ese empleo. Si en estas condiciones aún estamos sanos y salvos, es, sin duda, porque la Providencia nos protege de un modo visible.

Muchos y muy importantes problemas hubo de abordar el joven canciller, durante sus doce meses de Ministerio, pero sólo cumple a nuestros propósitos recordar uno, el llamado del Norte, el de la liquidación, aún después de treinta años no terminada, de la guerra del Pacífico.

Agustín Edwards, arrastrado por su temperamento activo y emprendedor, no podía dejar en el reposo esa eterna cuestión de Tacna y Arica que por largos años había dormitado en la indiferencia y el abandono. Si el giro que él le imprimió fue o no acertado, eso sólo Dios lo sabe. Hemos variado después tantas veces de rumbo, se abandonó tan luego el camino emprendido en 1910 que nadie puede decir hoy en conciencia si él conducía o no a un resultado favorable.

Pero cualquiera que haya sido el mérito intrínseco de las medidas tomadas por el Ministro, ellas le granjearon el aura popular y pusieron en relieve su personalidad ante la opinión. Estamos en Chile tan hambrientos de iniciativas, que los hombres de acción sólo necesitan mostrarse para que se les rindan no pocos corazones.

El dejar hacer ha logrado formar en Chile tanta escuela que, para ciertos políticos, el apartarse de semejante norma no puede menos de encubrir intenciones ocultas y planes de largo aliento. Si Agustín Edwards tomaba tan a pecho el problema de Tacna y Arica, pensaban esos, era porque ambicionaba ser el sucesor de don Pedro Montt. En concepto de algunos, el trabajo sólo se concibe cuando hay de por medio una banda presidencial.

Los doctrinarios que abrigaban, en realidad, semejantes pensamientos, y que eran, como de costumbre, muy numerosos, no tardaron en divisar un

peligro en la prolongación de un estado de cosas en que su joven rival *podía lucirse*, como se dice vulgarmente. Derribar a Agustín Edwards, llegó, pues, a convertirse en una especie de obsesión para los candidatos presidenciales en perspectiva, y muy particularmente para don Javier A. Figueroa.

Tenía este último político no pocas probabilidades de llegar el primero a la deseada meta. Su brillante situación oficial y política bajo el Gobierno del señor Montt; la innegable energía de su carácter; las cordiales relaciones que mantenía con los balmacedistas y radicales y aún con un grupo importante del mismo partido nacional; el afecto que le profesaba el Presidente de la República, tales eran las cartas de su juego.

Por su desgracia, don Javier A. Figueroa se mostró demasiado impaciente. Aún cuando no era tiempo de candidaturas, aún cuando nadie pensaba todavía en la suya ni en la de otro alguno, él se dio a madrugar con actividad devoradora, procurando, por de pronto, limpiar el camino de sus estorbos, entre los cuales el que se le hacía más temible y peligroso, era el joven Ministro de Relaciones, cuyos pensamientos, entonces por lo menos, no llegaban, ni con mucho, tan lejos...

En esta clase de luchas, aún los que siembran son raras veces los que cosechan, pero los tempranos desmalezadores de terreno, tienen todavía menos probabilidades de cosechar. Es ingrata la tarea de arrancar abrojos. En ella se ganan muchos adversarios y muy pocos amigos.

¿Cómo debió sonreír don Juan Luis Sanfuentes, por ejemplo, al contemplar un afanado a don Javier A., en su puesto de impertérrita avanzada echando sobre sus hombros la decidida mala voluntad de los nacionales y de sus aliados!... Debió sonreírse sí, pero de los dientes para afuera.

¿Cuántos cariñosos apretones de manos y aún palmoteos en el hombro, cuántas ardientes frases de aliento recibió en sus días el señor Figueroa? Evidentemente, muchísimos y muchísimas. Su labor no muy cómoda y aún menos remunerativa para él mismo, aprovechaba a demasiada gente para que no se la agradecieran.

Semejante espectáculo es en política eterno. Difícil es pasar el tonto, pero todavía lo es más encontrar hombres para ciertas tareas ingratas, y cuando alguno, sin ser llamado, de propia iniciativa, espontáneamente se presta para desempeñarlas, la verdad es que no hay cómo pagarle el comedimiento.

Espuela y aguijón de don Javier A. Figueroa fue entonces don Guillermo Rivera. No se contaba este personaje, al menos que yo sepa, entre los probables candidatos a la Presidencia de la República, pero no por eso era un adversario menos declarado de don Agustín Edwards.

¿De qué lado partió el rompimiento? ¿Cuáles fueron sus causas? Lo ignoro. Probablemente aquella menuda guerra de chismecillos y epigramas se vino originando desde antiguo.

El señor Rivera deseaba ser el Ministro de Relaciones del centenario; este deseo debió traducirse en una oposición sorda contra el joven Ministro. Éste, por su parte, poco avezado para la lucha y menos habituado todavía a verse

combatido en su persona y en sus actos, no tomó probablemente la hostilidad de su antagonista con demasiada filosofía.

Los dimes y diretes iban subiendo de tono, cuando se produjo el viaje del Presidente Montt a Buenos Aires. En las orillas del Atlántico las cosas no anduvieron mejor que en las del Pacífico, y el tren presidencial trajo a su vuelta, al través de los Andes, dos enemigos irreconciliables.

Pocos días después presentó la renuncia de su cartera el Ministro del Interior, don Ismael Tocornal, que se encontraba en vísperas de partir para Europa en un viaje de placer. La política nada tenía, pues, que ver con esta determinación. En circunstancias ordinarias se habría ungido simplemente un nuevo Ministro en reemplazo del señor Tocornal.

Pero los adversarios de la supuesta candidatura presidencial de Agustín Edwards que a toda costa deseaban su alejamiento del Ministerio, estimaron la ocasión propicia para el logro de sus planes.

Cuatro partidos formaban en la alianza liberal, y las carteras ministeriales sólo son seis. Por acuerdo mutuo se había convenido en estimar el Ministerio del Interior como equivalente a dos, y la presidencia de la Cámara de Diputados, asimismo, como una cartera.

Así, en junio de 1910, los liberales doctrinarios tenían la jefatura de Gabinete y el Ministerio del Interior; los balmacedistas y nacionales dos carteras, y los radicales una y la presidencia de la Cámara joven.

Los señores Figueroa y Rivera emprendieron ruda campaña dentro de la junta ejecutiva doctrinaria, a fin de que el partido exigiera un cambio de la situación, no en sus líneas generales, sino en la distribución de los Ministerios. Aun cuando no se había producido ningún hecho nuevo que justificara esta demanda, ella halló acogida entre los doctrinarios, no ciertamente por espíritu de hostilidad a los nacionales, sino porque siempre que se presente ante una junta de candidatos a Ministros la cuestión de una, dos o tres carteras, la mayoría siempre estará por el número más alto.

Y digo que no hubo en este acuerdo hostilidad para los nacionales, aunque éste fue sin duda el propósito de sus promotores, porque renunciando los doctrinarios a la cartera del Interior, no podían tomarla sino los nacionales, es decir, Agustín Edwards. En efecto, los radicales tenían la presidencia de la Cámara, y los balmacedistas no querían oír hablar del Ministerio del Interior, divididos como estaban aún en dos grupos rivales, cada uno de los cuales exigía tener representación en el Gabinete.

Pero esta circunstancia no escapó a la penetración de los señores Figueroa y Rivera, pero esperaban, y sus razones tendrían para esperarlo, que aún en el caso de ser llamado Edwards a organizar el nuevo Gabinete, fracasaría en este intento.

El acuerdo de los doctrinarios no fue bien recibido en el partido nacional, precisamente por la razón contraria a la que aquellos tuvieron, en vista al celebrarlo; pero hubieron de ceder, a fin de no colocar en una situación difícil al Presidente de la República.

Designado, pues, el partido nacional para organizador del nuevo Minis-

terio, los señores Figueroa y Rivera creyeron tener armado el lazo en que debía caer la personalidad política de Edwards y sus presuntas pretensiones: organizador del Ministerio, iba a fracasar.

Agustín Edwards aceptó valientemente el reto; al buscar sus colaboradores, lo hizo con tanto acierto, supo hallar personas de tal manera colocadas dentro de sus respectivos partidos, que una desautorización era casi imposible.

Los señores Figueroa y Rivera no desmayaron, sin embargo, e hicieron todo género de esfuerzos para conseguir de la junta doctrinaria que no autorizara a dos de sus miembros más distinguidos y prestigiosos, don Luis Izquierdo y don Carlos Larraín Claro, para formar parte del Gabinete. Perdida la batalla entre los doctrinarios, la renovaron con parecido éxito ante los balmacedistas, pero Emiliano Figueroa y Carlos Balmaceda son políticos de esos a que un partido no sabe, ni puede, ni debe decir que no.

La celada tan trabajosamente preparada por los señores Figueroa y Rivera tuvo, pues, como único resultado, convertir al adversario que quisieron derribar, de Ministro de Relaciones Exteriores en jefe del Gabinete.

Pero la lucha dejaba tras de sí muchos heridos.

Uno de éstos fue don Guillermo Rivera.

El 29 de junio de 1910, día de San Pedro, el Presidente de la República, que esa noche iba a caer herido de muerte, no tuvo el consuelo de ver a su lado al fiel y constante amigo de sus años de poder.

Otro herido quedó en esa campaña: era la alianza liberal... De sus filas habían desaparecido la cordialidad y la confianza.

#### ALREDEDOR DE UN MORIBUNDO

(25 de septiembre de 1912)

La vida moral fue en el señor don Pedro Montt extraordinariamente intensa. Sus poderosas facultades en continua actividad no eran sino el reflejo de una alma apasionada, en que todas las sensaciones eran fuertes. Ahora bien, en este mundo sólo no envejecen los que nacen viejos, pero los corazones que palpitan mucho se gastan pronto.

Los que conocieron al señor Montt en su juventud nos han podido referir hasta qué punto debió dominar los impulsos de su corazón, para cubrirlos con una máscara de relativa frialdad. La vida le enseñó a disciplinar sus pasiones, pero todos los esfuerzos del hombre son impotentes para variar su naturaleza íntima. Continuó, pues, queriendo y sintiendo con fuerza, pero dominándose siempre.

Cuando llegó a la Presidencia ese corazón eternamente comprimido era ya una ruina física. En apariencia el señor Montt no estaba todavía viejo: aparecía robusto, lleno de savia y de vigor, más joven a los sesenta años que la mayoría de sus compatriotas a los cuarenta.

Podía notarse en él, sin embargo, un síntoma: la sobreexcitación de su sensibilidad. Todo parecía hacer más honda mella en ese organismo enfermo:



la alegría y el dolor; la victoria y la derrota; el afecto de sus amigos y el odio de sus adversarios.

Cuando a la vuelta de su viaje triunfal a la República Argentina una muchedumbre entusiasmada acompañó al Presidente desde la Estación Central hasta la Moneda ¡Cuán profundas sensaciones debieron conmover el corazón del señor Montt! La paz de los pueblos afianzada ¿no era acaso su obra? ¿No recibía él en esos momentos el premio de sus horas de impopularidad? ¿No se rendía entonces plena justicia al que fuera condenado años atrás como traidor a su país?

Sólo puede saborear todo el éxtasis del triunfo el que ha trabajado y sufrido. Los que siempre fueron felices no conocen las grandes emociones de la vida.

Poco días más tarde, y con ocasión de las incidencias originadas por la tentativa de derribar a Agustín Edwards del Ministerio, el señor Montt hubo de experimentar otro género de golpes morales. Debíó entonces, es cierto, contrariar a sus mejores amigos, a personas en que tenía concentrados todos sus afectos... Éstos, por su parte, no supieron ahorrar ninguna amargura a aquel pobre hombre enfermo.

Entonces estalló el poderoso corazón del señor Montt.

En la noche del día de San Pedro, después de despedir a sus invitados, y al retirarse a gozar del reposo de que tanto había menester, cayó fulminado por un ataque de angina.

Los médicos examinaron al ilustre paciente, y hubieron de declarar que necesitaba de un descanso completo por algunos meses... Era necesario abandonar las tareas del poder, emprender un viaje, substraerse a las luchas y emociones del mando, descansar de alma y de cuerpo.

Según la Constitución, en semejantes casos reemplaza al Presidente el Ministro del Interior. Correspondía, pues, a Agustín Edwards ser elevado a la Suprema Magistratura, quién sabe por cuánto tiempo.

El señor Montt, previendo acaso las luchas que iban a suscitarse, quiso transmitir el mando sin tardanza, y ordenó redactar el decreto respectivo. Los amigos de Agustín Edwards lo supieron, y entonces...

Entonces pasó lo que desearía no referir.

Ante el lecho del ilustre moribundo, los partidos, las fracciones políticas, los enemigos más encarnizados de su gobierno, enmudecieron y esperaron respetuosos la expresión de su voluntad.

No así sus amigos, sus íntimos, sus allegados. Ellos sabían que en el estado de salud del señor Montt toda excitación fuerte, toda emoción poderosa, podía serle fatal... No se las excusaron sin embargo...

Agustín Edwards no debía ser Vicepresidente de la República. En esto, y en nada más que en esto, supieron pensar... junto al lecho de ese moribundo.

¿Por qué no debía ser Agustín Edwards el Vicepresidente?

Dejemos a un lado el interés político y las pasiones. Agustín Edwards era el Ministro del Interior, estaba llamado por la Constitución a reemplazar al primer magistrado; no pesaba sobre él indignidad alguna; era un Ministro

parlamentario y político, apoyado por una fuerte mayoría en ambas Cámaras; pertenecía al mismo partido que el señor Montt...

Se hablaba, es cierto, de su probable candidatura presidencial. He aquí un impedimento poderoso. Pero es en Chile una tradición, una gran tradición, que un candidato a la Presidencia no ocupe, en vísperas de un cambio de Gobierno, ni siquiera el Ministerio del Interior. Por el hecho de asumir la Vicepresidencia, Agustín Edwards quedaba, pues, moralmente imposibilitado para ser candidato. Para que no pudiera quedar al respecto duda alguna, él mismo se apresuró a declararlo así.

Pero al lado del lecho del señor Montt no se agitaba una cuestión política, y los partidos así parecían comprenderlo. Eran pasiones más intensas y personales las que se encontraban en juego... y primero que ninguna, el odio.

No narraré las incidencias de esa lucha que tuvo por teatro la alcoba de un hombre que iba a morir.

El señor Montt resolvió, por fin, encomendar la Vicepresidencia a su viejo amigo el señor don Elías Fernández Albano.

Este hombre dignísimo no quiso aceptar semejante honor. En su concepto, nada aconsejaba inferir a Agustín Edwards un agravio inmerecido. "Lo haré, dijo, sólo en el caso de que el mismo don Agustín venga a pedírmelo".

Es en estas ocasiones cuando se revela la altura y la nobleza de las almas.

El que estas líneas escribe, en compañía de tres o cuatro de los amigos más íntimos de Agustín Edwards, hubimos de ir a nombre de éste a suplicar al señor Fernández Albano que aceptara el cargo de Vicepresidente.

—Agustín Edwards, le dijimos, se sacrifica él, y pide a usted que se sacrifique también, en obsequio de nuestro ilustre jefe y amigo, el señor Montt, a quien la tranquilidad de espíritu le es tan necesaria en estos momentos... Es preciso que todos hagamos algo por ahorrarle las luchas y sinsabores de que ahora se encuentra rodeado...

—Crean ustedes, nos contestó el señor Fernández, que ningún sacrificio he aludido jamás por mi viejo amigo Pedro Montt, pero éste es el más doloroso de todos... porque aún estoy más enfermo que él... El cargo de Vicepresidente es mi sentencia de muerte. Siento también las circunstancias en que soy llamado. Hace cincuenta años que soy amigo de Pedro y ésta es la primera falla que le conozco.

¡Ah! Es que don Pedro ya no era don Pedro, sino un hombre que se moría, y que necesitaba agonizar en paz...

#### LOS CANDIDATOS (28 de septiembre de 1912)

Estos últimos meses han sido fecundos en derrumbamientos. A Dios gracias, las cosas derrumbadas no son muy de sentir. Primeramente fue el turno de los arribistas y politiqueros, personificados por el difunto Gabinete, el cual se

desplomó en medio de una rechifla general, sin haber hecho al país otro bien que el de la formación de la Liga Cívica.

Los políticos prácticos que se burlan de la opinión y de lo ideales, y pretenden dirigir a los partidos como un negocio al menudeo, no han salido mucho mejor librados. Tampoco cantaron victoria por su labor en el último tiempo esos macucos recocidos y misteriosos que detestan la línea recta y las cosas claras... En fin, no podemos menos de felicitarnos por estas ruinas.

En cambio tenemos un Ministerio de muchachos imberbes, de esos que todavía creen en algo, y son capaces de no quedarse dormidos durante la discusión de los presupuestos...

Estas alzas y bajas, estos encumbramientos y aquellas caídas, me han puesto decididamente de buen humor. Casi me sentiría tentado a otorgar mi perdón a los doctrinarios, pero cuando ya voy a hacerlo, recuerdo en mala hora que ese respetabilísimo partido continúa siendo todavía el semillero de una de las calamidades públicas que aún permanecen en pie...

Me refiero a los candidatos presidenciales.

Los tienen por docenas.

¿Es usted buen mozo y liberal doctrinario, y goza de doscientos mil pesos de renta? ¿No se ha agitado usted nunca por nadie ni por nada, ni se le conoce opinión fija sobre cosa alguna? ¿Lleva usted un apellido sonoro y de abolengo?

¿Sí? Pues no me diga más... Usted es, ciertamente, candidato perpetuo a la Presidencia de la República, y no de los malos.

Aquí para *inter nos*, tengo yo por cosa averiguada que el país no está, ya, demasiado dispuesto a dejarse *zorzarlear* por tan problemáticos hombres de Estado.

Hace veinte años, a raíz de la revolución de 1891, la autoridad presidencial estuvo bastante desacreditada. Ello resultaba muy naturalmente de la psicología de las reacciones. Entonces se pusieron de moda los hombres parcos y mesurados, de escasas iniciativas y enemigos de chocar con alma viviente. La revolución nos disgustó de los hombres de nervios y de acción.

Todo extremo es vicio, sobre todo cuando llega a arraigarse. Los personajes políticos que llegaron a la vida pública por esos años, no sólo tomaron entonces por el camino del *figuronismo*, sino que han perseverado en él, con una constancia digna de mejor causa. Así nos encontramos plagados de candidatos insípidos y sin substancia, ahora que los pollos de ese tiempo son o debían ser gallos de pelea.

Pero estamos, si mal no recuerdo, en 1910.

La enfermedad del Excmo. señor Montt trajo repentinamente al tapete de las discusiones el problema presidencial.

En el Club de la Unión no había liberal sin su candidato: el uno prefería a A, el otro a B, y el de más allá a C. Pero a pesar de la diversidad de apellidos, el negocio era en el fondo siempre el mismo. Todos resultaban cortados por idéntico molde. Caballeros excelentes y acaudalados, corteses y discretos, incapaces de hacer daño ni a una mosca. A pesar de todo, cada cual contaba

con su docena o dos de partidarios; eso sí, no demasiado entusiastas, que digamos.

Había candidatos de muy diverso género, y el primero y más antiguo de todos, don Juan Luis Sanfuentes... El jefe del partido liberal democrático podrá serlo todo en este mundo, menos un figurón. Ha sacado la cara, quizás, más veces de lo que fuera menester.

Su ideal es muy sencillo. Si no manda como rey, prefiere hacerlo aún, cuando más no sea, como mayordomo de palacio. Me explicaré.

Hubo allá en Francia, por los siglos VI y VII (ya ha llovido desde entonces), una dinastía de reyes imbéciles y holgazanes: la Merovingios. Aquellos pobres degenerados sólo eran monarcas en el nombre: Chilperico, Childeberto, Cariberto, etc. El que mandaba era un alto funcionario llamado el mayordomo de palacio. Cuando algún reyezuelo de esos intentaba independizarse, el susodicho mayordomo resolvía la dificultad de la manera más sencilla del mundo: le hacía cortar al rey con humos su larga cabellera, signo de mando, y le metía de fraile en un convento... Buscaba en seguida para colocar en el trono al más indolente y holgazán de la dinastía, que era más fecunda en candidatos de este género, que nuestro moderno partido liberal.

Al fin uno de los mayordomos de mi cuento, Pepino el Breve, padre que fue de Carlomagno, resolvió coronarse en persona. Acaso le salió algún Merovingio más duro de cocer y quiso dejarse de bromas. Envió, en consecuencia, un mensaje al Papa, preguntándole si no era justo que el que tiene las realidades del poder tuviera también el título de rey, y una corona en la cabeza. La respuesta del Papa fue afirmativa, y a fe mía que el Santo Padre tuvo muchísima razón. Esto de cargar a un prójimo con el mando y a otro con las responsabilidades no es cosa de cristianos.

Y digo yo: ¿No sería tiempo que don Juan Luis Sanfuentes le dirigiera a Su Santidad Pío X una preguntita por ese estilo?

Ya le sentaron, no ha mucho, en el trono a un personaje que no era de la sagrada dinastía de los Merovingios y que, acaso por no serlo, no lo dejó mayordomear a su gusto, en la forma acostumbrada.

Entonces se le ocurrió coronarse, pero olvidó un pequeño detalle... lo del recadito al Papa. Si se porta como Pepino, otro gallo le hubiera cantado.

Pero dejemos a un lado estos recuerdos históricos y bárbaros.

Desde que se enfermó el Presidente Montt el señor Sanfuentes fue candidato a la Presidencia.

Contaba con su partido, o al menos con una buena parte de él y con nada más en este mundo. ¿En qué esperaba? ¿En los conservadores? Ellos no podían tener influencia en una alianza liberal, como la que existía entonces, y parecía sólida. ¿Con los doctrinarios? Ya tenían éstos bastante trabajo con sus propios Merovingios. ¿Con los nacionales? ¿Con los radicales?

Misterio... Pero el hecho es que el hombre supo muy bien armar su máquina, como ya lo veremos más adelante.

También era candidato don Javier A. Figueroa... Ese sí que tenía por lo menos un partidario entusiasta y ardoroso, y era él mismo. Fuera de esto, su

mesnada política sólo contenía un buen deseo... Pero también el hombre tendría pensada su máquina.

Muchos pensaban en el dignísimo almirante don Jorge Montt... Yo me contaba entre sus partidarios. Mi razonamiento era más o menos el siguiente: La alianza de nacionales, doctrinarios y radicales, ha probado en la práctica que puede constituir una combinación política tolerablemente firme y duradera. ¿Quién puede solidificar mejor la unión de estos tres partidos, y reunir dentro de la convención liberal la voluntad de todos ellos? Evidentemente el almirante Montt, doctrinario por partido, radical en tendencias y unido a los nacionales por lo más sólidos vínculos.

Mi razonamiento era equivocado, como suelen serlo todos los razonamientos. Yo no contaba, además, con la huésped.

Esta huésped fue la candidatura presidencial de Agustín Edwards...

Cuando el señor Sanfuentes tuvo la noticia de esta candidatura, su corazón debió abrirse a la esperanza. A río revuelto, diría, ganancia de pescadores. Así no cometió la tontería de desalentar a su joven émulo. Muy por el contrario, trató de hacerle divisar los más halagüeños horizontes.

En realidad, la candidatura Edwards había surgido de los acontecimientos sin que el interesado tomara en ello mucha parte, en un principio, por lo menos.

Muy pocos meses antes tomaba la idea de ser Presidente, como cosa de broma... "Están locos", decía cuando alguien le insinuaba algo de esto.

Tenía muchos amigos en los diferentes partidos liberales, y aún entre los conservadores. La juventud, especialmente, en el deseo de ver imprimir al país un rumbo de actividad y energía, le era muy afecta. Así no dejaba de recibir a cada momento los mayores estímulos.

Ya puede pensarse el escándalo que siquiera el pensamiento de semejante pretensión causaría entre los viejos políticos, acostumbrados en general a no considerar papábiles sino a hombres envejecidos en el arte de no hacer. El estado mayor de los partidos, a excepción del nacional, fue, pues, desde un principio, hostil a la candidatura de Edwards... Por otra parte, esos estados mayores suelen no simpatizar con ninguna. No hay peor enemigo que el de tu oficio.

Sin los incidentes de la vicepresidencia, Agustín Edwards no habría sido candidato.

Pero las hostilidades de que entonces fue objeto estimularon su naturaleza de luchador, y lo lanzaron a la batalla.

En este estado las cosas, luego al país la infausta noticia del fallecimiento del Presidente Montt, ocurrido el 16 de agosto de 1910.

Todo el mundo político se puso en movimiento, pero nadie se encontraba organizado para una lucha que surgía de improviso.

Si en esas circunstancias Agustín Edwards se hubiera arrojado violentamente a la pelea, acaso habría podido triunfar... La inercia y el desconcierto de los adversarios habrían constituido la mejor carta de su juego. Su juventud, su acción, su nombre y su dinero, eran capaces de poner el miedo en los



espíritus tímidos, pacatos y poco activos de sus posibles rivales. Además, apenas tenían éstos tiempo de organizar la resistencia y de ponerse de acuerdo en un candidato, cuando tantos había ya...

Nunca estuvo, pues, más cerca Agustín Edwards de la presidencia, que ese día 16 de agosto de 1910.

Desde entonces no hizo sino perder terreno.

No quiso o no pudo tomar el único camino que conducía al éxito...

Cuando le armaron la máquina, esto es la convención, era ya, pues, un hombre muerto.

Veremos esto, y con toda claridad, en nuestro próximo artículo.

#### LA CONVENCION DE 1910

(8 de octubre de 1912)

Al organizarse en 1901 la convención que eligió como candidato a don Germán Riesco, las bases de ella no eliminaron determinadamente a ningún partido. Se entendió que podían concurrir a ella no sólo los liberales ajenos la Alianza, sino también los conservadores. En el hecho, asistió a ella una veintena de estos últimos, o sea más o menos la cuarta parte de los que tenían derecho para hacerlo.

Alguien hubo de aconsejarle a don Pedro Montt su concurrencia y la de sus partidarios a la convención organizada para combatirlo. La intención del consejo no era muy sana: la candidatura de don Pedro no podía salir de allí. Sus parciales habrían conseguido, en último caso, perturbar, y nada más.

El nunca bien lamentado caballero don Alberto Gandarillas tuvo a este respecto una ocurrencia ingeniosísima que muchos habrán de recordar. Se refería al hecho, por demás experimentado en Chile, de que no hay candidato que, ungido con anterioridad, escape con vida de una convención y salga de ella tan candidato como entró.

La explicación de este fenómeno es muy sencilla... Francisco Antonio Encina la retrotrae a muchos siglos de fecha, a nuestra descendencia, no sé si de los celtas, o de los iberos, o de otros bárbaros por este estilo. El hecho es que nuestra idiosincrasia nos lleva con más facilidad a combatir las cosas y los hombres que a apoyar o defender a los unos y a los otros. La base de las fuerzas electorales de un candidato no son precisamente sus amigos, sino los enemigos de su adversario. Mientras no hay sino un candidato, la mayoría está siempre, como suele decirse, por "el otro", por el desconocido, el inominado.

Y métase usted en convenciones con semejantes antecedentes.

El caso de 1910 era todavía más claro.

Concurrían a ella cinco partidos.

Los balmacedistas, cuya inmensa mayoría estaba por don Juan Luis Sanfuentes, y contra Agustín Edwards.

Los demócratas, decididos a obrar de acuerdo con los balmacedistas.

Los liberales, que por tener muchos candidatos, no tenían determinada-mente ninguno, pero la mayoría estaba decididamente también por cualquiera... contra Agustín Edwards.

Los radicales, de los cuales un tercio era cuchista, como se decía entonces, otro tercio indiferente, y el otro partidario también de cualquiera, contra el susodicho Agustín Edwards.

Por último, los nacionales, la única base sólida de la mencionada candidatura.

Don Juan Luis Sanfuentes maniobró muy bien, o los demás maniobraron muy mal: no sé a qué carta quedarme.

Por de pronto le aceptaron, casi sin discutirlo, la entrada de los demócratas a la convención, y esto en condiciones de verdadero privilegio. De acuerdo con las bases, deberían haber tenido sólo quince o veinte representantes, y les reconocieron setenta.

Nada autorizaba semejante privilegio. Los demócratas, apenas si estaban en la Alianza, y en todo caso fueron siempre dentro de ella un elemento indisciplinado y con que jamás pudo contarse en momentos de apuro.

Se le regalaban pues, gratuitamente, al candidato balmacedista esos setenta soldados. Unidos ellos a un centenar de sus correligionarios, y a treinta radicales sanfuentistas, había ya, por una parte, número suficiente para impedir, por lo menos a cualquiera otro candidato, alcanzar, sin el consentimiento del señor Sanfuentes, la mayoría requerida.

*Ainda mais.* El señor Sanfuentes conocía demasiado bien los sentimientos que abrigaban respecto de Agustín Edwards los dirigentes del partido doctrinario. No le costó, pues, mucho entenderse con ellos, *desde un principio*.

Las bases de este arreglo no fueron, es cierto, taxativamente estipuladas. Pero en una conferencia previa, a que asistió don Maximiliano Ibáñez, quedó entendido que ambos partidos obrarían de acuerdo para cerrarle a Edwards el camino.

Si éste último hubiera sospechado siquiera semejante cosa, habría sabido desde el primer momento a qué atenerse...

Pocas probabilidades de triunfo le quedaban, en realidad. Sólo una táctica habilísima podía salvarlo, y ni siquiera así me imagino de qué manera.

Él no contaba, como el señor Sanfuentes, con un cuarenta por ciento sólido, decidido a todo evento, a cerrarle el paso a *cualquier adversario*. Lo seguían en esa forma sólo unos cientos cincuenta convencionales, a saber, sus correligionarios, un pequeño grupo de liberales, balmacedistas y radicales. De entre estos últimos no muchos estaban dispuestos a quebrantar, en su obsequio, la disciplina de partido.

Esta circunstancia era hartó grave, pues el estado mayor, los dirigentes de las agrupaciones políticas, le eran hostiles.

En una convención como aquella, en que en realidad no se iba a elegir candidato, sino Presidente, debían forzosamente originarse las pasiones de lucha y combate, propias de todas las campañas electorales. Quien opusiera mayores resistencias y luchara con más encarnizamiento se imposibilitaba,

necesariamente, para beneficiarse de una transacción. La transacción, única salida posible en aquellas circunstancias, jamás aprovecha a los beligerantes, sino a un tercero en discordia.

Y Agustín Edwards no sólo entró a la convención como beligerante, sino que como tal se mantuvo dentro de ella. Los enconos y las resistencias no hicieron, pues, sino crecer en torno suyo.

¿Por qué obró así? En realidad porque padeció un error de concepto.

Él conocía o sospechaba las formidables posiciones defensivas del señor Sanfuentes, aunque no su acuerdo secreto con los dirigentes liberales.

Se hizo, pues, el siguiente raciocinio:

"La lucha ha de trabarse entre el señor Sanfuentes y yo. Cuando los liberales y radicales se vean precisados a decidirse por uno de estos extremos, es seguro o casi seguro que habrán de preferirme. Nuestros partidos han hecho por tres o cuatro años vida común, y reinado entre ellos una constante armonía. Este no es, por cierto, el caso de los balmacedistas".

No calculó bien Agustín Edwards la fuerza de las resistencias que provocaba, principalmente entre los dirigentes doctrinarios y aún entre los radicales. Menos calculó todavía que una actitud cerrada intransigente y de inflexible firmeza dentro de sus reductos, iba a aumentar todavía la fuerza de esas resistencias.

Una actitud análoga cerró en 1901 la Presidencia de la República a don Fernando Lazcano. Después de batallar contra un hombre por muchos días, pocos están dispuestos a transigir en su obsequio. La habilidad de don Germán Riesco consistió entonces en saber eliminarse a tiempo de la lucha.

Y aquí nos encontramos nuevamente en presencia de don Juan Luis Sanfuentes. El supo atraer a Agustín Edwards a ese terreno de la lucha obstinada y sin cuartel, proponiéndole un arreglo, según el cual, ni uno ni otro desistieran hasta lo último de sus respectivas pretensiones. No hubo acuerdo, como se ha dicho, de cederse mutuamente sus fuerzas. Así el señor Sanfuentes pudo, sin faltar a ningún compromiso, colocarse en la más ventajosa situación. Los doctrinarios le garantizaban de todo peligro de parte de Agustín Edwards, y éste de todo riesgo de parte de los doctrinarios.

Los dirigentes de este último partido supieron a su vez explotar entre sus correligionarios la actitud en que se había colocado Agustín Edwards, la cual no era difícil presentar como de una hostilidad marcada hacia los doctrinarios. Esto y no otra cosa significaba, según ellos, el acuerdo con los balmacedistas.

Quedaba una esperanza de salvación. Los demócratas, aun cuando muy comprometidos con el señor Sanfuentes, a quien favorecieron casi constantemente con sus votos, habían acordado adherirse a cualquiera candidatura que mediante su concurso pudiera triunfar. ¡Bien sabían los gallos que dirigían el pandero, cuán remota era la posibilidad de semejante ocurrencia!

Ahora bien, los radicales, nacionales y demócratas, unidos con los votos dispersos de que disponía Agustín Edwards en los otros partidos, podían asegurarle la mayoría.

Sólo se necesitaba para que esto sucediera, de un pronunciamiento de los

radicales, como *partido*, que obligara a los disidentes a estar con la mayoría *cuchista*.

Fue éste el momento crítico de la convención.

Pero el pronunciamiento no pudo obtenerse. Los viejos dirigentes radicales lograron impedirlo.

Con esto desapareció toda esperanza para la candidatura de Edwards dentro de la convención. Lo que parecía más posible era el fracaso de la convención misma si alguien no abandonaba sus posiciones.

Los liberales lo hicieron, no porque fueran más hábiles que los demás beligerantes, sino porque eran los únicos que no estaban comprometidos a no hacerlo. La táctica del señor Sanfuentes triunfaba en toda la línea.

Se comprometieron, en efecto, los doctrinarios a darle al señor Sanfuentes su fuerza por cinco votaciones sucesivas: si en ellas no obtenían el triunfo, los balmacedistas votarían a su vez por un candidato doctrinario.

El block de resistencia nacional-balmacedista no sólo quedaba roto, sino formado en su lugar uno que parecía asegurar el triunfo del señor Sanfuentes. En efecto, unidos balmacedistas, doctrinarios y demócratas; contaban estos tres partidos con una mayoría respetable. Es verdad que, como siempre, había disidentes, pero estas pérdidas podía compensarlas el candidato balmacedista con el apoyo de una cuarentena de radicales.

Había llegado también la hora del cansancio, de la fatiga y de la confusión. Era para el señor Sanfuentes la victoria segura.

Entonces, y sólo entonces ensayaron los nacionales una maniobra que, hecha a tiempo, pudo acaso cambiar la faz de las cosas. Decidieron votar por un candidato radical. Así comprometían a los miembros de ese partido, amigos del señor Sanfuentes, a no votar por el candidato de sus simpatías.

La maniobra tuvo éxito. Por un momento el señor Sanfuentes pareció alcanzar la mayoría. Sólo veinte votos le faltaron.

La idea de los nacionales era aprovechar esa coyuntura para salvar lo que aún podían salvar, esto es, su situación política, procurando la elección de un candidato doctrinario, que no les fuera desafecto, de acuerdo con aquel partido y los radicales.

Pero los choques y rozamientos de siete días de lucha habían llevado a tan alto grado la irritación de los dirigentes doctrinarios, que ni aún un presidente de su propio partido quería aceptar de los nacionales, y continuaron batiéndose por el señor Sanfuentes.

Pero el candidato balmacedista ya no hizo sino perder terreno: las defeciones se multiplicaron en torno suyo, mientras que el señor Mac-Iver, candidato del block nacional-radical, subía más y más.

Llegó, por fin, a producirse la circunstancia de que, añadidos sus votos con los de los demócratas, tenía la mayoría exigida por las bases de la convención. En cumplimiento de su promesa, los demócratas acordaron votar por el señor Mac-Iver.

Era ya el principio del fin... La convención estaba inquieta y agitada.

Los balmacedistas, perdida la esperanza, se retiraban de la sala en gran

número. La votación terminó... En las urnas, don Enrique Mac-Iver tenía ya la mayoría. Faltaba proclamarla.

Entonces se produjo uno de esos actos, raros en nuestra historia, y en la de todos los países: el desprendimiento heroico ante el poder supremo, ante esa banda tricolor, cuya perspectiva basta a marear las mejores cabezas.

El señor Mac-Iver se negó a proclamar la votación que lo haría Presidente. Vio en un momento las luchas, odiosidades y divisiones que dentro de la alianza iba a producir su inesperado triunfo.

Renunció de una manera indeclinable.

¿Iba, pues, a fracasar la convención? ¿Continuarían los doctrinarios resistiendo aún una candidatura propia, por venir de manos nacionales?

Entonces fue cuando el señor Sanfuentes impuso la candidatura de don Ramón Barros Luco.

El resultado inevitable de esa clase de asambleas acababa de producirse. Los candidatos de combate quedaban eliminados por virtud misma de las resistencias recíprocas que ellos mismos se habían suscitado. Un anciano, casi octogenario, retirado hacía largos años de la vida pública, el menos temido, el menos odiado de los hombres públicos, venía a recoger el triunfo tan perseverantemente disputado.

Y así habrá de pasar en Chile mientras haya convenciones.

¿Escarmentarán los candidatos del futuro?

La lección es, sin embargo, elocuente.

Las luchas y asperezas producidas dentro de la convención, habrían hecho estallar la alianza liberal, en caso de ser elegido alguno de los que lucharon dentro de ella... Tal así sucedió en 1886. En ese caso, la convención no habría resuelto, posiblemente, el problema presidencial.

Así puede en adelante definirse las convenciones como la de 1910... unas asambleas destinadas a buscar... terceros en discordia.

#### LOS DOCTRINARIOS SE TIRAN A FONDO

(12 de octubre de 1912)

Cuando tuvo lugar la convención de 1910, el Vicepresidente don Elías Fernández Albano ya no existía. Murió el 8 de octubre sólo veinte días después que su viejo amigo el Excmo. señor Montt. Juntos caminaron en esta vida, juntos, también, penetraron en la eternidad.

Dispone la Constitución del Estado que el Presidente de la República debe ser subrogado por el Ministro del Interior, y en su defecto, por el Ministro de Estado más antiguo.

¿Existía o no existía el 8 de octubre de 1910 un Ministro del Interior? o, en otras palabras, ¿había conservado el señor Fernández este carácter, aún después de asumir la Vicepresidencia?

La cuestión era interesante y grave. Desempeñaba la cartera del Interior aun cuando, en calidad de interino, don Luis Izquierdo, liberal doctrinario, y



era el Ministro de Estado más antiguo el balmacedista don Emiliano Figueroa. ¿A cuál correspondía la Vicepresidencia?

Es honroso para Chile, y muy principalmente para don Luis Izquierdo, el que este debate ni siquiera fuese promovido. No le faltaron al distinguido jefe del Gabinete ni razones ni elementos de resistencia: por el contrario, la mayoría de sus colegas estaban dispuestos a acompañarlo, y él desempeñaba las funciones de Ministro del Interior. Sólo en defecto de tal Ministro, correspondía la Vicepresidencia al de Justicia.

Don Fidel Muñoz Rodríguez, representante en el Gabinete del partido radical, intentó plantear el problema, o por lo menos, exponer las razones en pro o en contra de cada una de las soluciones. Él, por su parte, se declaró en favor de los derechos del señor Izquierdo.

El asunto podía complicarse. De los cinco Ministros, dos estaban implicados: eran sus derechos los que iban a discutirse. De los otros tres, uno se había pronunciado en favor del señor Izquierdo, y otro, don Carlos Larraín Claro, amigo íntimo y correligionario del mismo, participaba del mismo modo de pensar. Sólo quedaba don Carlos Balmaceda, como probable apoyo de los presuntos derechos del Ministro de Justicia.

Pero don Luis Izquierdo no permitió que este asunto pasara más adelante.

—No he estudiado el punto constitucional, dijo, pero estas discusiones son perturbadoras. Mi opinión es que corresponde la Vicepresidencia a don Emiliano Figueroa... y, aun cuando no fuera así, un hombre como él, de carácter conciliador, amigo de todo el mundo, da a los partidos más garantías que yo. En la situación actual del país, cualquier conflicto en el Gabinete debe evitarse... No discutamos más...

Y se sentó a redactar por su propia mano el decreto que elevaba a la Vicepresidencia al señor Figueroa.

Entre tanto los amigos de éste, que preveían batallas, o por lo menos, agrias y acaloradas discusiones, se dirigían presurosos a la Moneda a tomar parte en los probables capítulos.

Cuando llegaron, hubieron de encontrarse con lo imprevisto. El presunto rival de su candidato redactaba tranquilamente el decreto en que le entregaba el mando supremo...

En este país, tan inclinado a recordar el mal y los errores, el más discreto olvido suele cubrir actos como el que entonces realizara don Luis Izquierdo. ¿Hay en Chile muchos repúblicos, acaso, que puedan contar, en el haber de su pasado político, con un desprendimiento sencillo, noble, generoso, sin ostentación, como el de don Luis Izquierdo? Lo dudo.

Esa fue la más hermosa página de nuestro centenario. Todos se regocijaron del admirable funcionamiento de las instituciones: pocos recordaron a quién debían en primer término esa espléndida regularidad constitucional de que tanto nos enorgullecimos.

Entre tanto, la parca inexorable había perseguido sin tregua al partido nacional: primero el señor Montt, después el señor Fernández Albano.

No podemos quejarnos de la muerte: ni ella era nuestra aliada, ni nos hacía traición.

Pero... Los doctrinarios... Ellos sí eran nuestros aliados, y leales y firmes amigos suyos fuimos, mientras el poder estuvo en nuestras manos.

Ahora les toca el turno a ellos.

Ahora íbamos a recibir el premio de nuestra constante lealtad... Él no se hizo esperar. A la primera de cambio... Se tiraron a fondo, ni más ni menos que a matarnos.

Nunca he podido ni podré saber de qué agravios querían tomar venganza. ¿El atentado a la legitimidad de los Merovingios? Pero fue en una convención, libremente consentida por todos los liberales, habiendo renunciado nosotros a las ventajas de la organización y la sorpresa.

¿Entonces qué?

Nada, sino la antigua manía doctrinaria. Ellos son los únicos y genuinos representantes del moderno liberalismo; ellos solos tienen derecho de existir. Los demás partidos son fracciones perturbadoras, sin principios, ni tradiciones, ni razón de ser... Se les tolera cuando no puede hacerse otra cosa; se les usa, en el mejor de los casos, como escalera para encaramarse más alto. Pero, ¿a qué gastar lealtad y consecuencia con gentes que cometen el supremo sacrilegio de existir al lado de ellos? A matarlos, pues.

He creído toda mi vida que no debía haber en Chile sino un partido de centro... En esto, y sólo en esto, me parezco a los doctrinarios. Pero venga Dios y diga si es el mejor camino para alcanzar la unión entre varios hermanos, el que uno de ellos ande de seca en meca buscando ocasión y oportunidad para matar a los otros.

¡Así estamos de unidos!

Por eso en 1910, en cuanto pasaron de esta vida los señores Montt y Fernández, los doctrinarios comenzaron a hablar de nuestra defunción, como de la cosa más natural del mundo. ¿Qué menos habíamos merecido que la muerte?

Jamás se le ocurrió a nacional alguno que los doctrinarios habían perdido el derecho de vivir, porque el Presidente era de nuestro partido. Muy al contrario, creímos entonces que el habernos ellos ayudado a la exaltación de nuestro jefe, nos obligaba a esforzar nuestros sentimientos de hidalguía y lealtad.

No parecen ser éstas las máximas en uso entre los doctrinarios, sino la de matar cuando se puede.

En octubre de 1910, la muerte nos privó de nuestro Presidente, y las combinaciones constitucionales de toda representación en el Gabinete. Quedábamos, pues, excluidos del poder no por acto propio, ni por la voluntad de nuestros aliados, ni por ser indignos de él, sino porque así fue la fortuna.

El partido intentó, como era natural, hacer cesar una situación deprimida que había estado muy lejos de merecer. Don Arturo Besa, jefe de los nacionales, se acercó, pues, al Vicepresidente señor Figueroa para pedirle al integración *del Gabinete que, con grave daño para la buena marcha de los negocios, estaba*

reducido a sólo cuatro Ministros. Los miembros del Gabinete apoyaron esta pretensión, que era muy justa.

Contra cuanto podía esperarse, el Vicepresidente se manifestó perplejo... ¿Dar cabida en el Ministerio a los nacionales? Ello daba ocasión a resistencias. Los doctrinarios, o mejor dicho su jefe, de hecho, don Javier Figueroa, no lo deseaba. ¿Por qué habíamos de formar parte del Gabinete? ¿Acaso aún intentábamos respirar?

Bajo estos favorables auspicios comenzó la descomposición de la alianza liberal, tan fuerte y unida pocos meses atrás, cuando nadie premeditaba la muerte de nadie.

Pero ahora ellos, los doctrinarios, querían darse los aires de dueños de casa, afirmar su supremacía, por si alguien quería contrarrestarla, y no hallaron medio más gentil que el arrojar a los huéspedes por la escalera abajo. Nosotros nos indignamos, a pesar de que debíamos estar ya acostumbrados a semejantes modales.

Será ello una excelente política, pero no, sin duda, la más a propósito para contribuir a la cordialidad entre aliados.

Mucho se habla, sobre todo en provincias, de la escasa cohesión que muestra con frecuencia la alianza liberal. Pero apenas habrá un caso, si es que este caso existe, en que los desastres de la susodicha alianza no sean hijos legítimos de una de esas genialidades doctrinarias.

Es cierto que entonces tuvimos Ministro al fin, pero fue necesario para ello nada menos que la llegada al país de don Ismael Valdés Valdés, el cual, aun cuando no menos doctrinario, había acaso olvidado (momentáneamente, eso sí) las dulces costumbres de sus correligionarios políticos y la forma en que entienden las alianzas de partidos, durante su estadía en el viejo mundo.

El hecho es que nos admitieron, por de pronto, en el Gabinete. ¡Qué honor para nosotros! ¡Cuánta gratitud no debíamos ante tan singular prueba de afecto!

Para cualquier espíritu observador, la alianza liberal ya no existía. Quedaban en su lugar las desconfianzas y los odios. Un partido, apenas armado de poder, ya comenzaba a esgrimirlo para tratar de dar muerte a sus aliados. La eterna historia de todos las coaliciones volvía a repetirse, y seguirá repitiéndose, mientras los doctrinarios no cambien de alma, o deje de elegirse entre ellos el Presidente de la República.

¿A qué queremos más experiencias?

EL MINISTERIO DE LOS SEIS  
(21 de octubre de 1912)

En política, como en la mayor parte de las cosas de este mundo, los caminos más simples no son siempre los peores: muy por el contrario. Los atajos y los caminos extraviados resultan tan peligrosos cuando se trata de gobernar a los pueblos, como cuando se trata de ir desde Chincolco a Salamanca, o viceversa.

Sencilla era la base sobre que reposó la Alianza Liberal durante la administración del Excmo. señor Montt. Formábanla tres partidos afines, a saber: los nacionales, los doctrinarios y los radicales. ¿Se unían a ellos los balmacedistas? Mejor que mejor. ¿No se unían? Se gobernaba entonces con Gabinetes neutros que tenían mayoría, por lo menos en una de las Cámaras. Esto era tan simple y tan práctico como el huevo de Colón.

La actitud de los balmacedistas era el único problema. No querían ellos ni perder de vista a los conservadores, ni pelearse a fondo con la Alianza Liberal. ¿Cuál era la causa de esta situación indecisa y poco franca?

Una muy fácil de explicar. El partido no estaba completamente unido y disciplinado. A través de todas las vicisitudes de la política, persistió siempre una división substancial entre los que aceptaban, sin discutirlo, el predominio de don Juan Luis Sanfuentes, y los que lo resistían. De oír a los unos y a los otros, los liberales democráticos no tenían por dónde el diablo les desechara...

¡Así se decían de lindezas!

En el fondo, ni había tanta maldad aquí, ni tanta corrupción allá. Entre los vergaristas se contaban las figuras más prominentes del partido, hombres de Estado de primer orden, que honrarían a cualquiera agrupación política.

Les molestaba el predominio absoluto de un hombre, por hábil y poderoso que fuera; querían derribarlo, y no faltaban causas razonables para su descontento. Habrían querido los jefes del vergarismo una orientación rectilínea más franca, en este o aquel sentido. Falta saber si era posible al señor Sanfuentes marcar el rumbo con tan inexorable fijeza. Los conductores de partido son guiados, en muchas ocasiones, por acontecimientos que les es imposible enmendar o dirigir.

Este cáncer que roía al partido liberal democrático no perjudicó demasiado a la marcha política del país mientras se mantuvo localizado; esto es, mientras las demás fracciones liberales no se mezclaron en las contiendas internas del balmacedismo. Era esta, por otra parte, la única conducta prudente y capaz de mantener la tranquilidad general. Si hoy, en la guerra de los Balkanes, el Austria tomara partido por la Turquía, y la Rusia por la Servia y la Rumania, no existiría por muchas horas la paz entre el Austria y la Rusia.

Pues bien, en 1910 y 1911 los doctrinarios tomaron partido en la división de los balmacedistas, y esto ya era una imprudencia. Vinieron en seguida los nacionales e imitaron tan pésimo ejemplo. La paz, ya muy problemática entre ambas fracciones liberales, se convirtió en guerra. No podía suceder de otra manera. Nos queda a nosotros la excusa de no haber sido los primeros en tomar tan mal camino.

¿Por quién tomaron partido los doctrinarios? ¿Fue acaso por Sanfuentes, su aliado en la convención, el caudillo que les diera el Presidente de la República? No, ciertamente. Fue en pro de los vergaristas que desenvainaron el sable.

Mucho he reflexionado sobre esta conducta de los doctrinarios, en el deseo de buscarle una explicación digna y honrosa. Algunos amigos, y también algunos enemigos míos, se imaginan que yo les tengo mala voluntad a los doc-

trinarios: se equivocan medio a medio. Si yo escribo la historia y ellos cometen desatinos, la culpa no es, por lo menos, mía, si no tengo cosas más hábiles y decorosas que consignar.

Trajera yo aquí al historiador más enamorado de los doctrinarios, y lo pondría en mi pellejo... Juzgue usted esto, le diría: encuéntrale una explicación lógica, y le seré muy grato.

Porque si no, vamos a ver.

¿Tomaron los doctrinarios partido por los vergaristas en señal de gratitud a don Juan Luis Sanfuentes? Si esto dijese yo, lo tomarían ellos mismos como una ironía de mal tono.

¿Lo hicieron por evitar complicaciones dentro de la alianza liberal? Pero si precisamente, de este acto de ellos arrancaron todas las complicaciones posibles e imaginables, y no era necesario ser profeta para predecirlas.

¿Lo hicieron para procurar la paz y armonía entre los balmacedistas?... Esta es otra ironía como la primera.

Tengo, pues, que rendirme ante la imposibilidad de hacerlo mejor; tengo que entrar por primera vez en el terreno de las suposiciones.

Como carezco de una imaginación brillante, debo limitarme a juzgar del procedimiento doctrinario por sus resultados y no por sus intenciones, que por sanas y altruistas que fueran, escapan por completo a mi fantasía.

Dada la idiosincrasia de los doctrinarios, es muy justo suponer que no se resignaran ellos a representar dentro de la nueva administración un papel análogo al desempeñado por los nacionales en la anterior, esto es, el de un partido de Gobierno igual a los demás, y obligado a guardar con sus aliados, por el hecho de contar en su seno al Presidente, aún más contemplaciones que las ordinariamente en uso. Querían, por el contrario, primar, dirigir, absorber y esto no era posible en circunstancias normales. Se hacía necesario revolver previamente el gallinero.

Si los partidos liberales continuaban conservando su política expectante y neutral, delante de las divisiones internas del balmacedismo, se repetía el eterno problema planteado durante la administración Montt, problema resuelto de antemano; dentro de esa solución, doctrinarios y nacionales conservaban sus posiciones de antaño y la alianza liberal subsistía.

Era preciso, pues, buscar un elemento político nuevo, que rompiera la antigua agrupación de los partidos; que colocase a los uno sobre los otros; que trajera el desconcierto total. Esperaban así y no esperaban sino demasiado bien, que semejante conducta les permitiría consagrar públicamente y a la faz del país, esa supremacía con que ellos sueñan, y que significa muerte y exterminio para las demás fracciones liberales.

Por eso no vacilaron en reconocer la beligerancia del vergarismo, agrupación que detestaban en el fondo más que otra alguna, aun cuando con ello inferían un agravio mortal a su aliado de la vispera.

Seamos justos; ese reconocimiento de beligerancia era muy natural: significaba la aceptación de un hecho producido, de un hecho que modificaba o podía modificar la fisonomía política del Senado. Nadie está menos dispuesto



que yo a negar al vergarismo sus fueros y derechos. Pero no eran los aliados de don Juan Luis Sanfuentes los que estaban en el caso de soplar sobre la discordia para agriarla y hacerla más odiosa.

Ellos hicieron todo lo posible para colocar al país y al Presidente en una situación sin salida.

Los balmacedistas no podían entenderse. Los doctrinarios en lugar de deplorar simplemente el suceso, como funesto para la continuación de la alianza, se esforzaron en darle proporciones, buscando manera de envolver en él a los partidos ajenos al conflicto.

¿No se podía contar con los balmacedistas por esta o aquella razón? Supongamos a los doctrinarios completamente inocentes de esos motivos y ya es bastante suponer. La situación se había presentado más de una vez durante el Gobierno anterior. ¿Qué se había hecho entonces? Prescindir de la alianza y de la coalición. Gobernar con los elementos neutros, excluir a los conservadores resistidos por los radicales, a los radicales resistidos por los conservadores, y a los balmacedistas que se excluían mutuamente; y mantener en tanto, como un centro de agrupación y fuerza, el núcleo doctrinario, nacional, radical, con mayoría en la Cámara de Diputados.

Esto se hizo entonces, y debía hacerse ahora, si se buscaba otra cosa que un mayor desconcierto, si se iba tras de un fin confesable.

Pero los doctrinarios deseaban ante todo afianzar su predominio en forma sensacional y nueva. La alianza liberal, la solidez de la combinaciones políticas, todo ello se les daba un bledo.

Buscaban el Ministerio de los seis doctrinarios: ese Ministerio que fue la síntesis de su credo político y de su manera de entender las cosas.

Los radicales no podían entrar en él. ¿Por qué? No se sabe... Los nacionales tampoco. Otro enigma. Sólo los doctrinarios daban garantías a todo el mundo, a los beligerantes y a los que no lo eran en absoluto, como sucedía, por ejemplo, con los nacionales.

No se consultó a nadie... Se le formó pura y simplemente... Ellos eran los amos. Querían que esto se supiese de un modo absoluto.

Los conservadores batieron palmas. Ellos fueron los primeros triunfadores. Excluidos del Gobierno durante cuatro años, merced a la unión de los partidos liberales, no podían ver sin júbilo procedimientos que tendían a quebrantar a la alianza para siempre.

¡Nada de nacionales! Muy bien. Y aplaudieron con tanto vigor, como si se hubiera dicho. ¡Nada de doctrinarios!

Muy bueno fue el Ministerio de los seis. No lo dudo. El tendrá sus defensores entusiastas, pero nadie podrá decir que él trajo elementos de concordia a los partidos de la vieja alianza. Nadie tampoco se atreverá a sostener que fue una solución feliz de un problema político sin salidas... Cualquiera otro habría durado más... Duró menos que las rosas... Se presentó a la Cámara de Diputados, y media hora después era cadáver.

La política es el arte de agrupar fuerzas vivas. ¿Qué política era esa que

so pretexto de un conflicto interno del balmacedismo arrojaba del poder a los nacionales y a los radicales, que no habían chistado, ni dicho: esta boca es mía?

No era, por cierto, la política de la alianza liberal, podía ser en último caso la de la coalición; probablemente no tenía nombre alguno. Era arrojar des concierto sobre el des concierto, por puro gusto de perturbar el mundo.

Pero el Ministerio de los seis dejó una semilla, que luego hubo de fructificar. Enseñó a los doctrinarios una gran verdad, que ellos supieron después aprovechar; esa verdad era ésta:

“Los conservadores auxiliarán a cualquiera que desee perturbar la alianza”.

Verdad de Pero Grullo, se dirá. Pero los doctrinarios no la conocían, y ahora la conocen demasiado.

#### LA ALIANZA CAMINA A LA MUERTE (29 de octubre de 1912)

Al Ministerio de los seis hubo de suceder uno que lo fue francamente de Alianza. Las dificultades que presentara esta combinación pocos días antes, desaparecieron por arte de encantamiento, como habían aparecido.

No era fácil, por cierto, la tarea de restablecer la armonía entre los partidos liberales: recelos, desconfianzas y temores por doquiera; un deseo apenas disimulado de producir perturbaciones en no pocos; tales tuvieron que ser los resultados de las incidencias que acabamos de referir.

Don Rafael Orrego, llamado por el Excmo. señor don Ramón Barros Luco para organizar un Gabinete bajo tan desfavorables auspicios, presentaba un marcado contraste, por su carácter y tendencias, con su predecesor el señor Ibáñez. Sin desconocer las relevantes cualidades del jefe del Ministerio de los seis, preciso es reconocer que no era, por cierto, su personalidad la más apropiada para inspirar confianza y suavizar asperezas en los momentos en que fue llamado al Gobierno. Doctrinario refinado, de la vieja escuela de “las carabinas recortadas”, seco de carácter, dogmático, intransigente; convencido cual ninguno del derecho divino del partido a la dominación exclusiva y al exterminio de las fracciones liberales afines, a más de esto el señor Ibáñez había tomado una parte activa en lo más agrio de las luchas de la convención de septiembre.

Muy diversas condiciones distinguían a don Rafael Orrego. Político por diletantismo más que por ambición, frío, desapasionado y ecuánime por naturaleza, no se había tampoco mezclado en las desagradables incidencias originadas por la muerte del Presidente Montt. Venía del Viejo Mundo, donde permaneciera más de dos años ajeno a las pasiones e intrigas de los últimos tiempos. Debió ser, y fue, en realidad, bien recibido.

El señor Orrego no ha buscado los honores, pero los honores lo han buscado a él. Hizo sus primeras armas, en la diplomacia, al lado del distinguidísimo orador y hombre de letras don Ambrosio Montt. Entregado después casi por entero a las labores agrícolas, sólo las abandona de tarde en tarde,

para verificar una entrada, casi siempre feliz, pero nunca muy prolongada, en el mundo de los negocios públicos, o para realizar un viaje algo más largo por el otro continente.

Leal, bondadoso, alegre y campechano, el señor Orrego realiza perfectamente el tipo del gran señor rural de los buenos tiempos de Chile, culto sin ostentación, cortés sin amaneramiento, caballeroso sin quijotería. Pocos hombres existen entre nosotros más aptos para sortear los escollos de las situaciones agrias y difíciles, como hubo de demostrarlo, en su calidad de presidente de la Cámara de Diputados, en aquel tormentoso periodo en que se iniciara el Gobierno del Excmo. señor Montt.

Su principal defecto es su misma blandura. A pesar de que es agricultor, y de los del riñón de Colchagua, no es desconfiado ni ladino. Tampoco ama las intrigas, y está, por lo mismo, más expuesto a ser la víctima de ellas. Ahora bien, a principios de 1911 los tiempos estaban buenos para culebrones y de los más refinados... No escasearon éstos alrededor del señor Orrego.

Ninguna situación política se ha presentado, en efecto, más vidriosa ni más cuajada de peligros. La actitud de los doctrinarios había ya tenido por efecto encender la desconfianza, por lo menos en dos de las otras fracciones liberales.

El señor Sanfuentes y sus secuaces, por una parte, no podían mirar sin recelo el empeño puesto por los jefes del Gobierno, en dar aire y estímulos al círculo vergarista y en producir así una división irreparable en el seno del liberalismo democrático. Estas alarmas no pudieron menos de acentuarse con la presencia en el importante Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, de don Aníbal Letelier, acaso el más hábil, el más tenaz, el más fecundo en expedientes, de los adversarios del jefe balmacedista.

El señor Letelier tenía que imponerse a sus colegas, como en realidad se impuso. Sabía más de los recursos y de las artimañas de la política, que todos ellos juntos. Contaba además con la no disimulada benevolencia de los doctrinarios, a quienes les pareció encontrar en él un instrumento maravilloso para descargar golpes sobre las espaldas nacionales y sanfuentistas, ya bastante quisquillosas y resentidas.

Cuentan además las crónicas que el señor Letelier, desconfiando de sus propias luces, como suelen serlo los fuertes, no daba un paso sin haberse asesorado previamente con el grupo de expertísimos estratégicos que rodeaban al señor Vergara. Los conciliábulos vespertinos del Ministro de Justicia, en un rincón del Club Liberal Democrático, ponían a los políticos de los demás partidos la carne de gallina.

¡Dios sabe lo que había de exagerado o no en estos temores! El hecho es que ellos existían.

Tampoco les llegaba a los nacionales la camisa al cuerpo. Habían recibido de sus leales aliados golpe tras golpe, su exclusión del Ministerio Izquierdo, la organización inesperada del señor Ibáñez, de que habían sido excluidos también, y, a más de esto y, sobre todo, la propaganda incansable, perseverante, en el Club, en la Cámara, en la prensa, a todas horas, que los buenos doctrinarios

se creían en la precisión de hacer, en el sentido de que los nacionales estaban muertos o debían morir. Estos pequeños ultrajes, que no les escatimaba en momento alguno esta actitud de vencidos y aniquilados en que se obstinaban en presentarles, eran quizás más dolorosos que los golpes más serios y efectivos... Tal es, o suele ser, la psicología de los partidos y de los hombres.

Los radicales no las tenían todas consigo. Tras de las perturbaciones presentes, divisaban la coalición futura. Muchos temblaban al considerar cercano el momento en que las fracciones liberales, que se creían (con más de un justo motivo) amenazadas por los doctrinarios, dieran, como en otras ocasiones análogas, el grito de "Sálvese quien pueda", y se arrojaran en brazos de los conservadores.

Esto no era, sin embargo, muy difícil de ser evitado. Ni los sanfuentistas, ni los nacionales, deseaban la coalición: no tenían por qué desearla tampoco. El señor Sanfuentes ponía entonces todas sus esperanzas presidenciales en la alianza, y sabía, o creía saber, que no tenía mucho que esperar de los conservadores, los cuales, después de la ruptura con los nacionales, parecían querer orientarse más bien en el sentido de una alianza con los doctrinarios, sobre la base de la candidatura presidencial de don Germán Riesco, u otra análoga... Las tendencias que se acentuaban de momento en momento, en la dirección del partido doctrinario, favorecían, sin duda, esta evolución de los conservadores... Por igual motivo los nacionales se inclinaban también visiblemente a mantener su alianza con el partido radical, con quien vivieran, durante cuatro años, en el más íntimo consorcio.

Ahora bien, si la querrela llegaba a encrespase, entre nacionales y sanfuentistas, unidos ante el peligro común, por una parte, y los doctrinarios, por la otra, la suerte de la alianza liberal quedaba entregada en manos de los radicales, que eran los más interesados en mantenerla. Bastábales inclinarse del lado de los primeros para que desapareciese todo peligro de coalición, ya que radicales, sanfuentistas y nacionales contaban con una respetable mayoría en la Cámara de Diputados. El peor resultado de un rompimiento, aún si llegaba a producirse, era, en esas condiciones, la organización de un Gabinete de administración, del que los partidos predominantes en la Cámara Joven habrían podido exigir todas las mejores garantías.

Si, por el contrario, los radicales se inclinaban del lado de los doctrinarios, los balmacedistas y nacionales se apresurarían, para salvar la vida, a pactar una coalición conservadora, que contaría con una fuerte mayoría en ambas ramas del Congreso.

Ni el señor Sanfuentes ni el señor don Arturo Besa, jefe de los nacionales, se imaginaron jamás que el radicalismo vacilara ante semejante dilema. A pesar de todo, no pensaron responder a los doctrinarios con la guerra: querían ambos jefes la paz.

Así, después de ponerse mutuamente de acuerdo, se dirigieron ambos a algunos conspicuos radicales, a quienes dieron cuenta de la realidad de la situación y de los temores que a sus respectivos partidos inspiraban los reales o presuntos avances de los doctrinarios.

—Por si estos temores se realizaran, agregó el señor Besa, a don Juan Castellón, conviene fijar de antemano nuestra línea de conducta. No deseamos, ni mucho menos, el aniquilamiento del partido doctrinario, pero no estamos muy seguros de las intenciones de estos últimos. Se habla ya de que piensan tomar por asalto el Senado todo entero, con perjuicio de la representación legítima de los demás partidos liberales... Bien puede esto ser, bien puede no ser. De todas maneras, es mejor evitar el peligro.

De aquí nació el acuerdo llamado impropriadamente "La Alianza Chica". En virtud de él, nacionales, radicales y balmacedistas, convinieron en un reparto equitativo de los asientos del Senado, entre todos los partidos liberales, incluyendo, por supuesto, a los doctrinarios. Si estos últimos no aceptaban el arreglo, se les reservarían, a pesar de todo, los asientos que les hubiesen correspondido, mientras no pactaran ellos coalición con los conservadores.

"La Alianza Chica" no envolvía hostilidad para nadie, sino la común defensa de nacionales y balmacedistas, en el caso de que los doctrinarios pretendieran absorberlo todo, como sus apetitos hacían temerlo. Ella garantizaba, además, a los radicales contra todo peligro de una coalición, con mayoría en ambas Cámaras.

Desde el mes de marzo de 1911 este acuerdo tripartito se hizo público.

Ante la amenaza de la Alianza Chica, los doctrinarios juzgaron prudente mantenerse quietos por algún tiempo, y aún iniciar un acuerdo electoral serio con los demás partidos aliados.

Así pasó el Ministerio Orrego en relativa calma el otoño de 1911... Pero los partidos continuaban como armados en guerra, y las desconfianzas subsistían.

Sin embargo, mientras durara "La Alianza Chica", el dominio de toda coalición era imposible, y muy problemático el que los propios doctrinarios se resignaran a tentar fortuna al lado de los conservadores, contra todos los demás partidos liberales.

Pero "La Alianza Chica" no subsistió, y con ella también "La Alianza Grande" se vino al suelo.

¿Quiénes originaron su rompimiento?

¿Fueron acaso los nacionales o los balmacedistas?

No... ¡Fueron los radicales! ¿A cuento de qué!

Esto es lo que yo no he podido explicarme todavía... Procuraré hacerlo en mi próximo artículo.

DON ARTURO BESA Y LA COALICIÓN  
(6 de diciembre de 1912)

*Crispín.* —Creedlo. Para salir adelante con todo, mejor que crear afectos es crear intereses...

*Leandro.* —Te engañas, que sin el amor de Silvia, nunca me hubiera salvado.



*Crispín.* —¿Y es poco interés ese amor? Yo di siempre su parte al ideal y conté con él siempre.

Jacinto Benavente. *Los intereses creados.*

Menos hábiles que Crispín o menos conocedores del corazón humano, nuestros jefes de partido suelen no dar al ideal parte ninguna. ¡Profundo error! Como muy bien lo dice el pícaro inmortal creado por Benavente, es con frecuencia necesario remontarse al cielo para mejor dominar la tierra.

Me duele mucho confesarlo. Ese positivismo exagerado, ese olvido del ideal, ha estado muy lejos de faltar a los jefes del partido a que pertenezco. Por ser demasiado prácticos lo han sido de mala manera, y con un éxito nada envidiable... No supieron elevarse para dominar la tierra.

Mientras mi tarea se redujo a poner máculas a la política de los demás, la pluma me corría veloz por el papel. Ahora que se trata de los míos, la tarea resulta más ingrata. Veinte veces he tomado estas cuartillas, y otras tantas las he dejado en su primitiva pureza. Al fin y al cabo la ropa sucia mejor es lavarla en casa.

Quedábamos, si mal no recuerdo, con la alianza chica organizada. Entre radicales, nacionales y balmacedistas, existía una entente cordiale que los garantizaba mutuamente contra cualquiera tentativa de coalición. La alianza chica reservaba a los doctrinarios un sitio honroso, que podían ocupar desde el momento en que abandonaran sus veleidades coalicionistas, hijas de la ambición de mascar a dos carrillos, a la derecha y a la izquierda... Sirviéndose a la vez de conservadores y radicales.

¿Cómo romper la buena armonía entre nacionales y balmacedistas? Los doctrinarios comprendían que sin esto no les era posible maniobrar con libertad. De los radicales se ocupaban poco. El tradicional, romántico y trasnochado amor de los patriarcas del radicalismo, les garantizaba el apoyo de sus tercios en el momento oportuno.

Los doctrinarios se sirvieron para hacernos pelear con los balmacedistas, de algunos diputados nacionales inexpertos y aturridos, entre los cuales tuvo la desgracia de contarse el que estas líneas escribe.

Fuimos arrastrados allá por consideraciones de carácter romántico y sentimental las unas y prácticas las otras. No podíamos, por una parte, olvidar el acuerdo estrecho, perseverante y leal, que con grandes beneficios para el país, existiera entre nacionales, doctrinarios y radicales, durante la administración del Excmo. señor Montt. Deseábamos la prolongación de este orden de cosas que había mostrado solidez. Además el mapa electoral, tal como quedó después de las elecciones de 1909, parecía admirablemente dispuesto para una campaña común de esos tres partidos. Con un poco de buena fe por parte de los doctrinarios, el éxito era seguro.

Nuestro jefe, don Arturo Besa, más experimentado en estas lides, no se hacía semejantes ilusiones; pero sus desconfianzas se nos antojaban a nosotros hijas del recuerdo de pasadas luchas, resabios de odios ya desvanecidos y olvidados.

Los doctrinarios pudieron, pues, servirse del que suscribe y de otros varios

para alejar al partido de la alianza balmacedistas. Al mismo tiempo insinuaban a don Juan Luis Sanfuentes la idea de una alianza de que fueran excluidos los nacionales.

Toda esta cizaña cayó en buen terreno, gracias principalmente a nuestra tontería. Cuando se reunieron en mayo los delegados de los partidos liberales, todo fue confusión, y nadie podía ni quería confiar en nadie... Era el río revuelto tan deseado por los doctrinarios.

El señor Sanfuentes (que seguramente había recibido prendas y seguridades de los doctrinarios), no apareció apoyando los intereses de la alianza chica con la decisión que se esperaba. Su actitud era fluctuante, tímida e indecisa. Nuestros delegados, aún el que representaba el acercamiento balmacedista, hubieron de comunicar esta desagradable novedad a la Junta Ejecutiva Nacional.

Aquel fue el momento de los partidarios del acercamiento doctrinario. Ante la indudable inconsistencia de la alianza chica, ante la actitud equívoca de los balmacedistas, parecía insensato continuar encerrados dentro del marco estrecho de una combinación que ya no existía. Se acordó, pues, dar a los delegados nacionales, amplios poderes para buscar la buena fe, donde ella se encontrara.

¡A buen árbol nos arrimamos en demanda de esta fruta! Los delegados nacionales, influenciados por la corriente pro-doctrinarios, triunfante ahora merced al abandono balmacedista, iniciaron negociaciones con los delegados liberales en el sentido de una entente con ese partido y los radicales. Obtuvieron espléndida acogida y las más amplias seguridades. El acuerdo parecía marchar viento en popa.

De pronto don Eliodoro Yáñez, delegado doctrinario, lanzó a todos los vientos de la publicidad una carta torpedo.

Se referían en ella las gestiones nacionales en pro de la reconstitución de la alianza en la forma que ella tuvo durante la administración Montt. Agregaba el señor Yáñez, que los liberales se habían negado a tales arreglos, que podían ser perjudiciales a los balmacedistas...

¡El juego era muy claro! ¡Demasiado claro! Se quería separarnos de los balmacedistas, ocupar los doctrinarios nuestro lugar en la ya moribunda "alianza chica", reconstituirla en provecho de ellos... Los avances y ofertas de los doctrinarios no eran sino una pura zancadilla.

Estuvimos a punto de caer. Nuestra situación era hartamente peligrosa, si unidos liberales y balmacedistas, ya sea con los radicales o con los conservadores, constituían contra nosotros una alianza o una coalición formidables.

Mayor fue todavía el peligro, cuando los radicales, arrastrados por sus jefes, se declararon dispuestos a la constitución de semejante alianza. Si los doctrinarios en ese momento aprovechan la oportunidad, el negocio era cosa hecha.

Pero los jefes liberales no podían perder la inveterada costumbre de dar palos a los que los apoyan, y en cuanto tuvieron conocimiento del acuerdo radical, se lanzaron a organizar... la coalición. Habían burlado a todos los

partidos liberales, y por *sport* acaso querían que también los conservadores probaran la lealtad doctrinaria (como en efecto la han probado después).

Para nosotros tan peligroso era lo uno como lo otro... Don Arturo Besa, nos salvó.

Los liberales, a fuerza de regodearse y coquetear con radicales y conservadores al mismo tiempo, no podían ofrecer ni a éstos ni a aquéllos una situación franca. Su idea era organizar un Ministerio, como el de mayo último, formado por doctrinarios y balmacedistas, con el apoyo conservador.

Felizmente los nacionales, después del acuerdo radical, estaban abandonados de todo el mundo, y por lo tanto su libertad de acción era completa. El aislamiento suele ser una ventaja... Dígalo si no, la Gran Bretaña.

Así, mientras los liberales ofrecían a los conservadores una coalición disimulada, los nacionales pudieron ofrecer una coalición franca... La máquina doctrinaria se vino al suelo...

Hay derecho para equivocarse una vez, pero no dos. Si alguien me engaña, ha dicho alguien, me enojo con él, pero si me engaña por segunda vez, me enojo contra mí mismo.

Después de los hechos relatados, parecería que sólo imbéciles del hospicio, debían escuchar halagos o promesas de los doctrinarios. Sin embargo nosotros, los propios instrumentos de las maquinaciones liberales, estuvimos nuevamente listos para servirlos, en perjuicio de nuestro partido. Si en la humanidad hay algo insondable, ese algo es la tontería.

Nos pusimos, pues, a combatir a don Arturo Besa, porque había hecho la coalición, porque nos había sacado del paso equívoco y peligroso en que nuestra inexperiencia nos había colocado.

—¡Tontos! dijo el senador doctrinario, don Joaquín Figueroa. Les ha salvado al partido, y lo pelan...

Muy cierto: tontos y treinta veces tontos.

Pero digamos algo en nuestro descargo. Lo cierto es que no combatíamos a don Arturo Besa, sólo porque había hecho la coalición.

Aquel distinguido hombre público, uno de los más hábiles y esforzados luchadores de la política chilena, posee, en verdad, grandes cualidades, acaso no suficientemente apreciadas dentro y fuera de su partido.

No ha esquivado jamás el puesto de fatiga y peligro en el combate. Poseído de ardiente fe en su partido, le ama por todo y sobre todo, con absoluto desinterés personal. Esto lo ha sabido mostrar en mil ocasiones.

Su temperamento ardiente y belicoso, la tenacidad de sus prevenciones y antipatías, la vigorosa energía de su fe, le impelen a la lucha abierta y franca... Así cuenta con no pocos enemigos en las filas opuestas a la suya.

Sin embargo, la calumnia misma no ha logrado empañar su reputación de hombre honesto, y sus adversarios han sido incapaces de buscar en su pasado una sola mancha que arrojarle al rostro en la hora del combate.

Es hombre de negocios y también ingeniero. Él se complace en recordarlo así, y no pocos de sus errores nacen de su convicción de que ante todo el estadista ha de ser comerciante e ingeniero, esto es, calculador y positivo.

Pero no se especula en la misma forma con el corazón humano que con las mercaderías y los logaritmos. Dígase lo que se quiera, el ideal no es una fuerza para ser descuidada.

Por una contradicción extraña, el señor Besa que no ha buscado jamás en la política su propio medro, que es ante todo nacional, y ama desinteresadamente a su partido y a sus ideas, parece no comprender que esos sentimientos generosos que él es muy capaz de abrigar, existen también en otros corazones.

¿Qué es el ideal?... El ideal es el prestigio, el amor al bien público y del buen Gobierno... Esto dejando aparte los programas y las aspiraciones de otro orden.

¿Sirve el ideal aún para conseguir el éxito? Sin duda alguna. Ningún gran director de hombres se ha olvidado de él. Ningún triunfo político se ha obtenido sin su cooperación.

Regístrese la historia de la humanidad y la de Chile...

Dicen, por ejemplo, que don Federico Errázuriz Echaurren subió a la presidencia en virtud sólo de hábiles maquinaciones fundadas en el cálculo e interés de los hombres. Esto es inexacto. El sentimiento conservador y cristiano de una buena parte del país, el cansancio de las estériles luchas teológicas ¿no fueron acaso ideales? ¿Hubría conseguido sin este concurso, el señor Errázuriz su propósito?

Don Pedro Montt ¿no era también un idealista? El país al levantarlo ¿no fue tras un ideal? ¿Triunfó acaso sólo en virtud de los intereses y de los móviles más o menos mezquinos?

¿Y don Germán Riesco? ¿Hubiera sido Presidente sin la fuerza que entonces representó la idea del Gobierno liberal?

Sin duda los hombres se mueven por el interés, pero *no sólo por el interés*. Descuidar los más altos factores que gobiernan el alma humana, es hacer una política coja.

Véase lo que ha ocurrido al partido nacional. Citaré dos ejemplos.

La Municipalidad de Santiago había llegado a ser un objeto de horror para todos los hombres de bien. El partido nacional la amparó... Lo demás era cosa de ideólogos... Aquél era el interés político y electoral de momento.

¡Cuánto apoyo moral, cuántos hombres de primera fila que son prestigio y fuerza efectiva no perdimos entonces para obtener, al fin de cuentas, un resultado mezquino, pobre y efímero!

Las elecciones son sólo asunto de dinero y componendas políticas. Este es otro axioma de los hombres prácticos... El señor Besa lanzó sus "Dreadnoughts", ya se sabe con qué resultado... Aún antes de romperse la coalición, ya no había tales "Dreadnoughts"... Y, entre tanto, el brillante estado mayor del partido, humillado y descontento, retiraba de esta agrupación política, su poderosa influencia material y moral.

He aquí el lado flaco del señor Besa. Así como hay hipócritas para hacer profesión de catones y hombres de bien, él que lo es, y a carta cabal, afecta despreciar todo lo que no es cálculo e interés del momento.

Esta no era la política de Crispín, que siendo él mismo un perverso, conocía

bastante a los hombres y a las fuerzas que los manejan, para "dar siempre su parte al ideal y contar con él siempre"... Para hacerlo no tuvo necesidad de convertirse ni en ideólogo ni en bobo, que tanto da lo uno como lo otro.

DE CÓMO VIVIÓ Y MURIÓ LA COALICIÓN  
(24 de diciembre de 1912)

Entre los políticos nacionales hay algunos que no sólo aceptan o toleran las coaliciones, sino que las buscan como un ideal de Gobierno. Notorio fue, durante la administración de don Pedro Montt, el enfriamiento producido entre esos nacionales y el Presidente de la República.

No creo que esas afinidades conservadoras tengan su origen sólo en una simple analogía de principio o aspiraciones. Ahora, con más experiencia, yo me las explico de otra suerte. Esos caballeros han batallado en política durante treinta o cuarenta años. Si en proporción de ese tiempo han recibido, como es probable, de parte de los liberales doctrinarios, tantas lecciones como yo las recibí en tres años, ese entusiasmo coalicionista no puede ser más explicable, y acaso debamos a él el estar resollando todavía.

Pero estas cosas sólo se aprenden con la práctica. Los golpes, dice un refrán, enseñan a gente.

Yo no soy teóricamente enemigo de las coaliciones... Más aún, teóricamente no soy enemigo de nada. En estos tiempos para no ser escéptico, en política, es necesario más fe que la del carbonero; o tener veinte años. ¡Edad dichosa!...

Una sola cosa es verdad indiscutible ahora: que el país necesita un Gobierno. El partido o los partidos que sepan darlo, habrán merecido bien de la patria.

No es el mejor procedimiento para llenar esta gran necesidad pública el ensayado por los liberales doctrinarios. Desde que uno de los suyos llegó a la Presidencia, no han hecho otra cosa que perturbar y revolver... Hasta hace poco había siquiera coalición y alianza. Ahora sólo impotencia y anarquía. El último incidente de los arreglos internacionales ha probado con elocuencia que los liberales, ni tan siquiera saben gobernarse a sí mismos. Del partido de gobierno nacieron todas o casi todas las dificultades y resistencias. Muy ruines seremos los nacionales, pero al menos sabemos tener disciplina, y agruparnos en torno de nuestros jefes. Somos un partido, y no un caos confuso de personalidades indisciplinadas e inconexas.

Esta incapacidad, esta impotencia de que el liberalismo da tan elocuentes muestras, cada y cuando se ofrece la ocasión, es el mejor justificativo práctico del régimen coalicionista... Pero ni siquiera para ese régimen sirven los liberales. Don Federico Errázuriz Echaurren hubo de apoyar su gobierno principalmente en nosotros: sus correligionarios le fueron abandonando uno tras otro. Santa María, que nos llamaba sus "Buines", encontró también en nosotros el apoyo más sólido y durable de su poderío. Balmaceda, en sus tiempos felices, antes



de 1889, siguió la misma política, y demás está recordar cuán caro le costó después el haberla abandonado.

Hay quien cree que yo detesto a los liberales... Es un error. Por el contrario, el corazón me lleva hacia ellos... Es sólo la cabeza, el frío raciocinio, el estudio de la historia, lo que me aparta de este partido. Tengo el convencimiento que de él no puede salir Gobierno. Es necesario un nuevo Lircay para barrer con estos nuevos pipiños, tan anarquizados e impotentes como los de antaño.

¿Quieren coalición? Medio partido, la juventud, y las provincias la resisten. ¡No pueden! ¿Quieren alianza?... *Tampoco pueden...* La síntesis del partido liberal es *no poder*.

Acaso no son tan traicioneros como llegan a parecerlo... pero, ¿no es la falsía el supremo recurso de los débiles... de los que *no pueden*?

Pero, vamos al grano.

Repito que no soy enemigo teórico de las coaliciones. ¡Ojalá los radicales mismos llegaran a hacerlas! El país no puede continuar viviendo de mentiras, ni un gobierno digno de este nombre, apoyarse en partidos caducos que han perdido el alma.

Sin embargo, en 1911 a muchos nacionales no nos gustaba la coalición. La alianza, tal como ella existió durante la administración Montt, había dado garantías prácticas de estabilidad. ¿A qué ensayar, sin necesidad, combinaciones nuevas? Es cierto que la carta de don Eliodoro Yáñez debió bastar a nuestro desengaño, pero los hombres solemos tener la cabeza dura.

Aunque resistimos irracionalmente la coalición, no perdimos nuestra disciplina de partido. En las votaciones políticas jamás faltó *un solo voto nacional*. Se trabajaba dentro del directorio, dentro de la junta ejecutiva, para cambiar los rumbos del partido, pero sin perturbar el gobierno, ni el régimen parlamentario. Todos pueden recordar esto perfectamente. Nada más se podía exigirnos después de cinco años de unión estrecha y leal con los radicales y doctrinarios. El recuerdo de luchas y esfuerzos comunes estaba fresco. Aún muerto don Pedro Montt, guardábamos gratitud a los que apoyaron su gobierno... esto es propio de gente bien nacida.

A pesar de todo la coalición tendía a consolidarse. Los nacionales fueron tratados en buena forma, por lo menos el contraste era visible con la época anterior en que de sus aliados los doctrinarios no recibían sino palos, en que la consigna y voz de orden en el Gobierno era la de matarnos a toda costa.

Por otra parte, los doctrinarios no supieron llevar su desgracia con dignidad. Se dieron a obstaculizar por medio de la obstrucción todo Gobierno. Apuraron los calificativos del diccionario para condenar nuestra conducta. ¡Qué demonios! Eramos culpables de haber realizado el propio pensamiento concebido por ellos. No habían podido degollarnos a su entera satisfacción.

Esta actitud anárquica y violenta del partido que había perturbado y muerto a la alianza liberal, afianzó no poco el nuevo régimen.

Pero las resistencias no habrían desaparecido del todo, si un nuevo cambio de frente de los doctrinarios no nos hubiera iluminado mejor, justificando más todavía nuestra actitud.

Por servir a los doctrinarios los radicales le habían perdido todo, incluso su situación en el Gobierno. Ahora en los momentos de desgracia y prueba iban a experimentar a su vez la lealtad de los aliados de 1875. En efecto, apenas transcurridos dos meses ya los liberales iniciaron serias gestiones para ingresar a la coalición, dejando a los radicales batirse solos y como mejor pudieran.

¡Admitirlos en el Gobierno!... La tentación era fuerte para los conservadores. ¡El partido que hiciera toda su fortuna política levantando el pendón de la guerra irreconciliable a la coalición, doblaba ahora la cerviz! ¡Qué ejemplo!

Los conservadores supieron sin embargo resistir a esa tentación. Sea dicho esto en homenaje a su lealtad. Pero algo quedó de las ofertas doctrinarias en el alma de los jefes del partido: creyeron tener libre la retirada. Si rompían con nosotros, tenían quien nos reemplazara en el Gobierno... Esta cizaña constituía, pues, ya un debilitamiento de los vínculos que unían a las agrupaciones de Gobierno.

Pero la coalición estaba trabajada por otro principio disolvente, de que, es preciso decirlo, éramos responsables nosotros mismos. *Nos comenzaba a faltar la autoridad y el prestigio*. Nuestros famosos *dreadnoughts* (por buenas personas que fueran) no arrastraban las voluntades de los aliados: se le apoyaba por obligación. No basta el dinero y una entente política para improvisar senadores. Además, la defensa que hizo el partido de la Municipalidad de Santiago, unánimemente condenada por la opinión pública, produjo en torno de los nacionales una atmósfera de desprestigio, que nos hacía desmerecer más y más a los propios ojos y a los ajenos. Nuestra fuerza fue ante todo nuestro prestigio y la seriedad de los estadistas que nos dirigían. Ahora todo esto era desdeñado, como tonterías buenas para los ideólogos. El brillante estado mayor del partido, humillado y molesto, nada quería con nosotros. Los aliados nos respetaban menos, porque... porque... (¡cuánto cuesta decirlo!)... porque... éramos menos respetables.

Si a esto se añade las brillantes ofertas hechas a los conservadores por los doctrinarios, de más está decir que la situación se mantenía en equilibrio inestable.

El fracaso de los *dreadnoughts* era inevitable. Ninguno de ellos dejaba de encontrar resistencias invencibles.

Hicimos llegar nuestras quejas a los conservadores... No alcanzamos el honor de una respuesta... Uno de sus jefes se fue al campo... el otro nos contestó en forma altanera... No sabíamos, no podíamos imponernos. Nos faltaba... *la fuerza moral*... y, a su vez, los conservadores creían encontrar en los doctrinarios aliados mejores, más cómodos, más seguros que nosotros... El error se comprende. Era la primera vez que iban a entenderse con ellos.

Ante semejante derrumbamiento, los adversarios de la coalición triunfaron en el partido. Los doctrinarios que habían prometido a derecha e izquierda parecieron listos para cumplirnos a nosotros.

Se hizo la alianza liberal!...

El mismo día los vergaristas se pasaron a la coalición...

Se jugaba a las escondidas con el Gobierno, se huía de las situaciones claras

y netas. Los liberales continuaban entendiéndose por lo bajo con sus antiguos amigos y con los conservadores.

Si de todo esto ha resultado la más franca y completa anarquía política de que haya memoria en los anales del país, ello no es extraño.

Es el mismo partido a que pertenece el Presidente de la República el que no ha perdonado medio para introducir el desconcierto.

¡A río revuelto! han dicho.

ALGO SOBRE LOS BEDUINOS  
(6 de enero de 1913)

No sé si este artículo será un *intermezzo* o un epílogo. De todos modos, me encuentro en las postrimerías de esta larga y acaso inútil disertación política.

Hablando en general, ningún hombre, ningún partido es responsable de la actual anarquía parlamentaria. Ella viene produciéndose desde largo tiempo atrás. En particular, del desbarajuste e impotencia del Ministerio de ahora (tan digno por muchos conceptos de mejor suerte), podría culparse a la actitud indecisa y perturbadora de los doctrinarios. Si no hay alianza, ni coalición, ni mayoría, ni minoría, ni gobierno, ni oposición, ellos y sólo ellos tienen la culpa. Creo haber dejado esto suficientemente demostrado.

Pero dejemos en paz a los doctrinarios y a su política. ¡Ya es tiempo!

Me toca hablar ahora de los beduinos. ¿Me preguntarán por qué? Voy a explicarlo.

Dado mi carácter investigador y curioso, he escuchado con paciencia infinitas disertaciones acerca de las causas de nuestro desgobierno. Quién atribuye todo el mal a las instituciones parlamentarias, quién a la maldad y corrupción de los hombres, quién a la falta de estadistas y caracteres, quién a la raza latina, como suelen llamarla.

De todo habrá su poco y aún su mucho. No es mi ánimo ahondar tan difícil problema.

Pero el otro día cayó en mis manos un libro de viajes, donde se hablaba de los beduinos. No había leído la primera página cuando ya subrayé un párrafo: leí la segunda y me sucedió lo mismo, y así sucesivamente. ¿A qué tantas rayas?...

Es que esos beduinos se parecen a nosotros como un huevo a otro huevo.

Me dí a investigar la causa de tan extraña semejanza. A guisa de disparate (pues, a Dios gracias, no soy sociólogo), apuntaré aquí el resultado de mis especulaciones.

Felipe II expulsó a los moros (esos beduinos de España), pero el gran monarca hizo las cosas sólo a medias. Desterró a los que conservaron su religión, esto es a los más enérgicos, tenaces y consecuentes, y permitió en España a los cristianos nuevos, cuyo carácter debió ser más versátil y movedido que el de la generalidad de los musulmanes... Caso de selección al revés.

Como buen cristiano, aplaudo a los que se convierten a la verdadera re-

ligión, pero preferiría que los convertidos lo fueran por convencimiento y no por miedo e interés. Esa gente que adora siempre al sol que más calienta me produce náuseas. No se hará entre ella gran cosecha de caracteres.

De esos moros, muchos, por disimular quizás la novedad de su cristianismo (cosa mal mirada aún en la propia España), pasaron a Chile, donde han dejado numerosa descendencia.

Y por eso nos parecemos tanto a los beduinos.

He aquí mi teoría. Compruébela Moya.

Los beduinos habitan el Nedjed, país de desiertos, situado en el centro de la Arabia (no lejos de la Meca). Por eso cuando dan vivas a su patria, no es raro que griten... Viva... la Meca...

No pasaré en revista muchos de los rasgos de sus costumbres, a pesar de la extraordinaria semejanza que ellas guardan con las nuestras. Se trata de hábitos domésticos, poco relacionados con la política. Así, por ejemplo, el marido no es como en Europa el socio intelectual y comercial de su mujer, sino el amo. La tiranía del varón, y los celos, son enfermedades genuinamente beduínicas. Allí como acá, los maridos "raspean" a sus mujeres (porque tienen varias.. mientras nosotros sólo tenemos una... a los menos en teoría). Allí, como acá, la mujer no puede salir a la puerta de calle sin pedir permiso... etc., etc....

Pero estos puntos no nos interesan por ahora.

No hay beduino que no sea, o pretenda ser "macuco", intrigante, hábil en el engaño y duro de ser engañado. Estas cualidades son en ese país de mucho precio. Los beduinos son "botados a diablos", y hasta el más infeliz adopta por allá aires de Machiavelo.

Son extraordinariamente embusteros y un si no es de ladrones... El robo se castiga en Arabia, pero sólo cuando no ha sido efectuado con bastante habilidad. El beduino que sabe "pasar" un caballo malo por bueno, goza de tantas consideraciones como esos nuestros "agricultores inteligentes", que así llamamos a los más listos en dar gato por liebre.

La veracidad no la conocen ni de nombre. Si un beduino cree o afecta creer lo que otro le cuenta, pasa al golpe por inocente y de pocos alcances. Es allí de buen tono, en la conversación, decir a su interlocutor con palabras y gestos:

—Bah, ¿usted cree que me puede hacer lesa? ¡Si no me mete usted el dedo en la boca!

Aquí en Chile sucede alto muy por el estilo. Los "gringos" pasan por tontos, o cándidos, porque nunca desmienten a nadie, y hacen finta de creérselo todo. Ello es natural. El inglés así se cuida de que el caballero con quien habla va a mentir, como de que le vaya a escamotear la cartera, o el reloj. Cuando un "gentleman" vive entre beduinos, conserva el mismo hábito (al menos en apariencia). No es natural en un caballero desmentir a un caballero ni mostrar en modo alguno que no se hace honor a su palabra.

Entre los beduinos hay dos cualidades especialmente consideradas; el silencio y las barbas largas...

Gustan de ser gobernados por los ancianos... o, mejor dicho, gustan de no ser gobernados.

Este es rasgo característico de los beduinos: su incapacidad política. Siendo el pueblo más antiguo del mundo, no han podido constituirse en Estado, y se hallan aún en la época de los patriarcas.

Están divididos en muchísimas repúblicas, o cosa por el estilo... Eligen de jefe al viejo más barbón y silencioso; pero es la mayoría la que manda. La minoría... la minoría no obedece, sino que va a formar otra república. Así, los geógrafos, para trazar la carta política de la Arabia, tropiezan con dificultades parecidas a las de los editores del Almanaque de Gotha, cuando quieren apuntar el nombre de los ministros chilenos.

Entre los beduinos todo el mundo es opositor y crítico. Este rasgo pocas veces deja de coincidir con la ineptitud práctica.

Los israelitas (que son primos hermanos de los beduinos) mostraron en su época la misma incapacidad política. Léase si no en la historia los quebraderos de cabeza que tuvo Moisés para llevarlos hasta la Tierra Prometida. Cuarenta años tardaron en recorrer una distancia como la de Santiago a Talca. Todo se volvía discusiones y reniegos. No es, pues, raro que adelantaran tan poco en tanto tiempo.

Los beduinos no han adoptado todavía el sistema parlamentario. En eso se diferencian de nosotros. En cambio, nuestro régimen de Gobierno se va pareciendo cada día más al de los beduinos.

No hay como ver y experimentar las cosas en cabeza ajena.

¿Con franqueza? ¿Sería aceptable para los beduinos el sistema de las libertades públicas?... Está claro que no...

¿Y para nosotros?

Tampoco, mientras continuemos pareciéndonos a los beduinos.

Este es mi tema.

No somos más corrompidos ni menos inteligentes, ni de carácter más débil que antes. Muy por el contrario. Hemos progresado en todo.

Pero ese instrumento que se llama Gobierno está roto. Se le ha organizado en forma inadecuada a nuestras circunstancias y temperamento.

Don Diego Portales y el señor don Manuel, tenían razón... Lastarria y los demás ideólogos no la tuvieron...

Los mismos semitas cuando fueron mandados por un Salomón o un Asurbanipal, pudieron constituir Estados prósperos y poderosos, a pesar de sus escasas aptitudes para mandar y obedecer. En tanto las repúblicas beduinas allí se han quedado... en el siglo cuarenta antes de la era cristiana.

\*Los anexos, que se publicarán en el próximo número de *Mapocho*, se refieren a la polémica suscitada por los *Siete años de recuerdos políticos*, que aparecieron en la prensa de Santiago y Valparaíso, además de otros escritos de Alberto Edwards, publicados en *El Mercurio* de Santiago, en forma simultánea a la serie de recuerdos.





## PALABRAS EN ALBERTI

Miguel Arteche

Tres recuerdos, si no del cielo, como diría el poeta, de Rafael Alberti.

Primer recuerdo: 1945. Alberti dicta una conferencia en el salón de honor de la Universidad de Chile. Aún veo al poeta, y siento los versos de Garcilaso que taracean la prosa: 'Salid sin duelo, lágrimas, corriendo'. Segundo recuerdo: un hotelito en la Alameda de las Delicias, frente a la Universidad Católica, esta Alameda nuestra que perdió todo su nombre, por eso de que en América cambiamos los nombres como cambiamos de traje. Tercer recuerdo: voy, absolutamente tímido, a visitarlo. Tengo 19 años, y he leído a los poetas españoles, esos que después supieron que pertenecían a la llamada generación del 27. Entre ellos, Alberti. ¿Dónde he leído a esos poetas? En una antología de José Ricardo Morales, publicada en Santiago, en 1942: *Poetas en el destierro*; luego los he leído en otra antología, la de Scarpa, aparecida en 1945. A cada cual lo suyo. Scarpa es el primero que habló de Alberti en Chile, en 1935: un breve libro en el cual estudió también a Lorca. ¿Quién era yo para interrumpir a Alberti. Me recibe con aire generoso, sin envaramiento alguno de persona importante; me presenta a su mujer, María Teresa León. Ella debe salir, y me quedo a solas con el poeta. Sobre una mesa, con el rabillo del ojo, veo (¿cuántos sonetos: siete, veinticinco?); digamos, muchos sonetos que cubren la mesa. Le digo: '¡Cuántos sonetos!'. 'No', responde, 'son distintas versiones para un soneto; ése que está allí'; y me lo señala.

Para mí, la poesía de Alberti era —es— eso: arquitectura invisible levantada en el aire, aunque luego descienda a los sótanos de lo más oscuro. Era —es— toda facilidad, llamada del ángel o del duende. Y yo, ahora, encontraba que ese ángel estaba sometido a la mano maestra del poeta. Es esa facilidad la que al poeta deja agotado, según lo que cuenta otro gran poeta, el irlandés Yeats: 'lo que me deja exhausto no es la inspiración, sino el arte'. Lección, la de Alberti, para mí, inolvidable, y así me sigue pareciendo en el despertar de la vocación de un poeta joven. Porque, después de todo, 'la prueba más simple, y primera, que puede hacer el lector para conocer a un poeta es buscar palabras que no cumplen una función; que no contribuyen en nada al sentido o que distraen del factor más importante hacia factores de importancia menor; porque la poesía es la forma más concentrada de la expresión verbal', según afirma Pound.

Esto es lo que hace que un poeta sea un gran maestro. Aquellos versos de *Pleamar* (1944) dictan una lección de oficio poético: 'Poeta, por ser claro no

se es mejor poeta. / Por oscuro, poeta —no lo olvides—, tampoco. // Precisión de lo claro o de lo oscuro: / poeta dueño, a caballo, dominante'. Cuatro años antes parece confirmar las palabras de Pound, dicho todo con elegancia de maestría: 'Después de este desorden impuesto, de esta prisa, / de esta urgente gramática necesaria en que vivo, / vuelva a mí toda virgen la palabra precisa, / virgen el verbo exacto con el justo adjetivo. // Que cuando califique de verde al monte, al prado, / repitiéndole al cielo su azul como a la mar, / mi corazón se sienta inaugurado, / y mi lengua el inédito asombro de crear'.

¡Inédito asombro; he aquí una justísima definición del acto poético!

De 'los barcos, esteros y salinas' de su canto, que comienza en *Marinero en tierra* (1924) o en *El alba del alhelí* (1925) y nace de las fuentes populares o de las voces de Pedro Espinosa, Garcilaso o Gil Vicente, hasta los poemas de Roma, luego de pasar por la impronta gongorina de *Cal y Canto* (1927), o por la inmersión en los albañales surrealistas, esos fogonazos del inconsciente de *Sobre los ángeles* (1928); y después del compromiso con la República y de sus poemas de *Capital de la gloria* (1936): toda la poesía albertiana está inextricablemente ligada a una tradición que se quiere de hoy, de ayer, de siempre, y se mueve entre todos los riesgos poéticos, pues los riesgos del poeta son los riesgos del hombre. Y aquí lo libera el ángel andaluz. Este es el punto decisivo: la Gracia —así, con mayúscula— lo aparta del camino fácil, si, por ejemplo, se nutre de lo popular, 'sin acarreo fácil', que Alberti hace suyo de tal manera que uno no sabe dónde está lo popular y lo que el poeta transmuta en palabra. Desde esta canción a las chufllillas del Niño de la Palma.

Si mi voz muriera en tierra  
llevadla al nivel del mar  
y dejadla en la ribera.

Llevadla al nivel del mar  
y nombradla capitana  
de un blanco bajel de guerra.

¡Oh mi voz condecorada  
con la insignia marinera,  
sobre el corazón un ancla  
y sobre el ancla una vela,  
y sobre la estrella el viento  
y sobre el viento la vela!

*Marinero en tierra*

Y ahora las chufllillas.

¡Qué revuelo!  
¡Aire, que al toro torillo  
le pica el pájaro pillo  
que no pone el pie en el suelo!

¡Qué revuelo!  
Ángeles con cascabeles  
arman la maritimorena.

plumas nevando en la arena  
rubi de los redondeles.

La Virgen de los caireles  
baja una palma del cielo.

¡Qué revuelo!

—Vengas o no en busca mía,  
torillo mala persona,  
dos cirios y una corona  
tendrás en la enfermería.

¡Qué alegría!

¡Cógeme, torillo fiero!  
¡Qué salero!

De la gloria, a tus pitones,  
bajé, gorrión de oro,  
a jugar contigo al toro,  
no a pedirte explicaciones.  
¡A ver si te las compones  
y vuelves vivo al chiquero!

¡Qué salero!

¡Cógeme, torillo fiero!

Alas en las zapatillas,  
céfiros en las hombreras,  
canario de las barreras,  
vuelas con las banderillas.  
Campanillas  
te nacen en las chorreras.

¡Qué salero!

¡Cógeme, torillo fiero!

Te dije y te lo repito,  
para no comprometerte,  
que tenga cuernos la muerte  
a mí se me importa un pito.  
Da, toro torillo, un grito  
y ¡a la gloria en angarillas!

¡Qué salero!

¡Qué te arrastran las mulillas!  
¡Cógeme, torillo fiero!

*Cal y Canto*

Pero en *Sobre los ángeles* llega a su cima. Esos ángeles no proceden de fuente cristiana, y nada tienen que ver con los ángeles de Rilke, Yeats o Cocteau. 'Llegué a escribir a tientas', cuenta Alberti, 'sin encender la luz, a cualquier hora de la noche, con automatismo no buscado: un empuje espontáneo, tembloroso, febril, que hacía que los versos se taparan los unos con los otros, siéndome a veces imposible descifrarlos en el día. El idioma se me hizo tajante, peligroso, como punta de espada; los ritmos se partieron en pedazos, remon-tándose en chispas cada ángel, en columnas de humo, trombas de ceniza, nubes de polvo'. Poesía visionaria, pero sujeta al mundo, en su barbotar, a la intención

del poeta. Incluso, después de leer el poema terminado, el poeta puede sorprenderse de lo que escribió, aunque luego ordene aquello que llegó como vendaval. La firme estructura de los primeros poemas se rompe en pedazos, en zonas adonde no llega el tema poético tradicional: ámbito de fealdad, de aridez, de oscuridad, pero también de altura; lo numinoso y luminoso unido a lo sórdido y feo. Aquí habría que desviarse un poco para entender la diferencia entre el surrealismo francés y el español; el primero, con manifiestos y declaraciones, lo cual, al lector, al buen lector, se entiende, al despojado de prejuicios, le tiene sin cuidado. He aquí dos ángeles: primero, 'el ángel bueno'.

Un año, ya dormido,  
alguien que no esperaba  
se paró en mi ventana.  
—¡Levántate! Y mis ojos  
vieron plumas y espadas.  
Atrás, montes y mares,  
nubes, picos y alas,  
los ocasos, las albas.  
—¡Mírala ahí! Su sueño  
pendiente de la nada.  
—¡Oh anhelo, fijo mármol,  
fija luz, fijas aguas  
movibles de mi alma!  
Alguien dijo: ¡Levántate!  
Y me encontré en tu estancia.

*Sobre los ángeles*

### Luego, 'los ángeles de la prisa'.

Espíritus de seis alas,  
seis espíritus pajizos,  
me empujaban.  
Seis ascuas.  
Acelerado aire era mi sueño  
por las aparecidas esperanzas  
de los rápidos giros de los cielos,  
de los veloces, espirales pueblos,  
rodadoras montañas,  
raudos mares, riberas, ríos, yermos.  
Me empujaban.  
Enemiga era la tierra,  
porque huía.  
Enemigo el cielo,  
porque no paraba.  
Y tú, mar,  
y tú, fuego,  
y tú,  
acelerado aire de mi sueño.  
Seis ascuas,



oculto el nombre y las caras,  
empujándome de prisa.

¡Paradme!

Nada.

¡Paradme todo, un momento!

Nada.

No querían  
que yo me parara en nada.

*Sobre los ángeles*

El nuevo Alberti va a pasar, después, a poemas caricaturescos, llenos de gracia, como los que surgen de los cómicos de la época —Charlot, Harold Lloyd, Harry Langdon o Buster Keaton—; y después cerrará su compromiso político, o escribirá sobre aquellos que murieron combatiendo por la República y la libertad de España, durante la guerra civil. Después de más de cincuenta años este poema está intacto, como si la circunstancia de la cual brotó hubiera irradiado de manera innumerable. Es el Ebro; es el otoño:

*El otoño y el Ebro*

El otoño, otra vez. Sigue la guerra. Fría.  
Insensible al periódico descenso de las hojas.  
Como el hombre del Ebro junto a la artillería,  
las despobladas aguas junto a las aguas rojas.

Resistencia del árbol, tan dura, tan humana,  
como la del soldado que entre los vendavales  
de la muerte nocturna ve crecer la mañana  
florida nuevamente de ramos inmortales.

Miro las hojas, miro cuán provisionalmente  
se desnuda la tierra del bosque más querido,  
y de qué modo el hombre de esta España se siente,  
como los troncos, firme, ya desnudo o vestido.

El otoño, otra vez. Luego, el invierno. Sea.  
Caiga el traje del árbol. El sol no nos recuerde.  
Pero como los troncos, el hombre en la pelea,  
seco, amarillo, frío, mas por debajo, verde.

*Capital de la gloria*

Hasta los poemas del destierro, aquellos que se reúnen en *Entre el clavel y la espada* (1940) y *Pleamar*.

Pero quisiera detenerme brevemente en los poemas escritos en Argentina, ya que señalan la posición del que tiene que tocar, ver, oler, sentir otros paisajes, otros ríos, otros mares. En sus poemas, por ejemplo, de Córdoba, la Córdoba argentina; o en los que escribe cuando remonta el Paraná (*Baladas y canciones del Paraná*, 1954). Y lo que uno descubre no es el paisaje americano sino el paisaje andaluz, es decir, la sangre que lo nutre y de la cual no puede desprenderse. El poeta gaditano traslada su paisaje a América. Dos paisajes se imbrican; las constelaciones son otras; los ríos son otros; los árboles y los mares

son otros. ¿Qué hacer, entonces, aunque los nombres, si tras los nombres americanos se mueven los nombres españoles?

Perdido está el andaluz  
del otro lado del río.

—Río, tú que lo conoces:  
¿quién es y por qué se vino?  
Vería los olivares  
cerca tal vez de otro río.

—Río, tú que lo conoces:  
¿qué hace siempre junto al río?  
Vería el odio, la guerra,  
cerca tal vez de otro río.

—Río, tú que lo conoces:  
¿qué hace solo junto al río?

Veo su rancho de adobe  
del otro lado del río.

No veo los olivares  
del otro lado del río.

Sólo caballos, caballos,  
caballos, solos, perdidos.

¡Soledad de un andaluz  
del otro lado del río!

¿Qué hará solo ese andaluz  
del otro lado del río?

*Balada y canciones del Paraná*

El río de esta 'Balada del andaluz perdido' es, por supuesto, el Atlántico, que ve dividido: por un lado, los olivares andaluces; por otro, los caballos de la pampa, en una inmensa América que clama por ser nombrada. 'En América esta todo por nombrar', 'decía Gabriela Mistral', y agregaba: 'El suceso más grande de las cosas, después de nombrar, es el ser llamados precisamente. En cuanto topamos con lo nuevo, el primer ímpetu es el de hallar la expresión que lo diga con sencillez; sólo entonces sabemos que, en verdad, no poseemos la palabra, y la pedimos'. América vacía porque está sola, y sola porque aún hay que lanzar sobre ella el nombre.

América está muy sola  
todavía.

¡Qué cuerpo deshabitado,  
piel de desértica vida!  
Desde este balcón la veo  
vacía.

Abajo, tierra sin nadie,  
con las estrellas arriba.

Sola y lejana en su noche,  
muy sola, pero encendida.

*Balada y canciones del Paraná*

Y es que Alberti nació en Cádiz, y Cádiz cumplió ya tres mil años, la ciudad más antigua de Occidente; y esto se lleva de manera muy profunda, además de la sangre italiana, lo cual equivale a dos tradiciones interminables.

Por otra parte, con tradición o sin ella, ¿qué hace el desterrado sino no estar donde está, o querer estar donde no está, cuando otros poetas de su generación morirán en el destierro? 'Morirse en el destierro es morir dos veces', decía otro poeta español del exilio, José Moreno Villa, 'porque uno se muere de prestado'. 'Yo he nacido', cuenta Alberti, 'en la bahía de Cádiz, y creo que el mar de Cádiz ha iluminado para siempre mi vida. Es un doble mío que yo manejo a veces sin saberlo; y oigo la palabra 'mar', y yo no sé qué mar es, pero siempre es el de Cádiz, y puede ser que esta luz prodigiosa de la bahía me esté dando esta vitalidad de la que me enorgullezco...'. 'La guerra de España', agrega, 'fue muy tremenda, y nos separó a todos'. Y el hecho de haber perdido la patria de uno, de sentir el tirón, el desarraigo, me dio una nueva y gran vitalidad, una obligación de ser constante, atento a la vida. Fueron muchos años, más de treinta y nueve de exiliado, de los cuales pasé veinticuatro en Argentina y dieciséis en Italia. Demasiado tiempo. Un exilio después de más de cinco años, ya no es exilio; es algo que le obliga a uno a incorporarse al país donde se está, porque si no, uno no pertenece a ninguna parte. He aquí la llegada del poeta a Argentina.

Amparo.

Vine a tu mar de trigos y caballos.

Tu mar dulce tenía

sabor de plata, amargo.

de plata, sin saberlo, en agonía.

Te vi en el puerto, Amparo.

Hermosa de la luz, contra los barcos.

Te vi, tú me veías,

Morena del silencio,

de la palabra ya de tierra, fría.

De la otra mar de sangre,

llegué a tu mar llorando.

Hermosa de la gracia,

clavel de altura, Amparo.

Te oí, tú no me oías.

Morena del reposo,

hermana del descanso.

Mírame aquí cantando,

por tí, a lágrima viva,

Morena de lo ido,

hermosa de las luces ya perdidas.

Amparo.

Vine a tu mar de trigos y caballos.

(Adonde tú querías).

Toda esta poesía es un prodigio de oficio que transcurre en distintas temáticas y métricas. Hablar del gran poeta que es Alberti, es decir que su virtuosismo no está puesto al servicio del propio lucimiento, ni se muestra a expensas de lo espontáneo, aunque, como dije al comienzo, la espontaneidad es lo que uno aprecia en el poema terminado, sin que importe lo exhausto del trabajo del poeta. Es el virtuosismo que se da en los sonetos, por ejemplo, y no sólo en los sonetos que, si son juegos destinados al color que cambia como cambia el color en un buen cuadro, también lo son para el amor, la nostalgia, la cercanía de la muerte, la vocación de la tierra; esto es, juegos con los cuales uno puede admirar la habilidad con que la emoción cuaja y se remansa. Como en este poema.

Un papel desvelado en su blancura  
 La hoja blanca de un álamo intachable.  
 El revés de un jazmín insobornable.  
 Una azucena virgen de escritura.

El albo viso de una córnea pura.  
 La piel del agua impúber e impecable.  
 El dorso de una estrella invulnerable  
 sobre lo opuesto a una paloma oscura.

Lo blanco a lo más blanco desafía.  
 Se asesinan de cal los carmesíes  
 y el pelo rubio de la luz es cano.

Nada se atreve a desdecir al día.  
 Mas todo se me mancha de alevines  
 por la movida nieve de una mano.

*Entre el clavel y la espada*

Y termino. Ocurre que todas las palabras no pueden decir lo que son estos poemas, porque los poemas hay que leerlos en voz alta, de viva voz, que es la manera más directa de leer el poema. Como hace pocos días, cerca de la Cordillera, rodeados de bosques secretos, ante unos cuarenta jóvenes universitarios que me habían pedido que leyera algunos de mis poemas. Dije que no lo haría; que, en cambio, leería poemas de Rafael Alberti; que debían conocer y sentir esos poemas, mucho antes que los míos. Y durante casi una hora, sentados en el suelo, acotados por la fría noche, en la glorieta donde nos habíamos reunido, muchachos y muchachas oyeron estos poemas. Nadie se movió. El silencio que rodeó la lectura fue la más clara demostración de que, pese a las oscuridades del mundo, los jóvenes son capaces de creer en la poesía, y, por lo tanto, de sentir la resurrección de la palabra, tan corrompida en estos tiempos.

Gracias, maestro, por su presencia en esta Biblioteca Nacional, cuya tradición y cuyo rango remontan al nacimiento de la República. Ella se ha abierto —ahora— a todos los creadores. Con lo cual vuelve a ser lo que siempre fue.

## Palabras del Sr. Ministro de Educación don Ricardo Lagos E.

Hoy estamos aquí, señor Embajador, señor Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile, señor Director de la Biblioteca Nacional, amigos y amigas todos, para rendir homenaje a un hombre de nuestro tiempo, a un testigo de nuestro tiempo, digamos mejor, a un gran actor de nuestro tiempo. A alguien que fue capaz con su poesía de participar también, activamente, en lo que han sido los años de este siglo veinte. Hoy estamos aquí para rendir homenaje a un poeta, a un Premio Nacional de España allá por el año 25, pero en definitiva estamos aquí para rendir homenaje a un ciudadano de la humanidad. A un testigo de este siglo que ha buscado de mil maneras tener más igualdad y más libertad. Llegamos hoy al final de este siglo aprendiendo que la una sin la otra conduce al fracaso, y Alberti el actor de este siglo ha cantado a la libertad, ha cantado a la igualdad, ha cantado a la justicia social. La urdimbre de su vida no puede separarse de la historia de un siglo que ha sido pródigo en hombres únicos en su arte y a la vez ha sido testigo activo de los conflictos que hirieran hasta la entraña misma al hombre europeo.

Cuando recibimos al poeta, acogemos la esencia insobornable de una vida que siempre prestó su voz al llamado de la paz, de la libertad, de la justicia.

Oleadas de acontecimientos han pasado por los cielos de América y de España y estamos frente a uno que antes esas oleadas, salió siempre victorioso, en el exilio fue victorioso, en su España fue victorioso. Alberti constituye una figura simbólica, en medio de cambiantes doctrinas que han buscado la expresión definitiva. Habrá poetas mediativos y estáticos, habrá otros que estarán enraizados e inmersos en su tiempo y en las luchas de su tiempo. Allí está Rafael Alberti. Por eso hoy, aquí en este Chile que se abre a la democracia y a la libertad, honramos a este español, venido de su arboleda perdida, que ha conjugado tan armoniosamente en su vida, la sensibilidad de su obra y el humanismo social revolucionario que le impregna. Y le hacemos este homenaje hoy, aquí en este Chile, en donde también a lo largo de este siglo veinte, España y Chile han sido sociedades de encuentro y desencuentro, en la búsqueda de la libertad. Cuando ustedes la perdieron, nosotros aquí la teníamos. Fue ese momento cuando el Winnipeg constituye el símbolo en que nuevamente España redescubre a Chile, al Chile de la libertad que es asilo para los que llegan. Cuando nosotros la perdimos, ustedes fueron capaces de abrir sus brazos generosos. Usted Rafael Alberti fue capaz de enseñar a aquéllos que iniciaban el largo camino del exilio a cómo vivir en el exilio, en aquellos días en que su exilio era en Roma y ahí se encontró con el exilio que comenzaba para los chilenos. Y ahora, al culminar este siglo veinte, España y Chile se reencuentran en democracia y en libertad. Ayer, los jóvenes que lo escucharon en silencio y lo vitorearon por lo que usted simboliza, esos jóvenes que son los ciudadanos del mañana, han visto en usted al paradigma del poeta que canta a los valores permanentes del hombre. Por eso hoy cuando llega a Chile, queremos honrar a este español por lo que ha simbolizado, a este español que refleja la madre



patria, la madre patria que acostumbra y continúa enseñando más allá de la independencia conquistada como chileno. Y ahora, cuando el Quinto Centenario constituye la gran motivación del '92, de nuevo es Alberti el que hace una rotunda definición ante las políticas que gobiernan los pueblos y que ha sabido decir limpiamente que no está en contra de la celebración del Quinto Centenario, sino contra una posible organización paternalista, caso que no se dará si lo que se conmemora es la convivencia y la gran amistad.

Palabras que son y saben a homenaje a la cultura americana y a los entrañables valores de una civilización sin parangón en la historia. Lo que estamos celebrando entonces en este Quinto Centenario, es el encuentro de dos mundos, de dos culturas que se descubren y se redescubren recíprocamente y en donde ahora, si nos queremos aprontar para los próximos 500 años, tenemos que aprestarnos que el encuentro de los dos mundos sean capaces de fusionarse en un mundo que busca el valor común de la libertad, la convivencia y la democracia.

Paradojalmente, a este hombre a quien condecoramos, que nació en la desembocadura del río Guadalete o río del olvido, es paradójal él, que ha sido la negación del mismo, que ha cantado por su propia voz y por aquéllos que acallaron tempranamente a quienes aún creen que se puede segar el arte o la doctrina de los hombres destinados a trascender. Alberti, pensamiento vivo de una generación, ha sido el paladín del no olvido. En su corazón de ardiente sol andaluz han vivido y por él cantado: Federico García Lorca, Pedro Salinas, Guillén, Luis Cernuda, Gerardo Diego y también sus amigos chilenos, por quienes quizás aceptó este retorno, este largo viaje hacia el continente desmesurado y de memoria atesorada.

Su amistad con Neruda no fue de breves intercambios, tuvo características de entrañable intimidad, porque no en vano compartiera con él los primeros tiempos de su destierro y cuando desembarcara en el puerto de Buenos Aires, ahí estaba para recibirle entre otros: Marta Brunet, una de nuestras escritoras más singulares. La trama de la amistad con chilenos fue espesándose en los viajes que realizara a Chile entre el 45 y el 47. Recitales y conferencias en nuestra patria, le permitieron reencontrarse con Neruda y crear lazos nuevos con escritores e intelectuales como: Juvencio Valle, Nicanor Parra, Rubén Azócar, Juvenal Hernández, Amanda Labarca y tantos otros. Años fructíferos también en donde Alberti retoma la vocación primera que tuvo: la pintura.

Este país que ahora reinicia un proceso de reencuentro con su democracia y sus valores permanentes, ha querido celebrar el regreso a la libertad, galardonando al poeta gaditano con la condecoración "Gabriela Mistral". Se llama así, por la mujer que creciera entre montañas y que nos diera existencia universal con su canto. Se la otorgamos hoy a Rafael Alberti, al hermano que naciera en el puerto de Santa María, como él dice; allí donde había un melancólico lugar de ratamas blancas y amarillas llamada "la arboleda perdida" y como continúa diciendo; y esa larga memoria de la que nunca nadie podrá tener noticias, errará escrita por los aires, pero no definitivamente extraviada,

sino prendida en el alma de quienes todos alguna vez hicieron suyos los versos del poeta más poeta del alma hispana.

Es a ese poeta que el Gobierno de Chile quiere rendir un homenaje, por lo que representa, por lo que simboliza, por lo que significa para las nuevas generaciones, un testigo de este tiempo, un actor de este tiempo, que buscó y cantó a la libertad, a la justicia y a la igualdad.

Muchas gracias.

### Palabras de Rafael Alberti

Muchísimas gracias. Chile es un país de altos poetas universales, dos de ellos con el Premio Nobel, como Pablo Neruda y Gabriela Mistral. Recibir hoy este premio con el nombre de aquella insigne y maravillosa escritora, es para mí un honor inmenso, es como si se me diese un premio internacional de poesía.

Muchísimas gracias a todos y realmente conmovido les digo adiós, porque me tengo que marchar para Buenos Aires y de Buenos Aires para España.

Yo que soy de Cádiz, soy de la tierra de los más grandes vinos, de los vinos del Puerto de Santa María y de Jerez: así que se me regale una botella de vino transparente y maravilloso como éste, va muy bien conmigo, es uno de los regalos mejores que se puede hacer\*. Yo puedo decir con gran orgullo que pertenezco a dos pueblos de grandes borrachos; no es ningún insulto, es una maravilla. En mi pueblo, a la caída de la tarde, todo el mundo está borracho; las mujeres casi no pueden andar por las calles, porque todo son flores y piropos. Así que el tener en la mano esta botella de vino es como si tengo en la mano una botella de mi patria, de la bahía de Cádiz, del Puerto de Santa María y de Jerez de la Frontera.

Miren, yo les puedo decir un poema, voy a decirlo de memoria, un poema dedicado a Federico García Lorca, que fue íntimo amigo de Pablo Neruda, realmente el más amigo. Pablo tuvo una admiración por Federico que le hizo un poema maravilloso en verdad. Yo quiero decir ahora ese poema a Federico, que lo uno al nombre de Pablo Neruda.

Sal tú, bebiendo campos y ciudades,  
el largo ciervo de agua convertido,  
hacia el mar de las albas claridades,  
el martín-pescador mecido nido;  
que yo saldré a esperarte, amortecido,  
hecho junco, a las altas soledades,  
herido por el aire requerido  
por tu voz, sola entre las tempestades.  
Deja que escriba, débil junco frío,  
mi nombre en esas aguas corredoras,

\*N. del E. (Se refiere Alberti a una botella de pajarete del Valle del Elqui, obsequio de Miguel Arteche).

que el viento llama, solitario, río.  
 Disuelto ya en tu nieve el nombre mío,  
 vuélvete a tus montañas trepadoras,  
 ciervo de espuma, rey del monterío.

Una mañana Pablo Neruda me llamó a mi casa de Madrid, desde la casa que yo le había buscado a él, y llegué a la casa de las flores, que yo se la había encontrado. Me dice: querido "confer" (me llamaba "confer") anoche había mucha niebla, unos guardias de asalto me gritaron desde un automóvil que iba a toda velocidad: ¡Eh: mire, ahí hemos dejado a un perro herido! Querido "confer", ese perro lo tengo aquí, es un perro maravilloso, es un perro irlandés, rubio, único. Yo no tengo terraza, además, me parecía muy bien que yo te lo regalase; si quieres te lo llevo ahora mismo a tu terraza de la calle Marqués, dijo. Y me lo llevó.

Ese perro fue gran amigo mío durante toda la guerra; ese perro me lo mataron; me lo mató Franco, seguramente Franco, porque yo lo tenía lejos de Madrid y lo había mandado con mi suegro, lo había mandado a un puesto tranquilo que era Levante. Cuando los franquistas llegaron a esa zona tuvieron que evacuar el sitio donde estaba mi suegro con ese perro. Ese perro no llegó pronto al coche al que tenía que subirse para ir a Valencia; ese perro, pues, lo cogieron prisionero las tropas de Franco. Seguramente, creo sinceramente, no digo de broma, que sería fusilado, porque era una gente odiosa de todo.

Entonces quiero decir mi poema al perro ese que me regaló Pablo, dice:

"Niebla", tú no comprendes: lo cantan tus orejas,  
 el tabaco inocente, tonto de tu mirada,  
 los largos resplandores que por el monte dejas  
 al saltar, rayo tierno de brizna despeinada.  
 Mira esos perros turbios, huérfanos, reservados,  
 que de improviso surgen de las rotas neblinas,  
 arrastrar en sus tímidos pasos desorientados  
 todo el terror reciente de su casa en ruinas.  
 A pesar de esos coches fugaces, sin cortejo,  
 que transportan la muerte en un cajón desnudo;  
 de ese niño que observa lo mismo que un festejo  
 la batalla en el aire, que asesinarle pudo;  
 a pesar del mejor compañero perdido,  
 de mi más que tristísima familia que no entiende  
 lo que yo más quisiera que hubiera comprendido,  
 y a pesar del amigo que deserta y nos vende;  
 "Niebla", mi camarada,  
 aunque tú no lo sabes, nos queda todavía,  
 en medio de esta heroica pena bombardeada,  
 la fe, que es alegría, alegría, alegría.

## RAFAEL ALBERTI RECORRIÓ CHILE ACOMPAÑADO POR PABLO NERUDA

*Justo Alarcón Reyes*

La reciente visita de Rafael Alberti dejó planteado un enigma no resuelto. Los medios de comunicación aseguraron que ésta era la segunda vez que venía a Chile, pero titubearon entre diferentes años para precisar la primera ocasión. La diferencia llegó a cubrir una década.

Partiendo de un dato minúsculo y revisando los diarios y revistas de la época, hemos podido reconstruir los principales hechos.

Rafael Alberti y María Teresa León, su esposa, fueron invitados por el Departamento de Extensión de la Universidad de Chile. Llegaron con su hija Aitana, de cuatro años, a la Estación Mapocho, la noche del 9 de noviembre de 1945, provenientes de Argentina. Fueron huéspedes de Pablo Neruda, entonces Senador de la República, quien los fue a encontrar a la ciudad de Los Andes<sup>1</sup>.

Inmediatamente, la prensa les brinda amplia cobertura: *La Nación* de ese mismo día dedica un editorial a los visitantes; el 10 de noviembre Volodia Teitelboim les ofrece un "Abrazo y bienvenida" en *El Siglo*; la primera página de *El Siglo* del domingo 11 publica varios poemas de Alberti y un cuento de María Teresa.

La primera conferencia de Alberti se realiza el 12 de noviembre, en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, totalmente repleto. Ocupan la mesa de Honor Juvenal Hernández, Rector de la Universidad; Ángel Cruchaga Santa María, Presidente de la Alianza de Intelectuales; Ricardo Latcham, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, y Pablo Neruda. Alberti expone el tema "Antonio Machado, imagen viva y ejemplar de un poeta"<sup>2</sup>.

El 14 de noviembre, la Facultad de Filosofía y Letras les ofrece un almuerzo en el Club de La Unión. Esa misma tarde, María Teresa diserta sobre el teatro español, en la Universidad de Chile<sup>3</sup>. El domingo 18, se realiza una gran Función de Gala en el Teatro Municipal patrocinada, entre otras autoridades, por el Rector Hernández, Domingo Santa Cruz, Decano de la Facultad de

<sup>1</sup> Pueden verse fotografías de los Alberti en casa de Neruda en la portada de *Ercilla* N° 550, del 13 de noviembre, y noticias en página 3. Por su parte, el periódico santiaguino *La verdad de España* trae en la portada del 15 de noviembre un completo reportaje al recibimiento de la pareja.

<sup>2</sup> Pueden consultarse los artículos que le dedican a esta conferencia *El Siglo*, 13 de nov., p. 10 y *La Nación*, 13 de nov., p. 1 y un excelente reportaje fotográfico en *Zig-Zag* N° 2121, 15 de nov., p. 17.

<sup>3</sup> Véase *La Nación*, 15 de nov., p. 1.

Artes, y Gabriel Amunátegui, director de la Biblioteca Nacional. En ella, el Teatro Experimental dirigido por Pedro de la Barra, pone en escena *El licenciado Pathelin*, en versión de Alberti. Los decorados fueron realizados por pintores chilenos entre los que destacaron Camilo Mori y José Venturelli. Cierra el acto un recital de Neruda, Alberti y María Teresa<sup>4</sup>.

La prensa continúa dedicándoles espacio: *La Nación* del día 19 publica un artículo de Amanda Labarca sobre María Teresa; la revista *Ercilla* del día 20 contiene comentarios de I.E.M., sobre sus conferencias (p. 6-7) y una amplia entrevista de Lenka Franulic a la pareja (p. 17). *La verdad de España* del día 22 inserta un artículo de Antonio Aparicio sobre Alberti.

El domingo 25, la Alianza de Intelectuales les ofrece un almuerzo en la Quinta Asturias, de Tobaraba. Ese mismo día *El Siglo* publica un artículo de María Teresa sobre *Mariana Pineda* y, además, poemas de Alberti.

Luego iniciarán una gira por el país, acompañados por Pablo Neruda y Delia del Carril. Volveremos a encontrarlos dando conferencias en el Aula Magna de la Universidad Santa María, el 16 de diciembre.

El 18 de diciembre, Santiago los despide con un vino de honor en la Escuela de Bellas Artes. Numerosos artistas, entre los que se destacan las hermanas Loyola (Margot y Estela) y el Dúo Rey-Silva, interpretan canciones y bailes chilenos y españoles<sup>5</sup>.

A continuación, junto a los Neruda, se dirigirán al sur. El 20 y 21 dan conferencias en la Universidad de Concepción.

El 23 de diciembre llegan a Temuco. *El Diario Austral* de esa ciudad se transforma en importante fuente de informaciones: el 24 inserta una foto no difundida de Neruda y Alberti; el 25 publica los discursos de Neruda y Alberti en el Café Central; y el 26, una entrevista en que los Alberti hacen interesantes observaciones sobre poesía y teatro chilenos.

Finalmente, el grupo se dirige a Valdivia, donde el día 27 Alberti dicta una conferencia y María Teresa hace lo propio el día 29<sup>6</sup>.

Años después, en una entrevista que Margarita Aguirre le hace en Buenos Aires, Alberti recuerda con cariño y emoción los días vividos en Chile<sup>7</sup>.

Esta búsqueda nos ha permitido establecer que la extensa primera visita de Alberti a nuestro país provocó vivo entusiasmo popular y movilizó a intelectuales y autoridades, situación que se repitió 45 años después.

<sup>4</sup> Véase *La verdad de España*, 22 de nov., pp. 1-2.

<sup>5</sup> Véase *El Siglo*, 18 de dic., p. 9.

<sup>6</sup> Véase *El Correo de Valdivia*, 28 de dic., p. 8, y 29 de dic., p. 6.

<sup>7</sup> Véase *Pro Arte* N° 19, 18 de nov. 1948, p. 4.



Donación de la colección de libros del Prof. Antonio Doddis a la Biblioteca Nacional. Discurso de la Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, Prof. Lucía Invernizzi.

Este acto, en el que la señora Ana de Doddis y su familia, cumpliendo la voluntad de don Antonio Doddis, hace entrega a la Biblioteca Nacional de la valiosa colección de libros que él fue atesorando a largo de toda su vida, coincide con este tiempo que alienta la esperanza de reunión, después de la dispersión; de recuperación de valores que perdieron vigencia y de reencuentro con nuestro pasado, con la historia y las tradiciones institucionales, cuya fuerza renovada anima nuestro presente y proyecta nuestro futuro.

En torno a los libros, objeto preferente del amor y del cuidado de Don Antonio y a la virtud de la generosidad que lo caracterizó, nos reunimos hoy muchos de los que fuimos sus alumnos, sus compañeros de trabajo y amigos; en el recuerdo, también muchos otros, físicamente distantes, residentes en las más variadas geografías, pero integrados por esos vínculos que se forjan en el quehacer académico, especialmente cuando éste se desarrolla como efectivo intercambio de experiencias, comunicación, diálogo y generosa entrega.

Ese era el espíritu que reinaba en aquellos ya lejanos días en que nos iniciábamos en los estudios literarios en las salas del Pabellón C., del Departamento de Castellano del Instituto Pedagógico, y vivíamos la experiencia decisiva de formarnos en nuestras disciplinas, dirigidos por un grupo de maestros de excepcional calidad académica y humana que, además de hacernos avanzar en el conocimiento de los problemas y temas fundamentales de la lengua y la literatura, imprimieron en nosotros valores fundamentales que desde entonces orientan nuestra trayectoria académica. Según una de las múltiples leyendas que inventábamos entonces, ese espíritu se objetivaba en los álamos siempre verdes que bordeaban el acceso al Pabellón C., una vez los álamos se secaron, luego los cortaron y desaparecieron, pero reverdecen siempre en el recuerdo y en la nostalgia de ese verdadero lugar ameno, centro del mundo y Edad Dorada que fue para nosotros la década del 60 en el Departamento de Castellano del Instituto Pedagógico.

En ese recuerdo, como una de las presencias centrales que presidían la vida universitaria, permanece don Antonio iniciándonos en el conocimiento de la Literatura Española y en el amor a los libros. Con él emprendimos un recorrido que se iniciaba en la "terrible estepa castellana" vista a través de los llorosos ojos del Cid partiendo al destierro, para culminar en las rosas y dulces bocas gongorinas y en el "polvo enamorado" de Quevedo, después de haber transitado por simbólicos paisajes, en el "delicioso alejandrino" de ese Gonzalo de Berceo, "poeta y peregrino que yendo en romería acaeció en un prado y a quien los sabios pintan copiando un pergamino"; de peregrinar con el Arcipreste por las regiones del mal y del buen amor; de detenernos en verdes

prados conmovidos por el dulce lamentar de los dos garcilasianos pastores "Salicio juntamente y Nemoroso"; de ascender a ese huerto plantado por Fray Luis en la ladera del monte y de recorrer la Mancha con el hidalgo caballero y su fiel escudero en esa búsqueda conmovedora de realizar lo imposible, el ideal que da sentido a la existencia.

El horizonte de la literatura española medieval y clásica se nos abría desde el amor y el entusiasmo con que don Antonio se refería en las clases a autores, obras y temas de la cultura hispánica y junto con ello, despertaba o se intensificaba nuestro deseo de conocer la realidad española al calor de las anécdotas, de esas vívidas descripciones de paisajes, hombres, monumentos y objetos culturales españoles. ¿Quién de nosotros no recuerda todavía las calugas de café con leche de La Rioja, la descripción de la Casulla inconsútil de San Ildefonso, del retablo y del transparente de la Catedral de Toledo, de la cátedra de Fray Luis en Salamanca y la referencia a su célebre frase "—como decíamos ayer—", la calle de Sierpe y la Giralda Sevillana, los patios y plazuelas de Córdoba famosa? ¿Y quién de nosotros cuando ha viajado a España no ha ido reconociendo y constatando lo que don Antonio nos dijo, nos contó alguna vez?

Pero el viaje nuestro entonces, con guía excepcional, no era como el del turista, por la superficie de las cosas; Don Antonio requería el riguroso trabajo bibliográfico que, poniéndonos en contacto con variadas perspectivas, enriqueciera la nuestra y nos diera la base para nuestra propia reflexión y aproximación a los textos. Y ese trabajo tenía su soporte en los libros que con cuidado y esmero él elaboró, seleccionando y disponiendo ordenadamente un valioso conjunto de trabajos de los más distinguidos críticos, estudiosos e historiadores de la literatura española, en esos textos tan útiles, tan intensamente consultados que todos identificábamos como *los Doddis*.

Pero más allá de las clases, Don Antonio era el centro de otra actividad fundamental para la vida académica; como Director de la Biblioteca trabajó incansablemente para que ella constituyera efectivamente ese lugar de encuentro y diálogo con los textos, imprescindible para nuestro quehacer. Creo que no exagero al decir que en la Biblioteca Central del Pedagógico, cuando éramos estudiantes, encontrábamos todos los libros que requeríamos y que las largas sesiones de estudio y trabajo que realizábamos en las salas de lectura, no encontraron limitaciones para acceder a los textos. Esa realidad, tan natural para los usuarios de entonces, se construía día a día con el esfuerzo, la dedicación, el empeño de Don Antonio, por satisfacer todas las demandas que provenían de los distintos departamentos y unidades académicas. Pero nosotros, los de Castellano, éramos especialmente favorecidos, el Director de la Biblioteca se ocupaba personalmente de satisfacer nuestras necesidades bibliográficas y así, desde distintos centros editoriales y distribuidores de libros con los que Don Antonio tenía contacto, llegaban las primeras ediciones de la entonces nueva novela hispanoamericana, los textos de teoría y crítica que renovaban por esos días los estudios literarios y todo el material de consulta

que necesitábamos. Y si por acaso, algo faltaba allí, estaba la Biblioteca particular de Don Antonio y su generosidad para suplir la carencia.

Esa Biblioteca del Pedagógico, en gran medida creación de Don Antonio, fruto de su dedicación y esmero, hoy dispersa y destruida por la acción de los bárbaros poderes, se preserva íntegra y renovada en nuestro recuerdo como lugar central de nuestra vida académica en el que ella se nutrió y fortaleció.

Todos nos enriquecimos y beneficiamos con esa obra de amor, de servicio y de entrega que realizó don Antonio en la dirección de la Biblioteca y en la que continuó siempre, incluso después de todos los quebrantos y destrucciones que tanto le afectaron. Trasladados a La Reina, convertidos en Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, con una Biblioteca Central disminuida y deteriorada por traslados, reducciones y toda suerte de violencias depredadoras, Don Antonio siguió siendo el Director de Bibliotecas para todos aquellos que recurriamos a él en búsqueda de una solución para nuestras carencias y limitaciones bibliográficas. Proyectos de investigación, tesis de Licenciatura y de postgrado, artículos y trabajos de académicos y alumnos, recibieron siempre el aporte de don Antonio, en la orientación bibliográfica, en el encargo de los libros al extranjero, en el hallazgo del texto inencontrable que él descubría en sus frecuentes y largos recorridos por librerías de viejo, en el préstamo sin plazo ni condiciones de los libros de su propia biblioteca o en las sesiones de trabajo que en ella realizaba con sus alumnos y colegas.

Biblioteca magnífica de Don Antonio, proyección y reflejo de su espíritu, de su vigorosa personalidad de gran maestro, recinto abierto por su generosidad para el beneficio de todos, entonces y más aún ahora en que se incorpora el patrimonio de la Biblioteca Nacional para servir a una comunidad mucho más amplia de lectores.

Esta entrega que la Sra. Anita y su familia hacen de la valiosa Biblioteca de Don Antonio, como todo acto de amor y generosidad, entraña el dolor del desprendimiento de lo que se ama, pero a la vez la emoción de trascender los límites del tiempo y del espacio, para afirmar la presencia de la persona amada, no sólo en la intimidad del afecto y del recuerdo, sino en la proyección e irradiación de sus virtudes y de sus obras en el espacio comunitario.

Compartimos con la Sra. Ana y su familia la emoción de este momento y a la vez, le agradecemos el honor que nos han concedido de participar en esta ceremonia solemne en la que, recordando a Don Antonio Doddis con la gratitud y el afecto de siempre, hemos querido rendirle el homenaje público que la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, debía a uno de sus más distinguidos maestros.



WOODBIDGE, HENSLEY C. y DAVID S. ZUBATSKY. *Pablo Neruda: An annotated bibliography of biographical and critical studies*, New York, Garland Publishing, 1988, XVIII+629 págs.

Obra de referencia fundamental para iniciar cualquier investigación sobre la vida o la obra de Pablo Neruda. Dada su importancia, es extraño que en nuestro país haya tenido escasa repercusión, a pesar de tener algunos años de circulación.

La bibliografía está compuesta por 2.384 entradas que incluyen libros, artículos, reseñas y conferencias sobre Neruda. Casi todas culminan con una nota que resume y analiza el texto, objetiva y minuciosamente, proporcionando una acertada idea acerca de su contenido.

Sin duda, el mayor aporte de Woodbridge y Zubatsky se encuentra en la clasificación del universo bibliográfico con el objeto de entregarlo al investigador ordenado de tal manera que la información aparezca con rapidez.

Como lo anuncia el título, la bibliografía se encuentra dividida en dos secciones: estudios biográficos y estudios críticos sobre la obra de Neruda.

La parte biográfica se inicia con sus cronologías y biografías completas. A continuación, aparecen artículos de revistas y diarios ordenados cronológicamente desde el nacimiento hasta la muerte del poeta. Entre numerosos capítulos destacamos: niñez, matrimonios, Oriente, España, el "Winnipeg", viajes, premios, conferencias, anécdotas, sus casas, la precandidatura presidencial, Embajada en Francia, el Premio Nobel, regreso a Chile, su muerte, la Fundación Pablo Neruda.

Aquí nos parece interesante hacer un aporte. La muerte de Neruda se encuentra representada en esta bibliografía por 50 artículos extranjeros y 4 nacionales. Sin embargo, a pesar de los dramáticos acontecimientos que se vivían en ese momento, la prensa nacional dedicó considerable espacio a la enfermedad, fallecimiento, funerales y saqueo de las casas de Neruda. A manera de ejemplo, durante la semana del deceso contabilizamos 39 homenajes firmados. Este material se encuentra registrado en el volumen correspondiente de la publicación *Referencias Críticas sobre Autores Chilenos*, que edita la Biblioteca Nacional.

Capítulo especial de la bibliografía lo constituyen los artículos sobre la relación entre Neruda y sus contemporáneos. Aparecen en él numerosos chilenos y algunos extranjeros, entre los que citaremos a Alberti, Aleixandre, Asturias, Borges, Carpentier, Celaya, Cortázar, Ehrenburg, García Lorca, Paz, Picasso y Vallejo.

La sección más voluminosa de la obra, está dedicada a los estudios sobre su poesía (pp. 169-567). Comienza con 30 libros dedicados íntegramente a la obra nerudiana. Luego cita análisis de algunos aspectos específicos como la soledad, el amor, la muerte, el humor, la naturaleza, el mar y la política en la obra de Neruda. A continuación, se encuentran los estudios particulares sobre sus libros, ordenados cronológicamente y, dentro de cada uno de ellos, los



análisis de poemas individuales. Luego se encuentran referencias sobre su prosa, sobre su labor como articulista, sus cartas, Neruda traductor, dramas, manuscritos y Neruda en la literatura, donde destacan *La Casa de los espíritus* de Isabel Allende y *Ardiente paciencia* de Antonio Skarmeta. Después de un Suplemento y una Addenda, están los índices de títulos y autores, que facilitan el manejo de la obra.

JUSTO ALARCÓN R.

FERNANDO GONZÁLEZ URÍZAR. *Viola d'amore*, Ediciones Mar del Plata, Santiago, 1990, 152 págs.

Poeta de jornada completa, Fernando González Urizar es autor de veintidós libros de depurada lírica, el más reciente de ellos *Viola d'amore* (Ediciones Mar del Plata, Santiago, 1990).

Alguna vez ya expresé que "nunca un nuevo libro de Fernando González Urizar constituye una sorpresa y nunca deja de ofrecernos sorpresas en su ascendente línea de continuidad".

Y no es el momento de retractarme. En efecto, en *Viola d'amore* vuelve a darse la recurrencia de sus profundos temas de siempre —amor, tiempo, muerte, soledad interior, nostalgia de las raíces— y la depurada vibración expresiva de su castizo lenguaje poético, que hacen ricos la enunciación y el enunciado de su mensaje lírico.

Pero, a la vez, está el paso adelante, renovado y renovador. Aludiremos apenas a un aspecto de él, que toca ambos planos del discurso poético: la presencia gravitante que en esta obra alcanza la música, como motivo y como aspiración estética.

El poema inaugural se intitula *Música celestial* y se abre paso con atrevidos versos inervados de sinestias: es *incienso* que se oye, es *blancor* de jazminero, es *aroma* que busca direcciones sin descubrirlas... Ella invade todos los sentidos. "¿Acaso hay que entenderla? Sentirla, únicamente".

Se siente, sin embargo, no tanto por la hiperestesia de los órganos externos, cuanto por la sensibilidad del alma. Hasta ella le llega la música al poeta: "Adulcigua la noche, suaviza las angustias... Perfuma los recuerdos, la culpa se hace olvido".

Así, metamorfoseándola primero, antropomorfizándola después, González Urizar reivindica la multidireccional potencialidad de la música, ora embriagante, ora catártica, siempre felizmente invasora.

Se duele, por eso, de que la tribu (la masa) haya olvidado la música verdadera, conservando de ella, a lo más, resabios superficiales ("cierta humedad remota, a flor de la alegría") en medio de los cuales se desdibuja su esencia de "matemática grácil, espíritu, pasión, materia que se reza".

Leemos en estos versos una implícita pero transparente elegía por el em-

pobrecimiento que ha sufrido la poesía en su dignidad temática, en su casi sacral unción, en la finura de su ritual: "le nublan el sentido de vaga ambigüedad... embriaguez de leer un discurso de enigmas hasta casi entender".

La auténtica poesía es palabra simbólica —ambigua por sobresignificativa— y musical —la más alta hermosura del ritmo del idioma—, y el poeta es sacerdote de sus misterios y de sus letanías en el salterio del que hace brotar sus signos y sus sonos.

González Urizar entiende así su misión de rapsoda lírico. Significativamente, hace de contraparte a *Música celestial* el poema que cierra el libro: *Sonata para sombra y silencio*. Sombra y silencio, como el de "un cuarto sosegado" que pidió al principio para dejarse embeber por la música pura... En ese interior desnudo sintió la voz acuciante que lo llamaba: "Lanza de Dios me clava los ijares". Y ese envío místico lo impulsa a hablar (voz) para que reflexionemos (silencio).

Esa reflexión es tan necesaria como que están "La luz allá en el cielo. En la tierra, la sombra", y, por lo mismo, no es a lo pasajero a lo que corresponde apearse, sino poner nuestros afanes en lo que vale de verdad: "olvido y hermosuras en el cielo, / en la tierra, nostalgia".

Hasta que llegue el momento en que estamos maduros para la luz y nuestra sombra puede desvanecerse en la tierra haciéndose oscuridad:

"Así hasta que la luz nos oscurece.  
Y oímos el tañido del laúd,  
la música infinita  
del mar que se nos sube a la cabeza".

Por eso, volviendo al primer poema:

"Arriba, luz de cielo: ¡la más alta hermosura!  
En la tierra que piso, ¡la música, la música!".

Así, en el sacerdote de la palabra poética, la poesía —música del idioma— deviene arco que apunta hacia lo eterno, flecha que acorta sus distancias, emisión que quiere anticipar luz de cielo (música celestial) en la tierra que pisamos.

ERNESTO LIVAGIO GAZZANO

JUAN ANDRÉS PIÑA. *Conversaciones con la poesía chilena*, Editorial Peñhuén, Colección Testimonio, Santiago de Chile, 1990, 233 págs.

Siempre se ha dicho que el género más difícil del periodismo es la entrevista.

En este libro, los personajes entrevistados por Juan Andrés Piña son Nicanor Parra, Eduardo Anguita, Gonzalo Rojas, Enrique Lihn, Oscar Hahn y Raúl Zurita.

Lihn escribió, como dijo de él Nicanor Parra, "hasta el último suspiro". Y es increíble todo lo que hizo en sus tiempos de enfermedad.

La presentación de Juan Andrés Piña resulta emotiva.

Dice de Lihn:

"Todas sus puntadas eran sin hilo. Fue el más desinstalado, el de la vida doméstica más precaria y el más lejano del poder político, social o cultural entre los escritores chilenos".

Un hombre que no entregó jamás la oreja, que no se acomodó.

Ajeno a esa monstruosidad del *marketing*. Rebelde siempre.

Hay en esta entrevista una interesantísima visión de Enrique Lihn como alumno porro que va pasando de colegio en colegio. Su gusto por la pintura parece haber nacido junto con él mismo y con influencia de Gustavo Carrasco.

A la pregunta de si era muy mal alumno, responde:

"Claro, pésimo".

Se define como un histrión y en realidad parece que le interesó todo menos el estudio.

El final, en este sentido, resulta dramático. Lihn fue un grandote que estudiaba, de tanto quedarse pegado, con alumnos mucho menores que él.

Pertenece a la Generación del 50 en poesía, con Cecilia Casanova, Rosa Cruchaga y Miguel Arteche. No hay nada más difícil que hacer una lista de esta Generación en poesía. Siempre se tiene la idea de que son muchos más los que se quedan sin nombrar.

Lihn afirma que sus relaciones con Neruda eran negativas y que su grupo tomó como un símbolo a Nicanor Parra. Es interesantísimo todo lo que se cuenta sobre Parra y Lihn en esa época.

"Rápidamente nos matriculamos con Parra, que nos pareció la alternativa, la contra figura de Neruda. Nicanor disfrutaba con ese estatuto, lo cultivaba". Hace una serie de diferencias Enrique Lihn entre Neruda de las Residencias y el de las *Odas elementales*, obra a la cual se refiere como majamama y como basura.

Sobre Roberto Matta se pierde en el tiempo y dice una cosa curiosa.

"Me acuerdo que cuando regresó el pintor Roberto Matta por primera vez a Chile, Enrique Bello le hizo una inmensa entrevista en *Pro Arte*. Él era una especie de *jet set* de los años 50, que mezclaba la cosa cultural con lo social".

Es importante el testimonio de Enrique Lihn sobre Jodorowky, Cassigoli, Coke, Giacconi ("se creía Dostoyeski"), Teófilo Cid ("escritor maldito"), Pablo de Rokha ("tenía un lado amable"), Jorge Edwards y algunos otros.

Llama la atención el tiempo en que Lihn estuvo publicando constantemente, cuarenta años, porque su primer libro, *Nada se escurre*, es de 1949 y el último, *Álbum de toda especie de poemas*, es de 1989.

Esta entrevista es la obra maestra del libro, conviene leerla y releerla. Da a conocer a un Enrique Lihn macizo.

PEDRO LASTRA. *Conversaciones con Enrique Lihn*. Segunda edición, Santiago de Chile, Atelier Ediciones, 1990, 194 págs.

Antes de la reformulación fundadora efectuada por Montaigne en el confuso panorama de la literatura de ideas, el protoensayo asumía frecuentemente la forma del diálogo. De Platón a los hermanos Valdés, hallaremos un muestrario rico y nutrido que en 1580 el autor de los *Essais* no rechazó, sino que asimiló en una prosa cuyo objetivo era poner en duda —es decir, situar en el terreno personal— los grandes temas y las verdades absolutas y colectivas. Un elemento esencial del nuevo género, por eso, provenía de una prehistoria en la que la conversación jugaba un papel fundamental en la búsqueda o la vivencia del conocimiento.

El ensayista, aunque suprime el aparato teatral de los distintos parlamentos, se esfuerza en hacer convivir conceptos y posturas disímiles en los límites de un mismo texto. El saber resultante, sin embargo, jamás puede calificarse de repentino o numinoso, pues casi siempre es fruto de un proceso, de un itinerario reflexivo, de una ruta de la curiosidad o la pasión. Difiere el ensayo del tratado o la tesis en que su pluralidad desmiente toda certidumbre sistemática y, por lo tanto, monológica, sustentada por una ley sea divina, natural o humana. Difiere de la entrevista en que la distribución de los papeles de interrogante e interrogado no disminuye la naturaleza pensante o protagónica de las dos partes a favor de una. Difiere, en fin, del periodismo, la ciencia o la filosofía, en que no informa o certifica, sino que dramatiza el acto de pensar e investigar bajo la especie de lo subjetivo y la intervención del autor como función específica del texto y elemento relacionante de sus partes, remitiendo incluso a una carga biográfica identificable fuera de la escritura misma.

El género a que pertenece *Conversaciones con Enrique Lihn* del poeta y crítico Pedro Lastra, es, por lo tanto, el del ensayismo a cuatro manos. La denominación puede resultar poco común y, quizá, incómoda, aunque sospecho que a la larga será de provecho si se desea caracterizar la índole no menos infrecuente del libro. El *yo* montaigniano se duplica y se hace aun más dinámico, volviendo a la indumentaria conversacional de la Antigüedad o el Renacimiento, pero suprimiendo de ella la inteligencia última que dirigía el intercambio de opiniones hacia un final previsto, hacia una enseñanza o "demostración". Los dos participantes del diálogo, Lihn y Lastra, meditan a lo largo de unas ciento cincuenta páginas sin el ansia de llegar a conclusiones y complaciéndose, en cambio, en postergarlas. Lo que cuenta es la diversidad y la fertilidad de las voces opinantes más que la fijación de un repertorio de premisas o teorías que defina a los dos escritores que, no obstante, quedan aquí fraternalmente retratados. El oficio que cumple la figura de Enrique Lihn en estas páginas es de referente propiciador de la charla que, a partir de una revisión de su obra poética y narrativa, se desplazará a los asuntos más y menos imprevistos de la literatura hispanoamericana o la teoría literaria. El Lihn personaje, el Lihn que perdura como conciencia de la poesía continental más reciente es lo que delinea esquivo y prolijamente este trabajo.

Un capítulo edificante en cuanto al carácter plural de estas conversaciones es el dedicado a Jorge Luis Borges. La excusa para el intercambio de puntos de vista en torno a este nombre canónico de nuestras letras es un escrito de Lihn aparecido en Caracas hacia 1977, que se titula *Borges & Borges*. Como podrá adivinarse por el año y por el nombre de la nota, la actitud del poeta chileno no era precisamente sumisa y ditirámica para con el argentino. Se inscribe en esa tradición de detractores, no de la obra borgiana, sino de las posiciones personales de quien, una y otra vez, se manifestaba de acuerdo con el absolutismo, la esclavitud y la dictadura. Desde luego que el disgusto de Lihn hemos de entenderlo desde los confines de su propio pensamiento poético. Éste, no sólo lo obliga a sacar al autor del *Elogio de la sombra* de una lista fundacional de nuestra poesía, sino de un repertorio de nuestra contemporaneidad; Borges carece de

un sentido mayor para la polisemia: su discurso es monosémico y gramaticalmente correcto, regular. Y francamente, aunque no cuente historias, la poesía de Borges reprocesa muy a menudo el material narrativo y reflexivo de sus ensayos y ficciones con muchos menos suerte que en esos dos géneros. En suma, me parece un poeta anticuado y desprovisto de ciertos sentidos que son esenciales para hacer el tipo de poesía que nosotros reconocemos como poesía moderna (p. 95).

Lastra se manifiesta entonces como la necesaria matización de lo dicho anteriormente:

Yo haría la cartilla de mi desacuerdo contigo centrada en estos dos puntos: me parece que la remisión a textualidades anteriores, precisamente por ser tales y no reiteraciones pasivas, cumplen una nueva función en sus poemas: su recurso a la alusión, por ejemplo, es siempre enriquecedor. En cuanto a la musicalidad y a la medida, yo también discreparía...

Las reflexiones de Lihn y de Lastra no sólo llegan a establecer una razonada armonía mutua, sino que involucran por igual a las de otros críticos o creadores traídos constantemente a colación, para mantener, más allá de la dualidad del diálogo, su paradójica multiplicidad —al interceder por la voz ausente, terminan hablando dos que son muchos. Punto esclarecedor en este intercambio afectuoso es el que concierne a uno de los tesoros legados por Enrique Lihn a las nuevas generaciones de poetas: su visión del oficio en una circunstancia histórica precisa, aquí y ahora. En "A propósito de soneto", otro capítulo clave de las *Conversaciones*, Lihn resume el proyecto estético de sus versos y los de algunos de sus coetáneos —entre los que habría que contar, con amplitud de criterio, a Nicanor Parra, Carlos Germán Belli, José Emilio Pacheco y Oscar Hahn— con una frase rotunda: "no hay contenidos extrapoéticos" (p. 74). Se esbozan así, brevemente, los vastos alcances de la escritura coloquial o conversacional. "Abres la poesía a los buenos y a los malos sentimientos, le comunicas el aire de la calle o la asfixia de la cárcel; ella contrae tales o cuales enfermedades, actúa en el circo o es recluida en el manicomio", se nos explica.



Ante todo, y Lihn fue lúcido al reconocerlo, están los "prosaísmos" hispanoamericanos, que generan un ritmo distinto, "interno" (p. 81), en contraste, por ejemplo, con el de la aniquilosa literatura española de hoy, amarrada a un rígido convencionalismo lingüístico que se llama —con perdón— academia, diccionario y preceptiva (p. 80). Es, sin embargo, este nuevo desenfado lo que mejor nos conecta con una rica tradición peninsular a la cual Lope, Quevedo y Góngora pertenecían: la del poeta simultáneamente sublime y soez, grave y satírico, sensible y energúmeno. "Como se ve, estos señores —apunta Lihn— podían desmadrarse cuando se pisaban mutuamente los callos de la lengua. Lo genial, insisto, es la amplitud de su repertorio. A esa poesía nada le era ajeno: una disponibilidad sin la cual la poesía corre el riesgo, en ciertas circunstancias, de hacer el papel de las vírgenes necias" (p. 73). Lihn escribió algunas de las composiciones de *Por fuerza mayor* para rescatar esa antigua lírica, tan moderna. La lengua de Belli es un homenaje de principio a fin a semejante temporalidad doble. Pacheco resucita la sátira y el erotismo más terrestre de antaño, remontándose incluso a los modelos de sus modelos, es decir, a los griegos y los romanos. Hahn se debate persistentemente entre el dicerio y el conceptismo sensual de un refinamiento absoluto.

Pese a que Bakhtin se ha negado a verlo, la heteroglosia estuvo siempre latente en el discurso poético y varias veces se ha hecho manifiesta a lo largo de la historia no como virtualidad del género, sino como carácter definitorio de éste. La lírica hispanoamericana más reciente lo prueba de una vez por todas, abriendo las compuertas a un fenómeno que aún no se agota y promete, por el contrario, una nueva época creadora tras la primera avanzada que significó el conjunto de escritores ya mencionado. Lihn, en particular, a través de las páginas de estas *Conversaciones*, tiene todavía mucho que decir a los poetas jóvenes y a la crítica. Corregida, aumentada con un nuevo capítulo y un apéndice fotográfico, puesta al día su bibliografía, la nueva edición del libro constituye una pieza insustituible para la comprensión del poeta y, claro está, de su generación y de la manera como ambos asumieron el quehacer literario: como diálogo incesante, como apertura a todos los lenguajes.

MIGUEL GOMES

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN. *Galíndez*. Seix Barral, Barcelona, 1990, 355 págs.

El que Manuel Vázquez Montalbán, que va de lujoso gourmet a archipremiado escritor de novelas policíacas, nos haya ofrecido una obra como "Galíndez", es una muestra más de su importante quehacer como hombre de letras y de su interés por investigar en determinados terrenos político-sociales que pocas veces nos son mostrados con la minuciosidad que aquí nos es dado contemplar.

Pero no se trata sólo de un intento de investigar la desgraciada desaparición

de Jesús de Galíndez en 1956, sino de llevar al lector por un recorrido, pleno de interés por toda una historia en la cual va a descollar la labor de una jovencita, que precisamente se dedica al rastreo de las circunstancias en que desapareció Galíndez y las circunstancias, añadidas, para que un representante del Gobierno vasco en el exilio pueda desaparecer en Nueva York sin dejar una pista clara y con el añadido de la serie de pruebas, nunca legalmente desveladas, que implicaban a las autoridades de la República Dominicana en el exterminio real de un hombre que había sido crítico con la labor del generalísimo Trujillo, el cual no parecía dispuesto a dejar pasar ninguna oportunidad para dar "su" merecido a quienes trataran de manera poca respetuosa su forma de gobernar y lo que él calificaba de sacrificios en favor del pueblo dominicano. El que precisamente una universitaria como Muriel Colbert trate de conocer las circunstancias de la desaparición del político vasco, llegando incluso hasta el lugar en que se levanta el monolito en su memoria, supone por otra parte algo esencial y es que la figura de Galíndez ha suscitado un especial interés en diversos ámbitos.

El que Galíndez tuviera negocios en Chile o que representando al Partido Nacionalista Vasco se relacionara en las alturas del Departamento de Estado norteamericano o, por ejemplo, se dedicara en 1956 a organizar grupos de lucha antifranquistas en Nueva York, son sólo datos de su vida variada y aventurera, que no le privó de presentar una tesis sobre Trujillo en la Universidad de Columbia (tal vez el último motivo que desencadenó su secuestro y desaparición), además de haber trabajado en la República Dominicana "como profesor de Derecho y abogado laboralista", lo que, sin duda, también le enfrentaría de manera decisiva a los poderes públicos de aquel país. Pero si bien no se nos da una solución, porque no existe, del porqué de esta desaparición y del destino último del cadáver de Galíndez, sí quedan al descubierto todas las tramas que condujeron a la deteriorada situación en que es posible el suceso, y que queda muy gráficamente expresado en la especie de juicio que, con el dictador Trujillo como interlocutor, tiene lugar hasta el momento en que se pronuncia la frase final, tal vez parte de la propia ficción novelística, resumen de una condena categórica: "que le den chalina".

Si la horca aquí representa el castigo para las actividades de Galíndez, no es menos cierto que la intervención de otras personas en la desaparición del vasco, "Murphy y De la Maza (que) estaban complicados en el transporte a la República Dominicana de alguien relacionados con la desaparición de Galíndez", es otro eslabón de la intervención de agentes políticos en este oscuro episodio, donde incluso se juega con la posibilidad de que Galíndez fuera confidente de los servicios secretos, tema que llevó a Manuel de Dios Unanue a escribir un libro titulado exactamente "El caso Galíndez". Sin embargo, y a través de la serie de datos biográficos que Vázquez Montalbán aporta, parece más razonable que Galíndez estuviera interesado fundamentalmente por dedicarse a dar clases en la Universidad de Columbia, que supondría algo así como la culminación de su labor intelectual, que la guerra civil de España vino a interrumpir.

La introducción de protagonistas como el embajador Merry del Val, justificando la desaparición de Galíndez por problemas personales, queda lejos de la actuación de Sánchez Bella ("Insidioso, trujillista a fuer de franquista, odiando a Galíndez por el simple hecho de ser un problema diplomático, molesto por todo lo que molestara a Trujillo") que lamenta el revuelo de la desaparición del vasco, al que califica de "un oscuro profesor", con el mayor de los desprecios y justifica incluso cualquier actuación dirigida contra Galíndez, al que considera un enemigo político. Similares actuaciones se ven en otros embajadores como Areilza y Spottorno, tal vez como si existiera una conspiración a favor de la desaparición de quien se considera consumado antifranquista.

Resaltan episodios como el de Voltaire, personaje transmutado en confidente, que pasa de colaboracionista con los servicios americanos a abandonado por éstos en el camino hacia ninguna parte de una investigación que debe ser silenciada. A través de él surgen todo los desmanes que se han realizado no sólo en el Caribe, sino en otros lugares como Nicaragua y que no son más que la justificación del imperialismo yanqui mangoneando en el universo con una patente de corso nunca disimulada. Pero si Voltaire igual aparece en Perú al lado de Velasco Alvarado que en Miami, no por ello deja de estar al lado de los exiliados vascos, tal vez en un intento de comprender la actuación de Galíndez y los móviles de su desaparición. Es curioso este personaje, que el mismo se presenta en un largo monólogo, como si le fuera imprescindible dar a conocer su conducta para que otros comprendan su actuación. "En usted me reconozco a mí mismo, recupero a aquel jovencuelo idealista que se apuntaba a todas las causas nobles del mundo. ¿Sandino? A Nicaragua, a luchar junto a Sandino. ¿La guerra de España? A España, a luchar junto a la República. ¿El fascismo internacional? A la Resistencia francesa, incluso llegué a estar en la yugoeslava, para impedir el avance del fascismo. No pasarán. No pasarán. Y aparentemente no pasaron. Dígame una causa justa del universo, en los últimos cincuenta años y en todas ellas aparecerá el que le está hablando". Así Voltaire se configura como un prototipo de luchador infatigable, tal vez como el propio Galíndez, aunque éste no estuviera precisamente en las trincheras, pero sí al frente de cualquier acto que pudiera desbancar al franquismo fuera y dentro de España.

El hecho de que tras la muerte de Franco no se llevara a cabo una investigación oficial sobre la desaparición de Galíndez y que, únicamente sus paisanos, se limitaran a una serie de homenajes póstumos, alabando su quehacer como hombre del PNV y como protagonista de una oposición continuada al Régimen, dice poco en favor de la democracia, ya que levantar un monolito en el valle de Amurrio, recordando su calidad de hijo y nieto de vascos, no parece una generosa recompensa para quien pasó casi 20 años de su vida extrañado de su Patria y perseguido por el hecho de no aceptar una situación política y social que le repugnaba. En realidad la de Galíndez podría considerarse la vida típica del aventurero que, perseguido por sus ideas políticas, trata de encontrar un lugar en que trabajar por una recuperación de su tierra para

quienes viven al otro lado de la realidad social. Es así como se convierte en un mito viviente que, al tiempo que molesta a quienes le persiguen, es admirado por aquellos que tienen los mismo objetivos, esto es, derribar una dictadura que ha usurpado geografías e historias para instalar la crueldad de nuevas políticas y diferentes modos de vida. Será así como el trujillismo se ve aliado con los representantes de la España oficial de ese tiempo y pugna, con todas sus fuerzas y aliados posibles, en hacer desaparecer a tan singular figura, lo cual logrará al fin con los peores métodos. De esta manera tiene lugar lo contrario de lo preconizado por las películas yanquis. Aquí es el criminal el que gana, el que queda impune. Se trataría del crimen perfecto, de la perfecta iniquidad. En ese sentido el relato de Vásquez Montalbán es exquisito. Va acorralando al propio protagonista, hasta el momento de una muerte silenciosa y magnificada por la clandestinidad oficial, como si en mantener este silencio a perpetuidad le fuera el prestigio a los asesinos, quienes de forma sagaz y casi carente de violencia son capaces de exterminar a un ser humano por el solo hecho de tener ideas diferentes.

Queda, así, la figura de Galíndez ensalzada tanto por su valor histórico, el hecho de ser el representante vasco ante el Departamento de Estado norteamericano, como por sus resonancias intelectuales, que le llevara a ser estimado en el ámbito universitario de Estados Unidos. Su secuestro, posible tortura y desaparición en la República Dominicana a manos de avezados esbirros del Generalísimo Trujillo pasa a ser el dato triste, trágico, de una vida dedicada a los demás, a su pueblo, a unas ideas que, como una vez dijera Fidel Castro, sólo la historia puede juzgar.

MANUEL QUIROGA CLÉRIGO

PRINCIPALES ACTIVIDADES  
DE LA  
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS,  
ARCHIVOS Y MUSEOS,  
PRIMER SEMESTRE, 1991



# BIBLIOTECA NACIONAL

## EXPOSICIONES

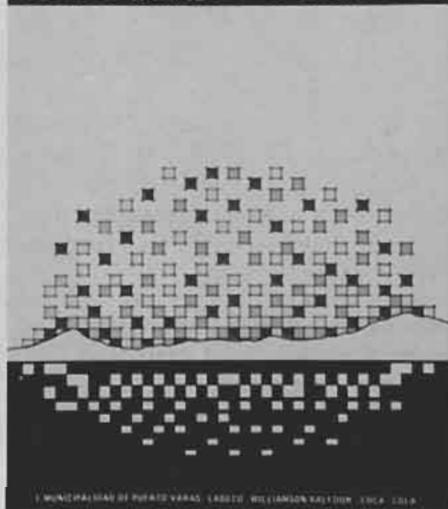
**Textilgruppen. Textiles suecos contemporáneos.** En la Sala Cervantes de la Biblioteca Nacional, desde el 5 de abril al 4 de mayo de 1991, se presentó la exposición de textiles suecos contemporáneos. Actividad organizada por la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos y la Embajada de Suecia. Como apoyo a esta exposición se exhibió el diaporama "Textilgruppen", comentado por las artistas suecas Tania Alyhn y Saimi Kling,

de junio, en colaboración con la Embajada de la República Popular de China.



**El color del Sur.** Exposición de 40 obras pictóricas correspondiente al Primer Concurso Nacional de pintura realizado en enero de 1991, en la ciudad de Puerto Varas. Se presentó en la Galería Azul de la Biblioteca Nacional desde el 18 de abril al 16 de mayo. Esta exposición fue organizada por la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos y la Ilustre Municipalidad de Puerto Varas.

**EL COLOR DEL SUR**  
PRIMER CONCURSO NACIONAL DE PINTURA  
**PUERTO VARAS 21-30 ENERO 1991**



**El Tíbet de China.** Exposición de fotografías realizada en la Galería Azul de la Biblioteca Nacional, del 21 de mayo al 3

**Wolfgang Amadeus Mozart, 1756-1791.** Exposición biográfica del célebre músico, realizada en la Sala Miguel de Cervantes de la Biblioteca Nacional, desde el 28 de mayo al 28 de junio de 1991, con la colaboración de la Embajada de Austria y el Instituto Chileno-Austríaco. Como complemento, y con el propósito de enriquecer esta exhibición, se organizaron ciclos de conciertos y charlas que se efectuaron en la Sala América de la Biblioteca Nacional.

**Cartografía portuguesa.** Importante muestra de cartas de navegación y mapas, realizada en la Galería Azul, desde el 11 de junio al 20 de julio de 1991.



WOLFGANG AMADEUS MOZART

1756-1791

## CONCIERTOS

Organizado por el Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional y el Instituto Chileno-Francés de Cultura, el 17 de abril de 1991, se presentó en la Sala América de la Biblioteca Nacional, el recital de canto y piano de las intérpretes Carmen Luisa Letelier (canto) y Elvira Savi (piano).

El martes 4 de junio de 1991, se presenta en la Sala América de la Biblioteca Nacional, el concierto para piano y violín

de Daniela Pfenninger (violín) y Adriana Balter (piano).

Elvira Savi y Patricia Vásquez ofrecieron, en la misma Sala un Recital de canto y piano, el miércoles 5 de junio de 1991.

El 20 de junio de 1991, se realiza en la Biblioteca Nacional, organizado por el Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional y el Instituto Chileno-Italiano de Cultura, el Concierto para piano de Mario Panciroli.

### CICLO MOZART

En apoyo a la exposición "Wolfgang Amadeus Mozart: 1756-1791" se presentó en la Sala América de la Biblioteca Nacional un ciclo de conciertos y conferencias cuyo desarrollo va a continuación.

**Música de Cámara mozartiana: sonatas para piano,** con los intérpretes Frida Conn en el piano y Fernando Ansaldi, violín. Realizado el 18 de junio de 1991.

**Mozart: su música entre amigos,** a cargo de la pianista Elvira Savi y Conjunto de

Cámara. Realizado en la Sala América, el 25 de junio de 1991.

**Mozart: cantos seculares y litúrgicos,** concierto efectuado el 2 de julio de 1991, con la participación de la pianista Elisa Alsina y la soprano Ahlke Scheffelt.

Conferencia "El mundo de Mozart", a cargo del profesor Ricardo Krebs, realizada el 11 de junio de 1991.

Conferencia de la musicóloga, profesora Raquel Bustos, efectuada el 18 de junio de 1991.

Conferencia del crítico de arte, Sr. Daniel Quiroga, efectuada el 25 de junio de 1991.

Conferencia del crítico de arte, Sr. Federico Heinlein, efectuada el 2 de julio de 1991.

CICLO CULTURA POPULAR

**Poetas populares chilenos: Santos Rubio.** Actividad efectuada el 23 de abril de 1991, en la Sala América de la Biblioteca Nacional.

**Cancionero de todas las horas, canto tradicional.** Interpretado por el Taller Trehuaco, el 28 de mayo de 1991.

**Conversaciones sobre cultura mapuche.** Coloquio realizado el 14 de mayo de 1991, con la participación de Erika Espinoza, Juan Huarapil y Carlos González.

**Religiosidad popular.** Encuentro realizado en la Sala América de la Biblioteca Nacional, el 24 de junio de 1991.

CICLO DE CINE INGLÉS

Proyección de seis películas de cine inglés, en 16 mm., realizada entre el 8 y el 19 de julio de 1991, en la Sala América

de la Biblioteca Nacional, con la colaboración del Instituto Chileno-Británico de Cultura.

LECTURA DE POEMAS

El 25 de abril de 1991, se realizó en la Sala Ercilla de la Biblioteca Nacional, una lectura de poemas de Fernando González Urizar, quien fue presentado por Alfonso Calderón.

**Homenaje y condecoración para el poeta español Rafael Alberti.** El sábado 4 de mayo de 1991, en la Sala América de la Biblioteca Nacional, el Sr. Ministro de Educación, don Ricardo Lagos E., con-



Rafael Alberti y Roberto Matta. París, 1987.  
Fotografía: Theodoro Ellsaca.

decoró con la Orden de Gabriela Mistral, en el grado de Gran Oficial, al poeta español, de visita en Chile, Rafael Alberti. En esa ocasión, leyó un trabajo alusivo a

la obra de Alberti, el poeta y Subdirector de Bibliotecas, Archivos y Museos, Miguel Arteche.

### JORNADAS CULTURALES

El viernes 10 de mayo de 1991 se iniciaron, por segundo año consecutivo, las Jornadas Culturales de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos con el Banco del Estado de Chile y la División de Cultura del Ministerio de Educación.

Las Jornadas se realizaron en esta

ocasión en la ciudad de San Antonio. Allí, durante nueve días, se exhibieron las joyas bibliográfica de la Biblioteca Nacional, se presentó a jóvenes narradores, se dio a conocer teatro chileno y participó la Orquesta del Ministerio de Educación.

### HOMENAJE A CLOTARIO BLEST

El Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional, organizó, el 29 de mayo de 1991, un "Homenaje a Clotario Blest, líder de los trabajadores chilenos", que contó con la participación y testimonios de Milenko Mihovilovic,

Leonardo Jeffs, Santiago Pereira y Maximiliano Salinas. En esta ocasión se inauguró, además, una exposición sobre la vida de Clotario Blest, en la Sala Amanda Labarca.

### PRESENTACIÓN DE LIBROS

El 25 de marzo de 1991, en la Sala Ercilla de la Biblioteca Nacional fue presentado el libro de Pablo Neruda *20 poemas de amor y una canción desesperada*, en una edición de bolsillo. A la ceremonia asistieron el Ministro de Agricultura y Presidente de la Fundación Neruda, Juan Agustín Figueroa; Jaime Quezada, Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile, y el Director de Bibliotecas, Archivos y Museos, Sergio Villalobos, entre otras autoridades.

El 23 de abril de 1991, se realizó en la Sala Ercilla de la Biblioteca Nacional, la ceremonia de conmemoración del centenario de la publicación de *Nuestra América*, de José Martí. En esta ocasión estuvieron presentes los cubanos, don Ismael González, Director del Centro de Estudios Marianos de Cuba, el Sr. Cintio Vitier y la Sra. Fina García Marruz autores de una edición crítica de Martí. Intervino

además, Jaime Quezada, Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile y el escritor Jaime Valdivieso, catedrático de la Universidad ARCIS.

El 22 de mayo de 1991, en la Sala Alonso de Ercilla de la Biblioteca Nacional se presentó el libro *Miguel Claro 1359, recuerdos de un diplomático italiano en Chile* de Tomaso de Vergottini. En esta oportunidad, se refirió a la obra y personalidad del autor el Presidente del Senado, don Gabriel Valdés S. "Tomaso de Vergottini fue un ejemplo de reciedumbre moral, energía admirable, de habilidad diplomática superior, que contó con el apoyo y cooperación sin reservas de su extraordinaria y bella esposa y el respeto total de su gobierno.

Bien sabemos que él no venía destinado definitivamente a Chile, ni se imaginaba que en la plácida villa de Miguel Claro la vida fuera distinta de la que los

embajadores de Italia habían llevado, siempre con distinción, como centros de la vida política, intelectual y social chilena.

El relato es cuidadoso, pulcro, objetivo y verídico, es un testimonio de una gestión diplomática absolutamente extraordinaria, de un carácter humanitario que todos los chilenos admiramos, por el perfecto equilibrio con que se utilizó la función profesional, la energía para resguardar a las personas, el ordenamiento difícil de los centenares de asilados y los innumerables problemas que esta larga emergencia produjo para quienes eran los responsables.

El relato leído hoy aun en la perspectiva del tiempo, es dramático. Quienes pudimos ser ocasionalmente testigos de este gigantesco esfuerzo podemos dar fe de la grandeza moral de su actor y autor de este relato.

El evangelio nos llama a la entrega al prójimo, la Iglesia a la solidaridad. Son mandatos proclamados, pero hay pocos casos en que, como lo hicieron Tomaso y Sofía María, cristianos integrales, esos principios han sido aplicados concreta y generosamente en una situación de alto riesgo.

Tomaso de Vergottini ha hecho honor de sus recios principios cristianos, ha sido fiel representante del espíritu italiano, sensible como el que más al sufrimiento humano, al gobierno que representara, que mantuvo en alto los valores de la civilización, que desde Roma se han irradiado al mundo.

Ha hecho bien Vergottini en escribir, publicar y entregar ahora en Chile esta obra. Tiene un derecho moral que nadie puede discutirle para hacerlo. Lo que hizo Italia a través de sus represen-

tantes, queda en la historia de esa gran nación como una hazaña que la honra.

Ha hecho bien, además, porque los chilenos debemos saber la verdad de lo ocurrido, porque la verdad sana y nos hace libres.

En este caso es oportuno hacerlo porque hemos asumido la reconstrucción de la democracia con todos los actores y también con las víctimas de los duros tiempos pasados. Aquí hay un proceso de catarsis. La verdad, los hechos, la inmensidad del sufrimiento es una realidad de nuestra historia. Nadie debe ignorarla aunque haya interpretaciones diferentes de por qué sucedieron los hechos y quiénes fueron los responsables. Ellos existieron y mujeres, hombres y niños que sufrieron deben ser respetados y entre todos saber que gracias a naciones amigas, a diplomáticos valientes, se dio asilo, se salvaron vidas, se dio de comer, se extendieron lechos y hubo medicinas para compatriotas angustiados.

Este libro es un testimonio valioso y necesario. Con él muchos chilenos acrecentarán su amor y admiración por Italia, cuyo aporte a la humanidad está, como dice la canción, 'al di lá de la Stelle'.

Nosotros en Chile no estamos animados por odiosidades. Trabajamos por la reconciliación, por la superación de las causas y la reparación de los efectos de lo que sucedió, por culpa de nosotros mismos.

Que nunca más se repitan estos hechos, que nunca más haya violencia, que nos unamos en un proyecto de nación donde todos sin exclusiones podamos vivir para construir una nación de hermanos. Para ello es útil leer este original y emocionante relato".

#### DONACIÓN DE CAROZZI A LA BIBLIOTECA NACIONAL

Carozzi, S.A., hizo entrega a la Biblioteca Nacional de mil ejemplares del libro *Ca-*

*rozzi a 90 años*, publicación que recoge la historia de la cocina desde la colonia has-



ta nuestros días, mostrándonos el desarrollo tecnológico de la empresa y su incidencia en nuestra sociedad. La ceremo-

nia se realizó el 25 de marzo en la Sala Ercilla de la Biblioteca Nacional.

#### DONACION DE UNISYS A LA BIBLIOTECA NACIONAL

El Director Gerente de Unisys, hizo entrega oficial a la Biblioteca Nacional de trescientos ejemplares del libro *Aguas interiores de Chile*, de los autores Jürgen

Rottman y Nicolás Piwonka. La ceremonia se realizó el 23 de mayo de 1991, en la Sala Ercilla de la Biblioteca Nacional.

#### CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA

6 de octubre de 1990: Charla del profesor Alfredo Jocelyn-Holt "Los girondinos chilenos de Benjamín Vicuña Mackenna: los problemas de contexto y mimética". La exposición del profesor Jocelyn-Holt, correspondió a la primera sesión de trabajo del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

23 de octubre de 1990: Exposición de la historiadora soviética Olga Ulianova sobre el movimiento obrero en Chile entre 1973 y 1986.

19 de diciembre de 1990: Conferencia del antropólogo y palentólogo argentino Rodolfo Casamiquela "Araucanos. Cuestiones de nomenclatura étnica".

10 de enero de 1991: Conferencia del profesor del Departamento de Historia de la Universidad Estatal Paulista, Horacio Gutiérrez "Esclavitud negra en Brasil: familia y demografía".

4 de abril de 1991: Presentación del libro *Pensamiento crítico hispano-americano: arbitristas del siglo XVIII*, de la profesora Sara Almarza, quien, en la ocasión, se refirió a su obra.

10 de abril de 1991: Exposición de

historiadores bolivianos, encabezados por el Dr. Valentín Abecia Baldivieso, Presidente de la Academia Boliviana de la Historia, quien se refirió a la historia de las relaciones chileno-bolivianas. En esta oportunidad, el Dr. Abecia Baldivieso donó a la Biblioteca Nacional una colección de obras completas de los historiadores bolivianos, señores Humberto Vásquez-Machicado y José Vásquez-Machicado.

6 de mayo de 1991: Regine Perroud, historiadora francesa, asiste a una reunión del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, con el propósito de intercambiar opiniones sobre su especialidad y otros aspectos, con estudiosos de la Biblioteca Nacional e invitados especiales.

13 de mayo de 1991: Fernando Alegría, Profesor Emérito de la Universidad de Stanford, participó como invitado especial en una reunión del Centro, en la cual dialogó con los asistentes acerca de diversos aspectos de literatura chilena y otros tópicos de gran interés.

#### ARCHIVO NACIONAL

El Archivo Nacional y el Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la Biblioteca Nacional, organizaron ciclos de "Conversaciones historiográficas",

oportunidad en la cual participaron distinguidos investigadores. Las reuniones que se realizaron en el Archivo Nacional fueron las siguientes.

## CICLO 1 "CONVERSACIONES HISTORIOGRÁFICAS"

7 de octubre de 1990: **Historia económica siglo XIX**. Expositores: Dr. Luis Ortega, de la Universidad de Santiago, *Minería chilena* y el Dr. Eduardo Cavieres, de la Universidad Católica de Valparaíso, *Comercio Chileno-Británico*.

23 de octubre de 1990: **Relaciones internacionales y vida política chilena en el siglo XX**. Expositores: Sr. Jürgen Müller, candidato a Dr. Universidad de Heidelberg, *El partido nacional socialista alemán en América Latina*, y el profesor de Historia Contemporánea Joaquín Fermendois, de la Universidad Católica de

Valparaíso, *Chile y las relaciones interamericanas*.

21 de noviembre de 1990: **Historia social de Chile en el siglo XIX**. Expositores: Dr. Gabriel Salazar, de Sur, *Rebelión social del peonaje chileno* y el Sr. Julio Pinto, de la Universidad de Santiago, *El trabajador minero*.

5 de diciembre de 1990: **Historia de las mentalidades**. Expositores: Sr. Rolando Mellafe, Premio Nacional de Historia, Universidad de Chile, *Aspectos teóricos* y el Dr. Sergio Vergara, Universidad de Chile, *Familia y valores*.

## CICLO 2 "CONVERSACIONES HISTORIOGRÁFICAS"

19 de diciembre de 1990: **Hallazgos documentales del siglo XVI**. Expositores: Profesor Julio Olavarría A., Universidad de Chile, *Una carta inédita de Pedro de Valdivia*, y el profesor Armando de Ramón de la Universidad Católica de Santiago, *Un documento inédito del Cabildo de Santiago*.

9 de enero de 1991: **Genealogía e historia social**. Expositores: Dr. Julio Retamal F., Universidad Católica, *Sociedad e historia de las familias*, y el Dr. Juan Guillermo Muñoz, Universidad de Santiago, *Metodología para una nueva genealogía*.

16 de enero de 1991: **Ecología y cultura**. Expositores: Profesor Carlos Aldunate del S., Universidad de Chile y Director del Museo de Arte Precolombino, *El me-*

*dio ambiente y la cultura mapuche*, y la profesora Luz María Méndez, Universidad de Chile, *Paisaje cultural en Chile*.

23 de enero de 1991: **Ideas religiosas en el siglo XVIII y XIX**. Expositores: Dr. Ricardo Krebs, Universidad Católica, Premio Nacional de Historia, *La influencia ilustrada en el pensamiento religioso chileno*, y el padre Walter Hanish, Universidad Católica, *Lacunza y el milenarismo en la teología chilena*.

17 de abril de 1991: Charla del profesor Enrique Urbano, *Cristóbal de Molina, mesianismo andino y Taki Ongoy*. Enrique Urbano es Director de la *Revista Andina*, Presidente del Centro Las Casas en el Cuzco y profesor de la Universidad Laval de Canadá.

## CICLO 3 "CONVERSACIONES HISTORIOGRÁFICAS"

5 de junio de 1991: **Historia y vida privada**. Expositores: Dr. René Salinas, Universidad de Santiago, *Historia de la*

*sexualidad*, y Profesor Rolando Mellafe, Premio Nacional de Historia, Universidad de Chile, *Historia de la familia*.

19 de junio de 1991: **Migración y sociedad siglos XIX y XX.** Expositores: Dra. Carmen Norambuena, Universidad de Santiago, *La inmigración española en Chile*, y el Dr. Leonardo Mazzei, Universidad de Concepción, *La inmigración italiana en Concepción*.

3 de julio de 1991: **Comercio y comerciantes en el siglo XIX.** Expositores: Dr. Juan Eduardo Vargas, Universidad Católica de Chile, *Comerciantes del siglo XIX*, y Ricardo Couyoumdjian, Universidad Católica de Chile, *Comerciantes del siglo XX*.

17 de julio de 1991: **Personalidades e historia.** Expositores: Dr. Cristián Gzmuri, Universidad Católica de Chile, *La biografía: el caso de Carmen Arriagada*, y Dr. Eduardo Devés, *La biografía de Augusto Pinochet como clave*.

31 de julio de 1991: **Educación y modernidad en el siglo XIX.** Expositores: Profesor Nicolás Cruz, Universidad Católica, *El plan de estudios humanísticos en la educación chilena*, y Profesora Sol Serra-

no, Investigadora de CERC, *Historia de la Universidad de Chile*.

14 de agosto de 1991: **Historia y fronteras culturales.** Expositores: Dr. Jorge Pinto, Universidad de la Frontera, *Un espacio fronterizo: la araucanía*, y Rolf Foerster, antropólogo, Centro Ecueménico Diego de Medellín, *Evangelización y transformaciones religiosas en el pueblo Mapuche*.

28 de agosto de 1991: **Arte e historia social.** Expositores: Dra. Isabel Cruz, Universidad Católica de Chile, *Sociedad y arte colonial*, y Hernán Rodríguez, Conservador del Museo Histórico Nacional, *Arquitectura y sociedad*.

4 de septiembre de 1991: **Historia de la cultura.** Expositores: Dr. Bernardo Subercaseaux, CENECA, *De la historia de la imprenta a la historia del libro*, y Profesora María de la Luz Hurtado, Universidad Católica de Chile, *Historia del teatro y del espectáculo*.

## DEPARTAMENTO DE MUSEOS

Con la presencia de las más altas autoridades de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos y del Ferrocarril Metropolitano de Santiago, el 21 de marzo de 1991, se presentó a los distintos medios de comunicación, la exposición "Ciudades legendarias de la América precolombina". Exposición diseñada e ilustrada por Omar Larraín y Claudia Tapia. Los

textos fueron realizados por Francisca Valdés.

La singularidad de esta nueva exposición del Museo Abierto del Metro, consiste en la facilidad de trasladar esta muestra sin sufrir deterioro. Para tal efecto se ha diseñado especialmente un porta paneles de acuerdo a su tamaño, que puede ser trasladado por una persona.

## MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES

**Dibujos italianos del Renacimiento.** Desde el 9 de abril hasta el 19 de mayo, se presentó en el Museo Nacional de Be-

llas Artes, la exposición "Dibujos italianos del Renacimiento". Importante colección de 131 dibujos de los siglos XV,

XVI, XVII que, luego de ser sometida a un riguroso proceso de conservación y restauración por un grupo de profesionales chilenos, del Centro de Conservación y Restauración y del Centro de Documentación, se ofreció, en los salones del Museo para deleite de la comunidad nacional. Las obras son parte del patrimonio del Museo.



nal de Bellas Artes presentó la exposición "Guernica. Legado Picasso", exposición fotográfica del cuadro, con sus bocetos y obras preparatorias.

**Encuentro de Rafael Alberti con los pintores chilenos.** El jueves 2 de mayo, en el Museo Nacional de Bellas Artes, se reunieron los pintores chilenos para rendir un homenaje al poeta y pintor español, Rafael Alberti, con ocasión de su visita a Chile.

## MUSEO HISTÓRICO NACIONAL

**Las fuentes de la memoria en Chile y en España en el siglo XIX.** Exposición fotográfica, realizada en el mes de marzo. Esta muestra estuvo configurada por aproximadamente cien fotografías, re-

flejo de los diversos aspectos de la vida española en el siglo XIX. El acto de inauguración estuvo presidido por su Alteza Real, la Infanta Cristina de Borbón.

## MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL

A partir del 11 de enero hasta fines de marzo de 1991, se presentó en los salones

del Museo, la exposición "La difusión de las plantas portuguesas".



El 15 de enero de 1991, se realizó la segunda reunión del ciclo denominado *Aperitivos del Museo*. En esta oportunidad intervino el destacado entomólogo, Prof. Dr. Guillermo Kuschel, quien se refirió a sus estudios sobre los coleópteros.

El 3 de mayo, se inician las actividades del mes del mar en la Región Metropolitana. En esta oportunidad el Museo adhirió a la celebración con la exposición de pinturas *Conchas marinas. Forma y color*, de Galo Arce Campaña, muestra que se complementó con ciclo de charlas y exhibición de películas y videos.

## MUSEO BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

### Ciclo Chile en vísperas de la conquista hispana.

Organizado por el profesor Osvaldo Silva Galdames, del Departamento de Ciencias Históricas de la Facultad de Fi-

losofía y Humanidades de la Universidad de Chile, se llevó a cabo un ciclo de charlas que contó con la colaboración, entre otros, de Rolando Mellafe y Eduardo Téllez.

### EXPOSICIONES

En homenaje a las glorias navales, y como ya es tradicional en el Museo, el 25

de mayo de 1991, se inauguró la exposición *Modelismo naval*.





DIRECCION  
DE BIBLIOTECAS  
ARCHIVOS  
Y MUSEOS